Ana Carolina Zegarra

Matrimonio por error

Acerca del autor



Ana Carolina Zegarra es una escritora políticamente incorrecta y ocasionalmente poetiza. Cursó estudios en la Universidad San Agustín. Ha publicado Make & Gum (Marcapasos, 2009), 21 Casas de Verano (2011) y poemas en revistas locales. Ganadora del premio nacional 'Abraham Valdelomar' y finalista en otros premios literarios. A su escasa edad es una prolífica, laureada, y talentosísima escritora de novelas eróticas y pseudo-románticas, que se abre paso como una de las promesas literarias de su país. También es profesora de inglés, madre de dos hijos (de cuatro patas), ama de casa y ufóloga aficionada. Dedica su tiempo libre a escuchar música (punk, rock alternativo, Celia Cruz, Iván Cruz, Artik Monkies, Tony Rosado), mirar películas, tantísimas que cree conversar con el difunto Andrecito Caicedo y comentarle las ultimitas.

No escribe para ser famosa, ni para hacerse millonaria, pues se hubiese dedicado a alguna otra actividad más lucrativa y aunque algunos libros suyos hayan sido tachados de vacuos y banales por sus colegas escribidores y pechofríos, las críticas no le quitan el sueño, pues no se considera una persona profunda (literalmente). Escribe porque siente deseos de hacerlo, porque cree que es lo mejor que sabe hacer, porque es su forma de expresarse, de contener la avalancha de imágenes e ideas que la acosan por las noches y no le permiten disfrutar de la paz de una salchipapa o un pollo a la brasa junto a su novio, porque la hace sentirse plena y satisfecha, porque escribir se adapta a la forma de vida que desea, pero sobretodo, para ganarse la vida.

Desde su debut con 'Prometida Por Conveniencia', sus libros han logrado posicionarse entre los más vendidos. Desde pequeña sintió inquietud por las ciencias; sin embargo, un día se sentó a escribir, le gustó y ya no quiso dejar de hacerlo. No se siente atraída a escribir poesía, aunque ha publicado una plaqueta de poemas pornográficos, pues se siente igual de hábil y capaz que sus coleguitas poetas arequipenses, a quienes acusa de preocuparse más de hacerse un nombre, antes que por escribir.

Es hija única y actualmente reside en Arequipa intentando compaginar todos los aspectos de su vida como escritora, profesora de inglés, y novia. Está comprometida con un talentoso, hermoso novio, follador, comprensivo, y aunque no comparten los mismos gustos y aficiones la ha apoyado siempre con cada uno de sus proyectos y a superar sus vicios y adicciones. Se describe a sí misma como una melodramática pluridiversa, llena de todo, romántica empedernida y en peligro de extinción.

Zegarra ubica la tensión de su obra en la pérdida de la juventud, en como esta se desplaza dejando a los adultos que seremos. Es un viaje, y no necesariamente uno bueno. Dentro de la cabeza de Carolina el conocimiento académico y las lecturas clásicas se entremezclan con bandas indie, combis y platillos voladores, chichasara, cine de autor, divagaciones, literatura y referencias a la cultura pop, que lindan casi con el autismo, y del que se nutre para escribir sus obras. Comprometida con su novio y con su profesión, ya no toma ni fuma, se siente un poco vieja después de su alocada supervida, y se compromete a tomarse más en serio el oficio de escribir.

Puedes contactarla en:

https://www.facebook.com/posera.tercermundista

Carina Conte es la benjamina de la familia italiana propietaria de La Dolce Famiglia, una empresa de proyección internacional. Su hermano mayor, Michael, un joven ultra protector apegado a la tradición, es el responsable de la sede en Nueva York. Carina acaba de trasladarse allí con su flamante máster bajo el brazo. Trabajará a las órdenes de Maximus Gray, director ejecutivo de la firma y el mejor amigo de Michael desde la infancia.

A Max no le seduce en absoluto la perspectiva de cuidar de la cría torpe e insulsa que recuerda. Pero nada lo había preparado para la transformación de ese patito feo en una mujer lista, fuerte y exquisitamente voluptuosa. Carina, por su parte, está decidida a despojarse de las normas conservadoras que han reprimido su vida… en todos los sentidos.

Cuando los acontecimientos se precipiten y la situación se les vaya de las manos, la intervención de la familia, imponiendo la única solución digna posible, obligará a Carina y Max a compartir mucho más que una noche de pasión desenfrenada.



Ana Carolina Zegarra

Matrimonio por error
Casarse con un millonario - 3

En este mundo hay familias para todos los gustos, y cada una posee un grado de locura específico que solo pueden entender sus miembros.

Este libro está dedicado a mi familia y a los maravillosos recuerdos que guardo como oro en paño. Mamá, papá, Steve, el camino ha sido duro, pero hemos llegado a donde necesitábamos llegar. Jamás olvidaré los torneos de Scrabble, las travesuras tronchantes de mamá, el obstinado optimismo contra todo pronóstico y las grandes cenas que convierten una casa en un hogar. ¡Y todavía nos queda mucho más por compartir!

Y también a mi maravillosa familia política, a mis segundos padres, a Carolyn y a Donald. Gracias por acogerme con los brazos abiertos y por permitirme compartir vuestra locura familiar y vuestro amor. Siempre me habéis tratado como a una hija y como a una hermana.

Os quiero a todos.

Prólogo

Carina Conte fijó la vista en la trémula llama de la hoguera que acababa de encender y pensó que no estaba loca.

Solo era una mujer enamorada.

Le temblaba la mano con la que sostenía el papel. Junto a sus pies, en la hierba, descansaba el libro de hechizos amorosos de tela morada. Echó un vistazo a su alrededor y le suplicó a Dios que su familia no se despertara. Le había prometido a su cuñada que nunca intentaría realizar un hechizo, pero Maggie no tenía por qué enterarse. Carina se encontraba en la parte de atrás de la propiedad, rodeada por el olor de la madera al quemarse y el aroma dulzón de los crocos, y rezó para que la luz de la hoguera no alertara a nadie.

Miró la página. Había llegado el momento de conjurar a la Madre Tierra. Ojalá que el padre Richard no se enfadara. Recitó rápidamente las palabras para invocar los poderes femeninos de la Tierra a fin de que le encontrara un hombre que poseyera todas las cualidades especificadas en su lista.

Después, echó el papel al fuego.

El alivio la inundó de repente y soltó un enorme suspiro. Ya solo restaba ser paciente. Se preguntó cuánto tardaría de media la Madre Tierra en concederle su deseo. Claro que, en su caso, le había facilitado mucho el trabajo. En vez de redactar una larga lista de cualidades, en el papel solo había escrito un nombre. El nombre de quien llevaba enamorada toda la vida. De un hombre que la miraba como si fuera su hermana pequeña. Un hombre de mundo que salía con las mujeres más guapas. Un hombre que la dejaba sin palabras durante el día y presa del deseo más ardiente durante la noche.

«Maximus Gray.»

Carina esperó a que el papel ardiera por completo y después apagó la hoguera con un cubo de agua. Tras limpiarlo todo con rapidez y eficiencia, cogió el libro del suelo y regresó a la casa.

La hierba le hacía cosquillas en los pies y su vaporoso camisón le otorgaba un aspecto un tanto fantasmagórico. Entró en su dormitorio abrumada por una extraña emoción que le provocó un escalofrío en la espalda. Guardó de nuevo el libro en el cajón y se metió en la cama.

Por fin, ya estaba hecho.

1

—He contratado a alguien. Trabajará bajo tus órdenes y serás responsable de su formación.

Max fijó la vista en el hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa. El anuncio lo puso en alerta, pero guardó silencio. Estiró las piernas por debajo de la mesa de reuniones, cruzó los brazos por delante del pecho y enarcó una ceja. Había trabajado incontables horas y había sudado la gota gorda para que el imperio de La Dolce Maggie, la rama estadounidense de la empresa italiana La Dolce Famiglia, despegara, y no pensaba hacerse a un lado sin luchar.

—¿Estás pensando en destituirme, jefe?

Dado que era más un hermano que un jefe, Michael Conte lo miró con una sonrisa.

—¿Para que venga tu madre a darme una patada en el culo? Ni lo sueñes. Necesitas ayuda con la expansión.

Max hizo una mueca socarrona.

—Tu madre es más dura que la mía. ¿No te obligó a casarte con tu mujer? Menos mal que la querías, porque si no, menudo marrón.

—Muy gracioso, Gray. La boda no era el problema. El problema lo causaron tus dudas acerca de mi mujer, eso sí que fue un marrón.

Max dio un respingo.

—Lo siento. Solo intentaba proteger a un amigo de una cazafortunas. Y, lo que son las cosas, ahora adoro a Maggie. Es lo bastante fuerte como para aguantar tus chorradas.

—Sí, menudo club de fans os habéis montado entre los dos.

—Es mejor que tener una guerra abierta. Bueno, ¿quién es esa estrella?

—Carina.

Max cerró la boca de golpe.

—¿Perdona? ¿Carina? ¿Tu hermana pequeña? Tienes que estar de broma… ¿No estaba en la universidad?

Michael se sirvió un vaso de agua de la jarra y bebió un sorbo.

—Obtuvo su máster en Gestión y Administración de Empresas en mayo, se lo sacó en la SDA Bocconi, y ha estado trabajando en prácticas en Dolce di Notte.

—¿En la competencia?

Michael sonrió.

—Yo no diría que son la competencia. No quieren conquistar el mundo como

nosotros, amigo. Pero confío en ellos para que le enseñen lo básico del negocio pastelero. Quería que trabajara en prácticas con Julietta, pero se niega a estar bajo la sombra de su hermana mayor. Lleva mucho tiempo insistiendo que quiere venir a Estados Unidos y el contrato de prácticas está a punto de acabar. Ha llegado el momento de que entre en la empresa familiar. *Capisce?*

Joder… Sí, lo entendía. Acababa de recibir el encargo de cuidar de la hermana pequeña. Sí, la quería como a una hermana, pero su tendencia a echarse a llorar en situaciones emotivas no encajaba con los negocios. Se estremeció. ¿Y si hería sus sentimientos y empezaba a llorar? Era una pésima idea se mirara como se mirase.

—Esto, Michael, a lo mejor deberías asignarla al departamento de contabilidad. Siempre has dicho que tiene maña con los números y no creo que esté hecha para la dirección. Tengo la agenda hasta arriba y estoy en mitad de unas negociaciones críticas. Por favor, asígnasela a otro.

Michael negó con la cabeza.

—Con el tiempo, la transferiré al departamento financiero. Pero por ahora quiero que esté contigo. Necesita aprender en qué consiste una buena administración y cómo funciona La Dolce Maggie. Eres el único en quien confío para que no se meta en problemas. Eres de la familia.

Esas palabras clavaron la última estaca en su corazón de vampiro. Familia. Michael siempre se había ocupado de él, y él había demostrado que era merecedor de su puesto. Siempre había soñado con un lugar hecho a su medida. Estar en la cima de la cadena alimentaria, por decirlo de alguna manera. Nadie había puesto en duda su trabajo como director ejecutivo, pero de un tiempo a esa parte comenzaba a preguntarse si el hecho de carecer de la valiosísima sangre Conte era una desventaja. Los contratos eran temporales y el suyo se renegociaba cada tres años. Ansiaba un puesto fijo en el imperio que había ayudado a construir, y si lograba abrir tres pastelerías más podría ser la culminación de sus sueños. Si cumplía con esa misión, se aseguraría un puesto en la cima, junto a Michael… como socio permanente en vez de como director ejecutivo provisional. Preocuparse por una chica recién salida de la universidad solo lo distraería. A menos que…

Se dio unos golpecitos en el labio inferior con un dedo. Tal vez Michael necesitaba que le recordase lo importantes que eran sus esfuerzos para la empresa. Si le lanzaba ciertos desafíos a Carina, se aseguraría de poner de manifiesto sus faltas y su juventud mientras la mantenía bajo su supuesta protección. Después de la expansión, pensaba pedirle a Michael que lo convirtiera en socio de pleno derecho. Tal vez Carina pudiera ayudarlo, sobre todo si se convertía en su mentor y ella dependía de sus consejos.

Sí, tal vez esa situación tuviera alguna ventaja.

—De acuerdo, Michael, si eso es lo que quieres.

—Estupendo. Llegará dentro una hora. ¿Por qué no vienes a cenar esta noche? Vamos a celebrar una pequeña fiesta de bienvenida.

—¿Cocina Maggie?

Michael sonrió.

—Joder, no.

—En ese caso, iré.

—Chico listo.

Michael aplastó la taza de papel, la tiró a la papelera y cerró la puerta al salir.

Max miró el reloj. Tenía un montón de cosas que hacer antes de que Carina llegara.

Carina observó la brillante placa dorada que decoraba la elegante puerta de madera. Tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta y se secó las palmas húmedas en la falda negra. Menuda tontería. Era una mujer adulta y había dejado atrás los días en los que suspiraba por Max Gray.

Al fin y al cabo, tres años eran mucho tiempo.

Se colocó bien un mechón de pelo que se le había escapado del elegante recogido, enderezó los hombros y llamó a la puerta.

—Adelante.

Al escuchar su voz no pudo evitar que la envolvieran un montón de recuerdos. Era una voz grave y seductora que sugería la clase de sexo salvaje y de aventuras al que solo una monja podría resistirse. A duras penas.

Abrió la puerta y entró con una seguridad que no sentía. Sabía que eso daba igual. En el mundo empresarial solo se veía lo que reflejaba la superficie. Esa idea la tranquilizó… Se había convertido en una maestra a la hora de ocultar sus emociones durante su trabajo en prácticas. A fin de cuentas, era cuestión de supervivencia.

—Hola, Max.

El hombre sentado tras el enorme escritorio de teca la miró con una extraña mezcla de calidez y sorpresa, como si no esperase a la mujer que tenía delante. Esos penetrantes ojos azules adoptaron una expresión intensa y recorrieron su cuerpo de arriba abajo antes de que su cara reflejase una cariñosa bienvenida.

A Carina le dio un vuelco el corazón, se le cayó a los pies y después se recuperó. Por un instante, se permitió admirar su imponente presencia. Su cuerpo era atlético y delgado, y su estatura siempre añadía un punto intimidante a todas sus interacciones, algo que lo ayudaba a la hora de conseguir contratos. Su cara reflejaba la imagen de un ángel y de un demonio atrapados en una aventura amorosa. Pómulos afilados, una nariz elegante y unas cejas arqueadas le conferían cierto aire aristocrático. La perilla tan sexy que adornaba su mentón acrecentaba la sensualidad de sus labios. Su abundante pelo negro caía en

rebeldes ondas sobre su frente y resaltaba sus increíbles ojos azules. Cuando se acercó a ella, lo hizo con una elegancia innata que no solía ser característica de los hombres altos, y el incitante perfume de su colonia jugueteó con sus sentidos. La extraña mezcla de madera, especias y limón la empujó a enterrar la cara en su cuello y aspirar su aroma.

Por supuesto, no lo hizo. Ni siquiera cuando él le dio un breve abrazo de bienvenida. Carina le colocó los dedos en los hombros, apenas contenidos por el traje azul hecho a medida. Hacía mucho tiempo que se había enfrentado a su criptonita personal y que había aprendido unas lecciones valiosísimas. Había reconocido su debilidad. La había aceptado. Y había seguido con su vida. Las sencillas reglas de los negocios se aplicaban a todos los ámbitos de su vida en ese momento.

Lo miró con una sonrisa.

—Hace mucho que no nos vemos.

—Demasiado, *cara*. —Una expresión nerviosa apareció en su mirada, pero desapareció al instante—. Me he enterado de que te has licenciado como la mejor de tu clase. Bien hecho.

Ella asintió con la cabeza.

—Gracias. ¿Y qué me dices de ti? Michael me ha contado que estás trabajando muy duro para expandir La Dolce Maggie.

Max apretó los dientes.

—Sí. Y por lo que parece nos vas a ayudar en ese sentido. ¿Has hablado ya con tu hermano?

Carina frunció el ceño.

—No, he venido directamente a la oficina para trabajar unas cuantas horas. Supuse que él me enseñaría las instalaciones. ¿En qué departamento quiere que empiece? ¿Nóminas, presupuesto u operaciones?

Max se quedó un rato en silencio estudiando su cara, recorrió con la mirada cada uno de sus rasgos como una caricia. Carina se mantuvo muy quieta y se dejó analizar. Necesitaba acostumbrarse a su presencia dado que se toparía con él en el trabajo. Menos mal que tendría la cabeza puesta en los libros contables. Su capacidad de concentración y sus dotes contables eran muy buenas, así que Max no tendría que aparecer a menudo para comprobar sus progresos.

Esos sensuales labios esbozaron una sonrisa, distrayéndola brevemente.

—Conmigo.

—¿Cómo dices?

—El departamento. Vas a trabajar conmigo, en calidad de mi ayudante. Yo seré tu mentor.

El pánico la embargó. Retrocedió un paso como si Max fuera un demonio que acabara de pedirle que le entregase su alma.

—No creo que sea buena idea. —Una carcajada histérica brotó de sus labios

—. Lo último que pretendo es molestar. Hablaré con Michael para que me ponga en otro departamento.

—¿No quieres trabajar conmigo? —Levantó las manos—. No tienes que preocuparte de nada, Carina. Te trataré bien.

Carina se imaginó esos dedos introduciéndose entre sus piernas y acariciándola hasta llevarla al orgasmo. Bien sabía Dios que era capaz de tratar bien a una mujer. En todos los aspectos. Se ruborizó, de modo que se dio la vuelta para inspeccionar su despacho. Menuda ridiculez. Estaba perdiendo el control a los cinco minutos de haberle visto.

Sus tacones resonaron en el suelo de madera mientras se acercaba para mirar con fingido interés la enorme foto de la inauguración del local junto al río. Esa era su prueba de fuego y se negaba a fracasar. Max era su amor de la adolescencia y ya no vivía encerrada en una prisión emocional. Había ido a esa ciudad por dos motivos: demostrar su valía y exorcizar el fantasma de Maximus Gray.

De momento, había fracasado en ambos aspectos.

Carraspeó y se volvió para mirarlo una vez más.

—Te agradezco que estés dispuesto a enseñarme —dijo con voz agradable—, pero me sentiría más cómoda en otro departamento.

Max contuvo una sonrisa.

—Como prefieras. Pero creo que tu hermano tiene una idea muy clara de lo que quiere. ¿Te apetece que te enseñe las oficinas después de avisarle que ya estás aquí? Me parece que no te esperaba hasta más tarde.

—De acuerdo. —Levantó la barbilla con gesto desafiante—. Tal vez haya llegado el momento de recordarle a mi hermano que ya no me controla.

Carina se aseguró de abrir la marcha al salir.

¿Qué narices pasaba?

Max caminaba, obediente, detrás de una mujer distante y segura de sí misma mientras intentaba recuperar la compostura. No era la misma Carina que vio la última vez en Italia, una chica emocional, sensible… tímida.

No, esa Carina Conte había madurado. En el pasado le gustaban su mirada de veneración y su costumbre de agachar la cabeza cuando algo la avergonzaba. Carina estaba acostumbrada a escuchar las órdenes de los demás. Era una persona que se desvivía por agradar a todo el mundo, muy sensible; una chica encantadora por la que siempre había sentido un fuerte afán protector. Sin embargo, la mujer que tenía delante parecía controlar las riendas de su vida y ser muy capaz. La idea de que se enfrentara a su hermano mayor lo dejó sin palabras. Se preguntó por qué se sentía tan contrariado, pero desterró la idea enseguida. Tal vez Carina resultara ser un activo para la empresa, después de

todo.

Por supuesto, su cuerpo también había madurado. ¿O nunca antes había reparado en él? Max apartó los ojos de la voluptuosa curva de su trasero mientras Carina se contoneaba con el atávico ritmo diseñado para volver locos a los hombres. Era más baja que sus hermanas, pero llevaba unos tacones de diez centímetros que resaltaban los músculos de sus piernas. Al presentársela a varios trabajadores a medida que recorrían esa planta, irremediablemente se percató de que sus pechos también habían crecido.

Lo asaltó una oleada de calor sofocante. La delicada blusa blanca se abría en el cuello y dejaba al descubierto un poquito de encaje. Sus pechos pugnaban contra el material como si se murieran por escapar, de modo que el respetable traje se convertía en el atuendo de una stripper. Espantado por el rumbo de sus pensamientos, se apresuró a imaginarse a una monja en ropa interior para recuperar el control.

Carina estaba prohibida. Era su mentor, su segundo protector. Max meneó la cabeza y miró su rostro casi de forma analítica. Siempre había sido guapa, pero solía llevar tanto maquillaje que apenas se le distinguían las facciones. En ese momento unos labios carmesí eran su único maquillaje. Su piel morena relucía por la luz y tentaba a un hombre a tocarla. Se había recogido los rizos rebeldes, un peinado que resaltaba sus gruesas cejas y sus pómulos definidos. Tenía una nariz muy italiana que dominaba su rostro, pero la fuerza de esos turbulentos ojos oscuros hipnotizaba a las personas sin remisión. Jamás había sido delgada, y Max se preguntó por qué la mayoría de las mujeres querían serlo. Las voluptuosas curvas que amenazaban las costuras de su traje eran pura tentación.

¿Tenía algún amante?

Joder, ¿de dónde había salido esa pregunta? Se frotó los ojos y casi gimió aliviado al ver a Michael acercarse por el pasillo.

Su amigo extendió los brazos tal como marcaba la antigua tradición familiar, pero Carina no corrió a su encuentro. En cambio, sonrió y recorrió el pasillo muy despacio antes de abrazarlo. La fuerza de sus lazos era evidente, y una vez más Max experimentó una punzada de soledad. Siempre había ansiado tener un hermano con quien compartir su vida. Al menos, Michael y sus hermanas lo habían adoptado. Sin embargo, tras sufrir el abandono de su padre, solo tenía un objetivo que lo mantenía en el camino de la venganza: el éxito.

« Así que no la jodas.»

Estuvo de acuerdo con su voz interior y recobró la razón. Michael le había echado un brazo por encima de los hombros a su hermana y se acercaba a él.

—Me alegro muchísimo de que por fin hayas llegado, *bella mia*. Pero le dije a mi chófer que te llevara a casa. Maggie te esperaba ahí.

Carina ladeó la cabeza y sonrió.

—¿Y cómo está mi cuñada?

—Gruñona.

—Lógico. —Se echó a reír—. Le dije a tu chófer que había un cambio de planes. Se me ocurrió dar una vuelta por las instalaciones, sentarme a mi escritorio un rato y luego ir a tu casa. Max me ha explicado las cosas por encima.

Michael le dio una palmada en la espalda a Max y se volvió hacia Carina.

—Estás en buenas manos. ¿Por qué no te quedas en el despacho que hay junto al suyo? Lleva vacío un tiempo y puedo hacer que saquen las cajas hoy mismo. Mañana tendremos una reunión para discutir la estrategia a seguir en ciertas áreas nuevas.

Se hizo un silencio incómodo. Michael puso cara de no comprender al ver la expresión pétrea de su hermana.

—Sí, pero antes tenemos que dejar claras unas cuantas cosas. ¿Podemos hablar en tu despacho?

Max asintió con la cabeza.

—Os dejo solos. Ya nos veremos esta noche.

—No, Max, me gustaría que nos acompañaras, por favor —dijo Carina.

Su franca mirada le provocó una extraña sensación en la piel, pero se desentendió de ella. Asintió con la cabeza y se reunieron en el despacho de Michael. Los sillones eran mullidos y cómodos, pensados para escuchar una conferencia durante horas. Max contuvo una carcajada al ver que Carina parecía engullida por el terciopelo y tenía que cambiar de postura para tocar el suelo. Carina le lanzó una mirada irritada, indicándole que no le había pasado desapercibido su gesto burlón, y procedió a juntar las rodillas en una pose elegante, con los pies en el suelo. Esas pantorrillas estaban hechas para que se aferraran a los muslos de un hombre mientras la penetraba con fuerza.

« Joder, para ya» , se ordenó. Tenía treinta y cuatro años. Que sí, que ese aspecto de bibliotecaria sensual lo había pillado por sorpresa, pero Carina seguía siendo como de la familia y tenía muchos años menos que él. Era una chica tímida. Inocente. Seguramente se moriría de la vergüenza si descubriera que su aspecto había puesto su mundo patas arriba… y había afectado a cierta parte de su anatomía.

Se apresuró a desterrar la imagen.

—Michael, me preocupa el lugar que voy a ocupar aquí. A lo mejor puedes indicarme cuáles crees que deberían ser mis funciones y podemos hacer los cambios oportunos.

Michael se echó hacia atrás. Al parecer, Max no era el único al que la racional Carina Conte había pillado por sorpresa.

—No deberías preocuparte de eso, *cara*. Con el tiempo tomarás posesión del cargo de directora financiera, pero de momento ayudarás a Max en todo lo que implica dirigir La Dolce Maggie. Necesito que aprendas todos los aspectos de la empresa. Por supuesto, vivirás con Maggie y conmigo. Te hemos preparado una

suite completa y podrás decorarla a tu gusto. Cuando tengas dudas, acude a mí y las despejaremos. —Michael estaba a punto de estallar de orgullo por su generosa oferta.

De alguna manera, Max percibió que se acercaba una tormenta. Y de las gordas. Esperó la explosión de temperamento femenino.

Carina asintió con la cabeza.

—Entiendo. En fin, es una oferta muy generosa y te lo agradezco. Pero no he venido a Nueva York para vivir en casa de mi hermano y ser la sombra de su director ejecutivo. Tengo planes propios. Voy a instalarme en el antiguo apartamento de Alexa este fin de semana. En cuanto a La Dolce Maggie, creo que seré de más utilidad a la empresa en los departamentos de contabilidad y operaciones, dado que ese será mi puesto definitivo. Max no necesita que nadie lo distraiga de su principal objetivo.

Max se apresuró a cerrar la boca de golpe mientras suplicaba que no se hubieran dado cuenta del gesto. ¿Dónde estaban los fuegos artificiales y los gritos? Carina era una chica apasionada y emocional que nunca se callaba y que siempre se dejaba llevar por sus sentimientos. Por eso se había metido en tantos problemas. Recordó el día que se bajó del coche para seguir a un perro callejero hasta el bosque y se perdió. *Dio*, menudo fiasco. Creyeron que la habían secuestrado y la encontraron horas después con una sucia bola de pelo, acurrucada en el refugio improvisado que había construido con ramitas y hojas. Sin haber derramado una sola lágrima, anunció que estaba convencida de que la encontrarían y se alejó con el perro mientras su hermano despotricaba a pleno pulmón y él casi se desmayaba del alivio.

Michael la miró fijamente.

—De eso nada. Eres mi hermana y te quedarás con nosotros. Nueva York es un lugar aterrador. En cuanto a la empresa, no necesito a otra persona en el departamento de contabilidad ahora mismo. Aprenderás más con Max.

—No. —Carina esbozó una sonrisa conciliadora, pero la negativa resonó en el despacho como un disparo.

—¿Cómo dices?

—No me estás prestando atención, Michael. Si no podemos comunicarnos como adultos que somos, esto no funcionará. Ya he recibido ofertas de trabajo de dos empresas de Manhattan y todavía no les he dado una contestación definitiva. Quiero demostrar mi valía, pero si sigues tratándome como a tu hermana pequeña, no podré realizar mi trabajo como es debido. No sería justo para nadie. Ahora bien, si tienes una razón de peso para que Max me vigile y se encargue de que no me meta en líos, me gustaría que me la dieras. En caso contrario, seguiré mi camino sin malos rollos. *Capisce?*

Max se preparó para una demostración del temperamento italiano del que era su amigo y jefe. Si había algo que Michael encaraba con la persistencia de un

asedio medieval era la protección de su hermana pequeña. Su palabra era ley en la casa de los Conte, una tradición pasada de generación en generación. La idea de que Carina se enfrentara a las decisiones de su hermano nada más llegar a su terreno lo fascinaba.

Y en ese momento el mundo se puso patas arriba.

Michael asintió con la cabeza. Sus labios esbozaron el asomo de una sonrisa.

—Muy bien, *cara*. Quiero que te quedes en mi casa porque Maggie disfrutará con tu compañía. Podemos enseñarte la ciudad hasta que te sientas cómoda para vivir por tu cuenta. En cuanto a la empresa, sé que tu fuerte son los números, pero necesito que te formes en todos los aspectos del negocio, sobre todo en la dirección. Max es el único en quien confío para desarrollar tu potencial.

« ¿Cómo?»

Max miró a su alrededor en busca de las cámaras, pero no las encontró. Carina parecía complacida.

—Muy bien. Admito que Max es la persona más indicada. Yo también echo de menos a Maggie, así que me quedaré toda la semana en tu casa. Pero después tengo que mudarme… Vivir con mi hermano mayor no era lo que esperaba cuando decidí venir. Es hora de que tenga mi propia casa y el apartamento de Alexa me parece perfecto. ¿Estamos de acuerdo?

Michael no parecía muy conforme con la segunda mitad del trato, de modo que Max esperó más negociaciones.

—De acuerdo.

Los hermanos se miraron con sendas sonrisas. ¿Quiénes eran esos dos?

—Ahora, si no te importa voy a ir al aseo y después nos vamos a casa. Estoy agotada y tengo que cambiarme de ropa.

—Por supuesto. Hemos organizado una pequeña cena de bienvenida en tu honor, pero tendrás tiempo para echarte una siesta.

—Estupendo. —Carina se puso en pie con elegancia y se detuvo delante de él —. Gracias por la visita guiada, Max. Nos vemos esta noche.

Asintió con la cabeza, aturdido todavía por la civilizada charla a la que había asistido. Cuando Carina salió del despacho, miró a su jefe.

—¿Qué narices ha pasado? ¿Por qué no le estás dejando las cosas claras como siempre haces? ¿Y qué le ha pasado a Carina? No ha llorado ni se ha alterado una sola vez desde que llegó.

Michael agitó una mano y se puso la chaqueta del traje.

—Maggie me ha convencido de que necesita que la respetemos como persona para que pueda tomar sus propias decisiones. ¿Detesto la idea? Sí. Pero ya es adulta y tiene que encontrar su camino. —Se le ensombrecieron los ojos—. Soy su hermano, no su padre. Pero te agradezco que le eches un ojo, *amico mio*. Confío en ti para que la mantengas a salvo y le enseñes todo lo que necesita saber para dirigir esta empresa.

La inquietud le provocó un escalofrío en la espalda.
—¿Dirigir la empresa?
Michael se echó a reír.
—Pues claro. Es una Conte y algún día llevará las riendas de La Dolce Maggie. Para eso la estamos formando.
Mientras Max miraba a su amigo, notó que el frío se apoderaba de él. ¿Alguna vez sentiría que era parte de la familia y lo bastante bueno para ser socio de pleno derecho? ¿Estaba siendo egoísta y desagradecido? Habían levantado La Dolce Maggie juntos pero, en el fondo, Max sabía que él era reemplazable. Tal vez Carina fuera nombrada directora del departamento financiero, pero también poseía una parte de la empresa. Max nunca le había pedido un contrato blindado a Michael, temeroso de que su amistad empañara una decisión que debía basarse únicamente en los negocios. ¿Por qué siempre tenía la sensación de que debía esforzarse más para hacerse un hueco? Cierto, el gilipollas de su padre los había abandonado, pero esa constante lucha por ser aceptado empezaba a pasarle factura.
—Nos vemos a las siete. Gracias, Max.
La puerta se cerró tras él.
Max se quedó en el despacho, solo con el silencio. Con los recuerdos. Y con ese mal presentimiento que nunca parecía abandonarlo del todo.

2

Carina se sentó en la cama con las piernas cruzadas y rio entre dientes al ver que su cuñada caminaba con dificultad para sentarse en el sillón. Bajo el largo vestido asomaban unos pies hinchadísimos que llevaba descalzos, y la posición hacía que su enorme barriga dominara su cuerpo. Maggie sopló hacia arriba para quitarse el pelo rubio oscuro de los ojos. Los mechones se apartaron dejando a la vista unos asombrosos ojos verdes que mostraban la incomodidad general y la irritación que sentía en ese momento.

—Tu hermano me tiene harta —anunció.

—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó Carina, que trató de parecer seria frente a la actual condición de su cuñada, normalmente tan estilosa y peripuesta.

—Qué no ha hecho, dirás. Se pasa la noche durmiendo y roncando mientras que yo parezco una ballena varada en la cama. No deja de preguntarme si necesito algo. Y hoy me ha informado de que no se me permite asistir a mi próxima sesión de fotos, aduciendo que es muy peligroso viajar en mi estado.

Carina tuvo que esforzarse para contener la risa. Maggie salía de cuentas dentro de ocho semanas y se negaba a asimilar que no podía continuar con su agenda de trabajo habitual.

—Bueno, ya sabes que Michael es excesivamente protector —replicó Carina —. Y… en fin, no sé cómo vas a poder agacharte para hacer las fotos, Mags.

Maggie frunció el ceño.

—Lo sé. ¿Por qué no me dijisteis que en tu familia es habitual tener gemelos?

—¿Habría supuesto alguna diferencia?

—Es posible. ¡Dios, no lo sé! Seguramente no. Estoy harta de los hombres.

La puerta se abrió, de modo que Carina se libró de tener que responder. Por la rendija de la puerta apareció una melena de rizos negros.

—¡Bien, esperaba que estuvieras aquí! ¡Carina!

Carina chilló de alegría mientras se abrazaban y se besaban. Alexa era la mejor amiga de Maggie y estaba casada con el hermano de esta. Para Carina era como una hermana mayor. Era una mujer alegre y entusiasta, y formaba parte del núcleo familiar que la había acogido en su seno. Mientras Carina se apartaba, sintió que algo se movía entre ellas.

—¡Ay, Dios mío! ¡El bebé se ha movido!

Alexa se cubrió el vientre con una mano y sonrió.

—Voy a apuntarlo a kárate en cuanto nazca. —Se acercó a Maggie moviéndose también con dificultad y, tras saludarla con un beso, se sentó en el

segundo sillón—. Gracias a Dios que estáis aquí. Necesito desahogarme con otras mujeres. Mi marido me tiene frita.

Maggie rio por lo bajo.

—Parece que está de moda. ¿Qué ha hecho ahora mi hermano?

—Me ha dicho que me prohíbe ir a la librería de ahora en adelante. Como si estuviera dispuesta a soltar las riendas de mi negocio por un embarazo. No deja de recordarme que no necesitamos el dinero. —Resopló—. ¿Sabéis a cuántos animales podemos salvar con ese dinero? Pero él insiste en mostrarse como un galante caballero, y también insiste en que me quede en casa para descansar. ¿Cómo voy a descansar con una niña de tres años? Sí, vamos, como si pudiera pasarme el día con los pies en alto comiendo bombones. Ni de coña. Por lo menos en Locos por los Libros hay tranquilidad y puedo hablar con adultos.

Maggie se estremeció.

—La última vez que fui de visita, Lily me encerró en su habitación y me obligó a jugar con ella a las casitas durante dos horas. La primera hora no estuvo mal, pero ¡venga ya! ¿Cuánto tiempo puedes estar fingiendo que bebes té y comes pastas?

Carina se echó a reír.

—Estáis matando mis ilusiones. ¿Qué ha pasado con los finales felices de los cuentos de hadas? ¿No hay romanticismo después del matrimonio? ¿No existe la relación perfecta?

Maggie y Alexa se miraron.

—Hazte a la idea —le aconsejó Maggie—. La vida real es dura.

Alexa asintió con la cabeza.

—Te interesa encontrar un hombre capaz de aguantar lo bueno y lo malo. Porque lo malo abunda.

Carina las miró con atención. Ambas estaban en el último tramo del embarazo, incómodas y con las hormonas revolucionadas.

—Y… ¿merece la pena?

Maggie suspiró.

—Ajá —admitió a regañadientes—. Merece la pena.

Alexa sonrió de oreja a oreja.

—Sí que la merece. Y ahora te toca a ti. ¿Alguna información jugosa que compartir? ¿Has decidido aceptar mi sugerencia y mudarte a mi antiguo apartamento?

La emoción la embargó, provocándole un escalofrío en la espalda.

—Sí —respondió Carina—. Me parece genial. Me mudaré dentro de dos semanas. Así evitaré que Maggie mate a mi hermano mientras tanto.

—Gracias, hermanita.

Carina sonrió.

—De nada. Antes de venir a casa he estado en las oficinas de La Dolce

Maggie. Max va a enseñarme los entresijos del negocio.

—Max es un encanto. Simpático y amable —comentó Alexa.

Maggie la miró con gesto preocupado.

—Carina, ¿es buena idea? ¿Crees que podrás trabajar estando tan cerca de Max?

« Has dado en el centro de la diana» , pensó Carina.

Recordó cuando, tres años antes, su cuñada le dijo lo que opinaba sobre su enamoramiento de Max, un hombre que era ocho años mayor, poco adecuado por el abismo que existía entre ellos. Un hombre que le robaba el sueño y que le provocaba continuos ataques de llanto porque no lograba encontrar el modo de que se fijara en ella. Maggie le echó un sermón y le dijo que antes debía vivir la vida tal como le apetecía vivirla. Pero el amor era obstinado. Así que necesitó que una noche ocurriera lo que ocurrió para comprender que Max siempre la vería como la hermana pequeña de su amigo. El recuerdo de la humillación se agitó en su mente, pero necesitaba que le abrieran los ojos para poder encauzar su vida.

Respiró hondo y miró a su cuñada.

—Sí —contestó con firmeza—. No me importa trabajar con Max.

Maggie la miró atentamente y después asintió con la cabeza.

—Vale. Bueno, la gente estará esperando. —Apoyó las manos en los brazos del sillón y tomó impulso para levantarse—. Ven cuando hayas acabado de arreglarte.

—Vale, bajaré dentro de un rato.

Carina se tumbó sobre los cojines y clavó la mirada en el techo. Se había pasado la vida luchando por ocupar un lugar en su familia, entre sus guapísimas hermanas y el increíble talento de su hermano. Al parecer, todo el mundo tenía un lugar especial salvo ella. La emoción la embargó al pensar que por fin iba a empezar de cero. Otro país. Trabajo nuevo. Un lugar donde vivir a su antojo. Las posibilidades eran infinitas y se extendían ante ella como si fueran un regalo. Estaba cansada de malgastar el tiempo pensando en un hombre que jamás la querría.

Su objetivo ya no era casarse y sentar la cabeza al lado de un hombre.

En ese momento buscaba una aventura apasionada y sin compromisos.

La emoción le provocó un escalofrío. Por fin se había librado de las restricciones y estaba dispuesta a explorar su sexualidad. Encontraría un hombre digno de ella y se lanzaría de cabeza para disfrutar de una relación plenamente física, sin ataduras de ningún tipo.

« Seré una chica mala» , se dijo.

Sí. Ya era hora de que lo fuera.

La idea la animó. Se levantó de la cama, cogió el vestido rojo de la percha y se dispuso a cambiarse.

Max se lo estaba pasando bien. Solía cenar con Michael y Maggie, y a veces también se unían Alexa y Nick. Esas horas que pasaba con ellos, llenas de risas, vino y tranquilidad, le recordaban las interminables noches que había compartido en Bérgamo con la familia Conte. Mamá Conte y su madre habían crecido juntas, eran amigas desde la infancia. Así que cuando su padre los abandonó, mamá Conte los adoptó y los trató como miembros de su familia. Siempre se había sentido como un primo más que como un buen amigo.

Sin embargo, experimentaba cierta incomodidad. Aunque tenía más dinero que Michael, no quería tocarlo. No quería dinero a menos que lo hubiera ganado con su esfuerzo y su trabajo. Su padre, un ricachón suizo, apareció de la nada y sedujo a una chica italiana como si fuera un acuerdo comercial sin importancia. Se casaron de la noche a la mañana y cuando el bebé nació, depositó una importante cantidad en la cuenta de su mujer. Luego, se marchó para siempre. Max no llegó a conocerlo siquiera, pero el dinero depositado en la cuenta había aumentado con el paso de los años gracias a los intereses. Puesto que no tenían familia, su madre necesitó ese dinero para sobrevivir, pero Max no soportaba depender de él y se pasó la juventud deseando ganarse la vida por su cuenta. No quería nada procedente de un hombre que había humillado a su madre sin tener en cuenta que vivían en una ciudad pequeña de profundas raíces católicas, donde quedó estigmatizada por su abandono y posterior divorcio.

No, no quería ese dinero. Se había jurado que jamás avergonzaría a su madre y que jamás huiría de sus responsabilidades. En su caso, la astilla no sería como el palo.

Se había asegurado de que así fuera.

Se rellenó la copa de chianti, cogió un trozo de *bruschetta* y se dio media vuelta.

«¡Dios!», exclamó para sus adentros.

Carina acababa de bajar la escalera con una elegancia innata, sonriendo con naturalidad y con ese cuerpo de infarto envuelto en un vestido rojo intenso. Jamás había tenido la oportunidad de verla ataviada con ese color y mucho menos con un vestido. Solo la había visto con ropa holgada y camisetas, con prendas que ocultaban sus curvas.

Al parecer, había cambiado. El escote de pico enfatizaba su generoso busto y acentuaba la curva de sus caderas. Se había dejado el pelo suelto y le caía por la espalda, clamando por que la mano de un hombre se enterrara en él. Llevaba los labios pintados de rojo, lo que resaltaba la oscuridad de sus ojos.

Se detuvo delante de él y lo dejó sin palabras, incapaz de saludarla. Max, que estaba tan acostumbrado a ver cómo lo miraba con deseo. Se había percatado de que Carina estaba enamorada de él hacía años. Siempre le había parecido entrañable y halagador. Pero en ese momento tenía la impresión de que Carina

había tomado posesión de sus poderes mágicos. Había dado por seguros sus halagos, su admiración y su afán protector. Sin embargo, en ese momento lo trataba como a cualquier otro. Sintió una profunda decepción, pero se obligó a desterrarla.

—Hola —dijo.

Un tanto avergonzado por tan somero saludo, se recordó que era como su hermana pequeña y que su última novia pertenecía a la realeza.

—¿Quieres un poco de vino? —añadió.

—Claro. ¿Chianti?

Señaló su copa al tiempo que un mechón de pelo se deslizaba por su frente y se detenía delante de un ojo.

Max distinguió el olor a pepino de inmediato, y de algún modo le resultó más embriagador que el aroma de los perfumes sintéticos.

—Esto… sí.

—Perfecto.

Se apresuró a servirle una copa que después le ofreció.

—Gracias.

Los dedos de Carina rozaron los suyos mientras aceptaba la copa, y estuvo tentado de dar un respingo para apartarse. El leve hormigueo seguía presente, no había desaparecido. Justo lo que menos necesitaba. Sacudió la cabeza para despejarse.

—Si tienes alguna pregunta sobre la ciudad, no dudes en hacérmela. Me encantará enseñártela.

Carina bebió un sorbo de vino y entrecerró los ojos, encantada.

—Mmm… Hay una cosa que necesito con urgencia.

—¿El qué?

—Un gimnasio. ¿Me recomiendas alguno?

—Michael ha instalado uno muy completo en las oficinas de la empresa. Mañana te lo enseñaré. Yo suelo entrenar a primera hora de la mañana, por si alguna vez te apetece acompañarme. —Se percató de que ella lo miraba como si quisiera comprobar el estado de su musculatura y no pudo evitar sonreír—. ¿Quieres ver mis bíceps?

La antigua Carina se habría sonrojado. La que tenía delante hizo un puchero y contestó:

—A lo mejor.

—Qué mala eres. —Enarcó una ceja—. Siempre has odiado hacer ejercicio.

—Y todavía lo odio. Pero me encanta comer y tengo un problema de sobrepeso. El ejercicio me permite guardar cierto equilibrio.

Max frunció el ceño.

—No tienes problemas de sobrepeso.

Carina suspiró.

—Hazme caso, cuando la ropa se diseña pensando en mujeres altas con piernas largas y sin caderas, tienes un problema de sobrepeso.

La irritación se apoderó de él.

—Eso es ridículo. Tienes culo y pecho. Ese es el tipo de sobrepeso que nos gusta a los hombres.

Estuvo a punto de jadear al comprender lo que acababa de decir. Las conversaciones con Carina jamás incluían partes del cuerpo. Sintió que enrojecía. ¿Qué narices estaba haciendo?

Sin embargo, Carina no parecía avergonzada. Al contrario, se echó a reír y acercó la copa a la suya para brindar.

—Bien dicho, Max. Pero tal vez acepte tu ofrecimiento. ¿Qué tal está Rocky?

Max sonrió.

—Genial. Está completamente curado y se ha convertido en un perro faldero. Es un poco vergonzoso. Nunca he visto un pitbull que pase de los desconocidos, a menos que le rasquen la barriga.

Los ojos almendrados de Carina adoptaron una expresión amable. Su familia la llamaba « la encantadora de animales» por su habilidad para comunicarse con ellos. Tras rescatar a Rocky del mundo de las peleas de perros, llamó inmediatamente a Carina, que le indicó cómo tenía que tratar y cuidar al pobre pitbull. Pese a la distancia, habían trabajado en equipo para rehabilitar al maltratado animal.

—Estoy deseando conocerlo en persona —afirmó ella—. Por fotos no es lo mismo.

Se imaginó a Carina en su casa, con su perro. El intenso deseo de verla en su territorio le resultó extraño. Por lo general odiaba llevar a sus parejas a su casa e intentaba no caer en la trampa de ir a las suyas. Carina bebió un sorbo de vino y lo sobresaltó con una pregunta.

—¿Cómo va tu vida amorosa? ¿Cuál es el sabor preferido este mes?

Max cambió el peso del cuerpo al otro pie.

—Ninguno en especial.

—¿No hace tiempo que pasaste de los treinta?

—¿Qué tiene eso que ver? —replicó él, aunque se arrepintió de haberse puesto a la defensiva—. Solo tengo treinta y cuatro.

Ella se encogió de hombros.

—Es que me preguntaba si no tienes interés en sentar la cabeza y formar una familia. Como ellos.

Las dos parejas a las que se refería estaban muy juntas, conversando. Una de las manos de Nick descansaba sobre la barriga de su mujer, mientras Michael se acercaba a Maggie para decirle algo al oído. La obvia camaradería y la alegría que existía entre el reducido grupo le provocó una especie de vacío en las entrañas. Claro que quería algo así. ¿Quién no? Pero ninguna mujer había logrado

que renunciara a su libertad, ninguna había hecho que quisiera comprometerse para siempre. Había jurado que seguiría soltero a menos que estuviera cien por cien seguro. Jamás abandonaría a su mujer y a su familia como había hecho su padre. Jamás abandonaría a alguien que lo necesitara. Por tanto, no podía permitirse el lujo de cometer errores con sus relaciones sentimentales. En cuanto una mujer mostraba indicios de querer seguir en su cama más tiempo o lo invitaba a algún acontecimiento familiar, analizaba dicha relación a fondo. Si no encontraba sentimientos profundos, cortaba por lo sano.

Por desgracia, llevaba años cortando por lo sano y sin tener relaciones duraderas.

—Algún día —dijo—. Cuando conozca a la mujer adecuada.

—Tu madre se está poniendo nerviosa —bromeó Carina—. Creo que está empezando a rezar más rosarios de la cuenta con el padre Richard, suplicando que no seas gay.

Max se atragantó con un sorbo de vino. ¿Quién era esa mujer? La expresión traviesa con la que lo miraba despertaba el deseo de retarla.

—Ah, ¿sí? ¿Y tú crees que soy gay?

Sus músculos se contrajeron bajo el escrutinio de Carina, cuyos ojos recorrieron cada centímetro de su cuerpo.

—Mmm… siempre me lo he preguntado. Vistes muy bien. Tienes diseñadores de cabecera. Y eres demasiado guapo para mi gusto.

Max soltó el aire de golpe.

—¿Cómo?

—No te ofendas. Me gusta más la imagen de tío duro. Ya sabes, pelo más largo, estilo informal… tal vez una moto…

—Tu hermano te mataría, y me apuesto lo que quieras a que no has montado en moto en tu vida. —Se avergonzó de este arranque temperamental, porque sabía perfectamente que Carina estaba bromeando—. Y sabes que no soy gay.

—Vale. —Enderezó los hombros como si la conversación la aburriera—. Lo que tú digas.

La evasiva lo cabreó. ¿Habría montado en moto con algún tío que quisiera aprovecharse de ella? En cualquier caso, ¿a él qué más le daba? Era una mujer hecha y derecha, no tenía por qué preocuparse por ella. Podía salir con quien quisiera. Se la imaginó montada en una moto, abrazando a un tío por la cintura. Sintiendo en los muslos la vibración del motor. Con el pelo ondeando al viento. Experimentando la velocidad que entrañaba la promesa de lo que llegaría después.

A lo mejor había llegado la hora de demostrarle a Carina Conte que no era un hombre con el que se pudiera tontear.

Inclinó la cabeza y se percató de que ella abría mucho los ojos al ver que acercaba la boca a la suya. Se acercó tanto que distinguió el leve rubor de su piel,

el intenso tono rojo de sus labios y el jadeo que soltó por la sorpresa.

—¿Quieres que te demuestre que no soy gay?

Carina guardó silencio un instante y después le soltó:

—No sabía que mi opinión te importase tanto.

Las palabras lo golpearon con deliberada precisión. Siempre se había sentido fascinado por el brillante intelecto de Carina, oculto bajo una capa de dulzura. En el pasado habían discutido pocas veces porque a ella le faltaba valor para enfrentarse a él, pero en ese momento estaba disfrutando mucho con la mujer que tenía delante.

—A lo mejor las cosas han cambiado.

—A lo mejor me da igual.

Max esbozó una sonrisa.

—A lo mejor ha llegado la hora de que te transmita un mensaje para mi madre. Una especie de prueba.

Se percató de que el pulso de Carina estaba acelerado, ya que le latía una vena en la base del cuello. No obstante, cuando habló lo hizo con tono distante y controlado.

—A lo mejor no me gusta que me utilicen. —Retrocedió un paso y lo despachó—. A lo mejor he pasado página, Maximus Gray. Ya no soy el simpático perrito que te sigue para que le des un hueso. Supéralo.

Se alejó con la cabeza bien alta y se acercó a su hermano. Max siguió mirándola mientras se preguntaba a qué estaba jugando. ¿Estaba loco? Un desafío sexual con Carina era impensable, pero ella lo había presionado. Sus insinuaciones le habían dolido. ¿De verdad la había tratado así? Lo abrumó la culpa de pensar que había podido ofender en algún momento a un ser querido. Porque la quería. Como a una hermana.

Meneó la cabeza y salió en busca de aire. Necesitaba controlarse. Se acabaron las pullas con Carina. Se acabaron las bromas. Necesitaban cultivar una relación profesional mientras le enseñaba las reglas del juego, y esperaba que no demostrara ser más capaz que él y acabase quitándole el puesto. La situación ya era bastante resbaladiza de por sí como para añadir otras complicaciones… sobre todo si se trataba de una atracción sexual.

Respiró hondo para disfrutar del aire fresco y limpio, y se relajó. Solo era un contratiempo aislado causado por la curiosidad.

No se repetiría.

3

Tonta. Había sido pero que muy tonta.

Carina lo miró con los párpados entornados mientras Max mascullaba órdenes por teléfono a uno de sus proveedores. La noche anterior había cometido un tremendo error. Desafiarlo en el plano sexual estaba fuera de lugar, pero había sido incapaz de contenerse. Por primera vez, se enfrentó a él de tú a tú, y la sensación fue tan poderosa que no pudo controlarse.

Hasta que Max se inclinó hacia delante y su boca quedó a escasos centímetros de la suya. Ese voluptuoso labio inferior, esa perilla tan erótica que le adornaba la barbilla, el hechizante ardor de sus ojos azules. Incluso con vaqueros, una camisa blanca y una americana negra, le recordaba a James Bond de vacaciones. No a cualquier James Bond. No, era Pierce Brosnan, con esa elegancia, ese pelo negro y ese cuerpo musculoso. Seguro que era capaz de saltar de un edificio y matar a los malos sin despeinarse siquiera. Su ligero acento hacía que cada sílaba sonara especial, lo justo para provocar una reacción casi hipnótica en cualquier mujer presente.

Casi se desmayó como una heroína sacada de una novela victoriana. Sin embargo, luchó contra la neblina sensual con el instinto de una superviviente y consiguió imponerse. Lástima que la victoria fuera tan efímera. El doloroso deseo que sentía entre los muslos y la tirantez de sus pezones le indicaron que nunca olvidaría por completo sus sentimientos por Max. Su cuerpo cobraba vida y moría en su presencia. Aunque también es cierto que se había pasado incontables años reaccionando de esa forma, y era algo con lo que tendría que vivir.

Su extraña conversación estaba minada de insinuaciones que no quería analizar. Al menos esa mañana ambos se concentraron en los negocios. Se mostraron educados y dispuestos para trabajar, justo lo que le hacía falta.

Max colgó y se levantó, desplegando más de metro noventa de puro músculo.

—Ven conmigo. Tengo una reunión con el departamento comercial.

Carina cogió su maletín y lo siguió, aunque para ello se vio obligada a dar dos pasos por cada uno de Max. Las oficinas centrales de La Dolce Maggie se encontraban ya separadas de La Dolce Famiglia, empresa que dirigía su hermana Julietta en Italia. Cuando Michael decidió ampliar el negocio de las pastelerías y establecerse en Nueva York, desarrolló un ambicioso plan según el cual anunciaría una nueva apertura cada trimestre. Los locales se escogían en función de varias estadísticas, y Carina estaba de acuerdo con su elección

después de leer los informes. Por supuesto, lidiar con varios chefs, distintos proveedores y constructores era abrumador, aunque Max parecía haberse involucrado en todos los pasos.

Había tres hombres sentados a la reluciente mesa de madera pulida. Ataviados con traje y corbata, proyectaban una imagen profesional y refinada. Se pusieron en pie al verlos entrar y los saludaron con un gesto de cabeza.

—Carina, te presento a Edward, a Tom y a David. Son nuestros ejecutivos regionales y esta reunión es para discutir cómo aumentar las ventas en cada zona. Carina es mi nueva ayudante en prácticas.

La saludaron con gesto afable y se sentaron. Max se lanzó de inmediato a una detallada discusión acerca de las cuotas de mercado, las proyecciones y una variedad de métodos de captación de clientes que ella había aprendido en la universidad. Carina empezó a tomar notas con rapidez, anotando las respuestas de los tres ejecutivos a las sugerencias de Max.

Edward dijo:

—El principal problema que tenemos es distanciarnos de la competencia habitual. Panera sigue teniendo mucha fuerza. Otras tiendas familiares se concentran en el pan. Por supuesto, venden pasteles en los supermercados.

—La clave es tener arraigo local —repuso Max—. Puede que New Paltz sea una comunidad universitaria, pero hay una mezcla ecléctica entre lo nuevo y lo antiguo. Vamos a comprar espacio publicitario en todos los periódicos y en todas las revistas locales. Hemos utilizado constructores y proveedores locales, de modo que tenemos que encontrar la manera de mantener vivos esos contactos. No buscamos competir con las cafeterías y los supermercados. Queremos eventos empresariales, bodas, fiestas. Resaltaremos los ingredientes frescos, la variedad y la creatividad. Una pastelería con tintes artísticos llamará la atención. Tenemos que centrarnos en eso.

Carina carraspeó.

—Perdona, Max. ¿Habéis pensado en los eventos o las celebraciones que tienen lugar en primavera? Me refiero a ferias, catas y mercados ambulantes.

—Hay varios eventos de ese tipo en los que podemos tener un stand, pero no sabemos si vale la pena —adujo Tom.

—Vale la pena —aseguró Max—. Encargaos de todo. Bien pensado, Carina.

Intentó no esbozar una sonrisa al escuchar el halago.

—La Feria de Productos Artesanales será dentro de dos semanas. Vamos a ir muy justos, pero si conseguimos algunas muestras y le damos publicidad, a lo mejor podemos participar —dijo Tom.

—Adelante. Que alguien se encargue del stand. Pero asegúrate de que el menú es secreto. Queremos crear expectación acerca de lo que vamos a presentar y además así nadie podrá copiarlo. Los datos indican que se consiguen más ventas y mejores críticas si se desvela el menú en el último momento.

—Hecho.

Hablaron algunas cosas más antes de que Max se levantara.

—Tom y Dave… ¿os importa que hable con vosotros un momento?

Carina empezó a recoger sus cosas y Edward se colocó junto a ella.

—Buena sugerencia. Encantado de conocerte.

Lo miró con una sonrisa y le tendió la mano.

—Gracias. Carina Conte.

—¿La hermana de Michael?

—La misma.

Edward parecía impresionado.

—Genial. Tienes un acento precioso. ¿Eres italiana?

—De Bérgamo.

—Estuve allí hace tres años. Preciosa ciudad.

La miraba con tanta admiración que la embargó una cálida sensación. Edward llevaba el pelo más largo que la mayoría de sus conocidos, casi como su hermano, y sus ojos castaños tenían destellos dorados, lo que les conferían un halo de misterio. Era unos pocos centímetros más alto que ella, pero tenía un cuerpo musculoso bajo el impecable traje negro.

—Si necesitas que alguien te enseñe la ciudad, será un honor hacerlo.

—Gracias, puede que te tome la palabra.

La miró con una sonrisa.

—Estupendo.

—Edward. —Max pronunció su nombre como si fuera un latigazo—. Te necesito aquí.

—Por supuesto, jefe. —Tras guiñarle un ojo a Carina, Edward se alejó.

Carina reprimió una mueca socarrona. No estaba mal. Era su primer día de trabajo y ya tenía una posible cita. Nada como un poco de admiración masculina para que una mujer se concentre en su nueva vida.

Guardó los papeles en su maletín y echó a andar hacia la puerta.

Max se colocó delante de ella, con los brazos cruzados por delante del pecho y cortándole el paso. Exudaba irritación.

—¿Qué pasa?

—No te líes con los trabajadores, Carina. No nos gusta mezclar los negocios con el placer.

Se quedó boquiabierta.

—¿Cómo dices? Solo estaba charlando. Se ha ofrecido a enseñarme la ciudad. No exageres.

En el mentón de Max apareció un tic nervioso. Su mirada desdeñosa consiguió irritarla. ¿Dejaría algún día de protegerla como si fuera un bebé?

—Edward tiene fama de donjuán —dijo él en voz baja.

Una mezcla de sorna y espanto se apoderó de ella. Se aferró a la sorna

cuando extendió los brazos.

—¡Ay, Dios, menos mal que me lo has dicho! Salir con un hombre a quien le gusta tomarse una copa y cenar con mujeres es un destino aterrador. Al menos ahora sé que si salgo con él, no pasará de ser una breve aventura.

Max dio un respingo.

—Intento decirte que no es tu tipo.

Carina lo fulminó con la mirada.

—Ya no sabes cuál es mi tipo, Max —le soltó—. Y nunca lo sabrás. Pero gracias por el aviso. —Pasó junto a él—. Voy a tomarme un descanso para almorzar.

Max la cogió del brazo. La calidez de sus dedos se filtró a través de la chaqueta y avivó su mal genio. Lo puso verde en silencio por presionarla de esa manera. Estaba hasta el gorro de que todos los hombres de su vida la trataran como a una niña. Tal vez había llegado el momento de demostrar su independencia de la forma más básica posible. Cuando habló, su voz era gélida:

—¿Querías decirme algo más?

—Los hombres aquí son distintos. —Frunció el ceño como si estuviera a punto de hablarle de sexo—. Puede que te pidan cosas que nunca te hubieran pedido los chicos con quienes has salido en casa.

Ah, Dios, iba a ser muy gracioso. Torció el gesto como si sus palabras la confundieran.

—¿Te refieres al sexo?

Max la aferró con más fuerza.

—Sí, al sexo. No quiero que te veas en una situación incómoda.

—Entiendo. Me alegro de que me lo hayas explicado. Así que si salgo a cenar con un hombre, puede que quiera… ¿echar un polvo?

Al ver que Max se ponía colorado, tuvo que reprimir una carcajada.

—Eso es. Los estadounidenses están acostumbrados a que una mujer se acueste con ellos en la primera cita y puede que no entiendan tu forma de actuar.

Carina hervía por la humillación, pero la venganza iba a ser muy dulce.

—¿Me estás diciendo que no debería salir a cenar?

—Con Edward no. A lo mejor puedes conocer a hombres agradables cuando vayas a la iglesia el domingo. Puede que tengan un grupo para solteros.

—Ah, no hace falta, pero gracias de todos modos. Ahora que me lo has aclarado todo, ya sé qué hacer.

Max apartó la mano y retrocedió un paso. El alivio era evidente en su cara.

—Bien. No quiero que te hagan daño ni que se aprovechen de ti.

—No pasará ni una cosa ni la otra. Verás, además de aprender el negocio familiar, he venido a Estados Unidos por otro motivo. —Lo miró con una sonrisa deslumbrante—. He venido para tener una aventura. Con mis reglas. No busco casarme ni sentar la cabeza, y en Bérgamo si te acuestas con alguien, tienes que

casarte. Ya sabes lo agobiante que puede ser eso. ¿No es una de las razones por las que te viniste a trabajar con Michael?

—Bueno…

—Ajá. Tendré mi apartamento, mi estilo de vida, así que por fin podré disfrutar de sesiones de sexo salvaje sin ataduras. Nada más y nada menos. —Le dio unas palmaditas en el brazo—. Voy a aceptar el ofrecimiento de Eddie de enseñarme la ciudad. Es precisamente mi tipo.

Carina lo dejó plantado en la puerta, boquiabierto, y se fue sin mirar atrás. Saludó a los trabajadores por el pasillo mientras se dirigía al comedor, donde escogió un sándwich integral de pavo. ¿Tan malo era querer que sus experiencias íntimas fueran eso, íntimas, sin que nadie la espiase? Había salido con chicos en la universidad, pero su madre y Julietta la vigilaban de cerca. Cuando asistía a las fiestas más locas, siempre se topaba con la amiga de una amiga que conocía a su familia. La reputación de La Dolce Famiglia y el largo brazo de su hermano conseguían estrangularla incluso en Milán.

En el fondo, era una chica mala atrapada en el cuerpo de una chica buena.

Cogió una botella de agua de la nevera, desenvolvió el sándwich y se sentó en un rincón del comedor, al fondo. ¿Cómo sabía Max cuál era su tipo? Seguramente creía que era una virgen inexperta que se desmayaba con solo pensar en la erección de un hombre.

¡Ja! Max no tenía ni idea. Cierto que seguía siendo virgen, pero había tenido experiencias. Experiencias bastante intensas. El único motivo de que no hubiera consumado del todo una relación se debía a que nunca había encontrado a un hombre que la instara a desnudarse y a llegar hasta el final. Casi todos eran tan tiernos y dulces que siempre pensaba que acabaría durmiéndose por el aburrimiento. Y desde luego que no pensaba perder la virginidad durante una noche de borrachera o con un « aquí te pillo, aquí te mato» . Quería una aventura sexual adulta y consciente. Con sus reglas.

Sus fantasías giraban en torno a un hombre un poco brusco que controlase su cuerpo de formas deliciosas. Técnicamente tal vez fuera inocente, pero ansiaba que un amante le hiciera traspasar sus límites. Físicos. Emocionales. Dado que estaba en Estados Unidos, pensaba encontrar a dicho hombre. Y tal vez Edward encajara en el perfil.

Le temblaron los dedos al recordar la sugerencia de Max de que conociera a un hombre en la iglesia. *Dio*, estaba *pazzo*. Desde luego que él no conocía a sus citas en la iglesia. Tampoco tenía relaciones castas. Además de aparecer de forma constante en *Page Six*, todas las revistas del corazón lo adoraban por ser un soltero de oro; en muchas fotos se exhibía con sus conquistas de fin de semana. Se le encogió el corazón al pensarlo, pero hacía mucho tiempo que aceptó que nunca sería bastante para Maximus Gray.

De repente, rememoró la noche de su humillación. Acababa de regresar a

casa después de su tercer año en la universidad, y Michael y Max estaban de visita. Max se quedó esa noche a dormir. El plan era sencillo. Más segura y mejor equipada en lo referente a su aspecto físico, se propuso seducirlo. Se puso un vestido negro muy sexy y unos taconazos de vértigo que le había robado a su hermana, y lo buscó en la fiesta que celebraban. La noche fue estupenda. Max le prestó atención durante toda la velada. Se rio de sus bromas. Le tocó el brazo. Esos ojos azules permanecieron atentos a ella durante horas. No hizo ademán de entablar conversación con otras personas, de modo que Carina estaba exultante mientras se preparaba para la segunda parte de su plan.

Con dos copas de vino en la mano, salió para encontrarse con él en el jardín, con la esperanza de compartir su primer beso. Por supuesto, no había planeado quedarse clavada bajo la enredadera mientras él besaba a otra mujer. Y no era una mujer cualquiera. No, esa llevaba un vestido negro muy parecido al suyo, pero su cuerpo era esbelto, bien formado y perfecto. Carina los observó espantada mientras Max le murmuraba al oído a la otra mujer y le ponía una mano en el culo para pegarla a él. Una excitación desconocida y unos celos viscerales se apoderaron de ella. Para ella era algo imperioso convertirse en la mujer que abrazaba Max, en la mujer a quien amaba.

Lo demás sucedió a cámara lenta. Su gemido angustiado. La forma en la que Max volvió la cabeza para observarla. La mezcla de arrepentimiento, disculpas y decisión en su mirada. Y en ese momento Carina supo que nunca sería esa mujer. La rubia esbozó una sonrisa fría, como si ella fuera una hermana menor o una prima. La cruda realidad la abrumó. Nunca podría competir con todas las mujeres que perseguían a Maximus Gray. No era lo bastante guapa ni lo bastante lista. No era sofisticada, ni inteligente ni sexy. Solo era una universitaria enamorada hasta las cejas. Max le había seguido la corriente unas cuantas horas debido a la relación con su familia.

Carina decidió no alejarse corriendo. Con pasos firmes y lentos, acortó la distancia que los separaba y le dio a Max una de las copas de vino. Los dedos de Max rozaron los suyos al aceptar la copa, y la calidez de esa piel casi hizo que estallara en lágrimas. Casi.

Acto seguido, le ofreció la otra copa a su acompañante.

Max dio un respingo como si captara el simbolismo de ese gesto. Carina lo miró y memorizó sus adoradas facciones por última vez. Lo dejó en el jardín con la rubia y no volvió la vista atrás. Abandonó no solo al amor de su vida. Abandonó sus viejos sueños y su antigua vida.

Regresó a la universidad y se convirtió en otra mujer, se concentró por completo en su trabajo. Se licenció con honores y se matriculó enseguida en la SDA Bocconi para conseguir su máster en Gestión y Administración de Empresas, tras lo cual se lanzó en cuerpo y alma a trabajar con su contrato en prácticas. Aunque no le gustara mucho el mundo empresarial, estaba decidida a

ser muy buena en su campo.

Lo que sí le gustaban era el poder y el control que sus habilidades le proporcionaban. Ya no era una chica débil que buscaba la felicidad en los demás, sino una mujer que llevaba las riendas de su destino y que estaba preparada para los desafíos que le deparase la vida. Una mujer que se las valía por sí sola con sus conocimientos empresariales y su ágil mente. Una mujer que jamás volvería a perseguir a Max.

Terminó el sándwich, apuró el agua y apartó la bolsa. Era normal que al trabajar tan cerca de él se despertaran viejos recuerdos. Debía mantenerse fiel a su visión y seguir adelante.

Tiró a la papelera los restos de su almuerzo y regresó al trabajo.

Dos semanas después Max se preguntaba si necesitaba echar un polvo.

Miró el reloj y contuvo un gemido. Casi la una. Le ardía el estómago por el exceso de café. Llevaba retraso con los informes y una extraña tensión se había apoderado de sus músculos. ¿Qué le pasaba? Ya había tenido que luchar contra el reloj antes y nunca había experimentado semejante… irritabilidad. Estaba que se subía por las paredes, pero no podía desahogarse. ¿Cuándo fue la última vez que se acostó con alguien? ¿Y dónde estaba Carina?

Ella atravesó la puerta con una sonrisa y una bolsa grasienta en la mano justo cuando esas ideas inconexas pasaban por su cabeza. Su falda era demasiado corta para la oficina y distraía a varios ejecutivos, pero cuando se lo dijo a Michael, a este no pareció importarle. Dijo algo acerca de la moda y de lo que era adecuado. Menuda ridiculez. ¿Dónde había quedado la falda a la altura de la rodilla? Además, ¿no podía usar medias? De alguna manera, carecer de esa barrera solo provocaba más estrés, sobre todo al ver esa gran cantidad de piel suave y morena.

—¿Dónde te habías metido? Necesito el informe actualizado de proveedores para ir a la nueva localización y repasarlo todo.

Carina llevaba la melena recogida en su severo moño, resaltando la elegante curva de su cuello y sus mejillas. Con la frente cubierta de sudor, dejó la bolsa en su escritorio y soltó el maletín.

—Lo siento. Wayne ha llamado para avisar de que estaba enfermo, así que le dije que yo me ocuparía de su trabajo.

—¿Otra vez? —Miró el calendario—. Joder, es el primer partido de la temporada en el Yankee Stadium, Carina. Tiene mucho cuento. Llámalo.

Su voluptuoso labio inferior tembló por el esfuerzo de contener la sonrisa.

—Venga, deja que disfrute del partido, no seas aguafiestas. Tendré listo el informe en una hora. Toma, a ver si así te sientes mejor. —Le pasó un generoso trozo de *bruschetta*, bien cargada de tomate y con suficiente ajo como para

provocarle una punzada de añoranza.

Su estómago rugió en ese instante. ¿Cuándo había comido por última vez?

Como si Carina hubiera escuchado esa pregunta silenciosa, contestó:

—Te has vuelto a saltar el desayuno. Tómate un descanso mientras yo redacto el informe.

—¿Has comido?

Ella agitó una mano mientras se dirigía hacia la puerta.

—No tengo hambre.

—Para. —Su orden la frenó en seco. Cogió el cuchillo de plástico y cortó un trozo—. No vas a irte a ninguna parte hasta que compartas esto conmigo.

—No me hace falta.

—Como no te sientes, estás despedida.

Carina se echó a reír, pero se sentó. Acercó la silla, cogió el trozo que le ofrecía con una servilleta y le hincó el diente. Durante un rato disfrutaron de la comida, que era un recuerdo común de la infancia para ambos. Max se relajó y parte de la tensión abandonó sus hombros. Era curioso. La mayoría de las mujeres con las que salía solo consideraban la comida como algo necesario o un ente diabólico que provocaba el aumento de peso. ¿Cuántas veces había preparado mamá Conte una comida y Carina y él fueron los únicos que se quedaron sentados a la mesa? Su pasión por la comida mientras compartían un cómodo silencio era algo que había echado de menos. Michael y sus otras hermanas comían deprisa para regresar a lo que estuvieran haciendo. Pero en lo tocante a la buena comida, Max adoraba tomarse su tiempo para saborear cada bocado. Carina compartía con él ese respeto por la comida, así era como disfrutaba de todo lo que ofrecía la vida.

La miró de reojo. La dichosa falda se le había subido por los muslos. Esos tacones de vértigo deberían estar prohibidos en el trabajo, circunscritos a los bares de copas. Eran demasiado eróticos con todas esas tiras. Además, ¿por qué no usaba un perfume normal? Estaba acostumbrado a perfumes florales y almizcleños. En cambio, ella olía a limpio, como a manteca de cacao con un toquecito de limón. Max se concentró en la *bruschetta*.

—¿Cómo lo llevas? Sé que te he estado dando mucho trabajo.

—No me importa. —Se pasó la lengua por el labio inferior para recoger hasta la última gota de aceite y él tuvo que apartar la mirada—. Tengo un renovado respeto por Michael y por Julietta. De pequeña creía que solo era cosa de hornear postres y de meterlos en una caja para venderlos.

Se echó a reír al escucharla.

—Lo mismo que yo. Cuando Michael me contrató, no tenía ni idea, pero aprendimos juntos y construimos un imperio. Pero me gusta mantenerme informado de lo que ocurre en todos los departamentos. A lo mejor soy un obseso del control.

Carina puso los ojos en blanco.

—Desde luego. Nos volvías locos cuando éramos niños. Nos dabas órdenes y te enfurruñabas cuando no te hacíamos caso.

—No me enfurruñaba.

—Claro que sí. Y cuando eso no te funcionaba, clavabas esos ojos azules en la primera mujer que se te cruzara y se derretía. Sigues haciéndolo.

La miró, sorprendido y también con cierta vergüenza.

—Menuda tontería. Haces que parezca una especie de gigoló que usa su físico para conseguir lo que quiere.

Ella dio otro bocado y se encogió de hombros.

—A ver, no solo usas tu cuerpo. También tu encanto.

—Vale ya, me estás cabreando. —Intentó no removerse en el asiento al pensar que ella creía que su aspecto le abría puertas—. No he ayudado a construir un imperio sin algo de cerebro.

—Pues claro que tienes cerebro. De ahí viene el encanto letal, porque sabes cuándo usarlo. Si solo fueras un cuerpo bonito, será fácil pasar de ti.

¿Por qué estaba manteniendo esa conversación tan ridícula? Intentó no entrar al trapo, pero acabó abriendo la boca.

—Trato a las mujeres con todo el respeto que se merecen. Siempre lo he hecho.

Carina se limpió los labios con la servilleta y se acomodó en el asiento con los brazos cruzados por delante del pecho. El gesto hizo que la tela de la decente camisa blanca se pegara a la curva de sus pechos.

—¿Qué me dices de cuando Angelina consiguió aquel videojuego nuevo y tú la convenciste para que te lo prestara un mes entero?

Max se indignó al escucharla.

—¡Estaba siendo amable conmigo!

—Claro, claro. Michael dijo que te estuvo siguiendo por todo el instituto como un perrito faldero durante ese tiempo. Cuando terminaste el juego, se lo devolviste y ya casi ni le dirijiste la palabra.

Metió el plato de papel en la bolsa y la hizo una bola. La irritación lo asaltó al recordar el episodio. No fue su intención comportarse así. Siempre fue amable con Angelina, pero no quería salir con ella.

—¿Y cuándo convenciste a Theresa de que hiciera tu trabajo de Ciencias? Michael dijo que te bastó con sentarte con ella durante el almuerzo para que ella te lo hiciera enterito.

—¿Por qué ha contado Michael todas esas mentiras sobre mí? —masculló—. Eso no ha pasado.

Carina alzó la barbilla con gesto triunfal.

—¿Qué me dices de esta mañana?

—¿Qué ha pasado esta mañana?

Carina esbozó una sonrisa socarrona.

—¿No se suponía que ibas a asistir a la fiesta del sábado en casa de Walter?

Pasó de la pregunta mientras limpiaba el escritorio, pero la inquietud se apoderó de su estómago.

—Sí, ¿qué pasa?

—Le dijiste a Bonnie que estabas estresado y muy liado, y que necesitabas que alguien fuera en tu lugar. Ella se ofreció voluntaria para representar a La Dolce Maggie.

—¿Por qué me convierte eso en el malo? —gruñó.

Carina sonrió.

—Porque después te preguntó si te gustaría acompañarla a la ópera, ¿no te acuerdas? Tenía una entrada de sobra. Le diste unas palmaditas en el hombro, le dijiste que estabas ocupado, le diste las gracias por ir en tu lugar a la fiesta y la dejaste con cara de no comprender nada. Asúmelo, Max. Te comportas fatal con las mujeres.

La estupefacción hizo que se quedara mudo. Con gesto triunfal, Carina se levantó y tiró los restos de su almuerzo.

—Estaba ocupado —explicó—. Y no le di unas palmaditas en el hombro. No les hago esas cosas a las mujeres.

Parecía que a Carina le encantaban sus protestas.

—Sí, sí que lo haces. Les sigues la corriente y haces que alberguen esperanzas de tener una oportunidad contigo. Después les quitas la alfombra de debajo de los pies. Es un movimiento clásico en ti, te he visto hacerlo durante años.

Esa fue la gota que colmó el vaso. No era esa clase de hombre y había llegado el momento de que se diera cuenta.

—Carina, no sé por qué clase de hombre me tomas, pero no hago esas putadas. Me da igual lo que te haya dicho tu hermano.

—No ha hecho falta que Michael me diga nada. Lo llevo observando durante años. También lo hiciste conmigo.

—¿Qué? —El rugido escapó antes de que pudiera controlar sus emociones. La indignación brotaba de todo su cuerpo mientras la miraba fijamente—. Nunca me he tomado libertades contigo.

Una extraña expresión pasó por la cara de Carina antes de poder controlarse.

—No, claro que no. Pero es superior a tus fuerzas, Max. Coqueteas y engatusas a las mujeres, haces que se sientan como diosas frente a tu alma mortal. Nos enganchas y después nos quedamos chafadas cuando pasas a la siguiente mujer. —Se encogió de hombros—. Era joven. En aquella época estaba coladita por ti. Se me pasó. Fin del asunto. Tendrás el informe dentro una hora.

Lo dejó solo mientras la cabeza le daba vueltas como a un personaje de dibujos animados al que le habían dado un porrazo y veía pajaritos a su

alrededor. Esa confesión tan directa había puesto su mundo patas arriba. Por supuesto, era todo mentira. No les hacía eso a las mujeres. ¿Verdad?

El recuerdo de aquella fiesta revoloteó por su conciencia, dejándolo por mentiroso. Lo recordaba, sí, aunque quería olvidarlo. De vuelta de su tercer año en la universidad, Carina se mostró ante él con una pasión y una energía tan increíbles que lo dejó sin aliento. Recordó que al verla con el vestidito negro que se puso en vez de la camiseta ancha, se le secó la boca. Recordó que su risa, su mirada de veneración y su conversación chispeante siempre despertaban su interés y conseguían relajarlo. Se dijo que solo estaba mostrándose protector con ella porque era como una hermana, pero su cuerpo no pensaba en ella como si fuera de la familia. Se le puso durísima y se imaginó haciendo cosas muy malas. A solas. Sin el vestidito negro.

Esas ideas lo acojonaron. Se dio cuenta de que había estado tratando a Carina como a una mujer durante la cena, una mujer que le gustaba. Cuando la rubia se le acercó en el jardín, no titubeó. Era la clase de mujer que conocía el juego y que estaba dispuesta a llegar hasta el final.

El beso tuvo una intención muy concreta, pero nada de pasión. A él no le importó hasta que escuchó el jadeo a su espalda. La expresión que vio en los ojos de Carina seguía atormentándolo. Esos ojos oscuros se llenaron de dolor… reflejaron lo traicionada que se sentía.

Creyó que saldría corriendo entre lágrimas. Se preparó para el drama. En cambio, se acercó a él con la cabeza bien alta y una expresión de despedida, les entregó las copas de vino con dedos temblorosos y se fue. Le sobrevino un dolor, pero lo enterró y volvió con la rubia. Nunca echó la vista atrás.

Hasta ese momento.

Le remordía la conciencia. Se preguntó si Carina tenía razón. ¿Trataba a las mujeres como objetos que conquistar a fin de conseguir lo que quería? Le gustaba creer que las mimaba. Adoraba consentirlas y tratarlas como a reinas. Cierto que se negaba a ir más allá, pero lo hacía para evitar que acabasen con el corazón destrozado. Era honorable, al contrario que su padre. Guardaba las distancias emocionales, pero cumplía todos sus deseos y siempre les era fiel.

Al menos, hasta que cortaba con ellas. Era preferible terminar la relación a engañarlas. No, tal vez ser sincero fuera un poco cruel, pero Carina se equivocaba en todo. Le resultaba curioso que esa fuera la primera vez que admitía sentir algo por él. Esa manera de desentenderse de su error juvenil había sido un golpe para su ego, pero era lo mejor. Carina se comportaba como si él fuera un molesto mosquito que hubiera espantado y al que hubiera olvidado minutos después. ¿Tan fácil era olvidarse de él?

¿Y por qué le estaba dando vueltas a ese asunto? Siempre serían amigos. Con eso bastaba. Era la situación perfecta.

Desterró esos inquietantes pensamientos de su cabeza y estuvo trabajando

durante la hora siguiente. Unos toquecitos en la puerta lo desconcentraron.

—¿Interrumpo?

Laura Wells asomó la cabeza. Era la directora de un proveedor muy afamado y habían conectado muy bien hacía unas semanas, durante lo que fue una gran conversación. Una cita condujo a una segunda, y Max tenía la sensación de que, en conjunto, era perfecta. Guapísima, con una melena rubia rizada, ojos verdes, cuerpo esbelto de largas piernas y una altura que se acercaba a la suya, pero además era inteligente y procedían de un ambiente empresarial muy parecido. Se relajó y le hizo un gesto para que entrara.

—No, necesito un descanso. Me alegro de verte.

La vio acercarse al escritorio con paso firme. Su traje combinaba con el color de sus ojos y enmarcaba su esbelto cuerpo.

—Quería ver si podrías librarme de un evento social aburridísimo. Tengo que ir a la fiesta de Walter. ¿Tú vas?

Max recordó con cierta culpa cómo se había aprovechado de Bonnie.

—No era mi intención.

Ella lo miró haciendo un puchero.

—Por favor, Max, acompáñame. Mi agenda ha estado repleta últimamente y necesito mezclar negocios con placer.

La mirada de Laura le dejó claro cómo acabaría la velada.

« En la cama.»

Eso era lo que le hacía falta: pasar la velada en compañía de una mujer guapa que conocía las reglas. Sin descartar la promesa de algo más. Cuando menos, la promesa de un encuentro satisfactorio.

—Será un honor acompañarte. Te recojo a las siete.

—Estupendo.

Se levantó para escoltarla hasta la puerta y casi se dio de bruces con Carina. Sus labios rojos formaron una expresión de sorpresa y Max se imaginó otras muchas cosas, bastante escandalosas, que podía hacer con esa boca. Retrocedió de un salto y soltó un taco entre dientes.

—Me has dado un susto de muerte.

Carina ladeó la cabeza.

—Estás un poquito nervioso hoy, ¿no? Ah, hola. Carina Conte.

Laura sonrió mientras se estrechaban la mano. Lo abrumó una sensación placentera. Por fin le demostraba que iba en serio con sus acompañantes y que las trataba muy bien. Las presentó.

—Laura me acompañará a la fiesta de Walter.

La sonrisa de Carina no flaqueó.

—Qué bien. Deberías venir una noche a cenar a casa de mi hermano. Las amigas de Max siempre son bienvenidas.

La inquietud se apoderó de él al escucharla. Laura parecía ansiosa. Movió los

pies e intentó fingir un entusiasmo que no sentía.

—Esto… claro. Ya hablaremos de qué día.

—Cualquier viernes —añadió Carina.

—Me encantaría. Muchísimas gracias.

Max carraspeó. ¿Qué estaba haciendo Carina? No estaba preparado para que Laura asistiera a cenas familiares. Frunció el ceño.

—¿Necesitabas algo?

Carina le dio un fajo de papeles.

—Aquí tienes el informe. Los Yankees han ganado. En la planta segunda tenían la televisión puesta y Wayne ha salido en una de las pantallas.

—Tienes que reprenderlo.

—Mañana hablaré con él.

—La próxima vez que vayas a dar un día de baja, mira el calendario de béisbol. Y asegúrate de que no estén de resaca.

—Entendido.

Su eficiencia lo sorprendió tanto como su entereza. Daba igual lo que le echara encima, Carina lo aceptaba sin quejarse. En cuestión de semanas había conquistado a todo el personal con su buen corazón y su buen humor.

—Me he enterado de que también le has dado permiso a Tom para salir antes. Necesitaba esos informes de cuentas. ¿Qué excusa te ha puesto?

—No quería perderse el concierto de primavera de su hijo. —Ni pestañeó—. Me he puesto en contacto con Edward y me va a ayudar a que los tengas en una hora.

—Muy bien. Necesito que te quedes hasta tarde otra vez.

—Por supuesto.

La puerta volvió a abrirse y entró Edward. El despacho de Max de repente parecía una concurrida estación de tren.

—Hola, jefe. Me he enterado de que necesitas los informes de ventas esta tarde.

—Hace horas que los espero.

—Carina y yo nos pondremos ahora mismo con ellos. —Edward sonrió a Laura y Carina se apresuró a presentarlos. Charlaron como si estuvieran en una merienda íntima en vez de encontrarse en el despacho—. Supongo que nos veremos en la fiesta. A ver si podemos sentarnos a la misma mesa —añadió Edward.

Max enarcó una ceja.

—¿Sentarnos a la misma mesa? ¿Vas a ir?

Edward sonrió.

—Claro. Seré el acompañante de Carina.

Max vio cómo su ayudante le lanzaba a su comercial una mirada íntima. Como si ella también fuera a mezclar negocios con placer durante la fiesta. La

irritación se apoderó de él al imaginarse a Carina acostándose con Edward. Por el amor de Dios, ¿es que ya no le hacía caso a nadie? Controló el malhumor. Había llegado el momento de mantener otra charla. Y sería más tajante en esa ocasión. Max hizo que Laura y Edward salieran del despacho mientras le indicaba a Carina con un gesto que se quedara.

—Laura parece muy agradable.

Intentó arrebatarle ese aire digno con la mirada, pero no lo consiguió.

—Lo es. Me sorprende que vayas a una fiesta de negocios con un compañero.

—Muchos trabajadores asisten a este tipo de fiestas con sus compañeros.

El deje sereno de su voz lo instó a insistir.

—Has dejado claro que no debería meterme en tus asuntos. Pero me preocupa tu reputación en La Dolce Maggie.

—¿A qué te refieres?

Mmm. El ligero temblor de sus manos por fin se calmó. La nueva habilidad de Carina para controlar sus emociones instó a su instinto dominante a presionarla.

—Eres una de las socias fundadoras de esta empresa. No te conviene que se vaya diciendo por la oficina que eres fácil.

Aunque Carina se ruborizó, permaneció inmóvil.

—¿Fácil? Tengo una cita y ya te imaginas que salto de cama en cama por la oficina, ¿no?

Casi dio un respingo al escucharla, pero se contuvo.

—Los rumores corren como la pólvora. Ya he visto cómo Ethan, de contabilidad, te sigue como un perrito faldero. ¿También sales con él?

La sonrisa indolente lo pilló desprevenido.

—A ti te lo voy a decir…

Miró fijamente a esa mujer que ya no conocía.

—Me preocupa tu carrera profesional. Te he dicho muchas veces que los estadounidenses son distintos. Quiero que tengas cuidado. *Capisce?*

—Tú me faltas al respeto más que cualquier hombre que quiera llevarme a la cama, Max. —Soltó el aire con fuerza, pero mantuvo el control. Ni un mechón de pelo escapó del severo moño. Sus ojos almendrados brillaban con un fuego con el que él se moría por jugar—. Los hombres con necesidades físicas son muy simples. Pero tú usas ese cerebro tuyo para jueguecitos psicológicos. Les tiendes trampas mortales a las mujeres. Te gusta controlar todos los elementos del campo para que nadie se haga daño, ¿verdad? Pero la pobre Laura ya está coladita por ti y no quieres ni invitarla a cenar.

Merda, ¿cuándo había desarrollado ese sarcasmo?

—Laura conoce las reglas, tú no.

Carina soltó una carcajada carente de humor y se acercó a él. Sus uñas rojas

le golpearon la corbata con gesto desdeñoso.

—Ahora yo pongo las reglas. Y soy más honesta que tú. —Su perfume lo envolvió y le entraron ganas de correr en círculos como un perro que intentara morderse la cola—. No podrías mantener una relación aunque tu vida dependiera de ello, así que te concentras en mí. Buena estratagema, pero no te va a funcionar en esta ocasión.

—No sabes nada de mí ni de mis relaciones. Solo intento guiar a una mujer joven en su formación. Lo que Michael me pidió que hiciera.

Ese comentario dio en el blanco. La rabia brotó de Carina en oleadas. La vio contener a duras penas su famoso temperamento y se preparó para el estallido que tendría lugar, encantado de que se produjera. Porque conocía a esa Carina y podía lidiar con ella.

En cambio, Carina consiguió controlarse y le lanzó una mirada casi lastimera. La vio retroceder unos pasos. El severo corte de la chaqueta realzaba las terrenales curvas de sus caderas y de sus pechos, una deliciosa contradicción que se la puso dura y que le nubló la cabeza.

—Si es lo que necesitas pensar para poder dormir por las noches, tú mismo. Pero aunque estés muy contento con tus ilusiones, deja que te diga una cosa: ya no me importas, Max. Tus relaciones me dan igual, pero no así las mías. Y si quiero tirarme a Tom, a Dicky a Harry en mi tiempo libre, no metas las narices. Porque no quiero dormir plácidamente por las noches. —Sonrió—. Eso se acabó. —Sus tacones resonaron en el suelo de madera—. Estaré en el departamento de contabilidad si me necesitas.

Max contempló la puerta cerrada un rato. Ya no se enfrentaba a una chica joven. Se enfrentaba a una mujer tentadora, que le suponía más problemas de los que había previsto. Consiguió recuperar el control mientras se preguntaba a qué se debía el vacío que sentía en el estómago. Dado que no sabía cómo eliminarlo, bebió un poco de agua y pasó a otro asunto.

Como hacía siempre.

4

Carina se paseó por el pequeño apartamento, tipo loft. La moqueta de color gris azulado estaba prácticamente cubierta por las cajas y en la cocina apenas había suficiente espacio para que una persona de caderas generosas pudiera moverse con soltura. El futón de color amarillo añadía una nota de color, al igual que la mezcla de acuarelas que colgaban de las paredes. Era evidente que el artista que las había pintado no merecía una exposición, pero al menos eran alegres e interesantes. Los ventanales estaban situados frente a unos enormes árboles, y tuvo la impresión de estar viviendo en una moderna casita situada en un árbol, sacada de una película de fantasía.

Era perfecto.

La inundó la alegría. El apartamento de Alexa era oficialmente su primera casa propia. Por fin tendría la intimidad que tanto había deseado. Ante ella se abría un mundo lleno de posibilidades. Y no pensaba malgastar el tiempo.

Empezaría a la noche siguiente con su primera cita.

Escuchó unos pasos que se acercaban. Michael y Max entraron por la estrecha puerta y se dejaron caer en el hundido futón.

—Esas son las últimas.

Carina rio entre dientes al ver a esos dos hombres tan fuertes resoplando tras haber subido la escalera.

—Pensaba que entrenabais todos los días en el gimnasio. Pero veo que estáis agotados después de haber subido unas cuantas cajas.

Michael y Max se miraron con incredulidad.

—¿Estás de coña? ¿Qué has metido en esas cajas, por cierto? ¿Piedras? —le preguntó su hermano.

—Necesito muchos zapatos. Y mi material de pintura.

Max la miró echando chispas por los ojos.

—Debe de haber unos trescientos escalones, estrechos y sinuosos. ¿Dónde narices está el aire acondicionado?

—Alexa dice que es un aparato muy antiguo. Y os dije que era mejor contratar a una empresa de mudanzas.

—No hacía falta. Queríamos ayudarte.

Carina contuvo un suspiro.

—Vale. Os lo agradezco, pero ¿por qué no os vais ya? Tengo que colocarlo todo. Maggie ha mencionado una cena benéfica esta noche.

Michael gimió mientras se levantaba.

—Tienes razón. Se volverá loca decidiendo qué ponerse y por más que le diga que está estupenda, insistirá en que se ve gorda.

Carina se echó a reír.

—Recuérdale que no está gorda… que más bien lleva dos cuerpos extra en esa barriga tan pequeña.

—Lo intentaré. ¿Estarás bien? ¿Necesitas algo?

Carina sonrió y lo besó en la mejilla.

—*Niente*. Estoy emocionada, tengo ganas de colocarlo todo y no me hace falta nada. Te quiero, Michael.

Su hermano la miró con gesto cariñoso y después la besó en la coronilla.

—Yo también te quiero. Max, ¿te vienes?

—Dentro de un momento. Ve tú delante.

—Hasta luego entonces.

Michael se marchó y Carina miró a Max.

« Madre mía» , pensó.

Su pelo oscuro estaba alborotado, lo que aumentaba su atractivo, y le brillaba la frente por el sudor. Llevaba una vieja camiseta de manga corta que se le pegaba a los músculos del torso, a los abdominales, a los bíceps y a otros lugares la mar de apetecibles. Los desgastados vaqueros resaltaban su culo y como eran de cintura baja, parecían una pecaminosa invitación para una mujer. Además, con su altura parecía cernirse sobre ella de forma dominante, algo que le provocaba un nudo en la boca del estómago ya que apenas le llegaba a la barbilla. Puesto que estaba más que acostumbrada a pasar por completo de la atracción física que suscitaba en ella, se concentró en la tarea que tenía por delante.

Cogió la primera caja y la abrió con el cúter.

—Max, no tienes por qué quedarte. Estoy bien.

—Sí, lo sé. Pero tengo sed. ¿Quieres una cerveza?

—No tengo.

Max sonrió y se levantó del sofá. Cuando regresó de la cocina llevaba en la mano una Moretti helada. Esos dedos fuertes y morenos rozaron los suyos al entregarle la botella.

—Un regalo para celebrar la mudanza.

—Bien. —Carina se llevó la botella helada a la cara y después al cuello. El frío hizo que se le pusiera la carne de gallina al tiempo que suspiraba de placer—. Esto es maravilloso.

Escuchó que Max soltaba una especie de gemido y lo miró. Sus ojos azules le provocaron un calor abrasador. Se le aceleró el pulso al instante, pero logró controlarse y retroceder un paso. Era gracioso que jamás le hubiera visto esa mirada antes. Parecía… desearla.

Se bebió la cerveza mientras se sumían en un silencio abrumador. Ella fue la

primera en hablar en un intento de poner fin a la incómoda situación.

—Bueno, ¿tienes planes importantes para el fin de semana?

—La verdad es que no.

—El lunes tenemos la visita, ¿verdad?

—Ajá.

—¿Qué te parece mi nueva casa?

—Pequeña.

—¿Has leído algún libro interesante últimamente?

—No. ¿Y tú?

—Sí, el *Kamasutra*. —Eso sí que llamó la atención de Max, que la miró con el ceño fruncido, pero no dijo nada—. ¿No lo has leído?

—Ni falta que me hace. —Su ronca respuesta dejó bien claro que le iba muy bien sin necesidad de leer el conocido manual de sexo.

Carina detuvo la botella de cerveza a medio camino de sus labios. Su temperamento estaba a punto de estallar, porque acababa de darse cuenta de que Max intentaba intimidarla con su altura y con su intensa masculinidad. Era un dios sexual de carne y hueso, y estaba hasta el gorro de ser su sombra. Lo miró con los ojos entrecerrados y le soltó:

—Si no tienes nada de lo que hablar ni vas a aportar nada interesante, creo que deberías irte. Tengo mucho trabajo por delante.

La sorpresa demudó esos rasgos que parecían esculpidos. Lo vio esbozar una sonrisa.

—¿Te estorbo o algo?

—Sí. O algo. Si lo único que vas a hacer es quedarte ahí plantado como si fueras un póster de Calvin Klein, haz el favor de irte a otro lado. Estoy segura de que tus otras mujeres apreciarán más las vistas.

Max se atragantó con la cerveza y la miró como si fuera un bicho raro.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído. —Soltó con fuerza la botella sobre la ajada mesa auxiliar y empezó a vaciar una de las cajas.

Aunque sentía el calor corporal que Max irradiaba tras ella, decidió pasarlo por alto.

—¿Te has vuelto loca? ¿Por qué de repente te resulta tan irritante mi presencia? Me apetecía quedarme un rato contigo. Pedir una pizza. Nada del otro mundo.

Semejante arrogancia hizo que Carina apretara los dientes.

—Gracias por ofrecerme tan generosamente tu compañía, Max. Pero tengo muchas cosas que hacer y me gustaría estar sola. Antes nunca nos hemos relacionado a menos que Michael estuviera con nosotros, y la verdad, necesito organizar todo esto.

—Tienes por delante el fin de semana.

—Mañana voy a la fiesta, así que me gustaría dejarlo todo casi listo.

—Ah, sí, la fiesta. Vas con Edward.

Lo miró con expresión cortante. La escenita de la oficina todavía le dolía, pero antes muerta que dejar que él se enterara. Estaba harta de los jueguecitos de Max. Ya era hora de que probara su propia medicina. Una medicina muy amarga.

—Tengo muchas ganas de conocer mejor a Laura. Le diré a Michael que la invite a cenar la semana próxima.

Eso lo puso en guardia. Su atlético cuerpo se tensó.

—Hazme el favor de no invitar sin mi permiso a las mujeres con las que salgo.

—¿Por qué no?

—Me gusta Laura, pero no tengo prisa. Conocer a la familia es un paso importante.

Carina sonrió.

—Otra que acaba en la papelera, ¿no? Qué pena, pensaba que tenía algo que lograría mantenerte interesado más tiempo.

Max contuvo el aliento mientras ella se acercaba a la siguiente caja, que procedió a vaciar con eficiencia, dispuesta a no enzarzarse en una discusión con él. Por desgracia, Max se colocó frente a ella y la obligó a discutir.

—¿Qué sabes tú de las mujeres con las que salgo? El hecho de que vaya despacio y con cuidado no significa que sea incapaz de sentar cabeza.

Carina echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Vaya, esa es buena. Si me dieran un dólar por cada una de las mujeres que te han salido rana, sería más rica que tú. Pero si cuando eras joven no me escuchabas, ahora menos todavía.

—Dime una que fuera un error.

—Sally Eckerson.

Max frunció el ceño.

—Salimos tres meses. Una relación satisfactoria.

—Mmm… Qué interesante. Acabó acostándose con tu amigo Dale, ¿no te acuerdas?

Max siguió con el ceño fruncido mientras hacía memoria.

—Ah, sí. Pero ya habíamos cortado.

—No, cortaste con ella después de que la pillaras en la cama con tu compañero de cuarto. Después te liaste con la modelo rubia que tenía un cociente intelectual de uno. O tal vez de dos.

—¿Jenna? Eso no es cierto, tuvimos unas conversaciones muy interesantes.

Carina lo miró hasta que él se removió, incómodo.

—Max, la llevaste una noche a cenar a casa de mi madre. No sabía que había una guerra en Irak ni tampoco sabía cómo se llamaba el presidente de Estados

Unidos.

—Bueno, no le interesaba la Historia. Tampoco es para tanto.

—Admitió que no leía libros sin ilustraciones.

—El *Vogue* tiene artículos.

—Sí, claro. Es lo mismo que quien lee el *Playboy* por sus profundas historias.

—Eso es injusto. Da la casualidad de que me gustan las mujeres, todas las mujeres, y les doy una oportunidad. El hecho de que no haya encontrado a la adecuada no significa que no lo esté intentando.

Carina meneó la cabeza.

—Me he pasado la vida viéndolas entrar y salir. Hay un motivo específico para que lo estés intentando con las mujeres equivocadas. Tienes problemas con la intimidad. Todas ellas están condenadas al fracaso.

Su traicionero corazón dio un vuelco y amenazó con detenerse. ¿Por qué Max no veía lo mismo que ella cada vez que lo miraba? Un hombre con una enorme capacidad para amar, pero al que le asustaba entregarse. Claro que sabía por experiencia que jamás estaría preparado para sentar la cabeza. Max se negaba a salir con una mujer que de verdad estuviera a su altura, porque en ese caso se quedaría sin excusas. Al salir con mujeres con las que no podía tener una relación profunda, evitaba acabar inmerso en la pesadilla que más temía.

Convertirse en alguien como su padre.

Jamás hablaba de él, pero la herida que le había provocado su abandono no había llegado a cerrarse por completo. De modo que se había autoimpuesto un listón altísimo a fin de protegerse para no cometer el mismo error. Perder su honor. Abandonar a sus seres queridos. La solución más sencilla era evidente: no correr el menor riesgo.

Carina levantó un brazo y le tocó la cara. Sintió la aspereza de la barba en las yemas de los dedos al tiempo que aspiraba un olor masculino a sudor y almizcle.

—Max, tú no eres como tu padre.

Él retrocedió dando un respingo. La miró totalmente asombrado, pero Carina no le concedió tiempo para asimilar lo que acababa de decirle ni para que se percatara de que él era su debilidad.

—Gracias por la cerveza y por la ayuda. Pero necesito ponerme a trabajar. Nos vemos mañana.

En esa ocasión le dio la espalda de forma intencionada. Los segundos pasaron lentamente hasta que escuchó el tintineo de la botella sobre el cristal de la mesa y el sonido de la puerta al cerrarse.

El alivio la inundó de repente. No volvería a hacerlo jamás. Nunca sería la mujer capaz de salvarlo y él jamás la querría como ella necesitaba que lo hiciera. Sin embargo, ante ella se extendía un nuevo mundo lleno de posibilidades y sería tonta si no lo aprovechaba. Para empezar tenía una cita al día siguiente.

Sacó el iPod del bolso, subió el volumen y comenzó a trabajar.

La Feria de Productos Artesanales del valle del Hudson atraía a un público muy numeroso. Max cruzó la gran explanada llena de stands, deteniéndose de vez en cuando para examinar los productos de algún artista local. En las mesas se exponían una gran variedad de objetos únicos, desde cerámica labrada hasta cajas nido pintadas a mano, pasando por acuarelas. Las empresas de la zona sacaban las alfombras rojas para la ocasión y celebraban demostraciones y degustaciones para atraer clientes. Estaban presentes las organizaciones benéficas, la policía y los bomberos, así como las escuelas de kárate y de yoga. El mes de mayo les regalaba sol y calor, y casi todos los asistentes se paseaban en camiseta y pantalones cortos, ansiosos por disfrutar de un verano anticipado.

Max inspiró hondo y percibió el olor a grasa y azúcar, cogió una limonada casera y se encaminó al stand de la empresa. Los chillidos de los niños que saltaban en las camas elásticas flotaban en el aire, y de repente lo inundó una sensación de paz. Era interesante que hubiera adoptado tan rápidamente la zona norte de Nueva York como su segundo hogar. Las cumbres de las majestuosas montañas relucían a los lejos y le recordaron que todavía eran las reinas y que entre ellas discurría el río Hudson. Le encantaba la simpatía de los lugareños, que trataban a los forasteros sin la menor arrogancia. En ese lugar todos eran familia y recibían con los brazos abiertos a cualquiera que quisiera adoptar el valle como su hogar.

Max siguió caminando hacia la derecha, y se detuvo para charlar con los dueños de algunos negocios al tiempo que buscaba con la mirada el enorme cartel. Aunque no había supervisado la organización de ese evento en concreto, confiaba en que David lo asombrara. Había conectado muy bien con el chef de la nueva tienda y los dulces elegidos eran una combinación ganadora. Menos mal que había vetado el chocolate, porque con el calor que hacía habría acabado derretido.

Sus ojos se demoraron en el enorme cartel y después se percató de la multitud que se agolpaba en torno al mostrador. Sí. A juzgar por la cola que había, sus dulces eran todo un éxito. Alguien vestido de blanco se movía de un lado para otro, y en ese momento captó una risa ronca muy familiar que le acarició los oídos.

Y entonces la vio.

Definitivamente no era David.

Carina llevaba unos pantalones cortos diminutos que hacían bien poco por ocultar su magnífico culo. Aunque el top era bastante discreto porque tenía suficiente tela para taparlo todo, el intenso color amarillo atraía las miradas a sus pechos. Llevaba el pelo recogido bajo una gorra de béisbol con LA DULCE MAGGIE escrito en negro y unos aros de oro en las orejas. Su mirada descendió al instante hasta esas piernas torneadas y morenas y se detuvo al llegar a los pies.

Tal como había imaginado, aunque las demás mujeres llevaban chanclas, ella se había puesto unas sandalias con siete centímetros de tacón que resultaban poco prácticas, ridículas… y la mar de eróticas.

¿Qué narices hacía Carina en el stand?

Se abrió paso hasta llegar al mostrador, pero ella no lo vio. No paraba de moverse de un lado para otro ofreciendo porciones de *cassata*, un bizcocho bañado con licor y relleno con una crema de requesón. Las pequeñas porciones de *torta di Treviglio* se comían con los ojos, y los *biscotti* de miel triunfaban entre los más pequeños. Carina charlaba, reía y entregaba un gran número de panfletos publicitarios, sin dejar de contestar preguntas y de servir vasos de café helado. Aunque tenía la cara cubierta de sudor, no se detuvo en ningún momento. Los dos chicos de prácticas trataban de ayudar, pero era evidente que no estaban en su salsa. Altos y desgarbados, parecían incapaces de manejar la cafetera y pasaban más tiempo mirando embobados a la despampanante jefa.

De repente y como si por fin se hubiera percatado de su mirada, Carina se detuvo y volvió la cabeza.

Max sintió una extraña opresión en el pecho, una sensación incómoda que jamás había experimentado antes. Lo abrumó el inusual deseo de abrazarla, tan intenso que incluso dio un paso al frente. Menos mal que no llegó a completar el movimiento. Carina lo saludó con la mano, sonrió y regresó al trabajo como si no lo hubiera visto.

Con el ego tambaleándose tras el golpe, Max carraspeó y trató de recuperar el control.

Se acercó a ella y la miró echando chispas por los ojos.

—¿Qué pasa aquí? ¿Dónde está David?

Carina siguió con lo que estaba haciendo y tardó un rato en contestar.

—No ha podido venir. Lo estoy sustituyendo.

Max soltó un taco entre dientes.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Su mujer está embarazada. Anoche tuvieron que ir a urgencias porque empezaron las contracciones, pero fue una falsa alarma.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, pero él estaba hecho polvo y prefería quedarse con ella.

—¿Y qué pasa con Edward o con Tom? Supuestamente debían ayudar si surgía algo.

Carina sonrió mientras distribuía *biscotti*.

—Tenían planes. Les dije que yo me encargaba de todo.

En esta ocasión sí que soltó el taco. Carina era incapaz de mostrarse autoritaria con el personal cuando debía serlo. Dejaba que los empleados se salieran con la suya aunque adujeran cosas ridículas, algo que jamás se

atreverían a hacer con él. Era una mujer lista y muy espabilada, pero en ese sentido era muy ingenua. Su bondad siempre acababa ocasionándole algún problema.

—Carina, deberías haberme llamado. *Dio*, el lunes por la mañana mataré a todo el departamento de ventas.

Carina lo miró furiosa.

—Ni se te ocurra. Además, quería venir. Tengo que aprender a reconocer los dulces, debo saber lo que se vende y lo que no. He aprendido más en las últimas horas que durante todos los días que llevo en la oficina. Déjalos tranquilos.

Los dos adolescentes se tomaron un descanso, irritados por culpa de la cafetera, y se acercaron para saludarlo.

—¡Hola, señor Gray! —exclamaron al unísono.

Él asintió con la cabeza e intentó no parecer un viejo cascarrabias.

—Hola, chicos.

—Esto… Carina, la cafetera no deja de dar problemas. No soy capaz de hacer un café decente.

—Vale, Carl, ahora mismo le echo un vistazo. Toma, reparte dulces de momento. Y que no se te olvide entregar panfletos.

—De acuerdo.

Max rodeó el mostrador, que tenía forma de ele, y se acercó a la enorme cafetera cuyo tamaño impresionaba de por sí. Carina se abanicó la cara con una mano mientras que con la otra manejaba las relucientes palancas.

—Carina, eres la jefa. Los empleados se están aprovechando de ti de manera descarada. Te mudaste ayer y debes de estar agotada.

Lo miró con una sonrisa insolente.

—Habla por ti. Soy ocho años más joven que tú. No tengo problemas de energía.

De repente, sintió el incontrolable impulso de arrancarle la ropa, tumbarla en la hierba y descargar toda su energía sobre ella. Se la imaginó desnuda y gimiendo bajo su cuerpo.

—Ándate con ojo, jovencita, o lo mejor me veo obligado a demostrarte que estás equivocada.

En vez de retroceder, Carina soltó una carcajada.

—¿Estás de broma? Ahora mismo necesito un hombre con energía suficiente para hacer cien tazas de café en un tiempo récord. Me apuesto lo que quieras a que no eres capaz de hacer un expreso decente.

Max apoyó la limonada en el mostrador y la miró sin dar crédito.

—Es imposible que me hayas dicho eso. Soy italiano. Me he pasado la vida haciendo café en mi casa.

Ella resopló al tiempo que conseguía que la cafetera funcionara correctamente. En la taza cayó un hilillo oscuro y el olor tostado del café no

tardó en inundar sus fosas nasales.

—Claro, en tu reluciente cocina con tu cafetera gourmet. ¿Por qué no te remangas la camisa y me demuestras de lo que eres capaz, jefe?

—¿Me estás retando?

Carina se encogió de hombros.

—Olvídalo. No quiero que te manches esa ropa tan elegante que llevas.

Max soltó un taco entre dientes, arrojó el vaso de limonada a la basura y se colocó tras el mostrador. Con movimientos eficientes se puso unos guantes, cogió la gorra extra y aferró a Carina por los hombros. Ambos dieron un respingo, sorprendidos por la corriente sexual que sintieron nada más rozarse. Y eso que solo pretendía apartarla de su camino. La cafetera decidió soltar un chorro de vapor en ese mismo instante, como si se hubiera ofendido por el repentino momento de intimidad.

Max soltó a Carina y trató de disimular con un resoplido.

—Quítate de en medio.

Las pupilas de Carina se dilataron, como si reconociera la orden y quisiera obedecerla. Max sintió que le subía la temperatura, algo que no tenía nada que ver con el calor ni con el café. La expresión de los ojos oscuros de Carina lo golpeó con fuerza. Allí donde más dolía…

—Cronométrame.

Max sabía que para obtener una taza de expreso perfecta debía seguir ciertas reglas. Los ingredientes eran fundamentales: café arábigo cien por cien natural, tostado, no torrefacto; agua fresca sin aditivos para no adulterar el sabor y la cafetera perfecta. El resto era cuestión de habilidad, sobre todo a la hora de prensar el café en el filtro, ya que debía hacerse en la justa medida para no romper el equilibrio. Lo hizo todo con la comodidad de años de práctica para impresionar a las mujeres y a su madre. Quitó el portafiltros. Echó el café recién molido. Presionó el café con el prensador. Colocó el portafiltros en su lugar. Pulsó el botón para llenar la taza. Repitió el proceso.

Max sintió la mirada de Carina sobre él pero se negó a interrumpir el trance en el que se había sumido; no quería discutir con ella. ¿Cómo se atrevía esa mujer a cuestionar sus habilidades?

Carl silbó mientras giraba el cuerpo para servir cuatro tazas a la vez.

—Joder, señor Gray, usted sí que sabe.

—Gracias. Ven aquí y te enseño. Algún día tendrás una cafetera como esta y querrás impresionar a alguna chica. —Guiñó un ojo—. A lo mejor hasta consigues conquistarla del todo.

El chico abrió los ojos como platos.

—Genial. Enséñeme.

Max instruyó a los estudiantes en prácticas en el refinado arte de la seducción por medio del café. Carina extendió un brazo para coger la canela.

—¿Por qué los hombres lo convierten todo en un método para llevarse a las mujeres a la cama?

Carina le rozó el hombro con un pecho y eso hizo que a Max se le escurriera el mango del portafiltros. La cafetera escupió un chorro de café, furiosa.

—Joder, me has cortado el ritmo. La respuesta es simple. Los hombres solo piensan en dos cosas: comida y mujeres.

—Y a veces en deporte —añadió Carl con seriedad.

Carina suspiró.

Las horas pasaron volando gracias a la vorágine de actividad, y llegó un momento en el que a Max le dolían todos los huesos del cuerpo. Sin embargo, había algo entre ellos que facilitaba el trabajo en equipo de tal forma que sus movimientos parecían coordinados. Las pullas que se lanzaban ayudaban a que el trabajo fuera divertido. Max comprendió que a veces era demasiado serio y los estudiantes en prácticas alucinaban con las pullas de Carina, que siempre lo había tildado de estirado.

También se percató de la cola de hombres que se asomaban por encima del mostrador para echar un vistazo a lo que dejaban a la vista los diminutos pantalones de Carina. Ella parecía percatarse de la curiosidad que suscitaba y les seguía el juego. Todos los hombres se marchaban con una sonrisa embobada, algo que cada vez enfurecía más a Max. ¿Tan tontos eran los hombres que bastaba un guiño descarado y un contoneo de caderas para que el cerebro les dejara de funcionar?

« Pues sí» , se respondió en silencio.

Sobre todo tratándose de Carina. Tenía un cuerpo de infarto, pero era su capacidad para reír y su extroversión lo que conquistaba a cualquier hombre. Porque ella deseaba ser el centro de atención. Max le entregó una taza de café al tontorrón que tenía delante y que la miraba boquiabierto, pero lo hizo con más ímpetu de la cuenta. El café se derramó por el borde y el chico gritó.

—Deberías haberte puesto el uniforme —dijo Max—. Esa ropa es un poco llamativa.

Carina puso los ojos en blanco como si él fuera su tío, ya entrado en años.

—Sí, claro, un traje pantalón sería comodísimo para estar aquí. Estamos casi a treinta grados.

—Debemos proyectar una imagen profesional.

Su risa le provocó un nudo en las entrañas.

—Ay, Max, qué gracioso eres. ¿Por qué crees que llevo estos pantalones cortos? —El guiño travieso de Carina lo dejó sin aliento y tuvo la sensación de que era tonto—. Me has enseñado muy bien. No hay razón para no usar tu cuerpo, tu encanto y tu cerebro para dar un empujoncito, ¿verdad?

Por primera vez en su vida, Max se quedó sin palabras por culpa de una chica que se había convertido en un desafío digno de cualquier hombre. Carina parecía

consciente de su victoria y, tras regalarle una sonrisa burlona, se volvió para atender a los últimos clientes.

5

Carina se miró en el espejo de pie.

Estaba cañón.

El placer se apoderó de ella al dar una vuelta y ver cómo la larga falda se agitaba en torno a sus piernas. La tela azul marino resaltaba su piel morena y su pelo oscuro. Desde luego que no se parecía en nada a su anterior vestuario y a su deseo de esconderse. No, ese vestido iba gritando «aquí estoy», y le encantaba.

El corpiño era ajustado y la tapaba como era debido, pero la espalda era la sensación. Pensó en ponerse un sujetador sin tirantes, pero después descartó la idea. Apenas se notaba el contorno de sus pezones, un atisbo incitante, nada de exhibicionismo. Hacía que se sintiera sexy y desnuda bajo la tela. «Picarona», pensó.

Justo lo que necesitaba para su cita.

La voz de Flo Rida sonaba en la estancia y ella movía las caderas al insistente ritmo de la música mientras se maquillaba. Con un poco de suerte a Edward le resultaría el vestido igual de tentador y la química entre ellos sería explosiva. Imaginó sus manos por debajo del corpiño para jugar con sus pechos desnudos mientras le pellizcaba los pezones y ella se arqueaba y separaba los muslos y…

La cara de Max apareció de repente.

Dejó el lápiz de ojos en el aire y se miró con el ceño fruncido en el espejo. Al cuerno con él. ¿Por qué narices tenía que estar tan bueno? Jamás se le pasó por la cabeza que trabajaría con ella en el stand de la feria. Parecía muy elegante y refinado con el polo verde, los chinos y los mocasines de piel. Con ese pelo revuelto en la justa medida por el viento y la aristocrática nariz levantada con gesto desdeñoso mientras la reprendía, fue incapaz de no retarlo, convencida de que jamás aceptaría el desafío. Ese hombre dirigía una empresa entera y, sin embargo, había manejado la cafetera como si fuera un maestro e incluso había convencido a los dos chicos de prácticas de que era un tío guay.

Se estremeció al recordarlo. Sabía moverse, desde luego. Esos elegantes dedos acariciaron los botones y las palancas como lo haría un amante, exprimiendo al máximo la cafetera. Pasada la primera hora, incluso se relajó y empezó a divertirse. Sonreía y dejó asomar sus blancos dientes mientras charlaba con las personas que paseaban por la feria, y sus músculos no dejaban de tensarse y de relajarse con cada movimiento de su cuerpo. Ella se descubrió contemplando su trasero en demasiadas ocasiones, porque la tela se amoldaba a los glúteos y la hacía desear hacer cosas. Cosas malas. Con Max.

Cerró los ojos. *Dio*, tenía que dejar de pensar en él de esa manera. Esa noche conocería mejor a Edward y con suerte se daría un buen revolcón. Era su primera cita oficial durante su nueva etapa en Estados Unidos y no pensaba fastidiarlo todo babeando por Max.

Eso se acabó.

Terminó de maquillarse y cogió las sandalias de marca. Se ató las tiras en torno a las piernas, y contempló el brillo de los zafiros. Por Dios, le encantaban los zapatos. Antes de ganar la batalla a su problema de peso, descubrió su pasión por el calzado. Los zapatos nunca la hacían parecer gorda, y eran estupendos para subirle la moral. Las uñas de los pies lucían el mismo tono rojo de sus labios.

Se puso unas cuantas pulseras y los pendientes de plata antes de coger el chal y el bolso de cuentas. Después salió por la puerta.

Había llegado la hora del espectáculo.

Max miró a su acompañante y se preguntó por qué no sentía nada.

Hacía tiempo que le atraía. Después de su atrevido comentario en el despacho, se dio cuenta de que Laura quería llevar su relación al siguiente nivel. La conversación con Carina seguía resonando en sus oídos y era el momento de demostrar que se equivocaba. Laura tenía todo lo que buscaba, y en esa ocasión Carina no se burlaría de él por estar con la mujer equivocada.

Le pidió a Laura una copa de vino y encontró un asiento en un rincón. Su mirada se paseó por la estancia mientras escuchaba a medias lo que Laura le decía, sin apartar la vista del resto de los invitados. Mientras pasaban los minutos, se preguntó si Carina había cambiado de opinión y había cancelado su cita. Casi añoraba poder hacer lo mismo con la suya. Las largas horas en la feria le habían quemado un poco la piel, le habían fastidiado la espalda de tanto agacharse y lo habían dejado con una erección casi permanente. Aunque le daba igual. Le gustaba la risa cantarina de Laura, así como el generoso escote de su vestido negro. La reacción que había tenido ante Carina lo preocupaba, pero tenía que admitir que había pasado bastante tiempo desde la última vez que complació a una mujer. « Demasiado trabajo y poco placer» , se dijo Max.

La vio entrar.

Qué raro, pensó, Carina había formado parte de su vida durante tanto tiempo que en casa nunca se había fijado en ella. Allí su presencia era como una llama, como si el sol se asomara a través de nubes tormentosas para tentar a la gente que estaba en la playa con un rayito de luz. Esos últimos años habían cambiado su cuerpo y madurado su mente, hasta que el resultado lo sobrepasó como un grupo de caballos de carreras en busca de la línea de meta.

Max se rindió y la miró boquiabierto.

Carina prefería los colores en ese momento. Antes cubría su cuerpo con tonos

verdes y grises en un esfuerzo por esconderse. Esa noche había tirado la precaución por la borda y se había puesto bajo los focos, la personificación de la tentación.

Menos mal que llevaba las piernas cubiertas. La vaporosa tela azul marino caía hasta el suelo y se ceñía a sus generosas caderas y a sus voluptuosos pechos. Alcanzó a ver unos tacones de aguja a juego mientras caminaba con la cabeza echada hacia atrás porque se estaba riendo. Llevaba la melena rizada recogida en un moño alto, de modo que dejaba al descubierto la delicada curva de su cuello.

Edward la sujetaba del codo con gesto posesivo mientras le susurraba algo al oído. Ella se rio de nuevo y se volvió.

Max sintió que se quedaba sin aire. Su espalda desnuda brillaba bajo las luces, y su piel morena lo incitaba a recorrerle la columna con la lengua para saborearla. La tela se recogía en su cintura y dejaba demasiada piel a la vista. ¿Qué sujetador se habría puesto con semejante vestido? Entrecerró los ojos mientras la veía atravesar la estancia.

Se le notaban los pezones bajo la delicada tela. Una salvaje punzada de deseo lo atravesó e hizo que le diera vueltas la cabeza. Confirmado. No llevaba sujetador. Sus voluptuosos pechos se mecían libremente y torturaban a todos los hombres presentes como si jugaran al escondite. Sin hacer caso de la multitud y al parecer sumidos en su propio mundo, Carina y Edward fueron directos a la pista de baile. Edward la pegó a su cuerpo, demasiado a su parecer, y una de sus manos le acarició la cintura hasta posarla en la base de su espalda, justo encima de su trasero. ¿Qué leches? ¿Acababan de llegar y ya era incapaz de dejar las manos quietecitas? Ni siquiera habían echado un vistazo a su alrededor para ver quién más había. Estaban en una cena de negocios, por el amor de Dios, no en un bar de copas. ¿Ya no se estilaba eso de presentarse a los demás?

—¿Cariño? ¿Por qué estás tan distraído esta noche?

Meneó la cabeza. Con fuerza. Y después se obligó a sonreír.

—Lo siento, es que acabo de ver a un amigo. ¿Te importa si te dejo un momento?

Laura lo miró con una sonrisa cegadora y le provocó dolor de cabeza. ¿Quién tenía unos dientes tan blancos?

—Claro que no. Siempre que no tardes.

El puchero que hizo fue de lo más elocuente. Sin duda alguna podría llevársela a la cama esa noche. Se guardó esa idea y atravesó la estancia.

Las tristes palabras de Adele invadieron sus oídos. Se abrió paso entre las parejas que bailaban y llegó hasta ellos. Carina movió la cabeza un centímetro. Sus ojos se encontraron.

Esos dos pozos insondables lo arrastraron a sus profundidades. Algo comenzó a arder antes de que se abrieran como platos. Max reconoció la atracción, tenía

experiencia con las señales de la excitación. Sintió la piel muy tirante. Y el atávico impulso de apartarla de Edward y reclamarla como suya lo abrumó. Extendió un brazo y…

—Max, menuda sorpresa.

Edward se volvió y sonrió.

—Hola, jefe. Creía que no ibas a venir.

—Cambio de planes. —Esbozó una sonrisa tensa—. ¿Te importa si te sustituyo?

—Qué va. —Edward hizo una reverencia, arrancándole una risilla tonta a Carina—. Milady, vendré a buscaros en un ratito.

Ella lo miró con una sonrisa deslumbrante, algo que cabreó a Max.

—Muchísimas gracias, galante caballero.

Max le cogió la mano y se la puso en el hombro antes de pegarla a su cuerpo. Los endurecidos pezones le rozaban la camisa. Empezó a echar humo por las orejas con la misma rapidez con la que se le puso dura.

—¿Esto es la puta Edad Media o qué?

Carina parpadeó.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Estás gruñón por haber trabajado más de la cuenta en la feria?

Frunció el ceño al escucharla.

—No, es que no te tenía por alguien a quien le gustaban esas tonterías.

En fin, al menos no en ese momento. La antigua Carina le recordaba a risillas tontas y cotilleos a escondidas sobre chicos. La que tenía entre los brazos parecía una mujer que necesitaba que la domaran y la poseyeran.

—Nunca me has tenido por nada.

La estrechó con más fuerza y la pegó todavía más. El olor de su piel a jabón y a pepino fresco le asaltó la nariz. ¿Cómo algo tan inocente y puro podía provocar un subidón tan atávico de lujuria? Joder, tenía la sensación de haber caído en el País de las Maravillas y estar buscando una salida.

—Bonito vestido.

—Gracias.

—Un poco provocativo, ¿no te parece? Ni siquiera llevas sujetador.

Carina se detuvo. Echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos con expresión asombrada. Estaba ruborizado.

—Dime que no acabas de decirme eso.

Max le deslizó un brazo por la espalda hasta colocarle la mano contra la piel desnuda. Esa piel sedosa solo consiguió que su cabreo aumentara.

—¿Crees que Edward es de la clase de hombres que no toma esto por una invitación? Intento protegerte. Comportarme como un amigo.

Carina comenzó a susurrar, furiosa:

—Parece que últimamente tienes fijación por mi ropa y por quién me gusta.

Intentas controlar mi vida y detestas no poder seguir haciéndolo. Lo que me pongo o dejo de ponerme debajo de la ropa no es asunto tuyo. ¿Por qué estás bailando conmigo? ¿Dónde está Laura?

—Eres como una hermana para mí. —Levantó la vista con expresión culpable. Su acompañante estaba sentada en silencio mientras bebía de su copa de vino y esperaba su regreso. ¿Qué estaba haciendo? Tenía una mujer a su disposición que ansiaba que le prestase atención y él iba detrás de la única que no lo deseaba—. Laura puede apañárselas sola unos minutos.

Carina resopló.

—Claro. Déjame tranquila, Max. No pienso repetírtelo.

—Vale. Pero no vengas corriendo a mí cuando tu acompañante espere más de lo que estás dispuesta a dar.

Carina se transformó una vez más en la reina de hielo que él se moría por derretir. Esos labios rojos esbozaron una gélida sonrisa.

—Descuida, estoy dispuesta a dar mucho.

La madre que la parió. La coronilla de Carina apenas le llegaba al hombro. Su estatura debería ser totalmente incompatible con la suya; en cambio, encajaba a la perfección: era un paquetito cálido y suave. Sus voluptuosos pechos se pegaban a su torso y sus piernas jugaban al despiste, introduciéndose entre las suyas una y otra vez en un sensual juego preliminar. Se imaginó separándole los muslos para descubrirla mojada y receptiva. Se imaginó esa boca incitante entreabierta por un jadeo mientras la complacía con la lengua y la instaba a retorcerse y a gritar su nombre. Se imaginó…

—Supongo que para Laura esta va a ser su noche de suerte.

Su atrevido comentario le arrancó una carcajada seca. Seguro que lo siguiente sería ver al Sombrerero Loco en la pista de baile. Joder, estaba perdiendo la cabeza.

—¿Cómo dices?

—Esa expresión tuya. Tan intensa y sexy. Es lo bastante buena para un revolcón pero no para una cena, ¿no?

Diana. Su dardo verbal lo cabreó y se la puso durísima.

—Te equivocas. Tiene todo lo que busco en una mujer. Lo que tira por tierra esa ridícula teoría tuya de que escojo a las mujeres equivocadas porque me da miedo la intimidad.

Carina le deslizó las manos por los hombros y le enterró los dedos en el pelo para obligarlo a bajar la cabeza, de modo que sus miradas se encontrasen.

—¿Qué te apuestas?

El deseo se apoderó de él y le corrió por las venas, desbocado. Carina sacó la lengua y se humedeció el labio inferior en un gesto provocador muy premeditado.

—¿Mmm?

Carina soltó una carcajada ronca. El sonido le envolvió el cuerpo como una cálida manta.

—Pobre Max, ni siquiera te das cuenta. Laura tiene un defectillo que será de vital importancia para ti.

Resopló al escucharla.

—Muy bien, ¿y cuál es, doña Adivina?

—Detesta los animales.

Max contempló su expresión ufana mientras luchaba contra la necesidad de besarla.

—Qué va. Además, es imposible que lo sepas, solo intentas comerme la cabeza.

—Eres libre de creer lo que te apetezca —replicó ella con desdén—. Pregúntale después, a ver qué te contesta. Rocky acabará en el refugio. Ni de coña se acercaría a un pitbull.

—No tendrá problema alguno con Rocky. Es inofensivo.

Su voz, distante, la atormentó hasta que sintió el impulso de replicar.

—Cuando te la lleves a casa, lo descubrirás tú solito. Rocky dormirá en la calle.

—Ya vale. —Edward se acercaba a ellos. El baile había terminado. La soltó mientras la voz de Adele sostenía una nota lastimera y solitaria. El arrepentimiento y algo más, algo que corría más hondo, se apoderaron de él—. Ten cuidado esta noche, Carina.

Ella sonrió. Se quedó sin aliento al ver cómo se transformaba de una chica inocente en una mujer tentadora, desde el brillo misterioso de sus ojos hasta el gesto seductor de sus labios.

—No te preocupes. Esta noche pienso pasármelo tan bien como tú.

Carina volvió la cabeza y lo dejó en la pista de baile mientras se arrojaba a los brazos de Edward.

« Qué hijo de puta» , pensó Max.

« Capullo» , pensó Carina.

La indignación corría como lava por sus venas. Miró a Edward con una sonrisa cuando este sustituyó a Max e intentó dejarse llevar por la música. ¿Cómo se atrevía a adoptar esa actitud machista con ella? Sobre todo después de decirle como si nada que tenía intención de acostarse con la guapa Laura, como si fuera un amigote con quien compartir sus conquistas. Estaba más que harta de su enorme ego y de su incapacidad para reconocer la verdad.

Esa mujer era una farsa. Si se miraba más allá de la piel tersa y de la conversación ingeniosa, solo había humo, nada de corazón. Después de la charla que mantuvo con Max, se topó en el aparcamiento de las oficinas con Laura, que

estaba casi histérica porque había un perro callejero merodeando por los alrededores.

La cara de Laura reflejó su espanto al ver al chucho, y era evidente que había llamado a los guardias de seguridad movida por el pánico. Carina tuvo que interceder a fin de que la pobre criatura no acabara en la perrera. Se agachó y empezó a susurrar, y al cabo de un momento el perro se acercó a ella con paso titubeante e incluso intentó lamerla. Saltaba a la vista que el pobrecillo era un buenazo.

A Laura le dio igual.

Se estremeció y señaló al perro con un dedo y su correspondiente uña larga.

—Detesto los animales —declaró—. Son asquerosos, sucios, y no paran de quejarse. Carina, por Dios, no lo toques. Seguramente tenga alguna enfermedad. Que se lo lleven los de la perrera.

Y con esa frase Carina se dio cuenta de por qué Max salía con Laura. Otra falta. Una muy gorda. A Max le encantaban los animales y jamás se sentiría cómodo con una mujer que no quisiera a Rocky y que no le permitiera tener una casa llena de mascotas. Ese hombre era insoportable, pero tenía un corazón de oro.

Contuvo un gemido. Ah, *Dio*, ya estaba otra vez. Se estaba enfadando por las decisiones que tomaba Max. Se estaba involucrando en su vida de modo que la suya propia quedaba relegada a un segundo plano. ¿No iba a aprender nunca? Inspiró hondo y se relajó. Edward le colocó una mano en la base de la espalda, en el mismo punto donde antes la había tocado Max. La calidez de sus dedos contra la piel le resultó reconfortante. Adoraba sentir las manos de un hombre sobre ella, ansiaba con toda su alma esa posibilidad de intimidad, el contacto.

De acuerdo que con Edward no sentía el mismo impulso desquiciado que sentía con Max. Dudaba mucho que otro hombre consiguiese que se encendiera como un arbolito de Navidad. Pero daba igual. Había bastante energía para llegar al siguiente nivel esa noche. Edward era atractivo y gracioso, y ella necesitaba sentir sus labios sobre los suyos, anhelaba experimentar la embriagadora pasión de besos y preliminares subidos de tono.

Se avergonzaba un poco por esa necesidad imperiosa de experimentar algo de peligro, de rudeza. Casi todos los hombres la trataban con suma dulzura, como si fuera una flor que pudiera marchitarse. Sus besos comedidos y los titubeantes roces de sus lenguas la frustraban tanto que solía poner fin al encuentro enseguida. A lo mejor Edward por fin podría satisfacer su oscuro anhelo de menos… delicadeza. ¿Qué se sentiría si un hombre la deseaba tanto que la tomaba sin permiso? Ese pensamiento tan escandaloso le puso el vello de punta.

Con un poco de suerte lo averiguaría esa noche.

La velada pasó como un torbellino entre los saludos de rigor, el buen vino y alguna que otra miradita a Max. Mantuvo las distancias, pero cuando salió del

aseo de señoras, vio que Edward y Max estaban junto a la barra, charlando. De modo que ella se volvió hacia la derecha y se unió a unas mujeres de mayor edad del mundillo de la pastelería, decidida a no hablar de nuevo con Max. Ya era bastante malo trabajar para él, así que no iba a dejar que metiera las narices en sus asuntos. Le ardieron las mejillas al recordar el comentario del sujetador.

—¿Carina?

Se volvió y Edward la tomó de la mano.

—Me alegro muchísimo de haber venido a la fiesta. Me lo estoy pasando genial —dijo ella.

—Yo también. ¿Estás lista para irnos o quieres quedarte un poco más?

Sonrió al escucharlo.

—Vámonos.

—Esperaba que dijeras eso.

Carina tragó saliva y se lo tomó como una invitación, de modo que se apresuró a llegar al coche. Cuando por fin se puso el cinturón de seguridad, una ligera llovizna caía sobre el parabrisas, aunque al punto se convirtió en un chaparrón. Edward permaneció en silencio mientras recorrían las calles mojadas hacia el apartamento de Carina.

Tenía los puños apretados mientras pensaba. ¿Lo invitaba a subir? ¿Era demasiado pronto? ¿Demasiado peligroso? Un sinfín de preguntas y de posibilidades pasó por su mente, haciéndola desear tener más experiencia con los hombres. Cuando por fin Edward aparcó junto a la acera, tenía un nudo en el estómago. Él puso el coche en punto muerto.

—Uf, está lloviendo a mares. ¿Te parece que te acompañe a la puerta?

Su instinto se rebeló. No, invitarlo a subir no sería sensato. No lo conocía lo suficiente. Pero un revolcón en el coche le parecía estupendo. El repiqueteo de la lluvia los envolvía y los sumía en una espesa oscuridad.

—No hace falta que te quedes empapado. Podemos despedirnos aquí.

—Vale.

Carina esperó. Edward cambió de postura y de repente pareció muy incómodo. Carina se desentendió de todas las voces que gritaban en su cabeza diciéndole que no era lo bastante buena, lo bastante sexy o lo bastante femenina para que Edward quisiera besarla. Desterró sus inseguridades y se acercó un poco.

—Me lo he pasado muy bien. —Se humedeció el labio inferior con la lengua.

Edward le miró la boca con los ojos entrecerrados y la tensión aumentó. Menos mal que parecía interesado. A lo mejor era tímido. De acuerdo, ella daría el primer paso. Le vendría bien la práctica.

—Esto… yo también.

Se acercó a él otro centímetro. Edward fruncía la frente en una extraña mezcla de anhelo y nerviosismo. Carina cerró los ojos y dio el salto.

Sus labios rozaron los de Edward.

Durante un espantoso momento Edward no se movió. A ella se le desbocó el corazón por las señales contradictorias que él le lanzaba, pero después, con sumo cuidado, como si temiera asustarla, le devolvió el beso. Esos cálidos labios se movieron sobre los suyos y Carina se relajó al tiempo que lo invitaba a una exploración más íntima. Le rodeó los hombros con sus brazos y lo instó a rendirse al abrazo, un abrazo que con suerte acabaría en algo más.

Edward pasó de sus señales y mantuvo las manos en el regazo; además, también mantuvo el cariz dulce, casi reverente, del beso. A Carina se le cayó el alma a los pies. Despacio, separó los labios y le permitió un acceso total. Con los nervios a flor de piel y el corazón desbocado, Carina emitió un gemido ronco y muy femenino, suplicándole más.

Edward se apartó.

Respiraba con dificultad y su cara tenía una expresión rayana en el pánico. Soltó una carcajada seca.

—Uau. Lo siento, Carina, no quería hacer eso.

Ella se apartó de golpe.

—¿No querías besarme?

Edward le cogió las manos con gesto tranquilizador.

—No, no me has entendido. Claro que quería besarte. Es que Max me advirtió de que…

—¿Max? —Se tensó de los pies a la cabeza. Empezaron a zumbarle los oídos y meneó la cabeza para despejarse—. ¿Qué te ha dicho Max?

Otra carcajada.

—No mucho, la verdad. Solo me ha explicado que eres nueva en la ciudad y que tenía que ir despacio, que no estás preparada para… en fin, para nada… Pues eso…

—¿Para el sexo?

Edward le soltó las manos como si le quemaran. El pánico había vuelto, un pánico total. Carina contempló cómo su revolcón se esfumaba y ella se marchitaba como una planta sin agua.

—¡No! Bueno, está claro que no vamos a acostarnos. Joder, ¡Max me mataría!

A Carina empezó a hervirle la sangre, quería guerra, pero estaba claro que ella se encontraba en el bando perdedor.

—Max no tiene nada que ver conmigo —sentenció con serenidad—. Es un viejo amigo de la familia, pero no controla mis actos y jamás interferiría con tu trabajo. Si te intereso, claro.

Pasaron los segundos. Esperó una respuesta. Suplicó que Edward demostrara una muestra de agallas y su primera cita no acabara de esa manera. Ansiaba que la atrapara entre sus brazos, que la besara y que dijera que Max le importaba una

mierda. En cambio, a su alrededor el aire se enfrió, algo que no tenía nada que ver con la lluvia. Había perdido la batalla.

Y Max había vuelto a ganar.

—Lo siento, Carina. —Su expresión era afligida—. Adoro mi trabajo y me gustas, de verdad que me gustas muchísimo. Pero Max ha dejado claro que necesitas una relación formal y yo no estoy preparado para el compromiso.

Carina consiguió recuperar la compostura y se envolvió con ella. Con una sonrisa fría, asintió con la cabeza.

—Lo entiendo, de verdad que sí. Gracias por una velada tan agradable. Y no te preocupes, esto no afectará a nuestra relación en la oficina. Podemos seguir siendo amigos.

La palabra se le atascó en la garganta como un pegote de mantequilla de cacahuete, pero Edward sonrió al escucharla.

—Sí. Amigos está genial. Nos vemos el lunes.

Carina salió del coche y corrió hacia la puerta. Metió la llave en la cerradura, encendió las luces del vestíbulo y entró. Espió por la ventana y esperó a que Edward se alejara en su coche. Sin perder un segundo, cogió las llaves y corrió hacia su propio coche. Le temblaban las manos cuando arrancó el motor y tuvo que encender la calefacción a tope para mitigar el frío. El agua goteaba en el asiento, pero pasó de la humedad. La rabia vibraba en su interior con tanta fuerza que solo tenía un objetivo en mente. Solo quería hacer una cosa para arreglar esa desastrosa noche.

Matar a Maximus Gray.

6

Max escuchaba el rítmico repiqueteo de la lluvia en la ventana mientras bebía una copa de coñac. El licor se deslizaba por su lengua con un dulzor abrasador. Sin embargo, no conseguía relajase y aferraba la copa con fuerza.

Carina tenía razón.

Otra vez.

Como si sintiera su agitación, Rocky gimió, resopló y apoyó el peso de su cuerpo sobre los pies de Max. La confortable calidez del animal lo tranquilizó un poco, de modo que bajó una mano para acariciarle la cabeza. Una cabeza enorme y fea que lo convertía en uno de los perros más horrorosos que había visto en su vida.

Sin embargo, nada más ver al pobre animal maltratado en la feria, se creó un vínculo entre ellos de inmediato. Pasó, junto con la mujer que lo acompañaba, por una pequeña caseta donde entregaban cachorros en adopción. Su pareja acarició encantada a las pequeñas bolas peludas, mientras él se armaba de paciencia y observaba las distintas atracciones. Supuso que si conseguía algún peluche y se lo regalaba, lograría que ella se lo agradeciera más tarde… Aunque tampoco dudaba de cuál sería el colofón de la noche a juzgar por los comentarios que la chica había estado haciendo. Estaba planeando la forma de allanar más el camino cuando sus ojos se detuvieron en el sucio y corpulento pitbull atado en una esquina de la caseta. Llevaba una soga deshilachada en torno a su enorme cuello, tan apretada que casi lo estaba ahogando. Al perro no parecía importarle la dificultad que tenía para respirar y se limitaba a hacerlo despacio para no jadear. La expresión alerta de sus ojos parecía indicar que era consciente de su realidad y que no podía hacer nada para cambiarla.

El perro abrió la boca, soltando un hilillo de baba. Estaba todo magullado. Le habían arrancado media oreja. Sin embargo, cuando la mirada del animal se cruzó con la suya, Max supo que ese perro estaba destinado a ser suyo, que tenía que serlo a toda costa. Era un luchador, dentro y fuera de la arena, y merecía una vida mucho mejor que la que llevaba.

Los chicos a cargo de la caseta de adopciones le cobraron cien dólares por el pitbull. Seguramente lo usaban como carnaza en las peleas, ya que sus días de lucha habían quedado muy atrás. Max desató la cuerda, se agachó y le dijo al animal que se iban a casa. Con la dignidad típica de su raza que poca gente llegaba a comprender, Rocky se levantó del sucio suelo y lo siguió. Max perdió a su acompañante, pero ganó a su mejor amigo.

Laura lo odió nada más verlo.

En cuanto entró en el apartamento y vio a Rocky, soltó un chillido muy femenino que irritó a Max. Aunque pasó unos minutos asegurándole que el perro era inofensivo, ella siguió temblando e insistió en que lo encerrara. En ese momento Max tuvo clara su elección. Por segunda vez en su vida eligió a Rocky, y Laura se marchó sin mirar atrás.

Lo más triste era que no le importaba.

¡Por Dios! ¿Al final había resultado ser igual que su padre? ¿Era incapaz de profundizar en una relación para convertirla en algo permanente? ¿Era incapaz de amar a alguien de la forma que esa persona lo necesitaba?

Recordó el día que descubrió la verdad. Otros niños tenían papás, y él siempre se había preguntado por qué él no lo tenía. Y un día se lo preguntó a su madre. Ella le contó la historia con una serenidad y un amor tan dignos que le hizo pensar que todo saldría bien. Su madre jamás le mentía, pero después había estado enfadado con ella durante meses. Porque su madre le había dicho la verdad. Y él deseaba con todas sus fuerzas que le hubiera mentido. Que le hubiera dicho que su padre murió en la guerra o que se marchó por el bien de la familia o que sufrió un fatídico accidente para así poder presumir delante de sus compañeros de clase.

En cambio, su madre le contó que su padre se marchó después de que él naciera. En una ciudad pequeña y conservadora, se convirtió en el cotilleo más importante del que se había hablado en años. Ir a la iglesia todos los domingos y sentarse en el banco era una tortura. El divorcio estaba muy mal visto y su madre era la única que había cometido ese pecado. La mayor parte de sus amigos y de la familia los protegieron para evitarles las peores muestras de crueldad, y al final Max aprendió a erigir sus defensas para que nada le hiciera daño.

Su madre intentó dárselo todo, pero el deseo de saber por qué su padre lo había abandonado lo torturó durante años y le dejó un vacío enorme en las entrañas. ¿Los padres no solían querer de inmediato a sus hijos recién nacidos? ¿Qué defecto tenía él para que no lo hubiera reclamado? ¿Cómo era posible que un hombre que acababa de ser padre se alejara de su familia y jamás se interesara de nuevo por ella?

Cuando cumplió los veintiuno, decidió averiguarlo.

Usó internet y el dinero de su fideicomiso, y logró localizar a Samuel Maximus Gray en Londres. Recordaba la zona de la ciudad, situada en las afueras. Un barrio sucio. Muy poblado. De clase baja. El que había sido un hombre rico, impecablemente vestido, había acabado perdiendo su fortuna y su dignidad. Max lo siguió hasta un pub y lo observó mientras veía la televisión y bebía pintas de cerveza. Al final, se acercó a él. Recordaba todos los detalles, como si el encuentro hubiera sucedido a cámara lenta.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó a su padre.

Se había colocado frente a él con el corazón desbocado y el sudor corriéndole por las axilas. Ese hombre era muy distinto al joven sonriente que había visto en las fotos de su madre. El hombre que tenía delante estaba calvo y tenía la cara hinchada. Sus ojos eran de un azul desvaído, como si el alcohol y la mala vida le hubieran pasado factura. Apartó la vista de su Guinness y lo miró con los ojos entrecerrados a la penumbra del bar. Mientras lo sometía a un largo escrutinio, Max reparó en el olor a cacahuetes, humo, cerveza y fracaso.

—Mierda, sí. Sé quién eres —dijo con un ligero acento inglés—. Pero no te pareces mucho a mí.

Max esperó en silencio, pero su padre se limitó a mirarlo. Ni una disculpa. Ni rastro de bochorno. Nada.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó al final.

Max cambió la posición de los pies.

—Quiero saber por qué. ¿Por qué te marchaste?

El hombre meneó la cabeza y bebió un gran trago de cerveza. Tras limpiarse los labios con el dorso de la mano, replicó:

—¿No has conseguido el dinero?

—Sí, he conseguido el dichoso dinero.

Su padre dio un respingo.

—Entonces ¿qué quieres de mí? Te abandoné, pero me aseguré de que tuvieras lo suficiente para labrarte un porvenir.

Max sintió una oleada de náuseas, pero siguió adelante, consciente de que tenía que llegar hasta el final.

—¿Nunca quisiste quedarte con nosotros? ¿Por mi madre? ¿Por mí?

La mirada de esos ojos azules se tornó acerada.

—Quería a tu madre, pero nunca le prometí que me quedaría a su lado. No quería una familia. Te hice el mejor favor que pude. Te dejé lo suficiente para que te labraras un futuro y te dejé tranquilo.

La verdad lo atravesó, y supo que sus palabras eran ciertas. Su padre jamás lo había querido. Jamás se había arrepentido de marcharse. Jamás había pensado en ellos.

Las descarnadas heridas eran muy dolorosas, pero Max mantuvo la cabeza en alto, seguro de que sanaría. Nada volvería a dolerle tanto en la vida.

—Gracias por aclarármelo, papá.

Salió del pub ya de noche y nunca echó la vista atrás.

De vuelta en el presente, Max clavó la mirada en el licor ambarino. ¿Por qué estaba recordando esas cosas esa noche? Apenas pensaba en su padre y antes jamás se había cuestionado las decisiones que tomaba con respecto a las mujeres. Carina no sabía nada de su vida sentimental y, sin embargo, parecía presentir de una forma instintiva aquello que lo hacía reaccionar, algo que solo su

madre había conseguido hasta el momento. Supuso que se sentía atraído por su inocencia y su juventud. Siempre había deseado tener una hermana que proteger y cuidar.

Pero entonces ¿por qué ya no pensaba en ella como en una hermana?

Imaginarla besando a Edward lo atormentaba. Sin embargo, le había advertido con bastante rotundidad como para que no sucediera nada serio entre ellos. ¿O no? ¿Debería llamar a Michael? ¿Al móvil de Edward? No, lo tomarían por un *pazzo*. ¿Debería pasarse por el apartamento de Carina y comprobar que estaba bien?

Se golpeó la barbilla con los dedos mientras sopesaba esa opción.

Y en ese preciso instante alguien llamó al timbre.

Max sacó el pie de debajo de la cabeza de Rocky y enfiló el pasillo. ¿Quién narices se presentaba un sábado por la noche a esas horas? ¿Habría vuelto Laura pese a la tormenta? Echó un vistazo por la ventana lateral y examinó la figura delgada que aguardaba en su puerta. Pero ¿qué…?

Giró el pomo y abrió la puerta.

—¿Carina?

Se quedó boquiabierto. Carina estaba tiritando frente a él. Llevaba el vestido empapado y la fina tela se le pegaba al cuerpo. El pelo le caía desordenado a ambos lados de la cara, y algunos mechones se le habían adherido a las mejillas. Iba descalza, se percató al mirarle los pies, cuyas uñas estaban pintadas de rojo. Descansaba sobre un charco de agua que se extendía en torno al bajo de su vestido. Extendió un brazo para instarla a entrar, pero al mirarla a los ojos se quedó paralizado y mudo del asombro.

Furia.

Esos ojos oscuros lo miraban echando chispas como una diosa de la Antigüedad dispuesta a vengarse. Había levantado la barbilla y tenía los labios apretados, al igual que los puños. Jadeaba como si hubiera luchado diez asaltos en el cuadrilátero con el mismísimo Rocky Balboa.

—Eres un hijo de puta.

« Mierda» , pensó él.

Se detuvo un instante a pensar si era acertado o no dejarla entrar. Sin embargo, soltó un taco entre dientes, la agarró por una muñeca y tiró de ella para poder cerrar la puerta.

Carina hizo lo posible por zafarse y lo miró mientras seguía chorreando agua en su vestíbulo.

—¿Cómo te atreves a interferir en mi vida sentimental? —masculló—. ¡Tú, precisamente tú! ¡Que eres incapaz de mantener una relación!

—Precisamente por eso, Carina. —Max adoptó una actitud serena y profesional a modo de escudo. Si conservaba la cordura y le exponía sus miedos, Carina se calmaría y podrían mantener una agradable conversación frente a la

chimenea. Pero antes necesitaba convencerla de que se había visto obligado a intervenir—. Edward no es proclive a mantener relaciones estables y no quería que después te remordiera la conciencia. Sobre todo cuando tuvieras que verlo a la fría luz de la mañana. Te mereces mucho más que eso.

En todo caso, su explicación pareció enfurecerla aún más. La energía que irradiaba la hacía tiritar con más violencia y tenía la piel sonrojada. La tela húmeda se pegaba a todas sus curvas, y los endurecidos pezones pugnaban por liberarse de la barrera que los cubría. Contuvo una palabrota al notar que su cuerpo respondía a la sensual imagen que tenía delante. Se le puso dura y fue consciente de que la tela del pantalón de deporte poco hacía por disimular su estado.

—No tienes derecho a organizarme la vida. ¡Y me da igual que nos conozcamos desde siempre! —Carina se acercó a él y, tras agarrarlo por la camiseta, se puso de puntillas y masculló—: Max, me merezco una noche de sexo. ¿Por qué me lo niegas? ¿Te lo negarías tú? No soy una delicada muñeca de porcelana que solo pueda bajarse de la estantería para jugar en determinados momentos. Soy de carne y hueso y quiero erotismo, pasión y orgasmos.

Pues sí, lo había excitado al máximo. Su erección fue aumentando a medida que ella hablaba. El olor de la lluvia, mezclado con el del pepino y el aroma a mujer le nubló los sentidos. Aunque se esforzó para no dejarse llevar por la locura, ella siguió azuzándolo sin piedad.

—Lo asustaste de verdad, tanto que le daba miedo tocarme.

—En ese caso, hice bien. Ningún hombre merece que pierdas el tiempo con él si no es capaz de enfrentarse a alguien que le niega lo que quiere.

—No lo juzgues, imbécil. Eres su jefe y por tu culpa ahora cree que soy una virgen que teme cualquier contacto físico. —Le dio un empujón en el pecho.

Su fuerte temperamento se sumó a la excitación, acicateándolo.

—¿No es eso lo que eres? La virginidad no tiene nada de malo. ¿Quieres entregársela al primero que aparezca?

Carina gruñó por lo bajo.

—¡Sí! He hecho muchas cosas, Maximus Gray, cosas que no te creerías. Y me han gustado. Pero quiero más. Y si quiero tirarme a todos los tíos guapos de la dichosa empresa, no me vas a detener. No tienes derecho.

Sus palabras quedaron flotando en el aire. Un desafío. El alfa que llevaba en su interior salió a la superficie, de modo que olvidó los buenos modales y la educación. Carina vibraba con una tensión sexual que rayaba en lo explosivo y, al cuerno con ella, iba a ser él quien la liberara.

Le dio una última oportunidad, y se mantuvo justo en el borde del precipicio.

—Vale, eres una mujer hecha y derecha capaz de tomar sus propias decisiones. Muy bien. Me mantendré alejado de tu vida aunque vayas a cometer un gran error. Vete a casa y madura. —Contuvo el aliento y esperó.

Los ojos oscuros de Carina enfrentaron su mirada y debieron de captar parte de la locura que lo abrumaba porque retrocedió un paso para observarlo con más atención.

Y después sonrió.

—Vete a la mierda, Max. Me tienes harta.

Lo invadió una oleada de satisfacción. Se lanzó al vacío sin pensarlo y sin un atisbo de arrepentimiento.

Tras aferrarla por la cintura, la levantó del suelo y la estrechó contra él. Solo necesitó tres pasos para pegarla contra la puerta. Su erección quedó justo entre los muslos de Carina, que al sentirla, soltó un jadeo asombrado y separó sus carnosos labios. Tenía las pupilas dilatadas.

—Tú te lo has buscado, niña. Aquí lo tienes.

Max inclinó la cabeza y le cubrió los labios con los suyos.

En un rincón lejano de su mente siempre se había imaginado que si alguna vez besaba a Carina, sería una experiencia de índole espiritual. Una iniciación a la ternura, de besos y caricias delicadas. La realidad lo atravesó, ya que estaba experimentando algo que jamás habría creído posible. Iba directo al infierno, pero estaba convencido de que merecería la pena.

Los labios de Carina encajaban a la perfección contra los suyos, eran suaves y maleables bajo sus apasionados besos. Se preparó para recibir sus protestas y decidió que iba a darle una lección. Sin embargo, lo que escuchó fue un gemido ronco mientras ella le enterraba los dedos en el pelo y separaba los labios para entregarse a sus besos.

Max se lanzó de cabeza. Su lengua aún tenía el afrutado regusto del pinot y también esa dulzura tan característica de Carina. No podría ser tierno ni aunque se lo hubiera propuesto. Su boca lo embriagó de tal manera que todo comenzó a dar vueltas mientras exploraba su sedoso interior. La que tenía entre los brazos no era una virgen tímida y recatada. Carina floreció bajo el asalto del deseo y exigió que la complaciera saliendo al encuentro de su lengua y retándolo a ir más allá. La presionó aún más contra la puerta y ella jadeó al tiempo que le rodeaba las caderas con las piernas para estrecharlo con fuerza. Max soltó un gemido agónico y desesperado, y rompió de un tirón los finos tirantes que sujetaban el vestido mojado. Apartó un poco la tela y dejó al descubierto un pecho que brillaba por el agua, con el pezón enhiesto y del color de un rubí.

Cubrió el pecho con una mano y acarició el pezón con el pulgar.

Carina explotó.

Le clavó las uñas en el cuero cabelludo al tiempo que le mordía el labio inferior. La actitud desinhibida con la que demostraba su deseo lo excitó aún más. Soltó un taco e inclinó la cabeza para meterse el pezón en la boca. Lo succionó mientras lo acariciaba con la lengua, provocándole un más que evidente placer a juzgar por sus gemidos y por la forma en la que arqueaba la espalda,

suplicándole más. La que tenía entre los brazos era una criatura salvaje. La sostuvo con fuerza mientras la torturaba con sus lametones hasta que ella lo obligó a levantar la cabeza tirándole del pelo.

Max observó su cara con atención. Tenía los labios hinchados y entreabiertos, y respiraba con dificultad. La abrasadora pasión que ardía en sus ojos debía de ser idéntica a la que había en los suyos.

—Más —dijo con voz ronca y entrecortada—. Quiero más.

La tensión existente entre ellos llevaba días creciendo. En ese momento le importaba una mierda el honor, la buena educación y las lecciones. Inclinó la cabeza y la besó de nuevo. Sus lenguas se enzarzaron en una lucha por la dominancia. Se pegó más a ella, y el roce de su erección contra su sexo bajo la escasa ropa que los cubría avivó las llamas del deseo. Bajó del todo la parte de arriba de su vestido y ambos pechos quedaron al alcance de sus manos. Le acarició los pezones y se los pellizcó con delicadeza. El olor a mujer excitada lo puso a mil.

Apartó una mano de sus pechos para meterla por debajo de la falda, arrugando la tela a medida que la subía por el muslo hasta llegar a su entrepierna. Estaba húmeda y trémula. Pasó los dedos sobre el tanga de encaje. Los introdujo debajo del elástico. Y la acarició a placer.

Carina gritó su nombre al tiempo que sus fluidos le mojaban los dedos. Su ardiente interior acogió sus dedos y los rodeó, volviéndolo loco de deseo. Carina era luz y calor; la humedad que sentía en la mano era la prueba de la pasión que la poseía. La besó para beber sus deliciosos jadeos y supo en ese momento que debía hacerla suya. Suya. Poseerla. Reclamarla.

Solo suya.

El teléfono sonó.

El insistente sonido logró atravesar la neblina de la pasión y acabó devolviéndolo a la realidad. Apartó los labios de los de Carina. En el repentino silencio de la noche solo se escuchaban sus jadeos. Y el teléfono. Tres tonos. Cuatro. Cinco.

Saltó el contestador y la voz de Michael se escuchó alta y clara por los altavoces.

—«Soy yo. Solo quería comprobar qué tal ha estado la fiesta. Sé que es tarde. Cuéntame cómo le ha ido a Carina con su cita. Estoy seguro de que la tuya todavía no ha acabado, amigo mío. *Ciao*».

La llamada se cortó y el clic que le puso fin resonó en la estancia.

Max sacó lentamente los dedos de debajo del tanga y le bajó el vestido. Sin mediar palabra, depositó a Carina otra vez en el suelo sin apartar su espalda de la puerta. La vio estremecerse, pero en vez de abrazarla como ella deseaba que hiciera, Max retrocedió. La emoción le provocó un nudo en la garganta, impidiéndole decir palabras de consuelo o de disculpa.

Dio, ¿qué había hecho?

Carina miró en silencio al hombre que había querido toda la vida e intentó luchar contra el temblor que atenazaba sus huesos. El vestido mojado le resultaba pesado y empezó a tiritar. Aunque hasta ese momento no había sentido frío. Primero fue la furia, luego el beso más apasionado que le habían dado en la vida y que la había abrasado cual bruja en la hoguera. Se percató de que todo daba vueltas. Se obligó a respirar hondo por la nariz soltando el aire por la boca, desesperada por controlarse delante de él.

A juzgar por su expresión, Maximus Gray la había subestimado. La satisfacción le provocó un escalofrío en la espalda. Él también lo había sentido. Aunque seguramente lo desterrara. Sin embargo, por fin sabía la verdad y lo tendría presente durante el resto de su vida.

Besar a Max era mejor que cualquier fantasía que pudiera imaginar.

Se llevó los dedos a los labios, que aún estaban hinchados. Jamás había experimentado una pasión semejante a la de sus besos. Podría habérsela comido viva. Y si sus dedos hubieran seguido acariciándola un minuto más, le habrían provocado un orgasmo arrollador. Si no hubiera sonado el teléfono, seguramente en ese momento estaría retorciéndose de placer encima de él.

Sintió que le ardían las mejillas, pero fue consciente de que habían llegado a un punto decisivo. A una prueba. Si se asustaba y salía corriendo, jamás habría otro beso. De alguna forma se había abierto una puerta en su relación y Max no sabía qué hacer. Era imposible que hubiera fingido semejante atracción. Bajó la mirada a su entrepierna y comprobó que efectivamente tenía una erección. Algo que tampoco podía fingir.

Decidió arriesgarse y jugarse todas las cartas.

—Madre mía. Bueno, supongo que ya iba siendo hora. Al menos nos lo hemos quitado de encima.

Esos penetrantes ojos azules la miraron atónitos. Max parecía tener dificultades para hablar.

—¿Cómo?

Carina soltó una risilla e inclinó la cabeza, fingiendo estar abochornada.

—¡Por favor, Max! ¿Qué esperabas? Yo estaba enfadada y al final he conseguido cabrearte. Siempre hemos tenido un vínculo especial. Era normal que pasara alguna vez. Ahora ya podemos pasar página. ¿No?

La pena le inundó el corazón, pero su cabeza sabía que era necesario tirarse un farol y jugar hasta el final. Si Max llegara a pensar que el beso había significado algo, se alejaría de ella con la misma velocidad con la que un mago sacaba un conejo de una chistera. No podía arriesgarse. No a esas alturas.

No cuando era consciente de que quería mucho más.

La mirada de Max traspasó su fachada de hombre fuerte, pero logró mantenerse firme.

—Ha sido culpa mía. No debería haberte presionado al respecto. Lo siento. No… no sé qué me ha pasado.

Carina agitó una mano en el aire, pero sus palabras la atravesaron como una cuchilla.

—No es necesario que te disculpes. Necesitábamos liberar tensión sexual. Vamos a olvidarlo.

—¿Eso es lo que quieres? —le preguntó él en voz baja.

Carina esbozó una sonrisa deslumbrante.

—Por supuesto. Vamos a tomarlo como una lección para que te mantengas apartado de mi vida de ahora en adelante. Se acabaron las amenazas y las intimidaciones a los hombres con los que salga. ¿Entendido? —Lo vio hacer una mueca, pero al final Max acabó asintiendo con la cabeza—. Genial, y ahora es mejor que me vaya.

—No. —La negativa detuvo a Carina al instante—. No voy a dejarte conducir con semejante tormenta. Esta noche te quedas aquí.

—No me pasará nada. Ya no llueve tanto y conduciré con cuidado.

—No. —Repitió la orden y sacudió la cabeza como si quisiera despejarse del todo—. Tengo muchas habitaciones de invitados. Te traeré ropa. Siéntate junto al fuego. No tardaré mucho.

—Pero…

Max desapareció por el pasillo. Carina se estremeció y enterró la cara en las manos. No podía quedarse en esa casa. ¿Toda la noche? Acabaría cediendo, entraría de puntillas en la habitación de Max y lo seduciría. Sobre todo después de haber degustado semejante entremés. Su olor corporal, tan masculino y almizcleño, el áspero roce de su barba en la sensible piel del pecho, las sedosas caricias de su lengua mientras reclamaba su boca, el sabor fuerte del coñac.

Guardó los recuerdos con llave. No debía cometer el menor error. No hasta que estuviera sola y pudiera analizar la situación. Debía trazar un plan nuevo. En ese momento era imprescindible que Max se sintiera cómodo y lo menos amenazado posible.

Caminó hasta el salón y se sentó en la gruesa alfombra de color crema que había frente a la chimenea. El calor de las llamas le calentó el cuerpo, y relajó los músculos de forma consciente para aminorar los latidos de su corazón. Rocky apareció de nuevo en el salón y se dejó caer a su lado. Le acarició la oreja desfigurada mientras murmuraba palabras cariñosas y le decía que era muy guapo, y el perro alcanzó el paraíso perruno en cuanto encontró su zona más sensible.

Carina admitió que se sentía celosa.

—Ponte esto —dijo Max al tiempo que le arrojaba una enorme camiseta de

manga corta, unos pantalones de deporte y una bata de franela.

Rocky protestó estirando las patas y gruñendo. Carina se echó a reír, le rascó la barriga una última vez y luego fue a cambiarse.

Mientras atravesaba la mansión su mirada se detuvo en todos los detalles. Al igual que Michael, Max había ganado una fortuna con La Dulce Maggie, y su estilo de vida era caro y elegante. Todas las estancias dejaban claro que allí vivía un hombre soltero, desde la espartana decoración hasta el surtido bar, pasando por la sala de juegos. Los televisores eran tan grandes como las pantallas de los cines, y había sofás y sillones de cuero con portavasos incorporados. Un rápido vistazo a la cocina le permitió descubrir las impecables baldosas de cerámica, muebles de madera de cerezo y electrodomésticos de acero inoxidable. No había ni un plato sucio en el fregadero. O bien tenía servicio doméstico o bien cenaba fuera todas las noches.

Se cambió rápidamente y se reunió con él de nuevo en el salón. Se sentó en el mismo lugar que antes. Los leños crepitaron mientras extendía los pies y se colocaba la bata bajo las rodillas, tras lo cual clavó la mirada en el fuego.

Sentía el peso de la mirada de Max en la espalda, pero se mantuvo en silencio porque quería que él hablara primero. Rocky se acercó a ella, bostezó y apoyó su enorme cabeza en su regazo.

—Tenías razón —dijo Max con tono gruñón pero respetuoso.

Carina ladeó la cabeza, intrigada, y lo miró.

—¿Sobre qué?

Max estaba sentado en un sillón de cuero y tenía una copa de coñac en la mano. La observó como si estuviera buscando una respuesta en su cara.

—Sobre Laura. No puede ver a Rocky.

Carina contuvo una risilla ufana.

—Te lo dije.

—¿Cómo lo adivinaste?

—La vi en el aparcamiento. Estaba aterrada por un perro callejero. Y descubrí su verdadera personalidad. No tolera a los perros. Ni tampoco a los niños ni el desorden. Solo se fija en el exterior, de modo que es normal que un perro como Rocky la asuste.

Max trató de contener una carcajada mientras bebía un sorbo de coñac.

—Sí, la verdad es que siempre has tenido un instinto sobrenatural con la gente. ¿Te acuerdas de la amiga del instituto de Julietta? La desenmascaraste de inmediato.

El recuerdo la golpeó con fuerza y sonrió.

—Se me había olvidado. Sabía que solo fingía ser la amiga de Julietta para acercarse a Michael.

—Pues tu hermano estaba muy contento. La chica estaba muy buena.

Carina puso los ojos en blanco.

—Venga ya. En aquella época cualquier chica con dos piernas te parecía que estaba buena. La discreción no era una de tus mejores cualidades.

—Eso no es cierto. Joder, recuerdo que Julietta se cabreó mucho. Se negó a que Michael saliera con la chica como castigo, así que los dos acabaron sufriendo.

Carina suspiró y apoyó la barbilla en las rodillas.

—Julietta no estaba acostumbrada a que la utilizaran, al contrario de lo que me pasaba a mí. Pero gracias a la amplia experiencia que conseguí, acabé siendo capaz de detectar a un impostor a kilómetros.

—¿Quién quería mentirte en aquella época?

—Los chicos tontos. Cada vez que le gustaba a algún chico del colegio o que alguno me invitaba a salir, descubría que solo era para acercarse a Venezia o a Julietta. —Se obligó a reír, aunque el recuerdo aún le resultaba doloroso. Aún le escocía que la consideraran la última de las tres. Aún le escocía que la tomaran por una aburrida en comparación con la excentricidad, el atractivo o la aguda inteligencia de sus hermanas. Le escocía recordar una y otra vez que no podía confiar en un hombre que la invitara a salir porque siempre recelaba de que quisiera utilizarla. Pero ya no. Se había esforzado mucho para subir su autoestima y convertirse en la mujer que siempre había querido ser. De modo que le restó importancia al asunto—. Es normal, dadas las circunstancias. Me refiero al hecho de tener dos hermanas mayores despampanantes.

—Me parece que ya no eres ni mucho menos aquella niña insegura que no creía en sí misma.

Su comentario la sorprendió y se arrebujó un poco más en la cómoda bata de cuadros.

—Lo sé. Por eso era tan importante venir a Estados Unidos. No solo para trabajar en La Dolce Maggie. También por la libertad que me ofrece para descubrir quién soy. —Las llamas oscilaron, calentándola casi tanto como la mirada de Max. Sus ojos la observaban como si la comprendiera. Como si él hubiera pasado por lo mismo—. Si intentaba cambiar de rumbo, mi familia siempre estaba ahí para devolverme al camino y alejarme del desastre. No me han permitido cometer mis propios errores. Los chicos con los que salía eran investigados y se decidía de antemano cuáles serían mis estudios, así que acabé perdiendo el camino. Esta es mi oportunidad para madurar y experimentar el mundo según mis reglas. Me despierto por las mañanas en mi apartamento y no tengo que complacer a nadie más que a mí misma. Me gano el sueldo, pago el alquiler y no tengo que disculparme ni buscar excusas.

Max dio un respingo.

—Lo siento, Carina. Bérgamo es nuestro hogar, pero sé lo que se siente cuando te encasillan. Es difícil intentar algo nuevo si toda la ciudad está pendiente de ti para criticarte.

—Exacto. —Esbozó una sonrisa—. Recuerdo que una vez mi amiga y yo nos colamos en un club nocturno. Queríamos emborracharnos y coquetear con algún chico guapo, divertirnos un poco. En cuanto pedimos las copas, el padre Richard me vio y le dijo al camarero que era menor de edad.

—¿Estás de coña?

—No, no llevaba la sotana y supongo que le gusta bailar. Jamás he vuelto a mirarlo con los mismos ojos. Mi madre me echó una bronca de campeonato cuando se enteró.

—Pobrecilla. Es imposible que fueras una chica mala.

—Tampoco tenía a nadie con quien serlo.

La tensión apareció de nuevo entre ellos. Rocky gimoteó, como si hubiera percibido la crispación, y levantó la cabeza. El apasionado momento que habían vivido flotaba en el aire como si fuera una ramera en un banquete real, imposible de esconder por más que se intentara.

De repente se sintió abrumada por las emociones vividas durante la noche. El cansancio se apoderó de su cuerpo y percibió el escozor de las lágrimas en los ojos. Qué tonta era. Tenía que largarse antes de que su plan se hiciera añicos y Max se diera cuenta de que solo era una niñata.

Se puso en pie y se cerró bien la bata en torno a la cintura. Cuando habló, lo hizo con voz ronca y evitando mirarlo a los ojos.

—Me voy a la cama. Estoy agotada. ¿Qué dormitorio uso?

—Sube la escalera. El primero de la izquierda.

—Gracias.

Pasó junto a él conteniendo el aliento, pero Max no trató de detenerla. Cuando puso el pie en el primer escalón, escuchó sus palabras como si fueran una caricia.

—Esos tíos eran gilipollas, Carina. Siempre has sido despampanante.

Ella se mordió el labio y aferró el pasamanos. Pero se negó a replicar.

Carina examinó el lienzo que tenía delante y luchó contra el deseo de estampar algo contra la pared más cercana.

Estaba frustrada tanto a nivel físico como creativo.

Se mordió el labio inferior. Había tardado años en controlar sus famosas emociones. Ya fueran pataletas o ataques de llanto, sus reacciones siempre habían sido más intensas que las del resto de la familia. En ese momento estaba orgullosa de su autocontrol y de su habilidad para funcionar sin dejarse arrastrar por la intensidad de las emociones. Por desgracia, parte de dichas emociones surgían de la pintura, y necesitaba ponerse en contacto de nuevo con la diva artística que llevaba dentro.

Rezongó algo entre dientes y abrió las ventanas para permitir que entrara el

aire fresco. Después subió el volumen de Usher. El ritmo machacón y sensual de la música la animaba a explorar a fondo su faceta artística, pero no estaba segura de cómo debía hacerlo. Al menos no todavía. Sus retratos eran aburridos y no le interesaban los paisajes.

Dejó que sus pensamientos flotaran mientras ella atacaba el lienzo con deslumbrantes pinceladas de color. Era curioso pero, pese a estar frustrada, sentía una satisfacción que jamás la acompañaba cuando estaba en la oficina. Durante mucho tiempo había trabajado para conseguir un objetivo: asombrar a su familia con sus habilidades empresariales, obligarlos a todos a tenerla en cuenta y, al final, ocupar un puesto importante en la empresa. Su desenvoltura con la contabilidad le facilitaba el camino, y aunque le caía muy bien la gente que trabajaba en La Dolce Maggie y le gustaban muchos aspectos del mundo empresarial, no acababa de abrazarlo por completo.

Su sueño de hacerse un hueco en el mundo del arte hacía que su familia y sus amigos le dieran palmaditas en la espalda y la alentaran a cultivar dicho pasatiempo. No obstante, su instinto le decía que podía convertirse en algo más que un mero pasatiempo si se esforzaba, aunque jamás había poseído la confianza suficiente para enfrentarse al sistema. Le parecía más fácil acabar el máster y sentar la cabeza.

La melancolía se cernió sobre ella como la nubecita de Winnie the Pooh. Si no endurecía un poco su carácter, Michael la dejaría por imposible y ella acabaría desilusionando a la familia. Intentaba ser firme con todas sus fuerzas, pero cuando escuchaba las historias tristes de la gente, su tierno corazón la traicionaba. Sabía muy bien cuáles eran sus puntos fuertes: los números y las ganas de trabajar. Sin embargo, parecía que esas cualidades tan apreciadas, que convertían a un individuo en una buena persona, no estaban muy bien vistas en el mundo empresarial.

Max dirigía La Dolce Maggie tan bien como Michael. Su seriedad y resolución los hacían ser implacables con los competidores, pero con los empleados eran generosos y afables. Sin embargo, no podía atribuir su éxito a su condición de hombres porque Julietta era una versión femenina de ambos y dirigía La Dolce Famiglia con puño de hierro y tacones altos.

La idea de pasar años encorsetada en un traje de chaqueta y sentada tras un escritorio le puso los nervios de punta. La mitad de la diversión del trabajo procedía de su relación con los demás, pero casi siempre acababa cubriendo la ausencia de alguien o salvándole el culo. En el fondo no le importaba, pero Max comenzaba a sospechar. Pronto saldría a la luz que sus habilidades al respecto eran un desastre.

Max.

El recuerdo de su beso la alteró como si se hubiera subido a una atracción de feria. Dios, la experiencia había sido muy erótica. El afán dominante de su

lengua, su forma de controlar la situación, el fervor con el que le subió el vestido y la retó con la mirada a detenerlo. Así era como soñaba que sería un encuentro sexual y, por supuesto, había tenido que suceder con el hombre al que quería olvidar.

El destino tenía un sentido del humor espantoso.

Añadió un poco de fucsia y mantuvo el trazo grueso mientras pintaba libremente para relajarse. Max no había mencionado el beso y ni siquiera había hecho referencia a la noche en cuestión. Ya había pasado una semana y evitaba quedarse a solas con ella a toda costa. Esbozó una sonrisa al pensarlo. El temible Maximus Gray asustado por pasar demasiado tiempo con una chica inocente como ella.

Pero, ella también le había dado algo para pensar. Era imposible que esa química tan explosiva fuera producto de su imaginación. Su erección demostraba que estaba interesado, pero seguramente le aterrase la posibilidad de que Michael lo matara por haberse tirado a su hermana.

« Cobarde» , pensó.

La idea estalló de repente en su cabeza y dejó el pincel suspendido en el aire.

Un rollo de una noche.

La imagen de Max desnudo penetrándola hasta llevarla al orgasmo la hizo apretar los muslos. ¿Por qué no? No tenía el menor interés en mantener una relación a largo plazo con él y, además, quería buscarse a otro hombre. Pero tal vez si pasaban una noche juntos liberarían la tensión sexual y eso los ayudaría. Ella se zafaría por fin del ridículo enamoramiento que la acompañaba desde que era pequeña y podría hacer realidad su fantasía. Michael no tenía por qué enterarse, y convencería a Max de que solo sería una noche. No habría recriminaciones, ni futuro, ni preguntas.

Aunque en el fondo era mucho más realista. No. Se quitaría la venda de los ojos y lo planearía todo como la mujer madura que era. Una noche perfecta y orgásmica con Max, y después se alejaría de él.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio por la ocurrencia.

Sí, podría ser muy divertido.

Se concentró de nuevo en el trabajo y empezó a planear cómo conseguirlo.

7

Max pulsó el botón del interfono.

—¿Puedes decirle a Carina que venga a verme, por favor?

Se quitó la chaqueta y la colgó del respaldo de la silla. Le ardía la piel. Seguramente por el cabreo.

Carina lo había vuelto a hacer.

La semana anterior se convirtió en una retorcida cadena de acontecimientos que le provocó un tremendo dolor de cabeza. Desde la noche en la que perdió el control y la besó, el universo se había puesto en su contra. Por completo. Tal vez estuviera recibiendo su merecido.

Bebió un sorbo del café tibio e intentó concentrarse en sus opciones.

Las prácticas de Carina habían empezado muy bien. Trabajaba sin descanso y era un genio con la contabilidad, pero había una cuestión que le preocupaba: la gestión se le daba de pena. De hecho, podía decirse que se le daba de pena el mundo empresarial por un motivo tontísimo.

Su corazón.

Carina no tenía ni un ápice de maldad en el cuerpo. Por mucho que intentase asimilar los secretos de dirigir una cadena de pastelerías, parecía incapaz de conectar con la frialdad que caracterizaba a su hermana Julietta. Cuando los trabajadores llamaban para avisar de que estaban enfermos, ella les enviaba tarjetas deseándoles una pronta recuperación y los llamaba para preguntar por su salud. El equipo comercial tardó menos de una semana en descubrir que era un objetivo fácil. Apostaría cualquier cosa a que, en vez de un caldo de pollo, lo que necesitaban eran aspirinas para la resaca.

Los ejecutivos de alto nivel necesitaban ser respetados, y temidos. El grupito de fans de Carina adoraba su alegre personalidad, su generosidad y su capacidad para trabajar en equipo. Por desgracia, le cubría las espaldas a tanta gente que se había convertido en el equipo completo.

La puerta se abrió.

La vio acercarse a toda prisa con una de sus habituales faldas cortas y esa blusa recatada tan sexy que le provocaba pesadillas. Desde su incomprensible pérdida de control, se cuidaba mucho de pasar demasiado tiempo con ella. Aunque Carina no parecía darle mucha importancia a lo que ocurrió. Era como si, después de todo, su primer beso no fuera nada del otro mundo. Su dolorido ego se burlaba de él todos los días. ¿Besaba a todos los hombres de esa forma? ¿Se había convertido él en uno de tantos y ni siquiera se merecía un rubor

avergonzado?

—¿Querías verme?

Jadeaba un poco y apoyó la cadera en el borde del escritorio. Los taconazos de casi diez centímetros lo instaban a ir en busca del segundo asalto, y en esa ocasión conseguiría que se corriera. Se volvió cuando sintió que se ponía colorado y se refugió tras el cabreo.

—Creía que habíamos acordado no revelar nuestro postre secreto hasta la inauguración. —Mantuvo un tono frío y severo, aunque tuvo que recordarse que eran negocios—. Tenemos que generar curiosidad y expectación en la zona para lograr un éxito completo. ¿Correcto?

La miró. Carina fruncía el ceño, confundida, mientras golpeaba el suelo con la punta de un pie, guiada por una música que solo ella escuchaba.

—Claro que lo recuerdo.

—En ese caso, ¿por qué acabo de recibir una llamada informándome de que la tienda Bread Shop de Pete vende una de nuestras recetas?

Carina jadeó.

—¿Cuál?

—*Polenta e Osci.*

El bizcocho, amarillo y húmedo, recordaba la textura de la polenta, pero tenía un relleno de crema de avellana, con un toquecito de melocotón y unos elaborados pajarillos de chocolate por encima. Era un dulce típico de Bérgamo. Muchas pastelerías norteamericanas evitaban los clásicos italianos más elaborados y se quedaban con las recetas básicas, lo que hacía que el bizcocho en cuestión fuera un producto exclusivo.

—Imposible. —Carina meneó la cabeza—. Yo misma hablé con Pete hace unos días cuando estuvimos en el local. Carece de talento para hacer esa receta, y tampoco tiene al pastelero adecuado.

« ¡Bingo!»

Max la taladró con la mirada.

—¿Has hablado con la competencia?

Carina movió los pies.

—Bueno, sí, se acercó para presentarse. Fue muy amable, muy agradable, quería darnos la bienvenida al barrio.

—Estoy seguro. Repasa la conversación. ¿Le dijiste que íbamos a presentar ese postre?

—Por supuesto que no. Me estaba contando que un tío suyo había visitado Italia y que le había gustado mucho una masa en concreto y quería saber… —Se interrumpió.

Max sintió una punzada de lástima al ver la cara de espanto de Carina cuando se dio cuenta.

—Ay, no.

—Quería saber cómo se llamaba y si íbamos a servirlo. ¿Me equivoco?

Carina se mordió el labio.

—No puedo creer que cayera en su trampa. Parecía muy sincero. Me dijo que su tío estaba enfermo y que le encantaría probar ese postre de nuevo, y yo le contesté que lo serviríamos en la inauguración. —Max esperaba que agachase la cabeza, pero ella lo miró a los ojos—. Lo siento mucho, he metido la pata hasta el fondo.

A cualquier otro empleado le habría echado un buen rapapolvo. Abrió la boca para hacerlo, pero provocarle más estrés a Carina le resultó imposible. Su abierta sinceridad al admitir que había cometido un error lo instaba a acercarse a ella y a abrazarla como en los viejos tiempos.

Mantuvo la distancia y también la cabeza despejada.

—Lo sé. —Hizo una pausa y la miró con seriedad—. Carina, ¿te gusta trabajar aquí?

La vio apretar los labios.

—Sí. Siento haber metido la pata, pero Michael cuenta conmigo. Me esforzaré más.

Un brillo decidido iluminó esos preciosos ojos de color chocolate. La necesidad de reconfortarla lo abrumaba, pero mantuvo los pies en la tierra.

—Sé que Michael quiere que con el tiempo dirijas La Dolce Maggie. Eres trabajadora y lista, nunca he puesto en duda esas cualidades, *cara*. Pero ¿es lo que quieres hacer?

El ramalazo de duda desapareció enseguida.

—Por supuesto. Es para lo que me he formado. No pienso decepcionar a mi familia.

El orgullo se apoderó de él. La mujer que tenía delante demostraba más lealtad y más ética que cualquier otra persona que conociera. Sin embargo, recordaba su creatividad y su anhelo por pintar. Recordaba que su madre había colgado sus dibujos en la cocina y se había sorprendido por su talento.

—No has contestado la pregunta. ¿Es lo que quieres hacer?

Carina se mordió el labio inferior dejando ver sus blancos dientes. Recordó que había introducido la lengua entre esos labios rojos y que la había devorado. Contuvo un gemido de puro dolor.

—Es lo único que tengo —respondió ella en voz baja.

Max le colocó un dedo debajo de la barbilla y la obligó a levantar la cara para analizar su expresión. ¿Por qué había dicho algo tan raro? Tenía por delante un sinfín de posibilidades. Aunque Michael albergara la esperanza de que se hiciera con las riendas de la empresa, cambiaría de opinión si ella insistía en elegir otro camino. Venezia se había labrado una carrera en la moda y Michael siempre se jactaba de su talento y de su independencia.

Tenía la sensación de que el corazón de Carina nunca había pertenecido al

mundo empresarial como el de Julietta. Su instinto le decía que el lugar de Carina estaba en otra parte. Pero no sabía dónde.

Unos golpecitos en la puerta lo distrajeron. Jim asomó la cabeza con un pinganillo en la oreja.

—Jefe, tenemos un problema. Michael necesita que vayas al local del río. Por lo visto hay algún lío con el proveedor y el chef está que trina.

—¿No puedo solucionarlo por teléfono?

—No, es necesario que vayas allí.

—De acuerdo. Dile a Michael que voy de camino y que después lo pondré al corriente.

—Entendido. —Jim desapareció.

Max se puso la chaqueta del traje y cogió el maletín.

—Voy a arreglar esto primero y seguiremos hablando cuando vuelva. Cúbreme mientras estoy fuera.

—Claro.

Max salió corriendo por la puerta y se dijo que después tendría que ahondar más en el asunto.

Dos horas más tarde Carina seguía revisando el montón de documentos en el escritorio de Max. Lo ocurrido esa mañana la molestaba, pero decidió no obsesionarse con el tema y asumir el error. No pensaba martirizarse por un fallo. Todo el mundo cometía errores al principio… ¿no era lo que le repetían tanto Max como Michael una y otra vez?

Movió la cabeza varias veces e intentó concentrarse en las interminables columnas de números que llenaban la pantalla del ordenador. Sonó el teléfono.

—¿Sí?

Escuchó la voz de la secretaria por el auricular.

—Robin está aquí y quiere ver a Max.

—¿De Robin's Organics? —preguntó.

—Sí, dice que es urgente.

—Hazlo pasar, por favor.

El hombre que entró llevaba alborotado el pelo castaño, tenía los ojos marrones empañados por las lágrimas y las mejillas sonrosadas. Llevaba una camiseta roja en la que se podía leer «Robin es el rey» en el pecho y unos vaqueros con un agujero. No era el típico ejecutivo de uno de sus proveedores importantes. Desde luego, era un hombre que trabajaba con sus manos. Se levantó y dijo:

—Soy Carina Conte. Max no está ahora mismo. ¿En qué puedo ayudarlo?

Vio que al hombre le aparecía un tic en un ojo.

—Tengo que discutir un problema con usted, señorita Conte. Ojalá que pueda

ayudarme.

—Llámeme Carina. Y desde luego que haré todo lo posible. Deje que saque en pantalla su cuenta. —Pulsó unas cuentas teclas y leyó el historial y las notas activas—. Lleva trabajando con nosotros bastante tiempo, desde que La Dolce Maggie abrió, ¿no es cierto?

—Sí. Nos enorgullecemos de tener la mejor fruta ecológica del valle del Hudson y una reputación excelente. Pero hemos tenido algunos problemas con el local de Newburgh. Los higos y las frambuesas se entregaron a destiempo. El chef me dijo esta mañana que iba a cancelar nuestra cuenta.

Carina frunció el ceño.

—El chef no tiene la última palabra a ese respecto, la tenemos nosotros. ¿Es algo puntual?

El hombre hizo una mueca.

—No. Ha pasado varias veces en el último mes.

Carina se acomodó en el sillón y lo miró con atención. Golpeó la mesa con el lápiz que tenía en la mano.

—Cuando los proveedores nos sirven a destiempo, no podemos hacer nuestros pasteles. Es un problema muy grave.

—Lo sé, y lo siento. Quería venir en persona y explicar lo que está pasando. —Carraspeó—. Mi hijo ha sido el encargado de conducir el camión de reparto después de que yo lo introdujera en la empresa. Acaba de salir de la universidad. Fue bien durante un tiempo, pero ha empezado a tener malas compañías y… —Robin se interrumpió, pero después se obligó a continuar—. Ha estado tomando drogas. Robando dinero. Dejando los pedidos sin entregar. Yo di por sentado que todo iba bien, no lo comprobé.

Carina suavizó la expresión, apenada. Ansiaba estirar la mano y aferrar la de ese pobre hombre, que a todas luces sufría por su hijo.

—Lo siento muchísimo. ¿Qué va a hacer?

—Lo he ingresado en un centro de desintoxicación. No volverá a trabajar para mí, se lo aseguro. Le pido que olvide este asunto y que me permita continuar sirviendo al local de Newburgh. Mi empresa tiene una reputación intachable y no quiero perder la cuenta de La Dolce Maggie.

Carina repasó los informes y reparó en el historial de Robin's Organics. Ningún problema grave hasta hacía unas cuantas semanas. Mientras el hombre esperaba que ella tomara una decisión, pensó en lo que Max y Julietta harían en ese caso. Se mostrarían comprensivos pero profesionales. Seguramente pedirían un descuento por los fallos. Desde luego que demostrarían su descontento. Pero sabía que no era como ellos y su instinto le decía que Robin ya había sufrido demasiado y no necesitaba que ella lo pisoteara.

—Necesito garantizarle a mi chef que no habrá más problemas con las entregas. ¿Puede prometérmelo?

—Sí, ya he contratado a otra persona de absoluta confianza. No habrá más errores.

—Entendido. Me encargaré de este asunto y haremos borrón y cuenta nueva.

El alivio se reflejó en la cara del hombre. Un último tic apareció en su ojo antes de levantarse para estrecharle la mano.

—Gracias, Carina. No sabe lo mucho que se lo agradezco.

—De nada. Buena suerte con su hijo. Comprendo que tenga el corazón destrozado, pero estoy segura de que hará todo lo que esté en su mano para que salga de esta. Contar con el apoyo de la familia es de muchísima ayuda.

El hombre asintió con brusquedad antes de abandonar el despacho.

Carina suspiró con el corazón apesadumbrado. Traer niños al mundo era correr un tremendo riesgo por amor. Reconoció el valor y la honestidad de Robin.

Pasó otra hora mientras actualizaba las hojas de cálculo y esperaba a Max.

Cuando regresó, entró en el despacho muy cabreado. Aunque ni su aspecto inmaculado ni su peinado perfecto ni su impecable traje gris revelaban su agitación. Su corbata morada lucía un nudo perfecto y estaba recta. Sin embargo, tenía la cara desencajada por la ira y sus ojos relampagueaban con un fuego azulado cuando soltó el maletín sobre el escritorio.

—Tenemos un problema muy gordo. Necesito reunirme con Robin's Organics.

« Uf, vaya» , pensó ella.

Carina se levantó del sillón, rodeó el escritorio y se apoyó en él. Habló con voz comedida y tranquila.

—Robin ya se ha reunido conmigo.

Max levantó la cabeza de golpe.

—¿De qué hablas? ¿Cuándo?

—Ha pasado por aquí mientras estabas en el local del río. Se ha retrasado en las entregas de los pedidos de estas últimas semanas y temía perder la cuenta. He hablado largo y tendido con él y hemos llegado a un acuerdo. Ya no habrá más problemas.

En el mentón de Max apareció un tic nervioso. El olor almizcleño de su loción de afeitado la envolvió.

—Acabo de tragarme un sermón de nuestro chef, y me ha insistido en que cancelemos los servicios de este proveedor. ¿Qué excusa te ha puesto?

—Su hijo le ha dado problemas e iban cortos de personal.

Max enarcó una ceja con gesto desdeñoso.

—¿Y por qué tiene que ser problema mío? ¿Lo has amenazado? ¿Has conseguido un descuento por sus meteduras de pata?

Escuchar sus preguntas la puso de los nervios y la enfureció.

—No me ha parecido necesario, Max. Lleva años trabajando con nosotros y nunca habíamos tenido problemas graves. Todos atravesamos baches personales,

y las relaciones son fundamentales en los negocios. Echarle la bronca o insistir para que nos hiciera un descuento no era lo adecuado en esta ocasión.

Max estaba perdiendo la paciencia a marchas forzadas. Soltó un taco y se pasó los dedos por el pelo. Carina detestaba ver cómo las ondas recuperaban su perfecto estado. ¿De verdad era humano? ¿Cómo habían podido crear a un dios del sexo de carne y hueso, y tan perfecto? El recuerdo de sus manos mientras la alzaba y la estampaba contra la pared le provocó un nudo en el estómago y sintió la húmeda evidencia del deseo entre los muslos, un deseo que reclamaba satisfacción. No obstante, decidió concentrarse en lo que Max estaba diciendo. Le parecía que mantenía una visión muy cerrada.

—Las relaciones son importantes, pero los proveedores respetan la fuerza. Si dejas que se vaya de rositas una vez, sabrá que puede repetirlo. Te vuelvo a decir que eres demasiado blanda. Tienes que echarle un par y aguantar el chaparrón.

Carina apretó los puños al escuchar ese tono tan paternalista.

—¿Echarle un par? —preguntó en voz baja—. Esto no tiene nada que ver con el hecho de que sea blanda, tiene que ver con el hecho de que hay que promover la confianza. Robin confía en que le demos esta segunda oportunidad, y eso inspira lealtad y también el deseo de no volver a fallarnos. Es la primera regla en el mundo de los negocios, Max, a lo mejor deberías refrescar la teoría.

Max dio unos pasos hasta que estuvieron cara a cara. Tenía la respiración agitada y tuvo que contener el torbellino de emociones que estaba a punto a estallar. No iba a consentir que ella perdiera los estribos con él en el despacho. Había llegado el momento de que comprendiera con quién se está enfrentando.

—A lo mejor deberías decirle a nuestro chef que se olvide de los higos para la fiesta de esta noche. ¿Qué te parece?

Ella se puso de puntillas y echó la cabeza hacia atrás.

—A lo mejor tú deberías echarle un par al asunto y decirle que somos nosotros quienes tomamos las decisiones en La Dolce Maggie. Es un capullo ególatra y siempre lo ha sido.

Max torció el gesto y dijo elevando la voz:

—Sus postres son excelentes.

—Compensa su falta de estatura con su mala leche y sus ridículas exigencias. Solo lo estás consintiendo.

Max extendió las manos y la aferró de los brazos. Estaban tan cerca que ella podía observar a placer la tentadora curva de su labio inferior, la perilla tan sexy que le adornaba la barbilla y el brillo de sus ojos azules.

—El jefe soy yo, y también soy yo el que toma las decisiones finales.

—Es una pena que no tomes las adecuadas.

El aliento de Max le abrasó la boca. Carina entreabrió los labios. Sus dedos se le clavaron con más fuerza en los brazos mientras él intentaba controlar su genio.

—Te veo muy suelta para alguien que se supone que está aprendiendo el

negocio.

El deseo se apoderó de ella en un abrir y cerrar de ojos. Sintió los pezones tirantes contra la seda de su blusa, anhelando el erótico roce de los dientes de Max. Cuando habló, lo hizo en un susurro:

—Pues oblígame a guardar silencio.

Max titubeó un segundo. Soltó un taco.

Y se apoderó de sus labios.

El beso fue ardiente, rápido y voraz. La lengua de Max se introdujo entre sus labios y se adueñó de su boca mientras la levantaba y la sentaba en el escritorio. Carina separó las piernas para dejarle espacio y se aferró a sus hombros. La falda se le subió por los muslos y se acercó más al borde del escritorio para abrir todavía más las piernas. Max se percató del movimiento, le subió la falda hasta la cintura, le cogió los tobillos y la obligó a rodearle las caderas con las piernas.

Carina se dejó llevar por el beso mientras las sensaciones avivaban el deseo, mojándole las bragas y enloqueciéndola. Max le devoró la boca como si fuera un depredador hambriento que ansiara tragarse a su presa. Después de darle un apretón en la sensible piel de la corva, subió la mano hasta llegar a las bragas blancas de encaje. Capturó su gemido con los labios y le mordisqueó el labio inferior, tras lo cual se lo lamió.

—Tengo que tocarte —susurró él—. Tengo que…

—Hazlo. Hazlo. Ya.

Los dedos de Max se colaron por debajo del elástico y encontraron su objetivo. Carina gimió y arqueó la espalda al sentir la penetración y le clavó los talones. Max le acarició el sensible clítoris con el pulgar y se lo frotó de forma enloquecedora. Ella le tiró del pelo, separó todavía más las piernas y se dejó llevar hacia el orgasmo.

En ese momento alguien dijo a través del interfono:

—Max, tu cita de las dos acaba de llegar.

Max apartó la boca de la suya. Carina intentó que regresara para terminar el trabajo, pero la expresión horrorizada de su cara hizo que lo soltara. La ausencia de los dedos de Max la dejó vacía y dolorida. En el aire flotaba el olor de su deseo. Se bajó del escritorio jadeando, se colocó bien la falda y se arregló la blusa. Después se volvió para mirarlo.

—Joder, ¿qué coño estoy haciendo? —dijo Max—. No era mi intención.

La parte delantera de sus pantalones decía lo contrario. Harta de que negara la explosiva atracción que sentían, ladeó la cabeza y clavó la mirada en su entrepierna en un gesto elocuente.

—A mí me parece que sí.

—Carina…

—Déjalo, Max. Ve a tu reunión. Nos vemos luego.

Incapaz de soportar por más tiempo su negación y su sentimiento de culpa,

salió del despacho. Ah, sí, la cosa marchaba. Ya la había besado dos veces y era evidente que quería más. Solo necesitaba convencerlo para que diera el salto. De alguna manera tenía que arrastrarlo a territorio neutral para terminar lo que habían empezado.

Unas noches después, Carina estaba colocando la vajilla azul eléctrico en la mesa. Menos mal que había terminado la semana. Desde su segundo encontronazo con Max, parecía decidido a demostrarle que había cometido un error que no volvería a suceder. «La mejor manera de subirle la autoestima a una mujer», se burló en silencio.

Se volvió y vio el enorme bulto negro que reposaba sobre el respaldo de una silla. Cruzó los brazos por delante del pecho y chasqueó la lengua.

—Dante, ya sabes las reglas. Bájate de la silla. —El enorme gato la miró con expresión hastiada y se lamió una pata. Decidió usar un tono de voz autoritario—. Lo digo en serio. Abajo. Ahora.

Dante meneó la cola, levantó la cabeza y siseó.

La voz de Maggie resonó por la habitación.

—Dante, corta el rollo. —El gato levantó la cabeza de nuevo y se bajó de la silla. Con expresión disgustada se dirigió hacia Maggie para frotarle las piernas y ronronear.

Carina suspiró.

—¿Cómo lo haces? Es el gato más desagradable, cabezón e insoportable del mundo. Es el único animal que no me hace caso.

Maggie sonrió.

—Sí, lo sé. ¿A que es genial?

Las cenas de los viernes por la noche se habían convertido en una costumbre para Carina, y le encantaban. Una semana quedaban en casa de Alexa y Nick, y a la siguiente se turnaban y se reunían en casa de Michael y Maggie. Se había acostumbrado a relajarse en el ambiente hogareño, alejada de la oficina.

Carina se sentó en uno de los taburetes de la cocina y empezó a preparar la ensalada. Su cuñada intentaba no golpear la encimera con su vientre, algo que Carina reconocía que tenía su mérito. La elegante falda roja y la camiseta de cuello de pico le sentaban bien, y eran un atuendo adecuado como ropa premamá. Maggie comprobó cómo iba el pan de ajo y bebió un sorbo de la burbujeante agua con gas que tenía en el vaso.

—Cuéntame cómo vas con las citas. ¿Cuál fue la última? Fue Edward, ¿no?

Carina reprimió una mueca y añadió un puñado de aceitunas a la ensalada.

—Bueno, no salió muy bien. Tampoco es que fuese desagradable, pero no conectamos.

Maggie hizo un mohín.

—La falta de química es una mierda. No sabes las citas que sufrí yo sin que hubiera chispa alguna. Nada. ¿Algún otro candidato a la vista?

—Salvo en la oficina, no sé muy bien dónde conocer más hombres. ¿Qué hacías cuando estabas soltera?

Maggie se echó a reír.

—Demasiadas cosas malas, justo lo que tú tienes que hacer. Te daré una lista con los clubes a los que puedes ir los fines de semana. Te acompañaría para ofrecerte apoyo moral, pero nadie intentaría ligar contigo si llevas a una embarazada.

Resopló al escucharla.

—Seguro que ligarías antes que yo. Sigues estando genial.

Su cuñada se ruborizó, agradecida por el cumplido.

—Eres una hermana estupenda.

—Lo digo en serio, Maggie, tienes el atractivo sexual que yo siempre he querido tener. ¿Cómo lo haces?

—¿Hacer el qué, cariño?

—Conseguir a tu hombre.

Maggie se dobló de la risa y soltó la sartén con el pan tostado en la encimera.

—Carina, ya tienes todo lo que te hace falta con ese cuerpazo tuyo. Solo tienes que recordar una cosa: a los hombres les gustan las mujeres que van a por lo que quieren. Si un hombre te atrae, saca a la tigresa que llevas dentro. No podrá resistirse.

—¿Eso crees?

—No, no lo creo, estoy segura.

La idea de ser ella quien se lanzara a la conquista la excitó. ¿Por qué no añadir más leña al fuego e intentar conseguir lo que quería?

—Lo digo en serio, tienes que salir a bailar y a pasártelo bien. Hay muchos hombres ahí fuera con los que puedes divertirte. Todas esas tonterías de que es mejor que conozcas a hombres en las librerías y en la iglesia me cabrean.

Recordó el comentario de Max acerca de que buscara en la iglesia y tuvo que morderse la lengua para no echarse a reír.

—O en el supermercado. A ver, ¿cuándo fue la última vez que se te acercó un hombre para pedirte que comprobaras si su pan era fresco? —dijo Carina con cierta ironía.

—¡O en el gimnasio! Vamos, no hay nada más sexy que una mujer sudorosa con el maquillaje corrido mientras le tiembla todo el cuerpo. Si alguien te pregunta: « ¿Cuánto has levantado hoy, nena?» , ¿cómo respondes?

—Y luego está la opción de internet, pero todavía no estoy preparada. No a menos que sea como último recurso.

—Resérvalo para una emergencia. Alexa se lo pasaría en grande colgando tu perfil.

—Te he oído. —La voz de Alexa les llegó desde la entrada.

El timbre sonó y escucharon voces en el pasillo.

—Ah, por fin llega Max. ¿Puedes abrir tú, Michael? —preguntó Maggie a voz en grito.

Como seguía riéndose por la conversación con Maggie, Carina tardó un rato en percatarse de la voz femenina. Llevada por la curiosidad, echó un vistazo.

Joder. Venía acompañado.

Observó cómo su futuro rollo de una noche entraba en la mansión con una mujer del brazo. Y no era cualquier mujer. Max solo salía con la flor y nata, y esa apestaba a realeza y rancio abolengo. La melena pelirroja se rizaba como si fuera una obra de arte sobre los hombros y su esquelética figura proclamaba su talla 32. Tenía unos ojos verdes rasgados que lo miraban todo con una expresión somnolienta que rezumaba sexo. Las uñas con manicura francesa y los tacones de aguja advertían a las demás mujeres que se mantuvieran alejadas de su hombre. Y esa noche su hombre era Max.

Carina intentó no fulminarlos con la mirada mientras se escondía tras la puerta de la cocina para espiarlos.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Maggie—. Pareces cabreada.

Ella adoptó una expresión dulce y se obligó a sonreír.

—No, es que le estoy echando un ojo al ligue de la semana de Max. Esta parece algo serio.

—Vaya, nadie me ha dicho que iba a venir con alguien esta noche. —Maggie asomó la cabeza por la puerta de la cocina y vio que Max hacía las presentaciones de rigor—. Ah, es Victoria Windsor. Su padre es un duque o algo así, así que pertenece a la realeza, creo. Max ya ha salido varias veces con ella. Debe de haber vuelto a la ciudad.

Carina parpadeó. Su odio aumentó hasta alcanzar proporciones épicas.

—Oh.

Su cuñada entrecerró los ojos y sacó las uñas.

—¿Quieres que me libre de ella? Dímelo y lo achacaré a la revolución hormonal.

Se le escapó una carcajada al escucharla.

—No, claro que no. Ya te he dicho que paso de Max.

Se escuchó un resoplido.

—Sí, y yo voy a venderte el puente de Brooklyn.

—¿Para qué quiero comprar un puente?

Maggie agitó una mano.

—Da igual. Siempre se me olvida que uso demasiados localismos. —Cogió la ensalada de la encimera y la llevó al comedor.

Carina la siguió. La enorme estancia contaba con una larga mesa de cerezo, con sillas de cuero, y un aparador a juego. El cristal relucía bajo las luces de la

araña del techo. Maggie cogió unas cuantas botellas de vino del mueble bar que había en un rincón. La formalidad quedaba mitigada por las velas, por la luz atenuada y por las maravillosas acuarelas de paisajes de la Toscana que colgaban de las paredes, así como por el centro de flores frescas que adornaba la mesa. La mansión de soltero de su hermano tenía muchas pinceladas femeninas, y a Carina le encantaba el contraste entre la delicadeza y la masculinidad, entre la sencillez y la opulencia, que se evidenciaba en toda la casa.

Alexa entró andando con dificultad y soltó un gemido.

—Me muero por una copa de vino, casi puedo saborearlo. Será mejor que me llevéis una botella cuando vayáis a visitarme al hospital. ¿Quién acompaña a Max?

—Parece ser la pregunta de la noche —contestó Maggie con sorna—. Se llama Victoria y es la pareja actual de Max.

Alexa se estremeció.

—Está demasiado delgada. No me gusta.

La satisfacción inundó a Carina al escucharla. Cualquiera que no comiese lo suficiente levantaba sospechas en la familia. Maggie se encogió de hombros.

—Pues yo me la encontré una vez y es bastante agradable. A lo mejor es una señal.

Carina apretó los dientes. Joder, de haber sabido que iba a competir con una dichosa princesa, al menos se habría puesto un vestido. Llevaba unos vaqueros, una camiseta blanca y unas zapatillas Keds. Se puso de vuelta y media por parecer una cría de doce años. Las mujeres que querían seducir a un hombre como Max tenían que vestirse para la ocasión. Primer asalto para esa zorra.

Se escucharon unos pasos y Max apareció en el comedor. Volvió a hacer las presentaciones y saludó a Carina con un gesto de la cabeza como si nunca se hubieran metido la lengua en la boca.

—Carina, te presento a Victoria. Carina es una buena amiga.

Ella ladeó la cabeza al escucharlo.

—Sí, buenísima. Encantada de conocerte, Vicky.

La chica hizo una mueca al escuchar el diminutivo, pero Carina le reconoció el mérito al ver que se limitaba a asentir con la cabeza.

—Es un placer conocer a la familia de Max. La última vez estuve muy poco tiempo en la ciudad y solo pudimos asistir a unas cuantas fiestas formales, ¿no es verdad, cariño? —Unas uñas rojo sangre le acariciaron el brazo—. Con suerte esta estancia será más larga.

Max sonrió, pero la expresión risueña no le iluminó la mirada. Casi parecía… resentido. Como si quisiera demostrar que nunca podría haber algo entre ellos dos. Interesante. Se negaba a mirarla a la cara y le recordaba a los perros callejeros que ella solía recoger, esos que ladeaban la cabeza para evitar el contacto visual. Para evitar la realidad de su situación. Negar la verdad era algo

muy habitual en todas las especies.

Nick entró con un plato de *penne* al vodka.

—Espero que tengáis mucha hambre —dijo.

Carina se mordió el labio mientras Maggie y Alexa clavaban la vista en el palo que era el cuerpo de Victoria, pero ella encabezó la avanzadilla al frotarse las manos.

—Traed los carbohidratos, chicos. —Maggie y Alexa sonrieron antes de sentarse a la mesa. El instinto le decía a Carina que había un motivo de peso por el que Max había llevado a Victoria esa noche y estaba dispuesta a averiguarlo—. Bueno, Victoria, ¿a qué te dedicas?

—Ahora mismo estoy entregada al trabajo benéfico. Me licencié en Derecho en Oxford, pero descubrí que ejercer la abogacía no era tan satisfactorio como ayudar a los demás. Cofundé un orfanato en Londres.

Max se incorporó en la silla como si estuviera a punto de hacer una presentación.

—Victoria tiene una educación excelente, pero también tiene los pies en el suelo. Su fundación ayuda a cientos de adolescentes que no tienen ningún sitio adonde ir. En determinado momento, las casas de acogida ya no les sirven y el sistema no les ofrece apoyo.

Alexa asintió con la cabeza.

—Sí, como en *El caballero oscuro: la leyenda renace*, ¿no te acuerdas, Nick? En la película, la fundación de Bruce Wayne explicaba el problema. Impresionante.

Nick soltó una carcajada por la habilidad de su esposa de relacionarlo todo con libros, películas o poemas.

Victoria inclinó la cabeza y le dijo a Max:

—Cariño, me halagas. Pero yo cuento con un buen colchón para respaldarme. Tú te abriste camino hasta la cima por tus propios medios, así que eres quien se merece todas las alabanzas.

Carina se preguntó si le saldría una caries por el almíbar que destilaban. Sin embargo, Max todavía no la había tocado. Y siempre era muy afectuoso, sobre todo con alguien por quien sentía algo. ¿Cuántas veces lo había visto acariciar a sus acompañantes? En cambio, con Victoria mantenía las distancias como si estuviera cenando con la realeza en vez de con la familia. Tenía las manos apoyadas en la mesa. El respeto y la admiración relucían en sus ojos, pero no había ni rastro de la química necesaria para darse un revolcón con ella. Mmm, interesante.

Victoria habló un poco de su fundación benéfica y tampoco hizo ademán de tocarlo. Parecían más amigos que amantes. La chispa de la atracción sexual estaba totalmente apagada entre ellos, no parecía haber el menor rescoldo. Una mujer que no quisiera meterse en la cama con Max tenía algún problema. ¿Sería

frígida? Carina aguzó sus dotes detectivescas y juró desentrañar el misterio.

Maggie desvió la conversación hacia Alexa.

—Bueno, ¿tenéis ya nombre para el bebé?

Nick asintió con la cabeza.

—Si es niña, la llamaremos María, por la madre de Alexa.

Carina suspiró.

—Qué bonito. ¿Y si es niño?

Nick miró a su mujer con expresión enfurruñada.

—Seguimos pensando.

Alexa se irguió y dijo:

—Si es niño, vamos a llamarlo Johan.

Nick se frotó la frente. Se hizo un breve silencio. Maggie puso fin a la pausa.

—Por el amor de Dios, ¿por qué? ¿De dónde leches has sacado ese nombre?

—Adivínalo —contestó Nick—. Tú la conoces mejor que nadie.

Carina miró a su cuñada mientras sopesaba todas las posibilidades, hasta que jadeó.

—¿Te has vuelto loca? Por el amor de Dios, ¡quieres llamarlo así en honor a Johan Santana!

Alexa apretó los labios.

—Es un nombre precioso y no tiene nada que ver con los Mets.

Maggie soltó una carcajada y se limpió las lágrimas.

—Y una leche. Santana ha sido el primer lanzador de la historia de los Mets en conseguir que el equipo contrario no golpeara una sola bola y tú intentas honrar su gloria. Recuerdo aquella noche. Lloraste tanto que creía que te ibas a poner de parto.

Carina recordó haber oído hablar de la obsesión de Alexa con un equipo de béisbol, los Mets de Nueva York, y también recordó su animadversión hacia el equipo de Nick, los Yankees. Menos mal que a ella no le gustaban los deportes. Parecía demasiado estresante, sobre todo a juzgar por la forma en la que Alexa fulminaba con la mirada a su mejor amiga.

—No te metas conmigo, Maggie. Fue un momento digno de admiración. Nuestro hijo debería sentirse orgulloso de llevar semejante nombre.

Nick resopló y se sirvió más vino.

—Por encima de mi cadáver —masculló—. Santana ha ido cuesta abajo desde entonces y no ha tenido un buen partido en las últimas cinco temporadas. ¿Qué te parece si le llamamos Derek?

Alexa soltó el tenedor de golpe.

—¡Ni de coña! Ningún hijo mío llevará un nombre en honor a Derek Jeter, so… so… ¡amante de los Yankees!

Nick suspiró.

—Vamos a dejarlo para luego, cariño. ¿Has probado los calamares? Esta

noche me he superado.

Alexa masculló algo, pero empezó a comer de nuevo mientras Carina se esforzaba por no reírse a carcajadas de las absurdas conversaciones de la pareja.

—¿Tienes algún proyecto activo en Nueva York o has venido para ver a Max? —le preguntó Michael a Victoria.

—Mi padre está en la ciudad por negocios y me apeteció venir con él. Me encantaría ir al teatro o a la ópera si consigo que Maxie se tome un respiro. —El apelativo provocó unos cuantos resoplidos por la mesa—. El pobrecillo está trabajando mucho con la nueva apertura. A lo mejor consigo engatusarlo para que se tome unos días libres esta semana, siempre que el jefe me dé permiso.

—Claro, siempre que todo vaya bien puede tomarse unos días libres. Carina puede ocuparse de todo.

—Qué bonito. ¿No es maravilloso trabajar con una buena amiga?

La sonrisa de Victoria era sincera y dejaba a la vista unos blanquísimos dientes. Carina se sintió culpable. ¿Cómo podía juzgar a los demás por su aspecto? Victoria parecía una mujer agradable e inteligente que, casualidades de la vida, tenía el aspecto de una supermodelo. ¿Era culpa suya? No. Decidió darle un respiro. Si Max quería salir con ella, tal vez fuera lo mejor. Su constante necesidad de salir con mujeres equivocadas la fascinaba, aunque parecía decidido a demostrar que había cambiado.

Victoria empezó a hablar de un amigo suyo que la tenía preocupada.

—Richard ha sido mi apoyo durante años. Nuestros padres son muy amigos y hemos crecido juntos. El pobre está pasando por un divorcio traumático ahora mismo. Se casó con la mujer equivocada. Estoy haciendo todo lo que está en mi mano para que supere el mal trago.

Maggie y Alexa murmuraron sus simpatías.

Carina captó el desesperado anhelo en la cara de la mujer al pronunciar ese nombre. Richard.

—Qué pena —dijo al tiempo que pinchaba la pasta con el tenedor—. Pero tiene la gran suerte de contar contigo.

Los ojos de Victoria relucieron un instante con expresión arrepentida.

—Sí. No dejo de repetírselo.

« ¡Bingo!» , exclamó para sus adentros.

Victoria estaba enamorada y seguramente el otro imbécil ni siquiera lo sabía. Con razón se esforzaba tanto para hacer que la cosa funcionara con Max. Él nunca le exigía demasiado a sus citas. ¿Había presión por parte de ella para formalizar la relación? ¿O quería poner celoso a Richard? La empatía le provocó un nudo en el estómago. Victoria estaba lidiando con la misma situación a la que ella se había enfrentado: suspiraba por un hombre que la consideraba su hermana pequeña. Patético. En fin, lo menos que podía hacer por ella era liberarla de Max y evitar que cometiera un error fatal.

—¿Dónde está Lily? —preguntó Max mientras servía un poco de ensalada en el plato de su cita antes de que esta le dijera que ya era suficiente. Una aceituna negra cayó por el plato y rodó por el mantel. Victoria no hizo ademán de atraparla con el tenedor. La forma en la que esa mujer despreciaba la comida entristeció a Carina.

—Está durmiendo en casa de los abuelos. La miman muchísimo y Nick pensó que nos vendría bien disfrutar de una noche solo de adultos.

Nick dio un tironcito de uno de los ricitos de su mujer y le guiñó un ojo.

—Sí, a lo mejor hoy conseguimos mantenernos despiertos más allá de las diez. Bonito sueño.

Carina se echó a reír.

—La paternidad te cambia.

—Joder, y tanto que sí —comentó Michael—. Por eso tienes que disfrutar mientras estás soltero. Max y Carina están en lo mejor de sus vidas. —Dio un respingo cuando Maggie le asestó un buen puñetazo en el brazo—. Es broma, *cara*. Bastante me torturaste antes de casarnos. No cambiaría absolutamente nada de lo que ha sucedido, pero debes admitir que la vida de soltero parece casi perfecta.

Ella asintió y Michael le sostuvo la mano para besarle la palma.

Una oleada de puro anhelo abrumó a Carina. Se llenó la boca de pasta con la esperanza de poder al menos alimentar su hambre física. Victoria se golpeó los labios inyectados de bótox con el tenedor en un gesto reflexivo.

—Me muero por tener niños —anunció—. Estoy cansada de esta sucesión de citas y de fiestas. ¿No te parece, Max?

Max se ruborizó bajo la atenta mirada de todos. Carina contuvo el aliento.

—Claro. —Ella parecía a la espera de que añadiera algo—. Me gustaría sentar la cabeza en el futuro.

Victoria le miró a los ojos.

—¿En el futuro? ¿Qué quieres decir? ¿De cuánto tiempo estamos hablando? Sabes que mi padre necesita que me case pronto, ¿verdad?

Alexa y Maggie soltaron los cubiertos. Incluso Nick y Michael se inclinaron hacia delante para escuchar su respuesta.

Max carraspeó y cogió la copa de vino. Bebió un sorbo, pero el silencio seguía siendo muy tenso en la mesa. Como un lobo acorralado, recorrió las caras de los presentes con la mirada antes de clavarse en la suya.

El fuego brotaba de esos ojos azules, tan ardiente que abrasaba. La verdad golpeó a Carina con fuerza. Max ansiaba que Victoria fuera la elegida. Pero no lo era. Tampoco sabía que estaba enamorada de otro. Tal vez percibía su evidente distanciamiento y había decidido que era otra apuesta segura.

Carina se relajó poco a poco y empezó a disfrutar del espectáculo.

—Max adora a los niños —comentó—. Su madre lleva diciéndole que siente

la cabeza desde hace bastante tiempo. Pero ¿dónde viviríais?

Max emitió un extraño sonido ronco, pero guardó silencio.

Victoria se lanzó.

—Bueno, tendríamos que hablarlo. Yo necesito estar en Inglaterra durante unos cuantos meses al año, pero el resto del tiempo podríamos estar aquí en Nueva York. Por supuesto, también visitaríamos Italia para poder conocer a la madre de Max. No te parece maravilloso, ¿cariño?

—Sí, claro. Algún día.

—¿Cuándo?

Carina se vio obligada a contener una risilla. Por fin había visto a un hombre hecho y derecho en pleno ataque de pánico.

—Pronto. —Max cogió una servilleta, se limpió la boca y se levantó—. Esto… disculpadme un momento. Vuelvo enseguida.

Salió al pasillo y desapareció. Victoria se apartó, sorprendida.

Carina se levantó de la mesa.

—Si me disculpáis un momento, ahora vuelvo.

Salió en su busca.

Max cerró la puerta de la biblioteca. ¿Qué le pasaba?

Apretó los puños y se los llevó a los ojos. Victoria era la mujer perfecta. Era guapa, inteligente y quería formar una familia. Siempre había disfrutado de su compañía cuando iba a la ciudad. Demostrar que Carina no llevaba razón era importante. Sus palabras se burlaban de él mientras resonaban en su cabeza como una perversa broma.

« Siempre escoges a la mujer equivocada.»

Imposible. En algunos casos podría ser cierto, pero Victoria por fin había demostrado que no llevaba razón. Así que, ¿por qué no sentía una conexión real ni deseo alguno de llevar la relación al siguiente nivel?

Recordó el momento en que la tenía encima del escritorio, cuando la penetró con los dedos y sintió su húmeda calidez. Recordó cómo le clavó los talones en la espalda. El dulce y atrevido sabor de su boca y el olor de su deseo. Subirle esa falda de tubo hasta la cintura había sido su mejor fantasía hecha realidad. Si no los hubieran interrumpido, la habría hecho suya allí mismo.

Dios, una vez tenía un pase. A duras penas. ¿Dos?

Se había ganado un lugar de honor en el infierno.

Un toquecito en la puerta fue el único aviso.

Hizo un mohín al percibir el fresco olor a pepino y a rosa. Sintió un escalofrío en la espalda. El ambiente tan erudito y relajado de la biblioteca se llenó de repente de electricidad. La suela de goma de sus zapatillas enmascaraban su avance, pero su calor corporal era como un fuego a su espalda. La odiaba por

comerle la cabeza.

La odiaba por hacerle desear cosas.

Se volvió para mirarla.

—Ya voy —dijo—. Solo necesitaba un momento.

Ella se acercó más. Él retrocedió. Se fijó en el asomo de sonrisa que había aparecido en sus labios.

—¿Qué te ha provocado el ataque de pánico: la idea del matrimonio o la de los niños?

Aceptó la pulla como un hombre.

—No lo sé.

Max se esperaba un comentario sarcástico, pero la vio asentir con la cabeza como si lo entendiera.

—Te comprendo.

Cruzó los brazos y la miró.

—Vamos, ¿no vas a despedazarla?

Carina tuvo la audacia de aparentar sorpresa.

—¿Por qué? Si te gusta, me alegro por ti. La verdad es que parece muy agradable, una vez que se pasan por alto sus limitaciones alimentarias.

La facilidad con la que aceptaba que saliera con otras mujeres era casi un insulto. ¿Por qué quería estamparla contra la pared y demostrarle que ella significaba algo para él?

—No podrás encontrarle una sola falta. Ya lo he comprobado: le encantan los animales.

—Estupendo.

—Es una firme defensora de las obras benéficas. Es capaz de dirigir un negocio. Tiene una familia maravillosa. Ya te digo que es perfecta.

Vio que a Carina le temblaban un poco los labios.

—Me alegro por ti. Ojalá que te comprometas y sientes la cabeza. Mejor que lo hagas tú a que lo haga yo. Pienso divertirme un poco. Disfrutar del sexo salvaje ahora. Los niños vendrán después.

Se irguió, muy atento. Sus voluptuosos labios pronunciaban las palabras como si fueran un manjar. Sexo. Salvaje. La rabia le formó un nudo en el estómago.

—Deja de decir chorradas de ese tipo.

—¿Por qué? No pueden incomodarte más que lo que ocurrió hace unos días.

Dio un respingo al escucharla. Dado que se moría por repetir la experiencia, se obligó a decirle lo contrario.

—Fue un error. —La voz le salió estrangulada—. En ambas ocasiones.

—Eso lo dirás tú.

El tono pensativo de sus palabras le retorcieron las entrañas. ¿Cómo era posible que una mujer con zapatillas Keds pudiera hacerse con el control de la situación? Su cuerpo y su mente era un ataque frontal a su fuerza de voluntad. Se

aferró a su último cartucho.

—Cualquier relación física entre nosotros sería la peor de las traiciones, ¿no?

La antigua Carina se habría sonrojado y habría empezado a tartamudear. Lo habría mirado como si fuera Dios y se habría ido. La nueva Carina acortó la distancia que los separaba y alzó la barbilla. Su metro sesenta vibraba de poder femenino.

—¿Lo sería? —susurró ella.

Una erección le tensó los pantalones, poniendo en tela de juicio sus palabras. Dado que toda la sangre se había concentrado en el mismo punto, tardó un par de segundos en responder.

—Sí, lo sería.

—Qué pena.

—No me vengas con jueguecitos, Carina. No podemos acostarnos. Aquella noche en mi casa fue un error garrafal. Como el encuentro del despacho. Todavía me siento culpable.

Esos ojos oscuros rebosaban misterio y secretos que se moría por desvelar. Vio cómo su lengua surgía de entre sus labios para humedecerse el labio inferior. Tenía una expresión traviesa en la cara.

—Siento chafarte las ilusiones, Maxie. Pero solo busco a un chico malo con el que jugar.

La inocente camiseta blanca y las ridículas zapatillas solo lo instaban a desear arrancarle la ropa para revelar esas curvas de sirena. Su sabor lo atormentaba. Y, como si fuera consciente de ese hecho, ella se inclinó hacia delante, de modo que su aliento le rozó los labios de forma incitante.

—¿Quieres jugar?

Pasó un segundo. La sangre se le acumuló en la polla y empezó a escuchar un zumbido. Era un hombre experimentado, un maestro del arte de la seducción. Pero ese torbellino lo había noqueado. Su cabeza no dejaba de gritar: « ¡Joder, sí!» .

—No puedo. —Las palabras se le atascaron en la garganta—. Estoy saliendo con Victoria.

Carina se apartó muy despacio. Se encogió de hombros.

—Entendido. Respetaré tu relación y no te molestaré más. —Se encaminó hacia la puerta, contoneándose con elegancia. La voluptuosa curva de su trasero se despidió de él con un gesto travieso—. Una cosilla más, algo que deberías saber.

—¿El qué?

—No pierdas de vista a Richard.

Frunció el ceño al escucharla.

—Richard es amigo suyo. No hay nada entre ellos. Ahora mismo se está divorciando.

—Está enamorada de él. Siempre lo ha estado. Siempre lo estará. Pregúntaselo. —Le guiñó el ojo—. Nos vemos fuera.

Max permaneció inmóvil mientras se preguntaba si su vida se había convertido en un auténtico infierno.

8

—Te necesito en Las Vegas. Mañana.

Max gruñó, tiró el vaso de café frío a la papelera y abrió el último cajón en busca de algo decente para beber. Tras sacar dos vasos de chupito, sirvió la *grappa*, le ofreció uno a Michael y alzó el suyo a modo de brindis.

Un trago rápido y el licor bajó por su garganta, ardiente y suave.

—Michael, me vas a matar. Tengo la inauguración en New Paltz la semana próxima y ¿quieres que me vaya ahora?

Michael se pasó los dedos por la cara, un gesto habitual cuando estaba frustrado.

—Lo siento, amigo. No me gusta hacerte esto. El hotel Venetian de Las Vegas está interesado en nosotros y necesito a alguien que cierre el acuerdo. Sawyer Wells está ahora al frente del hotel. ¿No sois amigos?

—Sí, nos conocemos desde hace años.

—Bien. Había pensado ir en persona, pero mi madre ha decidido adelantar el viaje. No puedo irme esta semana.

Max frunció el ceño.

—¿Va todo bien?

—Sí, pero Maggie no puede viajar en su estado y no quiero dejarla sola. Mi madre llega mañana. Quiere ver a Maggie antes de que dé a luz.

—¿Cómo está? ¿Sigue teniendo problemas con el corazón?

Michael negó con la cabeza.

—Hay que controlarla, pero Julietta dice que está muy bien. El médico la ha sometido a un reconocimiento y dice que no tendrá el menor problema por hacer un viaje tan largo. Necesito que te quedes unos días en Las Vegas y que cierres el trato, Max.

El aludido asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

La expresión de Michael se relajó y soltó un hondo suspiro.

—Gracias. Yo me encargo de cualquier cosa que surja aquí. Ah, Carina te acompañará.

Max se levantó del sillón como si le hubieran prendido fuego.

—¿Cómo? ¡Ni hablar!

Su amigo lo miró confundido.

—¿Por qué?

Max decidió pasearse de un lado a otro del despacho para aliviar la repentina

tensión que se había apoderado de todos sus músculos.

—No está preparada para algo así. Necesito concentrarme y no puedo pasarme el día preocupado por ella.

Michael se acomodó en el sillón y agitó una mano en el aire.

—Lo entiendo. Pero no hace falte que seas su niñero. —Sonrió—. Siento que las cosas con Victoria no funcionaran, pero te apuesto lo que quieras a que en un par de días tienes a una preciosa bailarina de Las Vegas colgada del brazo. Carina no será un estorbo. Es una oportunidad para que aprenda y vea cómo se levanta el negocio desde la fase inicial. Necesita ver todos los pasos y, además, así podrá ayudarte con el papeleo, los trámites y demás. Puedo decirle a Edward que te acompañe. Es un magnífico representante y puede ayudar a dejar claro nuestro compromiso.

El licor se le subió a la garganta de repente, ahogándolo. Tosió con fuerza al tiempo que todo comenzaba a darle vueltas. Michael se levantó para darle unas palmadas en la espalda.

—Edward no —logró decir—. He tenido unos… esto… unos problemillas con él.

—¿Debo intervenir?

—¡No! No, lo tengo controlado. No necesito que venga nadie más. Puedo apañármelas. Todo saldrá bien. Cerraré el trato en persona. A estas alturas no necesitamos que intervengan más departamentos.

—Sí, sé que puedes hacerlo. —Michael le colocó una mano en el hombro—. Esta empresa no sería lo que es sin ti, amigo mío. Gracias por estar siempre ahí.

De repente, recordó la imagen de Carina apoyada contra la puerta con el vestido levantado. El sudor le cubrió la frente.

—De nada.

—Le diré a Carina que se prepare para volar mañana a primera hora. —Abrió su maletín y sacó un grueso informe—. Aquí tienes la documentación. El jet estará listo para despegar a las nueve.

Max soltó un bufido en cuanto la puerta se cerró tras Michael. Sí. El universo se había vuelto en su contra desde aquel momento de placer arrollador con la única mujer a la que no podía tocar. Y para colmo tenía que pasar unos días con ella en Las Vegas. A solas.

Luchó contra el pánico. A lo mejor estaba sobreestimando su encanto. Carina no había hecho la menor referencia a la noche en cuestión desde que le hizo aquella advertencia. Todavía tenía el ego tocado por no haber sido capaz de ver que su Victoria estaba enamorada de otro. De un hombre que él conocía. Y lo peor de todo era que entre ellos no existía la menor química sexual. En su desesperación había llegado al extremo de forzar dicha química, pero dada la necesidad de Victoria de casarse por culpa de las presiones de su padre, se había sentido atenazado por el pánico. Su larga conversación dio frutos, ya que por fin

admitió lo que de verdad sentía por Richard. Max la besó en la frente y le deseó suerte, con la esperanza de haberla convencido de que diera el salto y fuera en busca del hombre al que quería.

En cuanto a Carina, fingía que no había sucedido nada entre ellos. Actuaba con jovialidad. De forma amistosa. Alegre. Como si jamás le hubiera metido la lengua en la boca y nunca le hubiera pellizcado un pezón, por no hablar de otras cosas.

« ¡Ya vale!»

Iban a Las Vegas por negocios. Carina quería aprender. No había motivo alguno para asustarse por la idea de pasar unos días con ella.

La atracción de cerrar un nuevo trato lo emocionaba. Al cuerno con todo. Le encantaba Las Vegas. El calor. La adrenalina. El pecado. Vería a su amigo, jugaría al póquer y haría lo que mejor se le daba. Cerrar un trato y buscarse a una mujer para estar entretenido. Alguien que lo ayudara a olvidar a Carina y que lo devolviera al terreno de juego.

Cogió el informe y empezó a trabajar.

Carina intentó con todas sus fuerzas no dar saltos de alegría en su asiento como si fuera una niña, pero le estaba costando mucho. La limusina circulaba por las calles de Las Vegas y ella tenía el cerebro cortocircuitado. Esa ciudad vivía por un solo motivo y lo dejaba claro allá donde se mirara: el placer. Era un lugar para perderse, para abandonar las inhibiciones y para llevarse por fin a Max a la cama.

Bienvenida a Las Vegas.

Max la miraba con mal disimulada sorna, algo que no le importaba.

—¿Podemos ir a ver a Celine Dion?

Max torció el gesto.

—Joder, no.

—¿Y al Cirque du Soleil?

Hizo un mohín.

—A lo mejor. Si estoy lo bastante borracho.

Carina le sacó la lengua y él se echó a reír.

—Me niego a dejar que tu cinismo me estropee la diversión. He soñado muchas veces con venir a Las Vegas y aquí estoy. ¿Es verdad que las bailarinas y las coristas se pasean prácticamente desnudas por ahí?

—Sí.

—¿Cuántas veces has venido?

Max se relajó en su asiento y Carina disimuló el deseo que le provocaba mirarlo. Llevaba un traje oscuro con gemelos de oro hechos por encargo en los puños de la camisa y se había peinado con gel fijador. Todas las mujeres se

volvían para mirarlo, incluso lo hizo una bailarina. Poseía una elegancia animal rodeada de un aura civilizada. La llamativa corbata roja dejaba entrever lo que se ocultaba bajo la superficie, y Carina ardía en deseos de arrancársela allí mismo, en la limusina, bajar la pantalla tintada y recrear al detalle una de sus fantasías más ardientes. En cambio siguió sin moverse, escuchando su respuesta.

—Unas cuantas por negocios. Algunas por placer.

—Me imagino. ¿Ninguna boda vestido de Elvis que luego hayas tenido que anular?

—Qué mala eres.

Carina sonrió y sacó la cabeza por la ventana, arrojando al viento la sofisticación. El aire bochornoso de la ciudad inundó sus pulmones y le enredó el pelo, pero no le importó. Al llegar al hotel Venetian se echó a reír nada más ver el falso decorado italiano. Esbeltas esculturas de mármol, un sinfín de fuentes con chorros de agua y frondosas plantas verdes que la invitaban a caminar hasta la majestuosa puerta. Aunque esperaba un toque hortera en los hoteles de Las Vegas, lo cierto era que el mobiliario le otorgaba al lugar un aire elegante.

Michael se detuvo al llegar al mostrador de recepción. Mientras tanto, ella no paraba de mover la cabeza para absorber la imagen completa de la entrada al casino. Una gigantesca esfera dominaba el centro del lugar, rodeada de altísimas columnas y de bóvedas de cañón. El techo rivalizaba con la capilla Sixtina de Miguel Ángel. La intensa mezcla de texturas, colores y lujo aturdió sus sentidos de forma placentera.

Una vez que les dieron la llave, los acompañaron hasta la torre. Subieron, subieron y subieron como si estuvieran en el cuento de *Las habichuelas mágicas*. En cuanto se abrió la puerta del ascensor, teclearon el código de acceso y accedieron a la suite Penthouse.

Carina jadeó.

Sabía que Michael y Max eran muy ricos. Puesto que sus orígenes habían sido humildes, había visto cómo crecía el imperio familiar hasta un punto en el que ya no hubo que preocuparse por las facturas, por el vicio de Venezia con los zapatos o por pagar los estudios universitarios. Aunque renovaron la casa de arriba abajo, ella siguió protegida en Bérgamo. Siempre en el mismo entorno. De manera que su personalidad siguió siendo la misma, ajena al éxito familiar y al dinero.

Sin embargo, la suite que veían sus ojos la dejó pasmada.

El salón al que se accedía desde el ascensor contaba con un sofá gris pizarra, un sillón y preciosos muebles de madera de cerezo. Las exquisitas paredes estaban decoradas con cuadros de paisajes italianos. A través de los ventanales se veía la ciudad en toda su extensión. Carina era incapaz de hablar mientras recorría toda la estancia, reparando en el completo bar, en el jacuzzi y en la enorme cama con sus numerosos cojines que le provocó el deseo de estirarse en

ella para echarse una siesta.

—Creo que tengo que pedirle un aumento de sueldo a Michael —dijo.

Max se echó a reír.

—*Cara*, la empresa también es tuya. Eres parte de la familia, así que todo te pertenece en parte, incluso el dinero.

—No me resulta cómodo aprovecharme de algo que en realidad no me he ganado —comentó con sinceridad—. Quiero ganarme el derecho a disfrutar del dinero.

La expresión de Max se suavizó y por un instante sus ojos azules brillaron con un feroz orgullo.

—Lo sé. Tienes carácter, algo de lo que carecen muchas mujeres de hoy en día.

Carina resopló.

—Max, muchas mujeres tienen carácter. Lo que pasa es que tú solo te fijas en las equivocadas.

—¿Podemos darle hoy un descanso a mi fallida lista de relaciones?

—Claro —respondió ella, con una mirada culpable—. Siento lo de Victoria.

Max se encogió de hombros.

—Tenías razón. Como siempre. Al menos, ahora va detrás del hombre que realmente le importa. —Cambió de tema de forma deliberada y señaló la puerta adyacente—. Voy a enseñarte tu dormitorio.

Se acercó a la puerta, tecleó el código de acceso y la abrió. Carina entró y descubrió una suite similar a la anterior, con una cama para ella sola y un baño. Tras soltar un chillido emocionado, se quitó los zapatos e hizo algo que llevaba deseando hacer desde que salieron del ascensor.

Corrió a toda velocidad y se arrojó a la cama. Tumbada sobre el mullido colchón, suspiró y se desperezó, encantada con la comodidad de los cojines y la suavidad de la colcha.

—Estoy en el paraíso —afirmó.

Max se detuvo al lado de la cama y sonrió.

—Siempre te ha gustado saltar. ¿Te acuerdas de aquel día que estábamos en casa de tu primo Brian y monté aquel chisme espantoso para que pudieras fingir que estabas compitiendo en la final olímpica de gimnasia?

Carina se echó a reír.

—¡Madre mía, es verdad! Intenté saltar por encima, pero lo hiciste demasiado alto y me rompí la muñeca.

—Pensé que me pasaría meses castigado, pero cuando volviste del médico, nadie mencionó más el tema.

Carina se incorporó sobre un codo y apoyó la cabeza en la palma de la mano.

—Porque nunca lo dije.

—¿Cómo?

El recuerdo la hizo sonreír.

—Sabía que si lo hacía, te metería en problemas. Joder, Michael y tú cargabais con la responsabilidad de que no me pasara nada. Le dije a mi madre que fui yo quien construyó el chisme.

Max la miró en silencio un buen rato.

—¿Mentiste para protegerme?

La pregunta que Max susurró le provocó una extraña sensación en el abdomen. La miró como si la viera desde una nueva perspectiva, pero fue incapaz de decidir si eso era algo bueno o malo. Tal vez no fuera buena idea sacar el tema de la infancia si quería que su plan para seducirlo tuviera éxito. Lo mejor sería cambiar de táctica de inmediato.

—Quiero cambiar el espantoso futón que hay en el apartamento de Alexa. Túmbate y dime qué te parece este colchón.

Max dio un respingo y retrocedió un paso.

—No. No estoy seguro de lo que pretendes.

—Venga ya, si es muy grande. Además, no tengo piojos. Acuéstate aquí y dime si es mejor que el colchón que tienes en tu casa.

Max frunció el ceño.

—¿Y cómo sabes qué tipo de cama tengo?

—No lo sé, pero me da la impresión de que te encanta estar rodeado de lujos y he supuesto que debes de tener una cama bien grande. No te imagino en uno de esos dormitorios de soltero con estampados de cebra y altavoces ocultos mientras escuchas «Let's Get It On» de Marvin Gaye, ¿o sí?

Max se alejó, espantado.

—¿Cómo sabes ese tipo de cosas? Esa imagen es tan espantosa que no sé ni por dónde empezar a criticarla.

—Me alegro. Un chico con el que salía tenía un dormitorio así. Cerró la puerta al entrar, pulsó un botón y empezó a sonar esa canción tan horrible para ponerme en situación.

Max se acercó de nuevo.

—Espero que no le dieras lo que quería. Mucho menos después de usar ese truco tan barato.

Carina sonrió.

—No, no me impresionó. —Alargó un brazo, cogió uno de los cojines y le hizo un gesto para que se tumbara a su lado—. Solo un minuto. Dime qué te parece.

—Carina…

—Olvídalo, no vaya a ser que se te arrugue el traje.

El comentario dio en el blanco. La expresión de Max se tensó como si le hubiera lanzado un desafío. Puesto que jamás había sido capaz de resistirse a uno, se quitó los zapatos. Carina contuvo una risilla tonta cuando lo vio colocarse con

esmero manteniendo las distancias con ella.

—Bueno, ¿qué te parece?

Max suspiró.

—Me resulta increíble que estemos comparando camas. Tengo la impresión de estar en un anuncio de colchones.

Carina empezó a saltar sobre el colchón, pero sin incorporarse.

—Es firme, pero mullido. Las sábanas son carísimas, seguro que tienen muchos hilos. Y los cojines son perfectos.

—Los cojines son espantosos. A los hombres no nos gustan los cojines ni los almohadones, son agobiantes.

—¿En serio?

—Sí, pero el grosor del colchón es estupendo. Firme, pero lo bastante cómodo para…

—El sexo.

Max tensó todos los músculos del cuerpo. Carina contuvo el aliento mientras lo veía volver la cabeza. Sus miradas se encontraron y fue consciente de que se estremecía por el intenso deseo de colocarse sobre él, besarlo en la boca y dejarlo hacer lo que quisiera. Vio que se le dilataban las pupilas y que tensaba el mentón. Esperó. Se acercó un centímetro, asegurándose de que la camisa se le abriera para dejar a la vista parte del canalillo. Con gran disimulo para que el movimiento no pareciera deliberado, dobló una rodilla y la falda se le subió de forma indecente por el muslo. Se dejó envolver por su maravilloso olor a loción de afeitado, limón y jabón, que la embriagó con más fuerza que cualquier perfume de marca.

La tensión aumentó, cargando el ambiente entre ellos.

Carina esperó.

—Iba a decir para dormir —replicó Max, que se puso de lado para levantarse y mirarla con gesto de desaprobación.

Carina se sentía frustrada y molesta por el palpitante deseo que sentía entre los muslos. Hizo un mohín.

—Mentiroso —susurró.

Max se movió a la velocidad de la luz.

De repente, Carina se encontró tumbada de espaldas con él encima. Una de sus rodillas le presionó los muslos para que los separara. La atrapó por las muñecas y la obligó a levantar los brazos por encima de la cabeza mientras se colocaba sobre ella. Dejó la boca a escasos centímetros de sus labios al tiempo que sus ojos la miraban echando chispas, un fuego que prendió su deseo al instante. Carina se relajó bajo la fuerza de su dominio, ansiosa por entregarse a su capricho y a su placer. Las fantasías eróticas ocultas en su mente cobraron vida y afloraron al instante.

—*Cara*, estás jugando con fuego —le advirtió en voz baja, pero con un deje

acerado—. Has desafiado a un hombre que juega en la liga profesional y tal vez acabes arrepintiéndote.

Sus palabras le provocaron tal satisfacción que se le subió a la cabeza de golpe. ¡Por Dios! Estaba tan cachonda que iba a derretirse allí mismo. Eso era lo que deseaba, la parte sexual y dominante de Max, capaz de llevarla al orgasmo con un roce de sus maravillosos dedos. Levantó la barbilla y enfrentó su mirada sin flaquear.

—A lo mejor ya he jugado en la liga profesional y me ha gustado la experiencia.

—¿Quién miente ahora? —Max inclinó la cabeza y le mordisqueó la barbilla.

Carina se estremeció y contuvo el gemido que amenazaba con abandonar su garganta. Max le dio un lametón y ella arqueó la espalda.

—Te crees capaz de controlar el resultado —siguió él—, pero calentar a un hombre que te desea no es aconsejable. Te creía más lista, niña.

—¿Alguna vez te has parado a pensar que tal vez quiera más de lo que un hombre puede soportar? —Sus atrevidas palabras no resultaron tan efectivas como pensaba porque Max le mordisqueó el lóbulo de una oreja, arrancándole un jadeo—. Siempre has estado equivocado, Max. No soy yo quien no puede manejarlos. —Lo miró con una enorme sonrisa, desafiándolo—. Son ellos quienes no pueden manejarme a mí.

Max levantó la cabeza. La tensión crepitaba en el aire.

—Vamos a descubrirlo, ¿te apetece?

La besó en la boca. Fue un beso de castigo; una lección para que aprendiera; la expresión de un arte que dominaba: el control.

Carina se juró que le demostraría que estaba equivocado.

Sus manos le sujetaban con fuerza las muñecas mientras seguía besándola, de modo que suplicó que la liberase. No obstante, lo que acabó suplicando fue más. Quería más mientras arqueaba la espalda para pegarse a él, mientras su lengua salía al encuentro de la de Max y su ansia por dominarla. Se rindió por completo y disfrutó de cada segundo que pasaba. Sintió que se le endurecían los pezones, que se tensaban contra la camisa. Sabía que estaba mojada, y trató de separar más las piernas para que Max se acomodara entre sus muslos. Al final, lo escuchó mascullar una palabrota justo antes de que le subiera la falda para separarle las piernas todo lo posible.

Siguió besándola en la boca mientras con la mano libre la acariciaba un muslo hasta detenerse sobre sus bragas mojadas. Carina gimió y le mordisqueó el labio inferior, alentándolo con su cuerpo y…

De repente, se encontró sola.

Trató de recuperar el aliento y la cordura. Max permanecía de pie junto a la cama. La miraba con los ojos abiertos como platos por el horror y por algo más, por algo peligroso y erótico que acababa de cobrar vida. Carina se sentó, se echó

hacia atrás el pelo enredado y no hizo el menor intento por colocarse la ropa.

—¿Qué ha sido eso? —masculló Max, furioso—. ¡Se suponía que debías apartarme, no ponérmela dura!

Carina replicó como un pitbull cabreado.

—¿Quién narices te crees que eres para desafiarme y luego tirar la toalla? Max, no me asustan tus demostraciones. Te he dicho que estoy lista para dar un paso más.

—¡Dios mío! Estás loca y te estás buscando un problema. No puedo más. Te sacaré un billete para el primer vuelo que salga de aquí.

Con el deseo aún corriéndole por las venas, Carina lo miró y le soltó:

—¿Y qué te gustaría que le dijera a Michael cuando llegue a casa?

Max se dio media vuelta y se pasó los dedos por el pelo.

—Me merezco que Michael se entere. Lo he traicionado.

—¡Por el amor de Dios, vale ya! Mi hermano no tiene por qué saber con quién me acuesto. Estás actuando como si estuviéramos en la Edad Media y tuvieras que luchar para defender la pérdida de mi honor. Las pobres mujeres seguro que jamás experimentaron un orgasmo por culpa de todos esos hombres y su afán por defenderlas.

Max gimió como si estuviera dividido entre la risa y el espanto. Carina estaba disfrutando de su repentina pérdida de control mientras se esforzaba por comprender cómo debía lidiar con ella. Max se aferraba a la imagen de la niña que conoció en el pasado, pero ya era hora de que viera la realidad y decidiera si la quería. Si la deseaba.

—Te vas a casa. Yo me encargaré de Michael.

—No. —Se levantó de la cama, se alisó la falda y se colocó bien la camisa—. No me voy a casa. He venido para aprender cómo se cierra un importante acuerdo comercial y eso es lo que haré. Pero quiero que reflexiones sobre una cosa, Max. Podemos disfrutar de una noche juntos. De una sola noche. Así liberamos la tensión, disfrutamos del sexo y después seguimos siendo amigos.

Max meneó la cabeza y retrocedió como si temiera que pudiera abalanzarse sobre él.

—No puedes hacer eso. No soy el hombre adecuado para ti.

—Lo sé. —Carina decidió disimular el dolor que le causaban sus palabras y aceptar el desafío de tenerlo una sola noche. Así podría saciar el deseo que la acompañaba desde hacía años, tras lo cual pasaría página—. Ya no estoy colada por ti, pero tengo necesidades sexuales que me gustaría satisfacer. Me han protegido durante toda la vida, pero ya soy una mujer hecha y derecha. Es hora de que lo aceptes.

La erección que sufría Max y el obvio conflicto que se libraba en su interior le dieron la confianza que necesitaba. La deseaba. Pero tenía miedo de arriesgarse. Carina se decantó por presionarlo con la verdad.

—Voy a pasar página, Max. Busco una relación sexual madura que me satisfaga. Nada a largo plazo. Acabo de extender las alas y ningún hombre va a cortármelas tan pronto. Tú y yo nos atraemos, nos respetamos y tenemos un vínculo que nos une. ¿Por qué no disfrutar de un rollo de una noche? En Las Vegas. Donde nadie nos descubrirá.

Max apretó los dientes. El deseo ardía en sus ojos. Bien. Lo había tentado. Eso era lo único que necesitaba de momento. Acortó la distancia que los separaba y lo vio contener el aliento. El poder de su femineidad vibraba en su interior. Sonrió despacio.

—Y ahora, si no te importa, ¿puedes marcharte? Me voy a la piscina. Luego nos vemos.

No esperó a su réplica.

Lo sacó de la habitación de un empujón y cerró la puerta.

Max observó al hombre sentado al otro lado de la mesa. Sus ojos eran tan fríos como los de un tiburón. Tenía un rictus firme en los labios. No había rastro de tensión ni en sus muñecas ni en los dedos mientras le daba la vuelta a la carta. Una vez que lo hizo, se acomodó en la silla, cogió el puro y le sonrió.

—Cuando quieras.

Max pasó por alto la provocación y se concentró en la jugada. Arrojó una ficha a la mesa.

—Lo veo. —Le dio la vuelta a su pareja de ases y esperó—. Cuando quieras.

Sawyer Wells rio entre dientes e imitó su movimiento. Un trío.

—Joder.

—Hacía mucho que no nos veíamos, Max. He echado de menos tu sentido del humor. Y lo mal que juegas al póquer, claro.

Max se inclinó hacia delante y se encendió un puro. La elaborada mesa de póquer, cubierta de fichas, formaba parte de los inusuales aposentos de su viejo amigo. El mueble bar era igual de impresionante. En una sola estantería había vodka de varios sabores, botellas de ron y toda clase de licores que se le pudiera antojar a cualquier invitado. Las carísimas obras de arte que adornaban las paredes podrían rivalizar con las de un coleccionista. Todo estaba decorado con intensos rojos y pinceladas de tonos tierra. Sawyer Wells era un hombre que adoraba la vida lujosa y se rodeaba de todo aquello que le reportaba placer sin pedir disculpas por ello.

—Estás intentando emborracharme para que firme un mal acuerdo con tu hotel.

Sawyer negó con su rubia cabeza al tiempo que golpeaba suavemente el puro para librarse de la ceniza. Su piel clara y sus ojos dorados lo hacían parecer un surfero o un príncipe aburrido. Hasta que se volvía y dejaba a la vista la cicatriz.

Un corte muy feo en una mejilla que a veces quedaba oculto bajo su largo pelo. Max sabía que juzgarlo por su físico era una equivocación. Ese hombre había amasado él solo su fortuna, poseía un agudo sentido del humor y tenía un cerebro capaz de desafiar al empresario más espabilado.

—No es mi hotel. Solo me encargaré de gestionar el Venetian unos meses más. Estoy levantando una nueva cadena para rivalizar con ese gilipollas de Trump.

Max soltó una carcajada.

—En cuanto a tu capacidad para aguantar la bebida, dejémoslo en que es mejor que tu capacidad para jugar al póquer.

—Estoy seguro de que has marcado las cartas. Debería haber jugado en el casino.

—No sé por qué, pero me da que no te has quedado en la pobreza por perder unos cuantos miles. —Su cara reflejó un recuerdo sobre el que Max jamás había intentado indagar.

Se habían conocido en un yate en Grecia, donde Max le había echado el ojo a una bonita princesa que intentaba darle esquinazo a un padre sobreprotector. El problema empezó cuando apareció Sawyer con la misma intención que él. Al final fue él quien se llevó a la princesa. Aunque la despachó al día siguiente y ambos acabaron con unos cuantos moratones, una resaca y una amistad que duraba desde entonces.

Cuando descubrió que Sawyer conocía a mamá Conte, la simpatía se convirtió en un profundo afecto, y eso los ayudó a mantenerse en contacto durante años. Sin embargo, aparte del éxito de Sawyer y de su condición de huérfano, Max no sabía nada más sobre él. Por suerte, le importaba muy poco. Tal como había aprendido por experiencia propia, el pasado de un hombre no hacía su futuro.

—¿Algún otro plan mientras estás aquí? —le preguntó Sawyer—. Además de que yo te desplume, claro.

—Ya te gustaría. Voy a cenar. Apostaré algo. Y liberaré un poco de tensión con alguien.

Sawyer enarcó una ceja.

—¿Alguien en particular?

La imagen de Carina apareció frente a sus ojos. Soltó una bocanada de humo para alejarla.

—No. Es mejor así.

Su amigo asintió con la cabeza.

—Normalmente sí. Nadie sale herido y todo el mundo disfruta. Pero me da la impresión de que estás molesto por algo.

Max resopló.

—No uses tus poderes mágicos conmigo.

—Si te asustas de ellos, es por algo. ¿Quieres que te busque compañía?

Max sonrió.

—Soy capaz de buscarme una mujer, Sawyer. No necesito que me pases a las que tú descartas, pero gracias por el ofrecimiento.

—Ya te gustaría a ti tener la oportunidad de salir con las mujeres que yo descarto. ¿Recuerdas aquel viaje a París? Te conseguí una cita con una modelo y no fuiste capaz de triunfar.

—Me gustaba más la tuya.

—¿Y? Me la traje a casa aquella misma noche.

—Sí, pero se acostó conmigo el fin de semana siguiente.

—Cabrón.

Max se echó a reír al escuchar el insulto, dicho sin acritud. Sawyer había sido su compañero de aventuras en muchas ocasiones, tanto por la amistad que los unía como por el placer. Sintió un extraño vacío en las entrañas. Desde que Carina se había colado de nuevo en su vida, tenía la impresión de que la mayoría de sus relaciones y de sus actos carecían de relevancia. A su lado todo era más intenso y significativo. ¿Qué le estaba pasando?

—¿Sawyer?

—¿Qué?

—¿Alguna vez has querido… más?

Su amigo reunió la baraja de nuevo y ordenó las fichas.

—¿Más qué?

Max se encogió de hombros porque se sentía un poco ridículo.

—Ya sabes. Más de las mujeres. Más de la vida.

Sawyer dejó de barajar y sopesó la pregunta.

—Todavía no. Aunque espero que me pase algún día. ¿Por qué, Max? ¿Quieres algo más?

Se zafó de la pregunta con una carcajada forzada.

—No, solo lo he preguntado por curiosidad. Será mejor que me vaya.

—De acuerdo, lo dispondré todo para verte dentro de unas cuantas horas y te desplumaré.

Max apagó el puro.

—¿Cuál es el dicho ese tan manido? Ah, sí. De ilusión también se vive.

La risa de Sawyer resonó en la estancia.

Tres horas después, Max se enderezó la corbata con disimulo y le pidió al asistente que comprobara el aire acondicionado. El sudor se acumulaba bajo su traje y el picor resultante lo incomodaba. Intentó mantener la compostura y concentrarse en la negociación. Abrir una tienda en Las Vegas suponía un giro importante y estaba dispuesto a triunfar. Al fin y al cabo, la empresa era su alma

y su corazón, el único componente de su vida que le reportaba una honda satisfacción y un gran orgullo. Se había pasado la vida entera ansiando experimentar dichas emociones mientras trataba de demostrar su valía. El hecho de que su padre no lo hubiera valorado no significaba que los demás lo vieran de la misma manera. Su madre le había demostrado su amor y su apoyo todos los días. Y antes muerto que decepcionarla convirtiéndose en un desecho necesitado de terapia psicológica, que encontraba la causa de su fracaso en el abandono paterno.

El problema era la concentración. Cada vez que se concentraba en los negocios o se distraía jugando en el casino, escuchaba de nuevo la ridícula sugerencia de Carina, que suponía una burla para su cordura. Una noche. Nadie tenía por qué enterarse.

Pero él sí se enteraría. ¿Podría vivir con la culpa? ¿Sería esa única noche el comienzo de una serie de terribles acontecimientos a modo de castigo por haber pensado con la polla en lugar de con la cabeza?

Las negociaciones comenzaron. Max sabía que Sawyer y su equipo estaban interesados, incluido el famoso chef del Venetian, que se encargaba del servicio de catering para las bodas. Que estuvieran considerando la idea de abrir una tienda de La Dolce Maggie en el hotel era muy significativo, aunque Max se percató de que el cliente al que pretendían atraer era el consumidor esporádico, no las grandes celebraciones. Decidió que debía tratar el asunto con Michael, pero supuso que contar con una tienda a pie de calle les ofrecería algo de variedad. Y además sería un buen campo de pruebas. Pero antes de decidir necesitaría calcular las estadísticas sobre el tipo de cliente y los hábitos de consumo, y anotar las cifras.

Carina se mantuvo en silencio, tomando notas y escuchando con atención. Estaba llegando a una conclusión cuando Sawyer lo hizo mirar al otro lado de la mesa.

—Signorina Conte, es un placer conocer a la hermana de Michael. Estoy deseando trabajar con usted y con Max en el futuro.

Ella sonrió. Su cara se iluminó con una emoción genuina que todavía lo fascinaba. Como si invitara a todas las personas a visitar su alma, sin importarle si dichas personas lo merecían o no. Max siempre se sentía especial cuando ella le prestaba atención y, de la misma manera, lo inundaba el afán protector si veía que alguien quería aprovecharse de ella.

—Gracias, señor Wells. Creo que La Dolce Maggie encajará estupendamente en el hotel y estamos deseando dar el siguiente paso.

Max soltó el aire y se puso en pie.

—Caballeros, ha sido un placer. Una vez que hagamos números y tengamos unas cifras concretas, regresaremos con una respuesta para su oferta.

—Maximus, es una oferta justa —dijo Sawyer en tono conciliador mientras

le estrechaba la mano—. No podemos renunciar a nuestro servicio de catering especializado, pero creo que los beneficios que obtendríais con una tienda en el vestíbulo serían importantes.

Max asintió con la cabeza y mantuvo una expresión reflexiva.

—Te lo agradezco, pero no estoy seguro de que la inversión merezca la pena. —Aceptar la primera oferta que se ponía sobre la mesa era ridículo y ambos lo sabían. Y también conocían el juego a la perfección. Max cogió los documentos, cerró el maletín y…

—En realidad, Max, creo que es una oferta muy generosa —terció Carina, que se acercó a ellos con mirada pensativa.

Max se quedó pasmado e intentó transmitirle el mensaje de que no echara por tierra el acuerdo. Conociendo su talento con los números, lo lógico era que ya hubiera consultado las estadísticas. Max soltó una risa forzada y la cogió de un brazo.

—Por supuesto que lo es. Sawyer es un hombre generoso. Será mejor que nos marchemos para no retrasar la llamada que ya hemos programado.

Sawyer se interpuso entre ellos con habilidad y miró a Carina con una sonrisa afable. Un tiburón disfrazado de pececillo en busca de una presa fácil.

—¡Menudo talento tiene para los números, signorina! Me alegro de que le resulte una oferta tan justa. Porque en el caso de Tribeca, por ejemplo, no recibieron una oferta semejante, ¿verdad? Según tengo entendido, se les ofreció una cantidad inferior a cambio de disfrutar de un lugar privilegiado desde el que promocionar la cadena. ¡Pues eso es lo que obtendrán en Las Vegas!

Max abrió la boca, pero ya era demasiado tarde.

—Ah, no sabía que estaba usted al tanto de eso —replicó Carina, que chasqueó la lengua—. Podremos alcanzar el margen mínimo de beneficios con un pequeño esfuerzo más. Creo que Michael estará muy satisfecho con su oferta, al igual que Max.

Sawyer sonrió y miró a Max.

«*Merda*», pensó él.

Su socia en período de aprendizaje acababa de enseñarle la barriga al tiburón, que había aprovechado la oportunidad para darle un bocado mortal. Las negociaciones se habían acabado y el evidente regocijo de Sawyer lo confirmaba. Carina sonreía satisfecha como si acabara de cerrar un trato muy beneficioso ella sola en vez de haberlo estropeado.

Max controló su temperamento.

—Ya veremos, ¿verdad, Sawyer?

—Desde luego.

Max aferró el brazo de Carina con más fuerza a modo de advertencia.

—Vamos. —Se despidió con un gesto de cabeza y la acompañó hasta la salida de la sala de conferencias, tras lo cual enfilaron el pasillo y llegaron al ascensor.

Carina abrió la boca para decir algo, pero la expresión de Max debió de bastar para que se lo pensara mejor. La confusión se adueñó de su rostro, pero guardó silencio mientras llegaban a su habitación, tecleaban el código de acceso y entraban en el salón.

Max soltó el maletín, se quitó la chaqueta y la corbata y explotó.

—¿Qué has hecho? Tienes un máster en Gestión y Administración de Empresas y ¿aun así rompes la regla básica de toda negociación? Jamás, jamás digas en la primera reunión que están haciendo una buena oferta. Acabas de darle tu aprobación a Sawyer y eso significa que ya no subirá. Nos has dejado sin margen de maniobra y ahora solo podemos aceptar o rechazar el acuerdo. —Soltó una palabrota y empezó a pasear de un lado para otro—. Michael va a matarme. No creo que podamos solucionar este desastre de ninguna manera.

Carina se había quedado blanca. Max la escuchó susurrar espantada:

—*Dio, mi dispiace*. Lo siento mucho. No me he parado a pensar, creí que el acuerdo estaba cerrado, me emocioné y hablé antes de la cuenta. Max, yo tengo la culpa de todo. Asumiré las consecuencias.

Max gimió.

—Carina, tú no sufrirás la menor consecuencia. Yo las asumiré. No debería haberte traído conmigo. Debería haberme asegurado de que no abrieras la boca y decirte que te limitaras a observar. Se me ha olvidado que la teoría y la práctica en la vida real no tienen nada que ver.

Carina se plantó delante de él para detenerlo antes de que diera otro paso.

—No hace falta que me protejas en este asunto. Lo que he hecho ha sido inexcusable, me he dejado llevar por la emoción. Llamaré a Michael y le contaré lo que ha pasado.

Max respiró hondo e intentó calmarse. Gritarle a Carina no era una opción aceptable. Aunque él mismo le contara a Michael lo sucedido, el responsable final del trato era él, no Carina. Con voz más serena le dijo:

—Ya se me ocurrirá algo. Todavía no hace falta involucrar a tu hermano. ¿Por qué no vas a relajarte a la piscina mientras yo intento arreglar esto? Disfruta del hotel mientras estamos aquí.

Aunque esperaba que ella respondiera con una sonrisa, lo que recibió fue un fuerte empujón que lo hizo retroceder un paso antes de recuperar el equilibrio. Los ojos oscuros de Carina lo miraban echando chispas y su cuerpo vibraba por la energía contenida, algo que le recordó a la noche que la besó.

—¡Cómo te atreves a tratarme como si fuera una niña, Maximus Gray! —masculló, con los puños apretados—. Deja de protegerme como si me echara a llorar cada vez que me meto en un problema. La he fastidiado y no hay excusa. Tú no has hecho nada y estoy hasta el gorro de que intentes llevarte todas las culpas.

—¿Estás de broma? —Max meneó la cabeza, exasperado—. ¿Te digo que te

vayas a la dichosa piscina y tú vas y me gritas? Lo que me faltaba por oír. No estoy dispuesto a participar en tus jueguecitos ni a intentar entender lo que buscas. ¿Quieres que te trate como a cualquier otro empleado? Muy bien, considérate fuera de esta negociación. Mañana volverás a casa y te encargarás de los asuntos de la oficina mientras yo intento solucionar este marrón. ¿Mejor así?

—Mucho mejor. —La furia había abandonado su rostro y la vio retroceder mientras se abrazaba la cintura.

De repente, parecía muy sola. Max sintió un nudo en la garganta por culpa de la emoción, y su cuerpo le pidió a gritos que la abrazara.

—Lo siento, Max. —Carina soltó una carcajada amarga—. Desde que empecé a trabajar en la empresa te has pasado los días intentando solucionar mis marrones. Necesito un tiempo para pensar si este es el mejor sitio para mí.

—Carina…

Ella negó con la cabeza, compungida, y caminó despacio hasta la puerta.

—No, no digas nada. Necesito estar un rato sola. Luego nos vemos.

Antes de que pudiera decir otra palabra más, Carina se marchó. Max enterró la cara entre las manos y deseó tener la fuerza suficiente. Para no estrangularla. Para no tocarla. Para enviarla lejos y no verse obligado a lidiar con la desquiciada maraña de emociones que lo abrumaba de repente.

« Una noche.»

Se obligó a desterrar de su cabeza la tentadora imagen. Esperó un segundo. Y después fue tras ella.

Carina estaba sentada a la barra del bar del casino, jugueteando con el borde de la servilleta situada bajo la copa de su martini de manzana. El precioso color verde la relajaba, junto con el regusto ácido del combinado. Qué placentero le resultaba beberse una copa por la tarde en Las Vegas, donde la noche y el día se solapaban, sin que a nadie le importara. A lo mejor más tarde daba un paseo en góndola y les enviaba una foto a su madre y a sus hermanas. Seguro que se reían mucho al ver a la benjamina de la familia en un entorno tan elegante.

Contuvo un sollozo y apretó los dientes. ¡Dios, cómo odiaba llorar! Le traía malos recuerdos de su adolescencia, cuando se dejaba llevar por esas emociones incontrolables. Venezia había heredado una belleza increíble, Julietta un intelecto feroz y ella un montón de emociones inútiles. Siempre era demasiado generosa, demasiado confiada, demasiado… imbécil. Siempre en el borde de la pista, observando cómo los demás se arriesgaban. Había pensado que el mundo empresarial le daría un sentido a su vida y le indicaría el camino que tanto ansiaba encontrar. Un lugar donde por fin se sintiera a gusto y cómoda en su propia piel. En cambio, lo que sentía era una tensión que le resultaba casi

dolorosa.

« Lloriqueos, lloriqueos, lloriqueos.»

Sonrió mientras su diosa interior tomaba las riendas y le daba un bofetón. La había fastidiado. A lo grande. Y tenía que solucionar las cosas en vez de hacer lo de siempre y permitir que Max interviniera y la protegiera. La derrota tenía un sabor amargo, pero pasaba mejor con la ayuda del martini. Después se pondría el disfraz de mujer hecha y derecha e iría a hablar con Sawyer Wells. A solas.

—¿Vienes por aquí a menudo?

Contuvo un suspiro. Max se había sentado en el taburete que tenía al lado, había pedido una cerveza y estaba esperando su respuesta.

—Max, ¿cuándo vas a enterarte de que no tienes que protegerme? ¿Es que ni siquiera puedo sentarme aquí para emborracharme? Estoy sola. No hay hombres malos. Es media tarde. Ve a hacer algo importante.

—Lo estoy haciendo. Tratar de sacarte del desolador abismo de la depresión es importante. —Su sonrisa inocente hizo que Carina contuviera una carcajada.

El simple hecho de estar en su órbita le licuaba el cerebro y minaba su determinación. Levantó la copa de martini y bebió un sorbo.

—Todos cometemos errores al principio. No debería haberte gritado —dijo Max.

—Eso es lo único bueno que has hecho.

—Vamos a achacarlo a la curva de aprendizaje y a pasar página, ¿de acuerdo?

—¿Y qué pasa con el trato?

—O bien lo acepto o bien lo arreglo. A lo mejor dejo que Sawyer se muerda las uñas un tiempo. Me da igual.

Su expresión preocupada desgarró el corazón de Carina. Tenía la impresión de haberlo dejado en la estacada. Aunque tenía un máster en Administración y Gestión de Empresas, había cometido el error más básico en el que podía incurrir un principiante. Enseñar las cartas demasiado pronto.

« Sí, bienvenida a Las Vegas.»

Max deslizó la mano por la barra del bar y le aferró los dedos. Esa mano tan fuerte y cálida le calmó los nervios e hizo que bajara sus defensas habituales.

—Max, no estoy segura de que esto sea lo mejor para mí.

—Acabas de empezar, *cara*.

—Es mucho más que eso. Tardé mucho tiempo en aprender a controlar mis emociones para mostrar la imagen serena que se requiere en el ámbito empresarial. Aunque me gusta el desafío que supone, creo que jamás seré lo bastante fuerte como para triunfar. En vez de darle a alguien una patada en el culo cuando llama diciendo que está enfermo, lo que me apetece es llevarle un poco de caldo.

Max alargó un brazo y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. El

tierno gesto le dio el valor suficiente para mirarlo a los ojos. Esos labios que parecían cincelados esbozaron una sonrisa.

—Nadie quiere que dejes de ser quien eres. Durante estos meses has conquistado los corazones y la lealtad de todo el mundo. Y no porque seas un felpudo. Es porque eres especial y todos lo saben.

—Solo intentas hacerme sentir mejor.

—No. Esperaba tener que cuidar de una niña y mantenerla alejada de cualquier problema. En cambio, me he topado con una mujer que sabe exactamente lo que quiere y que intenta encontrar su camino. En lo referente a las relaciones tienes una fuerza especial. Sabes lo que se necesita y no te da miedo entregarlo. —Max clavó la vista en sus manos entrelazadas—. Y tenías razón sobre Robin.

El halago la agradó.

—Me sorprende que estés de acuerdo conmigo.

—A veces me paso de la raya porque se me olvida que estoy tratando con personas. Con personas que cometen errores.

—Sí, pero mi problema no es ese.

—Lo tuyo es fácil de solucionar. Lo mejor que puedes hacer es respirar hondo y alejarte de la situación. Puesto que tiendes a ser generosa, si te hacen una petición que te afecte a nivel emocional, di que te pondrás en contacto más tarde. Retrasa el momento de la decisión. De esa forma podrás evaluar la situación con más claridad y no acabarás entre la espada y la pared. ¿Lo ves lógico?

Carina asintió despacio con la cabeza.

—Sí.

—Cuando empecé a trabajar con Michael, la cagué pero bien. Le entregué el informe equivocado a un empresario justo cuando íbamos a cerrar un acuerdo comercial. Le ahorré al tío medio millón de dólares. Lógicamente firmó el acuerdo antes de que me diera cuenta del error.

—¿Qué hizo Michael?

Los ojos de Max se iluminaron con un brillo alegre.

—Me puso de vuelta y media. Me las hizo pasar canutas. Y después pasamos página y nunca ha vuelto a mencionar el tema ni me lo ha echado en cara. Te aseguro que no he vuelto a regalar otro dólar de esa forma.

Carina se sintió más animada. El casino los rodeaba con su luz y su energía, pero en ese momento se sentía completamente a solas con un hombre que parecía saber lo que debía decir para aliviarle el corazón.

—Sé cómo podría sentirme mejor. Hay algo que me haría olvidar que soy un desastre.

—¿Tengo que preguntarte?

—Celine Dion actúa esta noche.

Max se estremeció.

—Cualquier otra cosa. Mi coche, mi dinero, mi perro. No me obligues a escuchar « My Heart Will Go On» .

—Mmm… ¿Cómo es que sabes el título de la canción, Max?

Él hizo como que no la había oído y le dio un trago a la cerveza. Apartó la mano de la suya y Carina procuró no lamentar la pérdida de su contacto.

—Vi la película, *Titanic*. Pero solo por la acción.

Carina se echó a reír.

—Te he pillado. Vamos al espectáculo. Empieza a las siete.

—¿Cómo sabes que hay entradas disponibles? Seguramente el aforo esté completo.

Ella resopló.

—Haz lo que mejor se te da. Encandila a alguna mujer indefensa. Ofrécele tu cuerpo. Y todos saldremos ganando.

—Vale. Siempre y cuando la conversación quede zanjada. La has fastidiado. Lo arreglaremos y pasaremos página. ¿De acuerdo?

Carina sonrió.

—De acuerdo.

—Bien. Tengo unas cuantas reuniones, así que tómate el resto del día libre. Iremos a cenar antes del espectáculo y así comprobaremos la calidad del restaurante del hotel.

—Perfecto.

Max arrojó unos cuantos billetes a la barra y se levantó.

—Intenta no meterte en problemas.

—Las chicas buenas no se meten en problemas, ¿verdad?

Max le dirigió una mirada de advertencia y se marchó. Ella se quedó bebiéndose el martini mientras sopesaba sus opciones. Si algo tenía claro es que tenía que arreglar las cosas por su cuenta, sin importar lo que le costase. Por desgracia, eso significaba una cosa. Que tendría que apartarse de la negociación.

Acarició el borde de la copa con un dedo y contuvo un suspiro. Aun con su capacidad de cálculo, sus errores superaban con creces a sus aciertos. A lo mejor había llegado el momento de descubrir qué quería hacer de verdad, en vez de ser un calco de los demás. Su alma ansiaba libertad y creatividad. ¿Y si La Dolce Maggie no podía ofrecerle lo que necesitaba?

Otros pensamientos de esa índole pasaron por su cabeza, pero se concentró en lo único que podía controlar. En arreglar el marrón.

Apuró el martini, cogió el bolso y regresó a la habitación para ponerse en contacto con Sawyer Wells.

9

Sawyer encajaba en Las Vegas. Carina controló sus nervios mientras él avanzaba por su despacho como un enorme felino. Le estrechó la mano y la invitó a sentarse, como si hubiera decidido jugar con la comida antes de darle un mordisco. Y, joder, parecía capaz de morder. Exudaba sexo a raudales, pero tenía algo que la acojonaba muchísimo. Le recordaba al vampiro rubio de *True Blood*, con esa pálida belleza y esos abrasadores ojos ambarinos capaces de hipnotizar a cualquier mujer inocente. Sus voluptuosos labios tenían una mueca cruel y su cara era un compendio de duras líneas, con pómulos afilados y una feísima cicatriz que iba desde la frente hasta la mejilla. La cicatriz aumentaba su peligroso atractivo. Llevaba el pelo largo, casi como Michael, pero no lo suficiente para recogérselo en una coleta.

Había hecho los deberes y conocía lo principal sobre él. Sawyer Wells poseía una exitosa cadena hotelera que había comprado y que exprimió para conseguir el máximo beneficio. Después, sucedió algo y pasó al siguiente desafío. El Venetian era su nuevo juguete, uno que se tomaba muy en serio, pero corría el rumor de que tenía intención de levantar una cadena de hoteles de lujo por todo el país. Viajaba a Italia con frecuencia y Max parecía mantener con él una relación que iba más allá de los negocios ocasionales.

Se sentó al otro lado del enorme escritorio de teca y echó un vistazo a su alrededor. Su despacho se encontraba en la última planta del Venetian. Unos ventanales que ocupaban toda la pared ofrecían una panorámica de la ciudad en toda su extensión, y le recordó más a una suite que a un lugar de trabajo, con muebles de teca, librerías y un bar. Las paredes estaban adornadas con unos cuadros preciosos, una intrigante mezcla de paisajes y de temas eróticos. Observó las siluetas de una pareja desnuda y abrazada envuelta en sombras. La sencilla sensualidad despertó algo en su interior, provocándole el anhelo de estudiar el cuadro. Al percatarse de que él la pillaba mirándolo, se ruborizó.

—¿Te gusta el arte, Carina?

—Mucho. Pinto.

Sawyer se sentó en el sillón de cuero emplazado detrás del escritorio y la miró con expresión pensativa.

—Interesante —murmuró—. ¿De forma profesional?

—No, dejé de lado la pintura para terminar el máster. Aunque la echo de menos.

—No deberías negar una parte de tu alma. Con el tiempo acabará muriendo o se enquistará en tu interior hasta que te la extirpes. —Su expresión se ensombreció como si estuviera luchando contra una imagen del pasado—. La vida es demasiado corta para estar lamentándose luego.

—Sí. —La extraña conversación la alteró. Joder, ¿lo que había en la estancia adyacente era una cama enorme? ¿Y por qué de repente estaba pensando en que además de dormir en ella también hacía otras cosas?

—Tengo muchos contactos en el mundo del arte. Si alguna vez te apetece hacer una exposición seria, dímelo. Mi marchante es capaz de captar el talento al instante.

Lo miró, extrañada.

—Nunca ha visto mis obras.

—Tengo buen instinto.

—Lo tendré en mente. —Carina cruzó las piernas. La mirada de Sawyer se desvió a la extensión de piel desnuda que la falda dejaba al descubierto y siguió un curso ascendente. Su admiración parecía sincera y no la convertía en un mero objeto.

Su voz ronca evocaba mañanas de sábanas arrugadas y piel desnuda.

—Es un placer disfrutar de este momento contigo. Mi ayudante me ha dicho que querías hacer un trato. ¿Max se va a reunir con nosotros?

Carina se pasó las manos por la falda, inspiró hondo y se atrevió a dar el salto.

—No, Max no sabe que he venido. Me gustaría que mantuviera esta conversación en secreto.

Sawyer ladeó la cabeza. Ella contuvo el aliento y se preguntó si ese hombre sería capaz de ver hasta el interior de su alma.

—Qué interesante. Normalmente me negaría, dado que tú no diriges las negociaciones, pero me ha picado la curiosidad. Aunque no puedo prometerte que no le hablaré a Max de esta conversación si no estoy de acuerdo con tus intenciones.

Carina asintió con la cabeza antes de replicar:

—Por supuesto. Quería decirle que me voy de Las Vegas y que abandono la mesa de negociaciones.

En su cara apareció una expresión extraña y fugaz.

—¿Te han despedido?

—No, señor Wells.

—Sawyer, tutéame.

—Como quieras, Sawyer.

Él se mantuvo en silencio y Carina no añadió nada más. Al cabo de un momento lo vio esbozar una sonrisa renuente y se felicitó por haber ganado esa insignificante escaramuza.

—¿Es todo lo que querías decirme?

—La cifra que te di es errónea. Max ya me ha dicho que no habrá acuerdo si insistes en ceñirte a mis estimaciones. No hay suficiente margen de beneficios para dar el salto a Las Vegas, sobre todo si vamos a competir con tu propio servicio de catering.

Sawyer la observó en silencio. Una extraña sensación se apoderó de ella. Era como si estuviera catalogando sus secretos para decidir si la desafiaba o no. Lo vio unir las yemas de los dedos con gesto pensativo.

—¿Lo sabe Michael?

—Todavía no.

—Entiendo. Así que te eliminas de la ecuación por si así puedes salvar el acuerdo.

—Exacto. No podrás utilizar mi error en contra de Max o de mi hermano.

—¿Crees que amenazaría a tu hermano? ¿Que te usaría de peón para conseguir más beneficios? ¿Que lo presionaría para que se ciña a esa cifra o de lo contrario te despida?

Carina alzó la barbilla y se negó a acobardarse.

—Por supuesto. Eres un hombre de negocios. De estar en tu lugar, llamaría a Michael y le exigiría ceñirse a esa cantidad, porque de lo contrario no habría trato. Le diría que su hermana la ha fastidiado y que tiene que cumplir. —Hizo una pausa—. Pero si lo presionas al respecto, dimitiré.

Sawyer pareció sorprendido.

—¿Llegarías a tanto por salvar el acuerdo?

—Sí. Y señor Wells…

—Sawyer, insisto en que me tutees.

—No voy de farol.

Se percató de que trataba de contener una sonrisa.

—Qué intrigante. Desde luego que has complicado mucho las cosas.

El alivio se apoderó de ella. Por fin había hecho algo beneficioso para la empresa. Al menos Max podría empezar desde cero y su hermano no se vería en una situación comprometida.

—Estoy segura de que encontrarás un plan alternativo. Pareces capaz de adaptarte a cualquier cosa.

—Voy a decirte algo, Carina: tu error no impedirá que la negociación siga su curso.

—Gracias.

—Sin embargo, creo que me debes algo por este detalle.

—¿Cómo dices?

Lo vio esbozar una sonrisa y se quedó sin aliento al captar la ardiente sensualidad de sus párpados entornados.

—Sal conmigo esta noche.

—¿Cómo?

—Que salgas conmigo. A menos que Max y tú seáis pareja.

Negó con la cabeza con excesivo énfasis.

—No, Max y yo no somos pareja. ¿Por qué quieres salir conmigo?

La voz de Sawyer destilaba sorna al contestar:

—Eres una mujer guapa y tienes agallas. Te invitaré a cenar y después daremos una vuelta por el club.

Carina intentó averiguar qué tramaba. Era muy atractivo, pero le quedaba muy grande. ¿O no? Resopló.

—No creas que voy a confesarte más secretos.

—Te subestimas. ¿A las siete?

—Voy a cenar temprano y a ver un espectáculo con Max.

—Pues después. A las diez.

Una vez más Sawyer esperó en silencio. Una contenida sexualidad brotaba de él en oleadas. ¿No era justo lo que necesitaba? ¿Un hombre que la deseara y que no tuviera miedo a decírselo? En vez de sentarse junto a Max mientras escuchaba cómo Celine cantaba al amor no correspondido, podría conocer mejor a don Rubio, Alto y Sexy… y tal vez poner un poco celoso a su futuro rollo de una noche, ¿no?

Sawyer soltó una carcajada y meneó la cabeza.

—Eres increíble. Hacía mucho que no tenía que esforzarme tanto para conseguir que una mujer se tome unas copas conmigo.

—Una copa antes de la cena. En el bar. A las seis.

—Hecho.

Carina regresó a su suite para ducharse y cambiarse de ropa. Sin saber muy bien cómo, su mayor error empresarial había acabado ofreciéndole una cita con un tío cañón. Iba a disfrutar de una última noche en Las Vegas antes de volver a casa y pensaba aprovecharla al máximo.

A la mierda Celine Dion.

Carina atravesó las puertas del famoso bar V y buscó a Sawyer. La elegante y sensual decoración del local encajaba con su estado de ánimo. Divanes dobles de cuero salpicaban el bar, y ya se habían congregado varios grupos para probar sus populares martinis. Unos murales de cristal blanco le conferían intimidad a la estancia. Era el sitio perfecto para tomarse una copa antes de su cena con Max.

La condujeron enseguida a una mesa situada en un rincón, donde Sawyer la esperaba de pie. Le gustaba vestirse de negro, un color que le sentaba muy bien. Alto y elegante, el pelo le llegaba a la altura de los hombros y enmarcaba los rasgos de su cara. Lo envolvía un aura peligrosa que la intrigaba.

Pidió un martini sucio y empezaron a charlar.

—¿Qué te ha parecido Las Vegas hasta ahora?

Carina gesticuló para abarcar la sala.

—¿Qué podría disgustarme? Me he pasado toda la vida encerrada en Bérgamo, así que esto me parece un menú degustación después de sobrevivir a base de galletitas saladas.

Sawyer sonrió.

—He estado en Milán muchas veces y conozco a tu madre. Siempre me ha gustado la tranquilidad de tu casa.

—Llevo a Bérgamo en el alma. Pero he vivido con tres hermanos mayores sobreprotectores y me costaba experimentar cosas nuevas y emocionantes. Estoy disfrutando de mi primer sorbito de libertad.

—La libertad es una bebida embriagadora. —Sus ojos brillaban con expresión picarona—. Como el primer sorbo de un buen vino. Su sabor es mucho más explosivo si lleva años reposando.

Carina cogió el palillo con las aceitunas y sacó una. La mirada de Sawyer se clavó en el movimiento de su boca con evidente interés.

—Eres un poeta, Sawyer Wells. ¿Quién lo iba a decir? ¿De qué conoces a mi madre?

—Nos conocimos hace años. Me sacó de una situación delicada y le prometí mi lealtad.

Enarcó una ceja al escucharlo.

—¿Vas a explicarme los detalles?

—No.

Carina sonrió.

—Seguro que has leído el manual de instrucciones de las mujeres. Nos encantan los misterios.

—Creía que os encantaba recomponernos. Salvarnos de nosotros mismos.

—También, pero pocas veces nos dejáis.

Sintió un escalofrío en la espalda por la repentina pasión que vio en los ojos de Sawyer. Sí, ese hombre le quedaba muy grande. Era un maestro de la seducción, mientras que ella tenía que ir a clases particulares para novatos. Aun así, la batalla sensual y su rápido ingenio la atraían, aunque también la asustaban.

—¿Vas a hablarle a Max de nuestra cita?

Escuchar su nombre la devolvió a la realidad. Le temblaron los dedos.

—Si me pregunta.

Sawyer captó el movimiento y se inclinó hacia delante. El olor a madera y a almizcle la envolvió con su sensualidad.

—Háblame de tu relación con Max.

—Es el mejor amigo de mi hermano. Crecimos juntos y siguió a Michael a Nueva York para abrir La Dolce Maggie.

—¿Amigos de la infancia?

—Sí. ¿A qué vienen tantas preguntas sobre Max?

Sawyer la miró.

—¿Te ha puesto su marca?

Estuvo a punto de atragantarse al escuchar la pregunta.

—¿Cómo?

—¿Os estáis acostando?

—No, y no creo que sea asunto tuyo.

—No deberías tener miedo de hacer cualquier pregunta, Carina. No solo eres guapa, sino también inteligente. Una combinación peligrosa. Quiero asegurarme de que estás libre.

Su voz grave la envolvió en un mar de posibilidades. Ese hombre la deseaba. ¿Por qué no estaba encantada y lo invitaba a subir a su suite? Dichoso Max. De alguna manera se había quedado atascada en su enamoramiento infantil, y eso la cabreaba.

—Estoy libre. Y estoy cansada de hablar de Max.

Sawyer extendió un brazo y le cogió una mano. Una corriente muy placentera la recorrió, pero nada parecido a la abrumadora emoción que sentía cuando Max la tocaba. Aunque no estaba pensando en Max ni mucho menos.

—Ya somos dos. Aunque creo que tengo que dejarte marchar si quieres ir a tu cena.

Carina ladeó la cabeza y su melena cayó sobre un hombro.

—Todavía no.

Los labios de Sawyer esbozaron una sonrisa.

—No, todavía no. ¿Qué pintas?

—Retratos. Miembros de la familia, bebés, animales… Me encanta ver más allá de la superficie de las personas para capturar algo que ellos nunca ven. Me recuerda a la descripción que hace mi cuñada de sus fotos.

—Soy incapaz de pintar un monigote, pero admiro el arte. Recuerdo que en mi primer viaje a Italia me embriagué de arte. Casi me sacaron a rastras de la galería de los Uffizi porque no me iba.

—Sí, yo he estado recorriendo esa galería toda la vida. La primera vez que vi la capilla Sixtina, me puse a llorar como una Magdalena.

—¿Nunca has querido pintar de forma profesional?

El anhelo se apoderó de ella, un anhelo agrio y feroz. Cuanto más contemplaba su futuro en La Dolce Maggie, más lloraba su alma por algo distinto. Titubeó, sin saber hasta qué punto debía confesarse con él.

—Sí, pero nunca he creído en mí lo suficiente.

Sawyer asintió con la cabeza.

—Sé lo que quieres decir.

El silencio vibró entre ellos cuando vieron que surgía la posibilidad de una amistad y tal vez algo más.

Carina sonrió.

—Anda, háblame del glamuroso mundo hotelero.

Charlaron durante una hora, hasta que llegó el momento de reunirse con Max para la cena. Sawyer le cogió la mano.

—Carina, me gustaría que te reunieras conmigo después. Te enseñaré el club y podemos ir a bailar si te apetece.

Titubeó. La necesidad que Max le provocaba se enfrentaba a la tentación que tenía delante.

—No estoy segura —susurró.

—Te esperaré en el Tao. Tú decides.

Sawyer la besó en la mejilla y se marchó.

Las fantasías del pasado se enfrentaban a su presente.

Había llegado el momento de elegir.

Carina se dirigió al vestíbulo, donde Max la esperaba. La expresión de su cara al verla marcó el ambiente de toda la velada.

Se quedó boquiabierto cuando vio el vestido que llevaba y se le tensó la cara.

—No puedes ponerte eso —susurró, furioso—. Por el amor de Dios, Carina, ese vestido es… es…

—Mmm, con un «Estás muy guapa» habría bastado.

Se volvió loca nada más ver el Versace. Un sinfín de finas tiras cruzadas le tapaban los pechos de forma sensual, de modo que era imposible saber dónde acababa la tela y dónde empezaba la piel. Tenía el corte a la cintura y la falda de vuelo caía hasta el suelo de forma asimétrica. Además, el color melocotón le sentaba muy bien a su tono de piel. Se hizo la depilación brasileña en el spa, y aunque había gritado, el dolor había merecido la pena. Se dejó el pelo suelto y solo se había puesto unos gruesos brazaletes dorados que le otorgaban el aspecto de una esclava muy sexy.

El hecho de que Max se hubiera quedado mudo bien valía el precio que había pagado. Y fue mucho mejor cuando por fin se dio la vuelta.

Max masculló algo. El vestido le dejaba la espalda al aire justo hasta el inicio de la curva del trasero. Había comenzado la noche con un juego perverso que pensaba ganar. Le hizo el siguiente comentario por encima del hombro:

—Si no te gusta, siempre me lo puedes quitar.

Max ni abrió la boca.

El restaurante, Canaletto, estaba a rebosar, pero los condujeron sin dilación a una acogedora mesa junto a la plaza de San Marcos. Los maravillosos tonos crema y las brillantes luces le conferían al lugar una elegancia muy íntima, y además podía verse el Gran Canal, por donde pasaban las góndolas, y se escuchaban varias conversaciones en voz baja. Con la sensación de estar en Venecia, Carina se relajó y pidió una copa de montepulciano, tras lo cual disfrutó

de su sabor tan terrenal. Cualquier cosa era mejor que ponerse a parlotear como una idiota.

¿Por qué Max siempre parecía tan… perfecto? Mientras que Sawyer era la personificación del sexo y del peligro, Max le recordaba a un playboy distinguido, con una elegancia y un encanto innatos. Se había quitado el traje y llevaba una camisa de seda azul oscuro, unos chinos y unas botas de cuero de tacón bajo. Su reloj, un Vacheron Constantin, brilló como la plata pulida alrededor de su muñeca cuando extendió la mano para coger la copa de vino y beber un buen sorbo.

El plan era sencillo. Emplear el tiempo durante la cena para seducirlo. Por desgracia, se dio cuenta de que Max había decidido seguir su propio plan: recordar los viejos tiempos.

—¿Recuerdas cuando llevaste a casa a ese chico del colegio y Michael y yo te seguimos hasta el Sam's Cafe? —Meneó la cabeza como si fingiera estar recordándolo—. Nos escondimos en los arbustos y cuando él se inclinó para besarte, Michael se le echó encima. Le dio tal susto que te dejó plantada y tuvimos que llevarte de vuelta a casa.

El recuerdo seguía escociéndole. La humillación de que Michael la siguiera con su compinche había coartado muchísimo su vida sentimental.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó con sequedad.

—Lo siento, solo me he acordado de lo sobreprotector que es tu hermano. Nada más.

Entendido. Hablar de su hermano desde luego que había matado sus ganas de seducción. Además, también servía de recordatorio de lo que se jugaban. Tenía que subir las apuestas. Bebió otro sorbo de vino, se lamió los labios y sonrió.

—He tenido una cita con Sawyer esta noche.

Max la miró fijamente. La expresión asombrada de su cara aumentó la confianza que tenía en sí misma.

—¿De qué estás hablando? ¿Sawyer te ha invitado a salir?

—Sí.

Max apretó los dientes, una muestra típica de enfado masculino.

—¿Cuándo?

—Fui a verlo a su despacho. Le dije que pensaba retirarme de las negociaciones debido a mi error y que la cifra que di es imposible.

Lo escuchó mascullar una palabrota muy soez.

—Se suponía que ibas a dejar que yo lo solucionara.

Carina alzó la barbilla.

—Max, si cometo un error, lo soluciono. A estas alturas ya deberías saber eso de mí.

Max se frotó la frente con los dedos.

—Lo sé. Pero ojalá no creyeras que debes enfrentarte al mundo tú sola para

demostrar tu valía.

El comentario fue como un mazazo. La conocía bien, sí, más íntimamente que cualquier otro hombre.

—Bueno, ya está hecho. Sawyer ha accedido a que mi error no afecte a las negociaciones.

—¿Te sentiste obligada a salir con él? ¿Te presionó?

—No. Me apetecía hacerlo.

Max pegó la espalda al respaldo de la silla, alejándose de ella.

—Sawyer te viene muy grande, Carina. No te acerques a él.

Aunque Max le estaba diciendo lo mismo que su cabeza, la cabreó de todas formas.

—Ya no sabes lo que me viene grande. ¿Desde cuándo somos amigos?

—Desde hace lo bastante como para saber que no es adecuado para ti.

—¿Y quién lo es?

Max pareció enfurruñarse al escuchar el desafío y se concentró en su copa de vino. Aunque esperaba que los celos lo descolocaran, una vez más había rehuido la provocación y se había escondido tras su retorcido sentido del honor.

—Vamos a cambiar de tema, ¿vale?

—Claro. Hoy me he hecho la depilación brasileña.

Max se atragantó con un trozo de pan. Con los ojos llenos de lágrimas, preguntó en voz baja:

—¿Te estás riendo de mí? No vayas diciendo por ahí esas cosas.

El sudor que apareció en su frente le indicó a Carina que se sentía incómodo por otros motivos.

—¿Por qué no? Si insistes en temas de conversación que me hacen quedar como una niña, supongo que tendré que recordarte que soy una adulta. —Le guiñó un ojo—. ¿Quieres verlo?

Max se ruborizó.

—No. Y no dejes que nadie lo vea. —Se removió en el asiento—. Estás jugando con fuego y no piensas en las consecuencias.

—Vamos a repasar las opciones si te parece. —Levantó una mano y fue contando con los dedos—. Los dos somos adultos responsables. Nos sentimos atraídos el uno por el otro. Solo será por una noche. Y luego pasaremos a otra cosa. ¿Qué problema se me escapa?

El camarero les llevó sendos platos de lubina chilena a la sal. El acompañamiento de patatas yukon se servía aparte con aceite, ajo y especias. Pinchó un trocito de pescado y gimió al degustar la maravillosa textura y la crujiente piel.

—Joder, qué bueno está —dijo.

—Lo sé. La polenta está preparada en su punto. Pruébala con el tomate.

—Vale.

Comieron en reverente silencio un rato, sumidos en un coma inducido por el placer de la comida. Al final, Max se animó a retomar la conversación.

—Permíteme enumerarte todos los motivos por los que no debemos tener una aventura.

—De una noche.

—Lo que tú digas. En primer lugar, tu hermano confía en mí para que te proteja y perdería su confianza. En segundo lugar, nuestras madres se conocen y se subirían por las paredes. En tercer lugar, técnicamente trabajas para mí y podría traspasarse la barrera laboral.

—Michael y nuestras madres nunca se enterarían. Nuestra relación de trabajo no se vería afectada, ya que yo estaría en otro departamento. ¿Por qué no darnos el homenaje? ¿No sería mejor que tú fueras mi primera experiencia sexual y no alguien a quien no conozco?

Max sintió que la rabia le brotaba en oleadas.

—No desperdicies tu virginidad por esa gilipollez según la cual las mujeres tienen que vivirlo todo enseguida. Debería ser algo especial, con alguien a quien quieras. No malgastarla en una aventura sin futuro. La respuesta es no. Puedes discutir, intentar engatusarme y tentarme todo lo que quieras. No pienso acostarme contigo ni tener una aventura que podría arruinar nuestra amistad. No pienso correr ese riesgo.

Carina sintió un anhelo salvaje en el estómago que acabó atenazándole la garganta. No iba a funcionar. Su fantasía de una noche era eso, una fantasía. En el fondo no valía lo suficiente para que Max se arriesgase. Otra experiencia que demostraba que no era la clase de mujer capaz de volver loco a un hombre como para que quebrara todas las reglas. Ni siquiera medio desnuda, después de haber pisoteado su orgullo. Por el amor de Dios, si incluso sus intentos de seducción habían acabado reducidos a una conversación lógica sobre los pros y los contras de mantener una aventura. La humillación se apoderó de ella. Ansiaba meterse en la cama, taparse la cabeza y llorar. Tal como había hecho en incontables ocasiones en el pasado, cuando se daba cuenta de que Maximus Gray jamás la desearía con la misma pasión que ella lo deseaba.

Su sueño se alejó flotando como en una nube, como si fuera un espejismo. Max la miraba con preocupación. Esa expresión con la que siempre la miraba y que jamás podría satisfacer, ni siquiera rozar, sus más oscuras fantasías.

Tal vez otra persona pudiera hacerlo.

Una imagen de Sawyer apareció en su mente. Un hombre que se interesaba por ella como mujer, no como amiga de la infancia. Con él podría experimentar lo que anhelaba. A lo mejor había llegado el momento de dar un salto hacia lo desconocido. Estaba harta de acostarse sola noche tras noche. Se sentía sola e insatisfecha con apenas veintiséis años. ¿Era triste o no?

Se limpió los labios con la servilleta muy despacio y se obligó a sonreír.

—Supongo que la decisión ya está tomada.
—Créeme, es mejor para todos.
Asintió con la cabeza al escucharlo.
—Lo entiendo. Pero quiero que me prometas una cosa.
—¿El qué?
Carina alzó la barbilla y lo miró a los ojos.
—Déjame ir.
Max parpadeó.
—Siento haberte alterado, *cara*. Por favor, dime que no he perdido tu amistad. Es muy importante para mí.
Se obligó a contener las lágrimas que le quemaban los ojos.
—Nunca me perderás del todo. En cierta forma creo que siempre formaré parte de tu vida. Pero ya no puedo seguir con esto. Necesito continuar con mi vida y tomar decisiones por mí misma, con mis reglas. Esta noche tú has decidido cortar los lazos que nos unen. Has perdido el derecho a decidir con quién me acuesto.
Max apretó los labios y se inclinó sobre la mesa.
—Por favor, no me digas que vas a deshonrarte para vengarte de mí.
Se le escapó una carcajada carente de humor.
—*Dio*, qué arrogante eres. Aunque tienes motivos para creer eso porque te he dado mucho poder. Pero se acabó. No pienso dormir sola esta noche. Y no será porque vaya a deshonrarme, cabrón. Será porque voy a buscar lo que he deseado durante mucho tiempo: un hombre que me haga estallar de placer y me lleve a los lugares que me muero por visitar. Un hombre que me abrace, que me provoque orgasmos y que comparta la noche conmigo. Tú has renunciado a hacerlo esta noche.
—Carina, no.
Echó la silla hacia atrás y se levantó.
—Si te queda un poco de respeto por mí, déjame tranquila. Me lo merezco, Max. —Soltó la servilleta—. Gracias por la cena.
—Espera.
Se detuvo al escucharlo. Los segundos pasaron. El sonido del bullicioso restaurante flotaba a su alrededor: el tintineo de los cubiertos y de las copas, las risas y el chapoteo de las góndolas que surcaban el agua. Esperó mientras él parecía luchar contra sus demonios. Se percató de que aparecía un tic nervioso en su mentón.
Habían llegado a un punto de no retorno. Tenía la sensación de que se le iba a salir el corazón del pecho mientras esperaba a que tomase una decisión final. Esas facciones tan marcadas adoptaron una expresión apesadumbrada antes de que abriera la boca. Sus palabras quedaron suspendidas en el aire como un bocadillo de tebeo, en blanco hasta que el artista diera la última pincelada.

Max cerró la boca. Asintió con un gesto seco de cabeza y ella observó a un desconocido sin emociones tomar una decisión.

—No volveré a molestarte.

Se le formó un nudo en la garganta al escuchar esas palabras, pero mantuvo la compostura. Mientras se alejaba, se negó a echar la vista atrás.

¿Qué había hecho?

Max contempló los platos de la mesa y se aferró a los resquicios de su cordura. Cogió la copa de vino y la apuró antes de hacer un gesto para que se la rellenasen. La velada se había convertido en un desastre y ni siquiera estaba seguro de dónde venía el pánico que lo atenazaba.

Había tomado la decisión correcta. Joder, la única posible. Era imposible que se acostara con Carina una sola noche, le arrebatara la virginidad y luego siguieran como si nada. ¿Por qué no podía entenderlo?

« No pienso dormir sola esta noche.»

Sawyer.

Esas últimas palabras de Carina lo atormentaban. ¿Buscaría a su amigo para demostrar que iba en serio? ¿Se sentía atraída por él? ¿Qué quería decir con eso de « oscuros deseos» y « fantasías» ? Apretó los puños sobre el regazo, atormentado por una sucesión de imágenes. Carina desnuda con otro hombre. Carina gimiendo con la cabeza echada hacia atrás, mordiéndose ese sensual labio inferior mientras un desconocido la penetraba. Carina susurrando el nombre de otro.

Luchó contra la rabia y la locura que lo amenazaban y se ordenó tranquilizarse. Sí, Carina hablaba mucho, pero dudaba que fuera a llevarlo a cabo. Seguramente coquetearía un poco, bailaría e incluso besaría a alguien para satisfacer su curiosidad. Solo tenía que mantener las distancias mientras la vigilaba. No interferiría y ella ni lo vería siquiera.

Cuando acabara el experimento, volverían a Nueva York, tal vez allí se calmarían las aguas. Saldría con algún chico correcto, digno de ella, sin complejos. Alguien agradable, joven y respetable. No con un tío mayor, cínico y retorcido con fobia al compromiso como él. Estar con ella de cualquier modo garantizaba el desastre. Le haría daño, algo que jamás se perdonaría. Perdería la amistad y el respeto de Michael, y su trabajo.

Una aventura de una noche no valía la pena. Ni siquiera con una mujer que calmaba su alma y hacía que ansiara ser mejor hombre.

10

—¿Te lo has pasado bien cenando con Max?

Carina estaba sentada en un reservado situado en la parte superior del club Tao. Sawyer la estaba esperando en la puerta donde se encontraba la famosa estatua de Buda de seis metros. Se asombró por el extremo contraste entre la obvia sexualidad y la relajante espiritualidad que ofrecía el lugar, pero supo que había tomado la decisión correcta. Unas chicas casi desnudas se bañaban en las enormes bañeras de mármol, llenas de pétalos de rosa. Las paredes pintadas de rojo y la luz de las velas estimulaban los sentidos. Era un lugar para dejarse llevar y perder las inhibiciones. La música hip-hop sumía en un trance frenético a la multitud, pero Sawyer la cogió del codo y la guio hasta la planta superior, donde la invitó a pasar a un reservado oculto tras unas gruesas cortinas de terciopelo.

Habían servido champán en unas altísimas y delicadas copas. La estancia estaba llena de ramos de flores cuyo olor impregnaba el aire. En su santuario, que obviamente estaba insonorizado, no se escuchaba la música. La pregunta le provocó un escalofrío en la espalda.

—Sí, no ha estado mal. —Bebió un sorbo de champán mientras su acompañante se la comía con la mirada.

La intensidad controlada de sus ojos la incomodó, pero se negó a dejarse acobardar. Sawyer Wells iba a tener suerte esa noche, como ella. Fin de la historia.

La mirada de Max había cerrado definitivamente la puerta de su pasado en común.

—¿En qué estás pensando?

La pregunta la sacó del trance.

—En nada.

—¿Estás segura?

La verdad palpitaba entre ellos. De repente, el inocente coqueteo había tomado una velocidad de vértigo. Sawyer esperó su respuesta como si supiera que la pregunta tenía connotaciones importantes. La noche se extendía frente a ella con sus infinitas posibilidades… y estaba harta de ser el segundo plato de los hombres. En ese momento iba a disfrutar de su libertad y de las posibilidades que tenía ante ella. En esa ocasión no se equivocaría al elegir.

—Estoy segura.

Sawyer esbozó una sonrisa y de repente se acercó a ella. Su calor sensual la

rodeó.

—Me alegro. Esta noche quiero darte placer. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí tan intrigado por una mujer.

Carina sintió un escalofrío en los brazos. Se bebió varias copas de champán, hasta que sintió un placentero zumbido en los oídos y el mundo perdió su nitidez. Percibió que la noche llegaba a su fin y que acabaría en su cama, y comenzó a hablar.

—¿Traes a todas las mujeres a tu club para seducirlas?

—No. La mayoría de ellas intentan seducirme a mí.

—¿Cómo lo hacen?

Sawyer rio entre dientes.

—Te sorprendería. Pero es mejor no hablar de otras mujeres. ¿Te gusta la música? ¿Te gusta bailar?

—Sí.

—¿Quieres que bajemos a echarle un vistazo al club?

El placer la inundó, haciéndola vibrar.

—Me encantaría.

Sawyer la precedió mientras salían de la estancia a través de las cortinas, tras lo cual bajaron la escalera y se internaron en la sala principal. La música que se escuchaba por los altavoces era un hip-hop subido de tono. Excitada por el alcohol, Carina enlazó un brazo con el de Sawyer mientras avanzaban sin dificultades entre la multitud. Había muchas chicas contoneando las caderas, vestidas con minifaldas de lentejuelas y tacones altísimos. Los hombres aferraban caderas y glúteos, y se movían como si quisieran demostrar públicamente sus habilidades. Las luces se encendían y se apagaban de forma intermitente. En el aire flotaba la erótica mezcla del sudor de esos cuerpos medio desnudos y del perfume. Carina sintió que algo se desataba en su interior y se liberaba.

La libertad corrió por sus venas, prendiendo un fuego que la abrasó mientras bailaba. Sawyer la agarró para pegarla a su cuerpo y ella le echó los brazos al cuello. Sus cuerpos se rozaban, se frotaban, se alejaban y volvían a unirse al ritmo de la música. Su maravilloso olor la incitaba a dar el último paso. Cerró los ojos.

Sawyer le enterró los dedos en el pelo y le dijo al oído:

—Ven a mi habitación.

El deseo de decir que sí le provocó un cosquilleo en los labios.

Abrió los ojos. Necesitaba más tiempo para decidir. Pasó por alto su pregunta y siguió bailando, dejando que el ritmo de la música se adueñara de ella.

Su mirada se cruzó con la de los penetrantes ojos azules del hombre que estaba detrás de Sawyer.

Max.

Sentado a la barra del bar, alejado de la multitud, solo, observándola. Estaba a punto de arrepentirse, porque para ella solo existía él, pero era demasiado tarde y debía dejarlo marchar.

—Sí —le soltó de repente a Sawyer.

Esperó a que él la besara. En cambio, la apartó un poco para mirarla a los ojos. Y después se dio la vuelta lentamente.

—Vámonos. —Carina le agarró una mano y tiró de él para sacarlo de la pista de baile, pero ya era demasiado tarde.

Max estaba frente a ella y su cuerpo vibraba por la furia que lo invadía. Su reacción la excitó de inmediato y sintió que se le humedecían las bragas. Todo su cuerpo cobraba vida bajo su dominio.

—¿Qué narices está pasando? —preguntó Max, dirigiéndose a Sawyer, pero ella se interpuso entre ambos.

—Nada de tu incumbencia —masculló—. Has prometido que me dejarías tranquila.

Sawyer miró a su amigo con expresión severa.

—Tranquilo, amigo. No estáis saliendo y me ha dejado claro que está disponible.

—Es la hermana de Michael, por el amor de Dios.

—¿Y? También es una mujer hermosa capaz de elegir a sus amantes. Creo que esta noche ya ha hecho su elección.

Max extendió un brazo y agarró a Sawyer por el cuello de la camisa.

—Voy a matarte, joder.

Sawyer no tuvo tiempo para reaccionar. El demonio interior de Carina cobró vida y se abalanzó hacia Max, al que empujó con fuerza.

—¡No tienes derecho! —gritó—. Déjanos tranquilos.

—Carina, no sabes lo que estás haciendo. —Max zarandeó a Sawyer, víctima de un arrebato de ira, algo que jamás le había visto hacer antes.

—Ya basta. —Sawyer se zafó al instante de las manos de Max y se apartó de él—. Carina, preciosa, siéntate aquí un momento. Ahora mismo vuelvo. Necesito hablar con Max.

—Pero…

—Por favor.

Temblando por la vorágine de emociones contenidas, Carina asintió fugazmente con la cabeza y se sentó en el taburete más cercano, desde donde observó cómo Sawyer se llevaba a Max a rastras. ¿Por qué se comportaba de esa manera? No la deseaba lo suficiente como para acostarse con ella, pero se negaba a darle la oportunidad de hacerlo con otro. El juego enfermizo en el que estaban enzarzados desde hacía unos meses la tenía hecha un lío.

Acabó una canción. Y luego otra. Observó cómo la multitud se entregaba a la música y bajó de un salto del taburete. Al cuerno con Max. Al cuerno con

Sawyer. Al cuerno con todos.

Iba a bailar.

Caminó hasta la pista de baile y se dejó llevar por la música.

Max estaba acostumbrado a lidiar con un amplio abanico de emociones. Cuando por fin fue lo bastante mayor como para descubrir la verdad sobre su padre, experimentó una ira demoledora. Una furia malévola y caótica que le retorcía las entrañas y lo ahogaba. Así fue como usó su juventud para hacerse valer. Lo bastante como para que su padre acabara buscándolo y lo reconociera como su hijo. Cuando descubrió que había fallado por segunda vez, experimentó el amargo sabor de la derrota, la pena y el deseo de venganza.

Pero nada podía compararse con lo que había sentido al ver a Carina en los brazos de Sawyer.

Siguió a su amigo hasta su reservado, donde aún flotaba en el aire el perfume de Carina. Flexionó y estiró los dedos varias veces, mientras jadeaba como un boxeador que hubiera luchado diez asaltos y se negara a acabar fuera de combate.

—¿Qué te traes entre manos con Carina?

Sawyer se alisó las arrugas de la camisa y lo miró a modo de advertencia.

—El único motivo por el que me has tocado es porque yo lo he permitido. Una vez nada más, amigo mío. No me pongas más a prueba.

—No tienes derecho a tocarla y soy capaz de darte una tunda como la que te di hace diez años.

En los labios de Sawyer apareció el asomo de una sonrisa.

—Ah, lo recuerdo. Pero en aquel entonces yo estaba borracho. Aquella vez te llevaste a la chica. Como siempre, no te duró mucho. Esta vez creo que has llegado demasiado tarde.

Max empezó a pasearse de un lado a otro de la estancia para no liarse de nuevo a puñetazos con su amigo.

—Escúchame bien. Es muy ingenua, y es la hermana pequeña de Michael. Si la tocas, aparecerá aquí nada más enterarse y convertirá tu vida en un infierno.

Sawyer agitó una mano para restarle importancia al asunto.

—Si veo una mujer que me gusta, no me asusto con facilidad. Sobre todo si es una mujer digna de luchar por ella. ¿Tú no has pasado página? Me he asegurado de preguntarle varias veces y me ha dicho que no hay nada entre vosotros.

—¡Por supuesto que no hay nada! Jamás traicionaría a Michael ni haría algo para joderle la vida a Carina. Sawyer, tú llevas un estilo de vida distinto del suyo, estás a años luz de lo que ella conoce. Se merece algo mejor de lo que podemos darle tú o yo. Necesita una relación estable.

Sawyer lo observó un rato en silencio. Esos ojos oscuros lo atravesaron con

certeza, poniendo en entredicho las tonterías que acababa de soltar por la boca.

—Carina no me ha dicho en ningún momento que quiera una relación a largo plazo. De hecho, creo que busca todo lo contrario. Siempre has disfrutado siendo la parte dominante de tus relaciones. ¿Por qué en mi caso tiene que ser distinto?

—En mi vida no todo gira alrededor del poder y del sexo. *Merda!* ¡Carina es virgen!

—¿Por qué te da tanto miedo su virginidad? Creo que tú la valoras más que ella. —Lo señaló con un dedo—. ¿La has mirado bien? En cuanto me hice con las riendas de la situación, prácticamente se derritió en mis manos. Tiene tendencias sumisas y le irá mejor con un hombre dominante, con alguien capaz de expandir sus límites. Por regla general prefiero mujeres más experimentadas, pero Carina está pidiendo a gritos disfrutar de una experiencia sensual. Solo necesita al hombre adecuado.

—Ese hombre no eres tú. Antes jamás habías cruzado la línea en los negocios. Teníamos un acuerdo sobre la mesa.

Sawyer caminó hasta la barra y sirvió dos copas de coñac.

—Carina ya no forma parte de la negociación. Ha abandonado.

—Sí, pero sigue formando parte de la empresa.

Sawyer le entregó la copa y Max la apuró de un solo trago.

—Hoy me ha confesado algo —dijo Sawyer—. Parece estar a punto de tomar una decisión sobre su continuidad en la empresa o la posibilidad de buscarse un futuro distinto, aunque no estoy seguro de que sea consciente de ello. —Sonrió—. Es una vampiresa atrapada en un envoltorio inocente. Una vez que descubra la pasión que lleva dentro, será imparable.

La idea de que Carina hubiera mantenido una conversación tan íntima con Sawyer irritó a Max. Soltó la copa con fuerza sobre la mesa y se pasó los dedos por el pelo. ¿Qué narices estaba pasando? Se aferró a lo único que se le ocurrió para mantener el control.

—Como la toques, llamaré a Michael esta misma noche. Él te arruinará y yo te mandaré al hospital.

Sawyer estalló en carcajadas, una reacción que lo enfureció aún más.

—¿Te has escuchado? Carina no es un juguete ni una posesión. Es una mujer adulta. Pero creo que tú ya lo sabes. Lo que pasa es que no quieres verla así porque de esa manera se te acabarán las excusas. —Meneó la cabeza—. Max, te ha dado fuerte. Normalmente iría a por lo que deseo sin importarme las consecuencias, sobre todo tratándose de una mujer tan magnífica como Carina. Es ingenua y seductora a la vez. Posee un alma generosa y pura. Merece la pena luchar por ella. —De repente, el buen humor lo abandonó y continuó con un deje desafiante—: El único motivo por el que voy a apartarme de ella es por la cara que ha puesto al verte. Aunque siente cierta atracción por mí, solo es algo superficial. Es a ti a quien desea. —Se apartó y masculló un taco—. No me gusta

hacer de suplente. Resuelve esta situación, porque de lo contrario tarde o temprano yo mismo probaré suerte con ella.

Max se sitió abrumado por la angustia. No podría resistirse a sus encantos otra vez. Si ella intentaba seducirlo de nuevo, se lanzaría a las llamas del infierno y asumiría las consecuencias. El único recurso que le quedaba para sacársela de la cabeza era tirársela una y otra vez, disfrutar de su cuerpo ardiente y mojado. En su interior se libraba una lucha entre el intenso deseo que sentía por ella y su código moral.

Sawyer acortó la distancia que los separaba como si se hubiera percatado de su dilema y le aferró un hombro.

—¿La deseas?

Max miró a su amigo de hombre a hombre y decidió sincerarse con él.

—Sí. Pero si cedo, estaré traicionando todo aquello en lo que creo. Una relación entre nosotros nunca funcionará. Es demasiado buena para mí.

Sawyer asintió con la cabeza.

—Nadie puede adivinar el futuro. Supongo que depende de lo mucho que estés dispuesto a apostar.

La cabeza de Max era un torbellino de pensamientos. Al final ganaron los demonios, que despertaron en él un deseo y una excitación que no había experimentado jamás. Los interminables meses de tensión lo habían llevado a un punto en el que ya solo podía pensar en hacerla suya. En hundirse en su olor y su calor. En sentir esos labios separados bajo los suyos mientras le enterraba los dedos en el pelo. En escuchar su risa y sus gemidos, y en ser el hombre que por fin la adentrara en el placer. En reclamarla solo por una noche y tocar el paraíso.

Sin más palabras, salió del reservado y fue a buscarla.

No tardó mucho en dar con ella. Ya no estaba en el taburete. La localizó en la pista de baile entre un grupo de hombres y mujeres sumidos en un mundo etílico donde la música lo regía todo y la oscuridad enmascaraba las realidades del día. En Las Vegas, la noche siempre ganaba.

Le brillaba la piel bajo las cambiantes luces. El sudor le corría por el cuello y descendía hasta su canalillo. La vio echar la cabeza hacia atrás y girar, y contuvo el aliento al comprender que Sawyer tenía razón. Carina exudaba el poder de la diosa, que era evidente en la sonrisa que esbozaban sus labios, en sus ojos cerrados y en sus incitantes caderas. El vestido se agitaba con sus movimientos, dejando a la vista sus muslos desnudos. De repente, supo que moriría si no la hacía suya.

Todos los caminos que había tomado en su vida lo habían llevado a ese momento y a esa mujer que tenía frente a él.

Se acercó a ella, le aferró las caderas y la pegó a él sin delicadeza alguna.

Carina abrió los ojos al instante y soltó el aire de golpe. Su erección era más que evidente a través de sus pantalones y su intención era que Carina se

percatara de la intensidad de su deseo. La muy pécora no lo recibió con los brazos abiertos ni con una sonrisa.

En cambio, resopló y levantó la barbilla.

—Ni de coña. Ve a buscarte alguna camarera guapa. ¿Dónde está Sawyer?

En ese momento comprendió que la cosa no iba a ser fácil, pero sí divertida.

—Aquí no. Supéralo.

Carina resopló de nuevo y no cedió ni un ápice.

—No necesito superarlo, Max. Ya que tú no eres el hombre que busco, ¿por qué no te apartas?

Max sonrió, inclinó la cabeza y le mordisqueó la sensible curva del cuello.

La recorrió un escalofrío. Él levantó una mano y pasó la palma sobre sus enhiestos pezones, que sobresalían bajo el vestido.

«¡Gracias, Dios mío!», exclamó para sus adentros al comprobar que no llevaba sujetador.

—La he fastidiado. Sawyer me ha hecho ver lo gilipollas que he sido. Al negar lo mucho que te deseo. Al negar lo que hay entre nosotros. —Le acarició de nuevo los pezones con el pulgar—. Ya no pienso huir más.

Carina se negaba a rendirse.

—Mentiroso. Vas a llevarme a mi habitación y a meterme en la cama. A decirme que me sentiré mejor por la mañana mientras tú te das palmaditas en la espalda por haber alejado a la inocente Carina del lobo malo. Que te den, Maximus Gray. Voy en busca de Sawyer.

Se dio la vuelta entre sus brazos para marcharse, pero él la obligó a girar de nuevo y, tras aferrarle los glúteos con fuerza, la pegó a su cuerpo. En esa ocasión se bebió su jadeo al besarla en la boca.

La música lo dominaba todo mientras le introducía la lengua en la boca, explorando cada rincón para hacerle saber quién estaba al mando. En cuestión de segundos, Carina se derritió entre sus brazos y le enterró los dedos en el pelo. Max se tomó su tiempo para dejarle claras sus intenciones y después le puso fin al beso muy despacio.

Se percató de que le temblaba el labio inferior.

—¿Max?

—Cariño, yo soy el lobo malo. Y ahora ya puedes ir subiendo a tu habitación.

Carina no se movió.

—¿Por qué ahora?

Max cerró los ojos con fuerza para negar la verdad, pero ella se merecía más. Cuando los abrió por fin, le permitió que lo viera todo.

—Porque te deseo. Porque siempre te he deseado, Carina. No te merezco. No merezco esta noche, pero la idea de que te toque otro hombre me desquicia.

Ver su sonrisa fue como recibir un puñetazo en el pecho.

—Bueno, entonces vale. Vámonos.

La sacó a rastras de la pista de baile, y cogidos de la mano atravesaron el casino, dejando atrás los sonidos de las máquinas tragaperras. Pasaron junto a la multitud congregada en torno a la ruleta que estaba animando a un hombre vestido con unos sucios vaqueros cortados y una camiseta de manga corta, y que tenía delante un montón de fichas. Pasaron junto a la barra de madera de cerezo del bar, llena de parejas ataviadas con esmoquin y relucientes vestidos, que bebían cócteles de colores fosforitos. Una vez en el ascensor, Max introdujo la tarjeta en la ranura. Tras llegar a la suite, se dirigió a la habitación de Carina. Ambos guardaron silencio ya que el momento para hablar había quedado atrás. Era el momento de la acción. Max tardó un instante en abrir la puerta de la habitación y cuando por fin lo logró, entró y cerró de una patada.

Había soñado muchas veces con seducir a Carina Conte. Desde que había regresado a su vida con la fuerza de un ciclón, había pasado muchas noches masturbándose y sintiéndose culpable por hacerlo pensando en ella. Casi todas sus fantasías empezaban introduciéndola con suavidad en el sexo. Muchos preliminares, besos delicados y una lenta penetración. Velas titilantes, música romántica y una cama grande y mullida.

Esa noche lo incitaba la urgencia de dominarla, reclamarla y darle placer. La estampó contra la pared, le levantó el vestido y la besó. Tenía la piel ardiendo, y se tragó sus gemidos mientras le introducía la lengua en la boca. Sabía a champán, a chocolate y a un embriagador cóctel de pecado. Le mordisqueó el labio inferior y le aferró los glúteos para pegarla más a él. A su alrededor todo daba vueltas al tiempo que luchaba por hacerse con el control que normalmente exhibía en el dormitorio. Jamás había experimentado un deseo tan intenso de poseer, de reclamar, de hacer suya a una mujer.

—Vas a pagar caro haber jugado conmigo, preciosa. Tenlo presente.

Ella arqueó la espalda y Max captó el olor de su deseo. Lo invadió la satisfacción al ver la reacción que habían provocado sus palabras. Le gustaban los preliminares verbales, una de sus actividades favoritas. Dejó un reguero de besos y mordiscos por su cuello mientras le separaba más las piernas para tener un mejor acceso. Su inocente virgen le dio un mordisco en el lóbulo de una oreja.

—Hasta ahora todo han sido palabras y poca acción.

Max sonrió. Y le bajó las bragas.

—Orgasmo número uno. Te daré lo que de verdad quieres cuando te disculpes por ser tan descarada.

—Empieza.

Y lo hizo. La penetró con un dedo mientras le acariciaba el clítoris con el pulgar. Sintió que su flujo le mojaba la mano y añadió un segundo dedo al tiempo que acariciaba su vagina y seguía moviendo el pulgar en torno al clítoris. Carina gritó y se removió entre sus brazos, exigiéndole algo más, reaccionando como no debería reaccionar una mujer sin experiencia. Le clavó las uñas en los hombros

mientras se corría y gritó con todas sus fuerzas, en las garras del orgasmo. Max observó atentamente su cara mientras se retorcía de placer, consciente de que su polla palpitaba por la necesidad de llegar al final y hacerla suya. En cambio, prolongó el momento de ella dilatando las caricias y manteniendo un ritmo suave. Carina se desplomó contra él y se vio obligado a luchar contra sí mismo para mantener el control.

—Dios —murmuró con un gemido. Aún le temblaba el cuerpo por los rescoldos del placer.

Max la besó en los labios, ansioso por probarla de nuevo.

—Ha sido maravilloso —dijo ella.

—Todavía no he acabado contigo. ¿He oído alguna disculpa?

Carina esbozó una sonrisa satisfecha.

—No creerás que me he pasado todos estos años esperando solo para esto, ¿verdad?

Dio, ¿de dónde había salido?

—Siempre has sido una niña mala. Vamos a jugar, ¿te apetece? —Inclinó la cabeza y encontró un pezón que le chupó a través de la seda. Usó la lengua para humedecer la tela, y después la apartó y succionó. Al mismo tiempo le acarició el clítoris con suma delicadeza para aumentar la tortura y no tardó en tenerla jadeando entre sus brazos y arqueando la espalda para que le diera más—. ¿Lista para disculparte?

—Sí.

—Demasiado tarde. Yo te diré cuando estoy listo para aceptar tus disculpas. —Le chupó el pezón con fuerza y lo acarició con la lengua, tras lo cual se dispuso a hacer lo mismo con el otro. La torturó y la llevó al borde del abismo, hasta que Carina abandonó el orgullo y le suplicó. Escucharla pronunciar su nombre como si fuera una letanía fue impactante y despertó en él un súbito afán posesivo. Una caricia más sobre el clítoris, un mordisco en el pezón y Carina experimentó un segundo clímax.

Se estremeció entre sus brazos y se lo entregó todo. Demasiado excitado para continuar con el juego, Max le bajó la cremallera del vestido y se lo quitó. Su glorioso cuerpo lo dejó asombrado. Pechos generosos coronados por pezones del color de los rubíes. La suave curva de sus caderas y de su abdomen. Esa piel morena y el pubis sin vello, tras la depilación con la que tanto lo había torturado. Tenía los labios húmedos y rosados. Masculló un taco y la levantó en volandas. Tras dejarla en la cama, se desnudó y colocó un condón a los pies de la cama.

Ella se mantuvo inmóvil, observándolo con una mirada ávida que se la puso todavía más dura.

—Eres tan guapo… —susurró.

Max meneó la cabeza y se reunió con ella en la cama.

—No, tú sí que eres una preciosidad. Superas con creces cualquier fantasía.

Pero todavía me tienes que pagar lo mucho que me has torturado con la depilación.

Carina le acarició la espalda, los glúteos y los muslos. El suave roce de sus manos y de sus uñas puso a prueba su aguante. Por Dios, era posible que no durara mucho más, pero la deseaba excitada y mojada, para que no sintiera el menor dolor cuando la penetrara.

—¿Te gusta?

La besó con pasión y se dejó embriagar por el olor a coco de su loción corporal.

—Necesito investigar más a fondo.

Ella abrió los ojos como platos.

—Orgasmo número tres.

—Max, no creo que… ¡Dios!

Le separó los muslos y enterró su boca entre ellos. No había ni rastro de vello que mancillara la perfección de esa femineidad que en ese momento estaba a su merced. Dejó una lluvia de besos húmedos sobre su sexo, por sus muslos y por su abdomen. Usó los dedos para separarle los labios y la saboreó.

Los gemidos de Carina eran frenéticos y fueron música para sus oídos. Su sabor terrenal y almizcleño lo abrumó, y se bebió hasta la última gota. Cada vez que la penetraba con la lengua, cada lametón al clítoris era una muestra de lo mucho que apreciaba su regalo. Carina no tardó en correrse de nuevo y Max supo que ya no podía más. Con dedos temblorosos, cogió el condón y abrió el envoltorio. Se lo puso y la penetró.

Los ojos oscuros de Carina tenían una expresión confusa y aletargada. Su cuerpo aún se convulsionaba en las garras del orgasmo.

—Nena, mírame.

Ella lo intentó.

—Tú ganas, lo siento.

Su grandeza lo desarmó. ¿Conocería alguna vez a una mujer semejante a ella? ¿Lo dejaría lisiado para el resto de su vida, mientras perseguía a alguien que pudiera darle tanto como le estaba dando Carina?

—¿Lista para más?

—Sí. Enséñame lo que he estado perdiéndome.

Max la penetró apenas un centímetro más. Y otro. Carina se aferró a sus hombros, pidiéndole más. La frente se le llenó de sudor y la insoportable agonía le tensó los músculos. Dios, estaba muy mojada y excitada pero no quería hacerle daño. Un centímetro más y habría llegado a la mitad. Si no moría primero.

—¡Joder! —gimió Carina—. Más. Maximus Gray, déjate de gilipolleces. ¡Métemela ya!

Max apretó los dientes. Se armó de valor. Y se hundió hasta el fondo dentro de

ella.

« Mía.»

Su cuerpo lo acogió y se cerró en torno a él como el satén mojado. Era el paraíso y el infierno a la vez. Carina le rodeó las caderas con las piernas y le clavó los talones. Echó la cabeza hacia atrás en la almohada, pidiéndole más. Y él se lo dio.

Ella lo estrechaba cada vez que se movía, rodeándolo con su calor y aumentando su deseo. Impuso un ritmo firme que pronto se convirtió en un frenesí de pasión. Desesperado, trató de mantener el control para ir más despacio, pero ella no se lo permitió. Gritó, suplicó y exigió hasta que Max cedió y le dio lo que ambos deseaban.

Carina lo estrechó con fuerza y explotó.

Y él la siguió al instante. El orgasmo lo dejó hecho polvo mientras gritaba su nombre.

Se tumbó junto a ella y la instó a apoyar la cabeza en su brazo, tras lo cual tiró de la sábana para que los cubriera a ambos. Besó su pelo enredado.

Su virgen acababa de volarlo todo en pedazos.

Carina se despertó después de haber dormido como nunca antes. La habitación seguía a oscuras y había perdido la noción del tiempo. Le dolían los músculos, tal como le sucedía después de una agradable sesión matinal en el gimnasio. Se desperezó y golpeó un pecho musculoso.

Max.

En su cama.

« ¡Sí!»

La inundó la alegría. Se había pasado toda la vida preguntándose cómo sería tener a Max en la cama todo para ella. Y la realidad superaba con creces la ficción. Era un amante salvaje y feroz que exigía en la misma medida que se entregaba. Con razón no había sentido el menor deseo de perder antes la virginidad. La ternura y las buenas maneras no la excitaban. Pero el fuego y el dominio de Max satisfacían algo que ni siquiera sabía que poseía. Sentía el cuerpo tan satisfecho y agotado como el corazón.

Esa noche había sido un regalo de proporciones épicas. Pensar en el mañana le resultaba doloroso, pero al menos tendría ese precioso recuerdo y habría obtenido un profundo conocimiento de su alma.

—No me digas que estás preparada para el vigésimo cuarto asalto. —Max gimió y tiró de ella para colocarla sobre él.

Su pelo negro estaba alborotado. La incipiente barba que asomaba en su mentón aumentaba el sensual atractivo de su labio inferior. ¡Las cosas que era capaz de hacer con esos labios, por favor! Enterró la cara en su pecho. Sintió sus

duros músculos en la mejilla y el cosquilleo del vello en el mentón. Le acarició los bíceps y aspiró el delicioso olor a sexo, jabón y hombre.

—Esos ocho años de diferencia hacen estragos, ¿verdad?

Max gruñó y le dio una palmada en el culo. Ella gritó, pero el agradable picor del gesto la excitó todavía más, de modo que se removió sobre su repentina erección.

—Eres una niña mala. ¿Es posible domarte?

—Si todos los castigos que voy a recibir son como ese, espero que no.

Max parpadeó con la parsimonia de un depredador después de una siestecita.

—Es posible que necesite algo más de tiempo para recuperarme entre polvo y polvo, pero soy capaz de echar unos cuantos sin venirme abajo.

Carina sintió un cosquilleo en el estómago y un delicioso escalofrío en la espalda. Jamás se cansaría de él, ni en la cama ni fuera de ella.

—Eso es porque has practicado mucho. Dame tiempo y verás.

Él sonrió, le enterró los dedos en el pelo y tiró de ella para besarla.

—Explotadora. —La besó a conciencia, pero con una lentitud que le dejó claro que no tenía prisa, aunque su cuerpo le dijera lo contrario—. Necesitas un baño para relajar esos músculos. No quiero que acabes demasiado dolorida.

—¿Qué hora es?

—Todavía no ha amanecido. No hay relojes en la habitación y me da igual. Eres mía hasta el amanecer.

La orden, pronunciada a la ligera, hizo que se le endurecieran los pezones. Tras darle una última palmada en el culo, Max se levantó de la cama y entró en el baño. Al cabo de un momento Carina escuchó el sonido del agua.

—Siempre he querido usar la bañera de hidromasajes, pero me ha parecido muy triste hacerlo solo. —Regresó de nuevo junto a la cama, desnudo, y le tendió una mano. La barba le daba un aire canalla y le recordaba a los sensuales piratas de las novelas románticas que tanto le gustaban—. Ven conmigo.

Carina salió de la cama a rastras, llevándose la sábana.

Max sonrió.

—Ni hablar. —Le arrancó la sábana de las manos y recorrió su cuerpo desnudo con la mirada—. Estás demasiado buena como para que te tapes con una sábana de hotel.

Carina desterró el súbito arranque de pudor y lo siguió hasta el baño. Max caminaba con una elegancia masculina que enfatizaba su culo, duro como una piedra. Se le hizo la boca agua al pensar en hincarle el diente a esos músculos.

Caminó descalza sobre el reluciente suelo de mármol, mientras sonaban las sensuales notas del rythm and blues que había elegido Max. El altísimo techo del cuarto de baño, donde estaban situadas las luces, le recordó a unos baños de la Antigüedad. En la pared opuesta había un espejo gigantesco.

Max la acompañó hasta el borde de la bañera y la ayudó a entrar. El agua

caliente y el vapor le relajaron por completo los músculos. Las burbujas estallaban a su alrededor, dejando en el aire un maravilloso olor a lavanda.

Después Max cerró el grifo y se plantó frente a ella en su gloriosa desnudez.

¡Por Dios! Le recordaba a la orgullosa estatua de David. Músculos que parecían esculpidos en los hombros y en los brazos, que tenía en jarras. Su piel morena relucía por el sudor. Tenía el pecho salpicado de vello oscuro que descendía hasta convertirse en una línea estrecha por su estómago y más abajo. Había separado los pies y la postura enfatizaba el contorno de sus muslos, otorgándole un aura de poder y elegancia. Tanto desnudo como vestido, era un hombre que se sentía cómodo consigo mismo. La mirada de Carina se detuvo en su erección y sintió que se ruborizaba por primera vez.

—Ah, veo que todavía te queda algo de vergüenza. Vamos a asegurarnos de que desaparezca por completo antes de tu siguiente orgasmo.

El erótico comentario la excitó y le endureció aún más los pezones. Max soltó una ronca carcajada y se metió con ella en el agua. La aferró por las caderas y la instó con facilidad a sentarse sobre él con la espalda pegada a su torso para poder acariciarle los pechos y pellizcarle de vez en cuando los pezones. Carina gimió y se removió. La fricción de sus cuerpos bajo el agua y el roce de sus partes más íntimas la estaban volviendo loca.

—¿Max?

Él le apartó el pelo del cuello para darle un mordisco.

—Tienes tantas zonas erógenas que no quiero perderme ninguna. En tu caso, la ropa debería ser declarada ilegal. Si por mí fuera, irías siempre desnuda.

Ella se echó a reír, pero Max le estaba haciendo algo tan placentero entre las piernas que acabó jadeando.

—Como demasiado. Julietta y Venezia siempre están a dieta para mantenerse delgadas.

Él le dio un apretón en los pechos.

—Por eso no tienen partes divertidas con las que jugar. Carina, hazme caso, no hay una mujer que me haya puesto tan cachondo como me pones tú. Tus curvas inspiran el erotismo más artístico y miles de orgasmos.

Sus palabras le parecieron tan sinceras y claras que algo en su interior se relajó. Separó las piernas para facilitarle el acceso.

—Creo que mereces una recompensa por esa afirmación.

—Creo que la aceptaré ahora mismo. —De repente, se levantó y la instó a ponerse de rodillas.

La posición tan vulnerable la excitó y se mojó todavía más. En ese momento atisbó su imagen en el espejo de la pared.

Max masculló algo y sus miradas se entrelazaron a través del espejo.

Carina no reconocía a la mujer que tenía delante. Desnuda. Arrodillada. Con el pelo alborotado, los labios enrojecidos y una mirada soñadora en los ojos. Max

parecía un guerrero a punto de reclamar a su mujer. Lo observó coger un condón y ponérselo.

—¿Te gusta mirar? —La pregunta, formulada con voz ronca, le arrancó un gemido a Carina, que asintió con la cabeza mientras se preguntaba por qué ansiaba hacerlo todo con él esa noche hasta quedar agotada y saciada—. Esa es mi chica. Agárrate a la bañera.

Carina se aferró al resbaladizo borde de mármol blanco. Max le acarició el culo como si quisiera calentarla para algo y después se la metió con una firme embestida.

El placer era demasiado intenso. Carina se aferró con más fuerza a la bañera mientras él se movía con frenesí. El chapoteo del agua en la bañera y la imagen del espejo, él reclamándola desde atrás, la inexorable ascensión al clímax… todo se mezcló y se convirtió en un infierno. Los ojos de Max parecían negros por completo cuando la miró a través del espejo.

—Eres mía, Carina. Recuérdalo.

Le introdujo una mano entre los muslos. Se la metió hasta el fondo.

Y Carina se corrió.

Se estremeció y se dejó llevar por el éxtasis. Los estremecimientos de los músculos, esa mezcla de placer y de dolor que le provocaba la tensión de los pezones y del palpitante clítoris… todas esas sensaciones la arrastraron hasta un mundo nuevo que jamás había experimentado. Sus dedos seguían aferrados al escurridizo borde de la bañera mientras su cuerpo intentaba mantener el equilibrio y se preguntaba si Max la habría dejado tocada de por vida.

¿Cuántos años había pasado soñando con algo que jamás podría haber imaginado? Los besos delicados con los chicos jamás le habían llegado al alma. Se había excitado a veces con ciertas caricias y había experimentado orgasmos con algunos dedos masculinos y con los suyos. Pero Max le llegaba a lo más hondo y sacaba a relucir sus fantasías más eróticas. Exigía más que las respuestas educadas. El sexo era sucio, sudoroso y estaba lleno de deliciosas contradicciones que jamás habría pensado que existían.

Ya nunca se conformaría con menos. ¡Oh, la mujer que podía llegar a ser teniendo a su lado al amante adecuado! De repente, la abrumó el cansancio y se relajó contra Max, flotando en una marea de placer.

Después de compartir un baño y una botella de agua, Carina estaba sentada en el regazo de Max, en la elegante chaise longue. El fuego crepitaba en la chimenea y estaban envueltos en el cálido abrazo de una manta. Carina apoyó la cabeza en el hombro de Max y suspiró. El silencio intensificó la sensación de intimidad y el vínculo que existía entre ellos. Carina dijo en voz baja:

—Creo que quiero dejar La Dolce Maggie.

Max le acarició la espalda como si quisiera consolarla.

—Cuéntame. ¿Es por los errores que has cometido?

—No, es mucho más. Creo que ya no soy feliz.

Él se tensó.

—¿Por mi culpa?

—No, idiota. La culpa es mía. No sé si encajo en el mundo empresarial. He intentado que me gustara. Pero que se me den bien los números no significa que quiera hacer eso día tras día. Odio las oficinas tan pequeñas, las ventas y las hojas de cálculo. No tengo el instinto asesino que tenéis Julietta y tú.

Max soltó el aire de golpe. Tardó un rato en hablar.

—No sé si Michael va a aceptar tu decisión.

—Ya, lo sé. Todavía no he llegado a una conclusión firme. Me lo pensaré mejor y seré sincera conmigo misma.

—¿Qué quieres hacer si te vas?

Carina suspiró y se acurrucó contra él.

—No estoy segura. Retomar la pintura en serio. Encontrar el modo de compaginar aquello que se me da bien con algo más creativo. Ya no me asusta explorar las opciones.

—Carina, te respaldaré decidas lo que decidas. Creo que haces un trabajo fantástico en La Dolce Maggie. Pero necesitas ser feliz. Te lo mereces.

—Gracias.

Sintió una punzada de melancolía. Por fin tenía la impresión de estar con alguien que la entendía, pero la noche estaba a punto de acabar. El tiempo pasaba con rapidez. El alba pronto iluminaría el horizonte y la devolvería a la realidad. Ya sabía que no había un futuro para ellos. Aunque pudieran ganarse el apoyo de Michael, Max le había dejado claro que no estaba interesado en una relación estable, sobre todo con ella. Se mantenía bien resguardado tras las defensas que había erigido durante su infancia y esgrimía la diferencia de edad, la familia y un montón de obstáculos más para racionalizar su decisión. Ella lo odiaba, pero se negaba a luchar. Se merecía a un hombre que la quisiera lo bastante como para enfrentarse a todo por conseguirla. Carina desterró el vacío que se extendía por su interior y se juró que lo superaría.

—¿Por qué nunca hablas de tu padre?

Las manos de Max se detuvieron sobre su espalda. Esperó a que le contestara. Tras unos segundos reanudó las caricias.

—Porque todavía me duele.

Su descarnada sinceridad la estremeció. Levantó la cabeza y le colocó una mano en la mejilla.

—Sé que se fue después de que nacieras. Sé que era suizo, muy rico y que conquistó a tu madre a la antigua usanza. Pero nunca me has explicado qué tipo de relación tienes con él… si has llegado a buscarlo o has hablado alguna vez con

él.

Carina sabía que estaba en el límite. Lo normal era que Max se retirara a un lugar seguro y le ofreciera una evasiva. Siempre evitaba hablar de su pasado y ni su madre ni Michael lo mencionaban jamás, aunque Max formaba parte de la familia.

Y en ese momento le entregó el segundo regalo de la noche.

—Tenía veintiún años cuando decidí buscarlo. Hasta entonces había dejado pasar el tiempo esperando que sucediera algo. Que llegara una carta. Un regalo. Una nota. Al final comprendí que jamás se pondría en contacto conmigo y decidí que era yo quien tenía que dar el paso. Me parecía raro que un rico empresario suizo desapareciera sin dejar rastro. Siempre me pregunté si había estado involucrado en algún escándalo y quería protegerme. Incluso pensé que estaba muerto.

Carina sintió que se le rompía el corazón al escuchar su tono de voz. Lo rodeó con los brazos para darle calor y siguió escuchándolo.

—Lo encontré en Londres. Resultó ser un borracho al que le daba igual todo. No había un pasado exótico ni ninguna excusa legítima.

—¿Hablaste con él?

—Sí. Me reconoció cuando me acerqué a él en el bar. Pero pasó de mí. No me quiso cuando era pequeño y no me quería como adulto. Me dio el dinero y creía que con eso era suficiente.

Carina se preguntó qué se sentiría al experimentar el rechazo de un progenitor, la falta del pasado en común, la falta de recuerdos. Con razón Max se mantenía siempre aislado. Con razón nunca había querido arriesgarse a mantener una relación permanente.

—Pero al final logré pasar página. Estaba cansado de vivir mi vida pendiente de un fantasma que jamás había existido. Me marché de Londres al día siguiente y nunca he mirado atrás.

Ambos sabían que eso era mentira. Todo el mundo miraba atrás. Pero de momento decidió darle espacio.

—Creo que tu madre lo perdonó. Creo que en cierto modo todavía lo quiere.

Max inclinó la cabeza y la miró.

—No. Mi madre nunca lo menciona. ¿Por qué crees eso?

Ella levantó una mano y le enterró los dedos en el pelo.

—Porque te tuvo a ti, tú fuiste lo que él le dejó. Y todo mereció la pena por ti, Maximus Gray.

Algo relució en sus ojos, una emoción que jamás había visto antes en él. Una ternura que se extendió por su interior como la miel y que la derritió por entero.

Lo besó en la boca. Con un gemido ronco, Max le introdujo la lengua y la besó con pasión. Carina le acarició una pantorrilla con el talón y cambió la postura del cuerpo. Al hacerlo, se percató de que se le había puesto dura.

—Joder, algún día serás un marido estupendo. —Pronunció las palabras sin ser consciente de lo que decía y soltó un taco—. Mierda, ya sabes a lo que me refiero. Que no se te suba a la cabeza. Esto es solo sexo.

—Gracias por recordarme mi uso y mi propósito.

Carina bajó una mano hasta su entrepierna y se la rodeó con los dedos, tras lo cual empezó a acariciársela. Él gimió y se dejó hacer hasta que sintió que le palpitaba en la mano. El poder de excitarlo hasta ese punto hizo que le hirviera la sangre en las venas.

—Nena, me estás matando.

Se deslizó por su cuerpo, se sentó a horcajadas sobre sus piernas e inclinó la cabeza.

—Todavía no, pero lo haré.

Se la metió en la boca y la rodeó con los labios. Su olor y su sabor la excitaron, y pasó un buen rato dándole placer mientras él soltaba un sinfín de palabrotas que la pusieron todavía más cachonda. De repente, Max se incorporó y la agarró por los brazos antes de que pudiera protestar.

—Un condón —masculló—. Ya.

Carina obedeció con cierta torpeza, pero logró ponérselo al cabo de unos segundos. Con un movimiento rápido, él la levantó y se la colocó sobre las caderas.

En cuanto lo tuvo dentro, lo olvidó todo salvo el afán de sentirlo todavía más. Max levantó las caderas para imponer el ritmo, pero ella perdió la paciencia y se hizo de nuevo con el control. Lo montó con un frenesí arrollador, hasta que se corrieron juntos. Después se desplomó sobre él, derretida y satisfecha, y se preguntó si sería capaz de caminar algún día. O de hacer algo sin pensar en Maximus Gray.

—¿Dónde narices has aprendido a hacer eso?

Carina contuvo una risilla al escuchar el tono enfurruñado de la pregunta, si bien físicamente parecía muy satisfecho.

—No puedo decírtelo. Me da mucha vergüenza.

—Llevamos diez orgasmos. A estas alturas la vergüenza no existe.

—Con un plátano.

En vez de reírse, Max enarcó una ceja.

—Joder, eso me pone.

Carina se echó a reír encantada y reconoció que a lo mejor todavía estaba un poco enamorada de Max.

Un poco.

Desterró la repentina oleada de emoción. No, jamás admitiría o pronunciaría esas palabras de nuevo. No desde la noche en la que quemó el hechizo de amor y soñó con casarse con el hombre al que amaba con toda el alma, el cuerpo y el corazón.

En cambio, guardó silencio. Se limitó a besarlo en la cara y a estrecharlo con fuerza. Y a esperar el amanecer.

11

Las cortinas se habían quedado descorridas.

La tenue luz del amanecer entraba por las ventanas, recordándole que la noche había acabado. Max miró de reojo a la mujer que tenía al lado. Dormía profundamente y sus suaves ronquidos confirmaban el agotamiento. ¿Qué demonios iba a hacer?

¿Dejarle una nota? ¿Ir en busca de un café? ¿Analizar con ella lo sucedido por la noche? ¿Guardar silencio? Las interminables opciones se extendían ante él, y puesto que era un hombre, estaba garantizado que elegiría la incorrecta.

Su abundante melena se extendía sobre la almohada como un ángel oscuro. Se percató de que tenía marcas enrojecidas en las mejillas y en el cuello, fruto de la irritación provocada por su barba. Sus labios estaban hinchados. Sintió una punzada de culpa. ¿Se había pasado con ella? En ningún momento la había visto como a una virgen. Todos sus movimientos habían dejado claro que poseía una sexualidad abierta y desinhibida. Carina era el sueño erótico de cualquier hombre: una chica inocente con el cuerpo y el alma de una vampiresa. En la cama se comportaba con una honestidad que confirmaba que se entregaba al máximo. Lo mismo que en el resto de las facetas de su vida.

Un regalo escaso y valioso. Un regalo del que no era merecedor. Un regalo que jamás le pediría que le entregara de nuevo.

Lo abrumó un vacío desolador, pero se negó a examinar la emoción a fondo. Tal vez lo mejor era ducharse, vestirse e ir en busca de un café para Carina. Reflexionaría acerca de lo mucho que significaba para él. Analizaría el cambio radical que habían supuesto las horas y horas que había pasado haciendo el amor con ella. Y después se repetiría por qué tenían que ponerle fin a lo que había entre ellos.

A menos que…

La posibilidad apareció ante él. ¿Y si continuaban con la relación? Carina en su cama. Salir a cenar con ella. Seducirla y quitarle poco a poco su traje de ejecutiva. Trabajar codo con codo. A lo mejor funcionaba. A lo mejor.

Michael Conte y su familia lo inspiraban para dar lo mejor de sí mismo. Después de averiguar que su padre los había abandonado, necesitaba apoyarse en algo que no le fallara. Su palabra. Su honor. Su fiabilidad. Esos conceptos lo eran todo para él y lo definían como persona. Si Michael descubría que se había acostado con Carina, cabía la posibilidad de que no volviera a confiar en él, algo que podría destrozarlo.

Nunca permitiría que eso sucediera.

Además, ¿qué podía ofrecerle? Carecía de la capacidad emocional para darle a Carina lo que merecía. Algún día le pediría un anillo. Niños. Un compromiso de por vida. Y él solo podía darle el momento: sexo del bueno, compañerismo y respeto. A la larga, Carina se cansaría de sus chorradas y pasaría página. O peor, ¿y si acababa haciendo algo que la hiriera? Muchos años antes había jurado que jamás haría nada que pudiera herir a una mujer. El corazón femenino era demasiado delicado y no quería cargar con esa responsabilidad.

Era extraordinaria en todos los aspectos y estaba fuera de su alcance.

Una vez tomada la decisión, salió de la cama y caminó hasta el baño.

Se sorprendió al escuchar que alguien llamaba a la puerta. Aguzó el oído y escuchó que la llamada se repetía. Joder, ni siquiera eran las seis de la mañana. Como no quería despertar a Carina, se puso los calzoncillos y abrió la puerta.

No daba crédito a lo que veían sus ojos.

Mamá Conte estaba en la puerta.

—¿Maximus?

El tiempo se ralentizó mientras su mente registraba la sorpresa que se reflejaba en el rostro de mamá Conte. El resto de los acontecimientos sucedieron como si estuviera atrapado en una película que narrara una catástrofe, a cámara lenta y de forma surrealista. La madre de Carina miró el número de la puerta entrecerrando los ojos y después miró el trozo de papel que tenía en la mano.

—Sabía que tú también estabas en Las Vegas, pero esta es la habitación de Carina.

Max pasó por alto los desbocados latidos de su corazón y abrazó a la mujer con fuerza.

—Mamá Conte, qué sorpresa más agradable. No, esta es mi habitación. Deja que me vista y ahora mismo salgo a buscarte para llevarte con Carina.

Estuvo a punto de salirle bien la jugada.

La mujer echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Qué tonto eres, no me molesta que estés en ropa interior. —Pasó por su lado y entró en la suite. Una vez allí, se quitó la rebeca—. En verano tenía la costumbre de pasearme desnuda por mi casa. —Se acercó al sofá para dejar la rebeca en el respaldo—. Ve a cambiarte si quieres.

Se tropezó con un zapato de tacón y su mirada siguió el zigzagueante reguero de ropa. Se acercó a la puerta corredera que daba acceso al dormitorio y que en ese momento estaba abierta.

Max siguió la mirada de mamá Conte. Un liguero de encaje. Un tanga minúsculo. Su camisa.

Quiso cerrar la puerta para detenerla, pero la mujer ya estaba frente al dormitorio. El suave ronquido subió de volumen y se convirtió en un ronquido en toda regla. Los rizos oscuros de Carina contrastaban con el blanco níveo de la

almohada. Mamá Conte se acercó despacio a la cama y miró a su hija.

Desnuda.

De repente, la película recuperó la velocidad normal y Max salió del trance. Se colocó frente a la cama y extendió los brazos para evitar que la mujer atacara a Carina en un arranque de furia maternal.

—*Dio mio*, mamá Conte, no es lo que piensas. Bueno, es lo que piensas, pero tú no tenías por qué verlo. *Dio*, lo siento, lo siento mucho. —Siguió balbuceando hasta que comprendió que había regresado a la adolescencia.

Los ojos oscuros de la mujer lo miraron como si intentaran comprender lo que sucedía. Los segundos pasaron. Y al final mamá Conte asintió con la cabeza como si hubiera tomado una decisión.

—Maximus, llévame a tu dormitorio. Ahora mismo. Tenemos que hablar. —Se acercó a la puerta—. Tienes un minuto para cambiarte y salir de aquí. Y no despiertes a Carina.

La puerta corredera se cerró tras ella.

Max se pasó los dedos por el pelo, con la sensación de que estaba sumido en el infierno.

Empezó a sudar de golpe. La mejor amiga de su madre, que lo había cuidado como si también fuera su hijo, estaba sentada frente a él, meditando en silencio. No había abierto la boca desde que llegaron a su habitación. Se había limitado a indicarle que se sentara y lo había dejado que se cociera en su propio sudor durante diez minutos. Mamá Conte había criado a cuatro hijos y había enterrado a su marido. Era una mujer delgada, pero de porte firme. Ella misma había levantado La Dolce Famiglia, con su talento y esfuerzo, y había pasado de ser un establecimiento familiar a convertirse en una de las mayores cadenas de pastelerías en Italia. Llevaba el pelo canoso recogido en un moño en la nuca, un peinado que resaltaba las elegantes y marcadas líneas de su rostro. Había dejado el bastón apoyado contra la pared. Llevaba zapatos ortopédicos, con gruesos cordones y suelas que la ayudaban a andar.

En su puñetera vida le había asustado tanto una mujer mayor.

—¿Hace cuánto tiempo que estáis juntos?

Max no sabía si le saldría la voz del cuerpo, pero logró contestar:

—Solo ha sido esta noche. Esperábamos que nadie lo descubriera. No queríamos hacerle daño a nadie.

—Mmm… —Frunció el ceño—. ¿Lo planeasteis?

—¡No! No, ambos sabemos que no nos conviene mantener una relación. Por supuesto, había atracción entre nosotros, pero pensé que seríamos capaces de controlarnos. Carina se enfadó conmigo y Sawyer Wells me dejó claro que iba tras ella y…

—¿Sawyer Wells está aquí?

Max asintió con la cabeza.

—Sí, ahora dirige el Venetian.

—Mmm… Sigue.

—Bueno, Sawyer y yo discutimos por Carina y después las cosas se descontrolaron, y lo siento mucho. Haré lo que me pidas para enmendar la situación.

Mamá Conte extendió un brazo y le dio unas palmadas en una mano. Sus labios esbozaron una sonrisilla.

—Sí, Maximus, lo sé. Siempre has sido un buen chico. Un poco rebelde, pero de buen corazón. Michael se enfadará, pero haremos que entre en razón.

—Me matará —gimió Max.

—Qué tontería. No voy a permitir que te mate. Pero tenemos que organizarlo todo ya. Es demasiado tarde para hacer que tu madre venga, aunque harás lo mismo que hizo Michael. A finales de año organizaremos una preciosa boda en el jardín en Bérgamo.

La alarma interna de Max saltó al instante.

—Llamaré a casa y diré que queríais fugaros. Las oportunidades en Las Vegas son infinitas. ¿Por qué no? La gente se casa aquí a todas horas y las bodas son preciosas, ¿verdad que sí?

« ¿Boda?»

—Podéis tener el papeleo preparado para esta tarde y así tendréis tiempo de elegir una capilla. De todas formas, mañana tengo que regresar a Nueva York. Michael se molestó cuando le dije que antes de ir a Nueva York quería pasar por Las Vegas, pero siempre he querido ver esta ciudad. ¿Sabes si actúa la cantante Celine Dion?

Max la miró en silencio. ¿Qué boda? ¿Por qué estaban hablando de Celine Dion? Si se hubiera ceñido al plan, habría llevado a Carina al dichoso concierto, la habría dejado en su habitación y jamás se habría metido en semejante lío. Sin embargo, la idea de no acariciar su piel, de no provocarle otro orgasmo, le parecía abrumadora.

—Estás haciendo lo correcto desde el punto de vista moral. Todo saldrá bien.

La contundencia de las palabras de mamá Conte lo golpeó con fuerza. La habitación pareció inclinarse, girar y detenerse de nuevo.

Esperaba que se casara con Carina.

Apenas podía respirar por el nudo que sentía en la garganta.

—Un momento. Creo que hay un malentendido.

Mamá Conte ladeó la cabeza y siguió mirándolo.

—Sí, hemos dormido juntos, pero no estamos en Italia. En Estados Unidos, a veces pasan estas cosas y la relación no va más allá. —Se rio y tuvo la impresión de que parecía un villano de película, de que era una risa malévola—. Por

supuesto que seguiremos siendo amigos y eso, pero no podemos casarnos.

La madre de Carina se tensó. Su expresión se tornó gélida y Max sintió que se le paraba el corazón.

—¿Por qué no, Maximus?

« Mierda, mierda, mierda, mierda…»

—¡Porque no soy lo bastante bueno para Carina! Mi horario de trabajo es imposible, soy inestable y ella necesita descubrirse a sí misma. A mi lado se sentirá atrapada, estoy segurísimo. Necesita un hombre que siente la cabeza a su lado, que la cuide y con el que pueda tener hijos. Alguien más adecuado para ella. Alguien que no sea yo.

Se hizo un tenso silencio. El pánico le atenazó las entrañas. Era imposible que se casara con Carina. Le arruinaría la vida y le rompería el corazón. No quería relaciones largas. No quería compromisos.

Mamá Conte extendió un brazo, le cogió una mano y le dio un apretón. Sus delicados dedos lo aferraron de forma imperiosa.

—Te equivocas. Eres perfecto para Carina, siempre lo has sido. Lo que sucedió anoche solo ha servido para acelerar las cosas, lo que estaba destinado a suceder. —Sonrió—. Y ahora ya basta de tonterías. Formas parte de la familia, como siempre. ¿Qué ridiculez es esa de que le vas a arruinar la vida? Ya va siendo hora de que sientes la cabeza con la mujer que necesitas. Es tu pareja ideal.

—Pero…

—¿Vas a decepcionar a tu madre solo porque estás muerto de miedo?

El tono acerado de mamá Conte atravesó la neblina y fue al meollo del problema. Su madre jamás levantaría de nuevo la cabeza si se llegara a saber que se había acostado con Carina y no se había casado con ella. Arruinaría su reputación y todo aquello que tanto esfuerzo les había costado construir. La fiabilidad, el honor, su hogar. Estaría haciendo lo mismo que hizo su padre. Desentenderse de su responsabilidad. Humillar de nuevo a su madre en la pequeña ciudad que por fin la había perdonado. Sí, nadie se casaba por haber mantenido relaciones sexuales, pero una vez que se descubriera, se produciría una catástrofe. Carina y su madre acabarían arrastradas por el fango. Carina no querría regresar nunca a su casa. Y él no sería capaz de mirar a su madre a los ojos.

La única opción tomó forma frente a sus ojos tan clara como el cristal. El matrimonio. Tenía que casarse con Carina. Era la única forma de enmendar la situación. Su honor se lo exigía y eso era lo único que le quedaba.

Lo inundó una extraña calma. Había probado la fruta prohibida y debía reclamarla de forma permanente. Carina sería su esposa y no había nada que hacer.

Al dar ese paso entraría a formar parte de una familia a la que siempre había

querido. Pero ¿a qué precio? ¿Qué tipo de marido sería para Carina? Jamás la merecería, pero ¿sería capaz de demostrar que nunca se parecería a su padre?

Debía serlo.

Agradecido por el hecho de no haberse derrumbado emocionalmente, asintió con la cabeza y tomó una decisión.

—Sí. Pero déjame hacerlo a mi modo. Carina se negará a casarse conmigo si cree que la estamos obligando. Ya sabes lo testaruda que es.

—Tienes razón. Ve a pedírselo. Hazla feliz. Eso es lo único que importa.

Sus palabras lo conmovieron hasta lo más hondo. El pánico amenazó con adueñarse de él.

—¿Y si no lo consigo?

Mamá Conte extendió los brazos y le tomó la cara entre sus manos arrugadas. Esos ojos oscuros lo miraban con una serenidad y un conocimiento a los que él ansiaba aferrarse.

—¿Crees que permitiría que Carina se casara con alguien que no la merece? Necesitas confiar más en ti mismo, Maximus. Necesitas confiar en que vales mucho y en que no te pareces en absoluto al hombre que te abandonó. Te he visto crecer y estoy orgullosa de ti. De las elecciones que has hecho y de cómo has cuidado de tu madre. —Le dio un pellizco en la mejilla como si fuera un niño pequeño—. Sé el hombre y el marido que estoy segura de que puedes llegar a ser, cariño. Acepta este regalo.

Max se estremeció y luchó para no perder la compostura. Las protestas que podría haber expresado murieron en su garganta.

—Ahora bajaré a desayunar. Ven a buscarme cuando estés preparado.

Max la observó marcharse y tomó una honda bocanada de aire. Después esperó un segundo y fue a despertar a su futura esposa.

Carina escuchó una voz a lo lejos, pero estaba sumida en un agradable y relajado sueño por las endorfinas provocadas tras las horas de fabuloso sexo. Gimió sin apartarse de la almohada y se desperezó. La voz de Max se escuchó más cerca, así que se dio la vuelta.

—Buenos días.

La voz de Max era ronca, erótica, y encajaba perfectamente con la imagen que ofrecía esa mañana. El pelo le caía desordenado sobre la frente. Esos sorprendentes ojos azules brillaban con una mezcla de emociones que era incapaz de interpretar, así que decidió tirar de él para besar sus labios esculpidos. La aspereza de su barba fue un contraste delicioso contra su piel. Max titubeó un instante, como si no supiera cómo debía responder.

Y al final se lanzó a por todas.

Se tumbó encima de ella y la besó como un amante apasionado. Con la

lengua en su boca y el cuerpo sobre el suyo. Sabía a hombre excitado, aunque también distinguió su propio sabor en sus labios, tras haber pasado tantas horas haciendo el amor. Al final se apartó de ella y la miró con una sonrisa.

—Tus buenos días son mejores que los míos.

Carina rio y le acarició una mejilla.

—Estoy de acuerdo contigo. ¿Dónde está mi café?

—Ahora mismo voy a por él. Me he entretenido un poco. Es que antes quería preguntarte una cosa.

—Tranquilo. —El corazón se le paró de golpe, pero Carina sabía lo que estaba a punto de decirle. Intentó con desesperación ser la primera en hablar—. Nos tomaremos un café, nos vestiremos y jamás mencionaremos lo de anoche. Max, no quiero que te preocupes. Esto es lo que yo quería y puedo manejarlo. —Se obligó a reír—. Es estupendo sentirse como una mujer de mundo estadounidense. Como una mujer que usa a un hombre para su propio placer y que después lo aparta a un lado. Otra fantasía que puedo tachar de la lista.

Por raro que pareciera, no vio alivio alguno en sus ojos. En cambio, Max se apartó de ella y se sentó en el borde de la cama. Clavó los ojos en sus piernas y se negó a enfrentar su mirada.

—Carina, las reglas han cambiado. Al menos para mí.

La confusión la abrumó de repente. Se incorporó y se apartó el pelo enredado de la cara.

—¿De qué estás hablando?

Max carraspeó y la miró.

—Quiero que te cases conmigo.

Carina parpadeó.

—¿Estás loco?

Se dio cuenta de que le temblaba la mano cuando se tocó la frente. ¿Estaba nervioso? ¿Había tenido un momento de bajón porque se había tirado a la hermana pequeña de su mejor amigo?

—Solo tú serías capaz de preguntar eso después de escuchar una proposición matrimonial. No, estoy muy cuerdo. No quiero fingir que entre nosotros no ha pasado nada. Estamos en Las Vegas. Nuestro destino es estar juntos. Vamos a casarnos.

Carina se había pasado la vida soñando con escuchar esas palabras de los labios de ese hombre. ¿No era la fantasía de todas las mujeres escuchar una declaración después de haber pasado una noche de inmenso placer con alguien? Era el final perfecto de cualquier película o novela romántica que se preciara. Así que ¿por qué no reaccionaba lanzándose a sus brazos y diciéndole que sí?

Porque su instinto le decía que había gato encerrado. ¿Por qué ese cambio tan repentino? ¿Cómo era posible que hubiera pasado en tan solo veinticuatro horas de rechazar el compromiso a proponerle matrimonio? Hizo oídos sordos a la voz

de la Carina juvenil que le susurraba que eso era lo de menos y en cambio escuchó a la Carina más madura y sensata.

—Mmm… me siento halagada, de verdad. Pero si has decidido no ocultar nuestra relación, ¿por qué no limitarnos a salir juntos?

Él negó con la cabeza. De forma vehemente.

—No quiero salir contigo.

Su aura palpitaba con su poder masculino y su tendencia dominante, urgiéndola a aceptar su propuesta. Joder, esa faceta controladora de su carácter la ponía a cien. ¿Quién lo habría imaginado?

—He esperado toda la vida para estar seguro y ahora no quiero esperar. Siempre has dicho que sentías algo por mí. Vamos a hacerlo. Vamos a casarnos y a empezar una vida juntos.

« Vamos a hacerlo.»

Carina tragó saliva y trató de hablar aunque se le había desbocado el corazón.

—¿A qué viene este cambio tan radical? Habíamos establecido ciertas reglas. Una noche juntos y luego pasaríamos página. Dijiste que no querías sentar la cabeza. Sacaste a colación la diferencia de edad, a Michael, a mi familia y a tu costumbre de ir de flor en flor. ¿Qué está pasando?

Max se colocó sobre ella en un abrir y cerrar de ojos y la besó. Le sostuvo la cabeza entre las manos y reclamó sus labios, explorando con la lengua el interior de su boca hasta que ella se dejó llevar y le clavó las uñas en los hombros. Se estremeció abrumada por la lujuria y se derritió entre sus manos. Max se apartó de repente y la miró a los ojos con una expresión dominante y muy tentadora.

—He cambiado de opinión. Te deseo, por completo y a todas horas. No me hagas suplicar. Dime que te casarás conmigo.

Carina separó los labios para decirle que sí. ¿Por qué no? Había pasado la noche más increíble de su vida con el hombre al que siempre había deseado. Estaban en Las Vegas, donde sucedían las cosas más desquiciadas y las bodas repentinas eran la norma. ¿Y si Max había descubierto que la quería durante las largas horas de la noche? Al fin y al cabo, ¿no era ese el único motivo por el que querría casarse con ella?

A menos que…

Se le retorcieron las entrañas al caer en la cuenta de algo en lo que no quería ahondar. Pero esa era la nueva Carina y no era tan tonta como para creer que Max Gray había sucumbido de repente al bichito del amor como para estar dispuesto a renunciar a su libertad.

Lo alejó de un empujón y se sentó en la cama para mirarlo con expresión seria. Su cara mostraba una determinación firme, como si se enfrentara a un acuerdo empresarial que necesitaba cerrar. Carina siguió su instinto y decidió ponerlo a prueba.

—Gracias por la proposición, Max, pero me gustan las cosas tal como están.

Vamos a ver a dónde nos lleva esto. No es necesario que nos precipitemos casándonos después de haber pasado una noche loca.

El pánico brilló al instante en esos ojazos azules. Max apretó los dientes.

—¿Me has escuchado? ¡Te estoy pidiendo que te cases conmigo! Te estoy diciendo que eres la mujer de mi vida y que quiero hacer lo correcto, hoy mismo. Vamos a cometer una locura y a casarnos en Las Vegas. Nuestro destino era que estuviésemos juntos y por fin lo he comprendido.

Se inclinó hacia delante y Carina supo que acabaría seduciéndola. Que acabaría engatusándola y le diría que sí con los labios y con el corazón antes de que pudiera analizar a fondo lo que estaba sucediendo. Su instinto de supervivencia hizo que se apartara de él y se sentara abrazándose las rodillas en un intento por mantenerlo alejado.

—¿Por qué ahora?

Max levantó las manos en señal de derrota.

—¿Por qué no ahora? Anoche comprendí que no puedo estar sin ti.

La desolación más gélida se adueñó de sus entrañas. Max estaba mintiendo. Había tensado los músculos como si estuviera preparado para un asalto de boxeo. A su alrededor se levantaba un muro defensivo, todo lo contrario de lo que sucedería con un hombre relajado que estuviera junto a la mujer que amaba. Además, empezó a pasearse de un lado para otro, otra señal de nerviosismo.

¿Qué era lo que se le escapaba? Max no actuaba así movido por la culpa. Más bien lo hacía por pánico, como si estuviera atrapado y…

Atrapado.

Carina tragó saliva para deshacer el nudo que sentía en la garganta.

—¿Quién lo ha descubierto?

Max se quedó helado. Se pasó los dedos por el pelo. Paseó un poco más de un lado para otro.

—No sé de qué estás hablando. Acabo de pedirte que te cases conmigo y me estás interrogando como si fuera un prisionero de guerra. Perdona si estoy un poco confundido.

—¿Michael? ¿Ha llamado al hotel?

—No. Escúchame. No quiero volver a casa y limitarme a salir contigo. Quiero que esto sea una relación estable. Quiero vivir contigo, dormir contigo y trabajar contigo. Es lo correcto, nena.

« Es lo correcto.»

Carina se apretó con más fuerza la sábana en torno al pecho y se esforzó por mantener la cordura. Le temblaban los dedos, pero logró decir:

—Max, como no me cuentes la verdad ahora mismo, te juro que me da un ataque. Me lo debes.

Él se dio media vuelta, pero los músculos de su espalda evidenciaron la tensión que lo embargaba. Tras soltar una fea palabrota, se volvió para mirarla.

—Tu madre está aquí. Entró esta mañana en la habitación y nos pilló.

Carina jadeó y meneó la cabeza.

—*Dio*, no. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Cómo es posible que nos haya encontrado?

—Quería pasar un día en Las Vegas y verte antes de coger un vuelo para ver a tu hermano. Michael le dio el número de tu habitación.

La mente se le abotargó mientras sopesaba las distintas posibilidades, todas horribles. Con razón Max le había propuesto matrimonio. Si su madre lo había presionado para que hiciera lo que dicta el honor, Max se doblegaba de inmediato. Se le retorcieron las entrañas por la ira y la humillación. Ni siquiera podía tener un rollo de una noche decente. ¿Qué otra mujer pasaba una noche loca de sexo y tenía que enfrentarse a la furia de su madre al día siguiente? Los nervios hicieron que empezara a sudar y de repente deseó estar vestida y sola. En cambio, se obligó a hablar.

—Ahora lo entiendo. —Su risa amarga resonó en la silenciosa habitación—. Nada como una madre sobreprotectora para inspirar una proposición matrimonial. No te preocupes, yo me encargo de todo. ¿Dónde está?

—Desayunando.

—Bajaré para hablar con ella y lo aclararé todo. ¿Me dejas sola unos minutos para vestirme, por favor?

Max se acercó a la cama y se arrodilló en el suelo. El corazón le dio un vuelco, dividido entre la emoción y la traición al ver la expresión pétrea de su rostro. Qué fácil le resultaba tratar de conquistarla con falsos halagos que no significaban nada para él. ¿De verdad la creía tan tonta como para lanzarse de cabeza a un matrimonio solo por gratitud? ¿En tan poca consideración la tenía?

—Carina, tenemos que casarnos.

Ella abrió mucho los ojos.

—Joder, no. No tenemos por qué casarnos. Estamos en Estados Unidos y el simple hecho de haber pasado la noche juntos no significa que tengamos que legalizar nuestra situación. ¡Ni siquiera me apetece casarme contigo!

Max dio un respingo, pero siguió en sus trece.

—Tu madre no aceptará otra cosa. Tu familia lo descubrirá y eso arruinará tu reputación.

—Me alegro, le hace falta un poco de color.

—Esto no tiene gracia. Mi madre también se enterará y esto la afectará mucho.

Se sintió sacudida por una oleada de emociones. Al cuerno con Max. Cerró los ojos con fuerza y suplicó poder despertarse de esa pesadilla.

—Lo superará —dijo—. Haremos que los demás lo entiendan. No nos afectará ni en Bérgamo ni aquí.

—No puedo hacerle eso a mi madre. No puedo permitir que crea que le he

dado la espalda a todo lo que valoro. No hay alternativa.

Carina abrió los ojos de nuevo.

—Joder, sí que la hay. Max, necesito que te vayas. Por favor. Deja que hable con mi madre y te prometo que lo arreglaré todo. ¿Vale?

Max la observó en silencio a la luz de la mañana y acabó asintiendo despacio con la cabeza. Se alejó de la cama con elegancia. Sus últimas palabras de advertencia le acariciaron los oídos.

—Ve a verla. Pero ya sé que no supondrá diferencia alguna.

La puerta que unía sus habitaciones se cerró. Carina se levantó de un salto, esforzándose por superar el pánico, y se vistió a la carrera. Sus doloridos músculos protestaron con fuerza mientras se ponía los vaqueros y un top de tirantes negro, tras lo cual se recogió el pelo en un moño. Después se puso unas chanclas, se lavó los dientes y bajó al restaurante del hotel.

El elegante comedor tenía techos abovedados e increíbles ventanales. Atravesó la estancia principal con sus mesas llenas de bandejas humeantes con las distintas opciones para desayunar o almorzar, suficientes para satisfacer todos los gustos y caprichos. Los chefs, ataviados con sus gorros blancos, la saludaron inclinando la cabeza mientras ella buscaba a su madre. Por fin su mirada se detuvo en una mujer mayor sentada sola en la terraza, con tres platos delante. Al lado de la mesa descansaba su bastón tallado.

Sintió una punzada en el corazón al ver esa cara tan familiar que había sido su apoyo durante toda la vida. Su madre le sonrió y tiró de ella para darle un beso. Olía a jarabe de arce y a tostada de canela.

—Carina, cariño, en la vida había visto tanta comida. Ni un Gran Canal falso tan bonito.

—Hola, mamá. —Se sentó frente a ella—. ¿Qué haces aquí?

—Quería verte antes de irme a casa de Michael. Y también tenía muchas ganas de conocer la famosa ciudad de Las Vegas. ¿Quién iba a imaginar que existiese tanto glamour en mitad del desierto?

—Pues sí. Espero poder acompañarte hoy para verlo todo. Pero antes tengo una noticia muy emocionante.

—¿Ah, sí?

—Max y yo vamos a casarnos.

Carina lo soltó así sin más. Su madre era una curtida jugadora de póquer. Su cara se iluminó y unió las manos encantada, con fingida alegría.

—¡No! No sabía que estuvierais saliendo. Cariño, estoy muy contenta. Ya verás cuando se lo cuente a tus hermanas.

—¿Deberíamos esperar y casarnos en Italia o nos casamos aquí?

—Aquí, definitivamente. Mira qué sitio. ¡Es el lugar perfecto para una boda!

—Mamá, ya vale.

La aludida ni parpadeó. Se limitó a mirarla con esos penetrantes ojos oscuros

que no demostraban ni pizca de remordimiento.

—¿A qué te refieres?

—Sé lo que ha pasado, mamá. Has descubierto que anoche me acosté con Max y lo has obligado a pedirme que me case con él. ¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo has podido obligar a un hombre a que se case conmigo como si solo fuera responsabilidad suya?

Su madre suspiró y apartó el plato que tenía delante. Se tomó un momento mientras bebía un sorbo de café expreso.

—Carina, no pretendía engañarte. Creí que sería más romántico que Max te pidiera matrimonio sin que te enterases de mi intervención.

Carina jadeó.

—¡Pero tu intervención es crucial! A ver si puedo explicártelo. Max y yo hemos pasado la noche juntos pero no queremos mantener una relación estable. No somos compatibles como pareja. Al convertirlo en una cuestión de honor, lo estás obligando a tomar una decisión que no quiere tomar. Él y yo solucionaremos esto a nuestro modo. Si guardas el secreto, nadie tiene por qué enterarse. Nadie sufrirá.

La mujer que había criado a cuatro hijos y que había construido un imperio entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante. Carina se estremeció bajo su mirada dictatorial.

—No entiendes nada. Te has acostado con Max. No os he educado, ni a Maximus ni a ti, para que rehuyáis vuestras responsabilidades. El hecho de que estés en Estados Unidos no significa que tengas que abandonar tus valores. Debemos enmendar la situación.

El corazón le latía con tanta fuerza que le atronaba los oídos. Respiró hondo y trató de enfocar el tema como si fuera una negociación empresarial que tuviera que ganar a toda costa. Por desgracia, su madre era el opositor más fuerte con el que se había enfrentado.

—Mamá, nada más lejos de mi intención que hacerte sufrir, pero esta es mi vida. No puedo casarme con Max. Debes entenderlo.

—¿Por qué?

—¡Porque no! Porque no nos queremos de esa manera. Porque el hecho de que dos personas se acuesten no significa que tengan que comprometerse de por vida.

Su madre cruzó los brazos por delante del pecho y dijo con voz gélida:

—Entiendo. En ese caso, contéstame a una pregunta. Si estás dispuesta a hacerme daño y a burlarte de todo aquello que te he enseñado a valorar, de todas las reglas morales y éticas en las que tu padre y yo siempre hemos creído, prométeme que me dirás la verdad.

La abrumó la vergüenza. Apretó los dedos con fuerza al tiempo que asentía con la cabeza.

—Te lo prometo. Pregúntame lo que quieras.

—Carina Conte, mírame a los ojos y dime sinceramente que no quieres a Max.

El aire abandonó sus pulmones como si acabaran de golpearla en el pecho. Miró a su madre con una mezcla de horror y alivio.

« Dilo y ya está.»

Solo tenía que decirle que no quería a Max y el problema quedaría resuelto. Sí, se sentiría culpable y su madre se llevaría una decepción, pero no los obligarían a casarse. No habría una relación falsa ni votos ficticios ni un afecto que en realidad ninguno de los dos sentía.

« No. Quiero. A. Max.»

Abrió la boca.

Ante ella pasaron todos los años que había estado bajo el cuidado de su madre. Después de que su padre muriera, los cimientos de su mundo cedieron y le resultó difícil recuperar el equilibrio. Michael la ayudó. Pero su madre era la roca que los mantuvo firmes a todos. Con un puño de hierro y un corazón de oro puro, se mantuvo a su lado todas las noches mientras ella lloraba, contándole historias sobre su padre, sin temor a hablarle del hombre que había sido el amor de su vida. Superó su dolor con honestidad y un coraje que ella se juró imitar en su honor.

Estaba a punto de pronunciar las palabras, pero su corazón le decía a gritos que era una mentirosa. Había llegado a una encrucijada vital.

Su madre seguía esperando. Confiaba en que le dijera la verdad. Confiaba en que fuera sincera consigo misma y en que jamás actuara por cobardía.

Seguía enamorada de Max.

La certeza de ese hecho la golpeó con fuerza. El dolor y la desesperanza la arrastraron cual tsunami que lo destrozara todo a su paso.

Se le quebró la voz mientras decía:

—No puedo.

Su madre extendió un brazo para darle un apretón en una mano.

—Lo sé. Siempre lo has querido. Y como lo sé, debo obligaros a casaros y tú debes intentar encontrar el camino. Max siente algo profundo por ti, cariño mío. No permitiré que le dé la espalda a sus sentimientos ni te negaré esta oportunidad. Si no accedes, llamaré a la madre de Max. Se lo contaré todo a Michael y ocasionarás más daño del que te puedes imaginar. Porque me destrozarás el corazón.

Carina tenía el corazón en un puño y se sentía completamente agotada. Las ganas de luchar la abandonaron y se desplomó en la silla. Ansiaba echarse a llorar como si fuera una niña y buscar el consuelo en el regazo de su madre. Pero ya era una mujer adulta y debía asumir las consecuencias de sus decisiones.

No tenía alternativa.
Tenía que casarse con Max.
Aunque lo hiciera a regañadientes.

Carina llamó a la puerta de la habitación de Max.

Su débil corazón explotó por la lujuria y por un sentimiento mucho más profundo cuando él abrió y se apartó para dejarla pasar. Menos mal que se había vestido, aunque la ropa no lo tapara mucho. Llevaba unos pantalones cortos azules muy bajos de cintura, lo que dejaba a la vista un trocito de sus abdominales. La camiseta de manga corta del mismo color estaba muy desgastada y se ceñía a sus hombros y a su torso como si fuera una amante.

Luchó contra el impulso de pegarse a él y aspirar su olor: una mezcla de jabón y café con una sutil nota almizcleña. Se había duchado y tenía el pelo húmedo, apartado de la frente.

—¿Y bien? —Tenía un pie descalzo sobre el otro.

—Tenías razón. Quiere que nos casemos.

Carina esperó que soltara una palabrota. Que tuviera un repentino ataque de pánico. Cualquier cosa que le ofreciera una excusa para destrozarle el corazón a su madre y aceptar la penitencia. En cambio, Max asintió con la cabeza como si lo supiera de antemano.

—Me lo imaginaba. ¿Quieres café? —Señaló la mesa que había preparado el servicio de habitaciones.

Levantó las tapas de las bandejas y dejó a la vista huevos revueltos y tostadas. Junto a un jarrón que contenía una solitaria rosa de tallo largo descansaba una cafetera.

Carina sufrió un arranque temperamental.

—No, ¡no quiero café, joder! Y tampoco quiero un marido que no está enamorado de mí. ¿De verdad estás dispuesto a hacerlo? ¿Estás dispuesto a acabar atrapado en una relación que ni siquiera has elegido tú?

Max levantó su taza y la miró con atención. Su rostro le recordó a una máscara, completamente carente de emoción.

—Sí.

—¿Por qué?

Lo vio beber un sorbo del humeante café.

—Porque es lo correcto.

La ira se apoderó de ella y estalló.

—¡Vete a la mierda, Max! Me casaré contigo, pero no voy a ser tu marioneta. Recuerda que esto no lo he buscado yo. No necesito ni tu lástima ni tus buenas intenciones. Ya he tenido mi noche perfecta y no necesito otra.

El día pasó envuelto en una especie de neblina.

La capilla La Capella era un lugar inspirado en la Toscana que les pareció muy adecuado. Sus tonos tierra, su reluciente suelo de mármol pulido y sus bancos de caoba le recordaban a su hogar. Carina se puso el sencillo vestido blanco y largo de Vera Wang con los dedos entumecidos. Su madre le estaba arreglando el pelo como si se tratara de una boda de verdad, atusándole los rizos para que mantuvieran la forma. Cuando le colocó el velo en la cabeza y la parte delantera le cubrió la cara, nadie vio que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Siempre había imaginado que sus hermanas estarían a su lado, y que recorrería el pasillo hasta el altar para casarse con un hombre que la quisiera. En cambio, se detuvo en el vano de la puerta y por fin comprendió cómo se sentía su cuñada cuando intentaba controlar sus ataques de pánico. Tenía el estómago revuelto y había empezado a sudar, de forma que le picaba todo el cuerpo.

En el aire flotaba una música de órgano muy ñoña. Carina dio un paso atrás con sus zapatos Ciccotti, que tenían diez centímetros de tacón e incrustaciones de diamantes verdaderos, y sintió deseos de echar a correr. Joder, se convertiría en una novia a la fuga. Encontraría un camión de reparto al que subirse y viviría una gran aventura. Se cambiaría el nombre, llevaría una vida encubierta y…

Su mirada se cruzó con la de Max.

Su pose y el aura que lo rodeaba exudaban control. Esos ojos azules como el océano la atravesaron y le dieron la fuerza necesaria para tomar una bocanada de aire. Y otra más. Su madre la tomó del brazo con firmeza, levantó el bastón y enfiló el largo pasillo.

Sin apartar ni un momento la mirada de sus ojos, Max la instó a seguir caminando hasta que estuvo a su lado, frente al altar. Era el epítome de la perfección masculina. Llevaba un impecable esmoquin negro con toques de rojo y una rosa en el ojal. Su porte era elegante y atlético.

Lo escuchó pronunciar sus votos sin titubear lo más mínimo. La seriedad del momento contrastaba enormemente con la impulsividad de la decisión que habían tomado. De alguna manera, no le pareció real hasta que pronunció los votos. Se le trabó la lengua cuando le llegó el turno de hablar. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Podía casarse con un hombre que no la quería? Las preguntas le atravesaron la mente, creando el caos a su paso. En la capilla se hizo el silencio. Su madre ladeó la cabeza y esperó. Sentía el rugido de la sangre en los oídos y se tambaleó.

Max la ayudó a guardar el equilibrio con delicadeza. Lo vio asentir despacio con la cabeza, animándola a que dijera las palabras. Exigiéndole que diera el salto.

—Sí quiero.

Max le puso en el dedo el anillo de diamantes de tres quilates.

«Soy suya.»

Sintió la calidez de sus labios, aunque el beso fue casto. Un final formal para una ceremonia que los cambiaría para siempre.

Sawyer les ofreció un comedor privado. Un grupo de música muy conocido interpretó clásicos italianos mientras se daban un festín consistente en platos de pasta, vino y distintos canapés. La tarta era una creación del chef repostero del hotel, en honor a ellos.

Las siguientes horas pasaron como si Carina lo observara todo desde el exterior. Sonrió cuando fue necesario. Llamó a la madre de Max y a su familia para darles la noticia. Se obligó a chillar de alegría mientras hablaba con sus hermanas, y describió un romance secreto entre ellos que le provocó un nudo en la garganta. Max no la tocó en ningún momento. Apenas la miró mientras bailaban como mandaba la tradición. Carina bebió champán sin parar en un esfuerzo por olvidarlo todo hasta que por fin subieron a su habitación.

La enorme cama parecía burlarse de ella. La noche anterior aún flotaba en el aire o tal vez todo fuera producto de su imaginación. Max estaba delante de ella, ataviado con su impecable esmoquin, tan guapo y tan cerca, pero a la vez tan lejos. Su cuerpo se derritió bajo el ardiente deseo de su mirada.

—Es nuestra noche de bodas.

Carina se imaginó quitándose el vestido de novia y las bragas. Separando las piernas. Se imaginó que Max inclinaba la cabeza para chuparla y lamerla hasta que por fin la penetrara y la ayudara a olvidar todo salvo lo que sentía cuando estaba con él.

Cogió la botella de champán de la cubitera y una copa mientras se quitaba los zapatos. Sonrió de forma burlona.

—Por nosotros, Maxie. Buenas noches.

En un arranque temperamental, se despidió con un gesto y se marchó con el champán. Una vez en su habitación cerró la puerta con llave. Se apoyó contra la pared, aún con el vestido de novia.

Y lloró.

12

Dos semanas después Max se dio cuenta de que su vida ya no era la misma.

Le gustaba el orden y la sencillez. Su dormitorio reflejaba su estilo de vida, ya que estaba lleno de muebles de madera de cerezo y decorado de forma casi espartana. En ese momento los tonos oscuros quedaban equilibrados por explosivas pinceladas de color: una alfombra naranja sobre el suelo de madera, un pañuelo rosa sobre el pomo de la puerta, los frascos de perfume y los zapatos en un rincón…

Su cuarto de baño olía a pepino, melón y jabón. Su cuchilla de afeitar había abandonado el armarito, reemplazada por botes de cremas y lociones. Cuando bajó la escalera de caracol hacia el salón, se fijó en las revistas de cotilleos desperdigadas por el sofá junto a unas cuantas novelas románticas. Cogió una para colocarla en la estantería, pero decidió echarle un vistazo. Después de leer una escena en concreto, se preguntó por qué le ardía la cara. La puso en el estante a toda prisa y entró en la cocina.

Estaba vacía, salvo por las miguitas de pan que había sobre la encimera de granito blanco, como si las hubiera dejado un ratoncillo. Siguió el reguero por el pasillo, hasta la parte trasera. Carina había declarado que esa sala acristalada era su nuevo lugar de trabajo y pasaba largas horas allí dentro. Max llamó a la puerta y la abrió.

La vio en mitad de la sala, bañada por la luz, con la vista clavada en un lienzo negro. Ya que él solo usaba ese espacio para guardar cosas, Carina se había apropiado del lugar demostrando una vorágine organizativa. Las cajas habían desaparecido, los estores habían volado y el papel de la pared había sido arrancado. En ese momento la estancia había cobrado una nueva vida y se había convertido en el refugio de un artista con el sol que entraba a raudales por los ventanales y que se reflejaba en las paredes color melocotón, y con los incontables estantes llenos de material de pintura. Dado que había conectado el hilo musical, se escuchaba a Beyoncé cantado sus sensuales letras a pleno pulmón.

Los dedos de Carina aferraban un pincel cargado de verde musgo, y su delantal ya estaba manchado de color y de carboncillo. Las paredes estaban decoradas con bocetos básicos donde se atisbaban distintas siluetas, y también había intentado pintar un paisaje, pero lo había dejado a la mitad. Llevaba el pelo recogido en un moño descuidado en la coronilla. Tenía los labios apretados, con una expresión concentrada, viendo algo que todavía no estaba plasmado, una

imagen que quería revelar, y Max se sintió fascinado por esa mujer a la que nunca había visto. Rocky estaba roncando bajo un rayo de sol junto a la ventana. El mejor amigo de un hombre se había pasado al lado oscuro sin pensarlo. La encantadora de animales que Carina llevaba dentro había hipnotizado al perro por completo, y el animal la seguía fielmente de una estancia a otra, confirmando cuál era su preferencia.

En cuestión de dos semanas Carina le había puesto la vida patas arriba. Era bastante desordenada con sus cosas. Dejaba la pasta de dientes destapada, se quitaba los zapatos junto a la puerta y parecía incapaz de alcanzar la cesta de la ropa sucia cuando lanzaba la ropa.

Descubrió que Carina compartía su pasión por las series policíacas con tramas forenses y algún que otro reality sobre desastres. A veces se sentaban con Rocky junto a ellos, bebían vino y veían la tele sumidos en un maravilloso silencio. Las comidas de alta cocina con la que le gustaba experimentar por fin contaban con otro participante, y descubrió más placer al crear platos para ella.

Por supuesto, se pasaba los días esperando el ataque de pánico que se apoderaría de él al comprender que su antigua vida se había acabado y que estaba atado a una sola mujer para siempre. Supuso que experimentaría rabia, resentimiento o puro terror. Pero desde la desastrosa noche de bodas, cuando Carina le arrojó sus propias palabras a la cara, había decidido mantener las distancias. Habían alcanzado una trémula tregua y se trataban con la cordialidad y el respeto más absolutos. Se dijo que era un alivio que Carina no lo presionara para compartir una falsa intimidad. Aunque tampoco había esperado que ella se mostrara tan resentida por el matrimonio. Ya no lo necesitaba de ninguna manera, algo evidente en su repentina decisión de asegurarse de si quería o no seguir trabajando en La Dolce Maggie. Carina no había vuelto a hablar del tema y, dado que no habían surgido grandes problemas, tal vez decidiera seguir adelante.

—¿Carina?

El corazón le dio un vuelco cuando ella se volvió. Con el pelo medio suelto alrededor de la cara, un restregón de carboncillo en la mejilla y el delantal manchado de pintura, no se parecía a la mujer con la que trabajaba. Sus pantalones cortos dejaban al descubierto buena parte de sus piernas morenas y las uñas pintadas de rojo cereza destacaban en sus pies descalzos. Lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué?

Max cambió de postura y tuvo la sensación de haber regresado a la adolescencia.

—¿Qué estás pintando?

—No lo sé muy bien. —La vio hacer ese mohín tan suyo que cada vez le gustaba más—. Lo que pinto normalmente no me satisface. Es como si buscara

algo más, pero todavía no sé de qué se trata.

—Lo conseguirás.

—Con el tiempo. —Hizo una pausa—. ¿Querías algo?

Joder, ¿por qué se sentía como un imbécil? Perseguía a su mujer en busca del contacto más breve. Carraspeó.

—Estoy preparando la cena. Pensé que te gustaría hacer un descanso.

—¿Te importa guardarme un plato? Ahora no puedo pararme.

—Claro. No trabajes mucho.

—Vale.

Su réplica, distante y distraída, lo cabreó. ¿Por qué le molestaba tanto que los hubieran obligado a casarse? Él también había sacrificado su vida.

—¿Estás lista para la inauguración dentro de dos semanas? Has hecho un gran trabajo preparándolo todo. A lo mejor hay que trabajar hasta tarde durante los próximos días.

Carina agitó una mano en el aire, como si hubiera caído en la cuenta de que se le había olvidado decirle algo importante.

—Ah, se me ha olvidado decírtelo: voy a dejar el puesto.

Max se balanceó sobre los talones.

—¿Cómo dices?

La vio pasarse los dedos por el pelo y un ramalazo de rojo le manchó varios mechones.

—Lo siento, iba a decírtelo antes. Ya no me va. Hablaré con Michael mañana. Me quedaré todo el tiempo que me necesites, hasta que consigas una ayudante adecuada.

La sorpresa lo mantuvo inmóvil. ¿Cuándo lo había decidido? Desde que volvieron de Las Vegas, Carina había seguido trabajando en la oficina, aunque había reducido sus horas. Realizaba todo el trabajo que se le encomendaba, pero era evidente que el entusiasmo que demostraba en el pasado había disminuido. El estómago le dio un vuelco ante la idea de no verla más en la oficina, pero también lo embargó el orgullo. La imagen de la noche que pasaron juntos lo torturaba. Desnuda entre sus brazos, Carina le había confesado sus emociones de una forma que lo hizo sentirse valorado. En ese momento ella tomaba decisiones sola sin pestañear. Experimentó un profundo anhelo, pero no supo cómo afrontarlo.

—¿Y qué vas a hacer?

Carina sonrió con los ojos brillantes por la emoción.

—Voy a trabajar en la tienda de Alexa, en Locos por los Libros.

—Interesante. Sabía que Alexa necesitaba ayuda ahora que va a tener el segundo niño, pero no tenía ni idea de que habías visitado la librería.

—Me pasé a principios de semana para echarle una mano. Es malísima en contabilidad y había metido la pata hasta el fondo. Le dije que le echaría un ojo a

los libros de contabilidad, pero después de pasar allí unas cuantas horas, me di cuenta de que me encanta ese sitio.

Max sonrió al escuchar su entusiasmo. Su habilidad para dejar de ser una ejecutiva controlada y convertirse en una mujer llena de vida y amor lo sorprendía constantemente.

—Es comprensible. Las librerías son la mezcla perfecta de negocios y creatividad.

—¡Exacto! Voy a trabajar en prácticas las próximas semanas y a probar a ver qué tal.

Se sintió muy orgulloso de ella.

—Lo harás de maravilla, como todo lo que haces.

—Gracias.

Se miraron fijamente. Quería acortar la distancia que los separaba, tanto física como mental. Al fin y al cabo, se había casado para toda la vida. Conectaban de forma espectacular en el sexo. ¿Por qué tenía que renunciar a esa parte de su relación?

El deseo crepitó entre ellos cobrando vida, y vio que Carina inspiraba hondo. La tensión aumentó y se le puso dura, dispuesto al instante para entrar en acción. La idea de tumbarla sobre la mesa de trabajo y hundirse en su húmeda calidez lo excitó como a un semental. Dio un paso hacia delante, con los ojos oscurecidos por las promesas.

Ella le dio la espalda.

—Gracias por venir a ver cómo iba. Será mejor que vuelva al trabajo.

Max se mordió la lengua para no soltar un taco después de semejante corte. ¿Cuánto iba a durar esa situación? ¿Iba a seguir castigándose y castigándolo a él por haberse visto obligados a casarse? A lo mejor debería enseñarle lo que se perdía, la buena pareja que hacían en la cama.

A lo mejor había llegado el momento de seducir a su mujer.

Esperó un momento, pero Carina ya se había puesto manos a la obra y atacaba el lienzo oscuro con pinceladas rápidas. La dejó al sol, sola, y se preguntó qué tenía que hacer.

¿Qué se le escapaba?

Carina analizó la imagen que tenía delante. Técnicamente las sombras y las estructuras eran impecables, pero le faltaba ese elemento desconocido. Ese puntito.

Se desentumeció el cuello rotándolo despacio antes de mirar a su alrededor. ¿Qué hora era? Hacía mucho que había oscurecido y la última vez que Max fue a verla era la hora de la cena. Su reloj le confirmó que llevaba varias horas pintando.

La frustración la estaba poniendo de los nervios. Era muy duro volver a pintar después de varios años sin hacerlo. La pintura fue algo para lo que dejó de tener tiempo cuando se centró en conseguir el máster, con la esperanza de que una buena carrera profesional acallara las voces que la instaban a crear.

No. Las voces habían vuelto… a lo grande. Sin embargo, su técnica estaba oxidada y sus trazos habituales carecían de personalidad. El taller de arte en el que por fin se había inscrito la había ayudado a reconectar con las habilidades básicas. Entre su nuevo trabajo en Locos por los Libros y la pintura, su vida por fin parecía haber tomado el camino correcto. Ya era hora.

Salvo por el matrimonio por error.

El recuerdo de Max en el estudio le quemaba los párpados. Era la personificación de la sexualidad y del deseo más ardiente. Le había costado la misma vida darle la espalda, pero no había tenido más remedio. Si la había tomado por su cachorrito fiel, dispuesta a acudir a su llamada cada vez que chasqueara los dedos, iba a llevarse una sorpresa. Perseguirlo durante toda la vida era agotador. Había llegado el momento de recuperar su vida y decidir qué hacer con esa relación.

Suspiró y se miró. Uf, sí, estaba hecha un desastre. Rocky levantó la cabeza tras pasar horas durmiendo y bostezó. Se echó a reír y se arrodilló para acariciarlo, rascándole la barriga hasta dar con ese punto en el que empezó a mover el rabo de puro placer.

—Creo que estoy celoso de mi perro.

Levantó la vista. Don Cañón estaba en la puerta del estudio con un tarro en las manos. Llevaba unos Levi's bajos de cintura y una sencilla camiseta blanca que se ceñía a su musculoso torso. Iba descalzo.

Su cuerpo cobró vida de repente, dispuesto para jugar. Lo miró con expresión recelosa.

—Rocky siempre será lo primero para mí. ¿Qué es eso?

Un brillo travieso apareció en los ojos de Max. Se le aceleró el corazón al verlo.

—Has trabajado mucho. Se me ha ocurrido traerte algo que te suba el azúcar.

—Qué amable.

—¿A que sí? ¿Quieres probarlo?

Carina miró el tarro con los ojos entrecerrados antes de clavar la vista en Max.

—¿Qué es?

—Chocolate.

La palabra brotó de sus labios como crema caliente. El estómago le dio un vuelco al escucharla. Max movió las caderas y la recorrió con una mirada ardiente, desde la coronilla hasta los pies descalzos. Carina intentó carraspear, pero tenía la boca seca. Ese hombre debería estar prohibido. Se obligó a hablar.

—No tengo hambre.
—Mentirosa.
Se cabreó al escucharlo.
—No pienso jugar a esto contigo, Max. ¿Por qué no te vas a hacer lo que mejor se te da? Vete a salvar a alguien que lo necesite.
—No quiero a nadie más.
Las palabras la quemaron como una llama. Echó la cabeza hacia atrás y apretó los dientes.
—¿Y qué quieres?
—A ti. Ahora. Desnúdate.
Carina se quedó paralizada.
—¿Qué?
Como un depredador, se acercó a ella con una elegancia innata, sin dejar de mirarla. Carina cerró los puños mientras respiraba con dificultad. Max se detuvo delante de ella. Sintió un ramalazo de energía tras otro, exigiéndole que le hiciera caso. Algo en su interior cobró vida y la instó a obedecer. Madre del amor hermoso, ¿por qué se ponía tan cachonda cada vez que le daba una orden? ¿Y por qué se moría por obedecer?
—Voy a decirte todo lo que quiero, Carina. Estas últimas semanas he estado en mi cama solo, con una erección que no había forma de bajar. No paro de pensar en aquella noche, una y otra vez, y de preguntarme de cuántas formas distintas puedo conseguir que te corras.
El deseo se apoderó de ella. Sintió que los pezones se le endurecían contra el sujetador hasta un punto casi doloroso. Sometiéndola a su hechizo, Max inclinó la cabeza hasta que quedó a escasos centímetros de su boca. Su olor la envolvió, haciendo que le diera vueltas la cabeza. Max le colocó el pulgar sobre el labio inferior y se lo acarició.
—Sé que estás cabreada. Sé que la he cagado. Pero te deseo tanto que me estoy volviendo loco. ¿Por qué no compartir esto?
Sus palabras contenían una verdad que ella se moría por creer. Porque era totalmente cierto. Sentía su erección contra el muslo y su cuerpo lo deseaba con desesperación. Ansiaba disfrutar de una sesión de sexo salvaje, orgásmico y satisfactorio. Nada más. Nada menos.
Como aquella noche.
Carina titubeó al borde del abismo. ¿Sería capaz de jugar a algo tan peligroso a sabiendas de que seguía albergando sentimientos por él?
Max extendió un brazo y cogió un pincel limpio del caballete. Con movimientos lentos y precisos, le acarició la mejilla con el pincel. Se estremeció por la caricia y sus terminaciones nerviosas chisporrotearon como el aceite hirviendo.
—Di que sí. Porque quiero jugar.

Le fallaron las rodillas como en el tópico más predecible. Se preguntó si también se desmayaría o si la palmaría cuando por fin la besara. El deseo corría por sus venas y palpitaba en su clítoris de tal forma que solo quedó una respuesta posible.

—Sí.

Los dedos de Max procedieron a desatarle el delantal para tirarlo al suelo. A continuación, le quitó la camiseta. Max contempló su sujetador negro con expresión lujuriosa y la rodeó con los brazos. Siseó al sentir que se lo desabrochaba con habilidad y que el delicado encaje caía a sus pies. Sus grandes manos le cubrieron los pechos, levantándoselos, acariciándoselos, hasta que le arrancó un gemido ronco. Sin detenerse siquiera, Max deslizó los dedos hacia abajo y le desabrochó los pantalones cortos. Le bajó la cremallera. Y se los quitó.

Intentó no jadear mientras se quedaba delante de él con el minúsculo tanga negro. Un intenso rubor le cubría las mejillas. Max inclinó la cabeza y la besó. Con pasión, sin reservas, con lánguidas caricias de su lengua. El sabor a menta y a café la intoxicó hasta que se pegó a él y le mordisqueó los labios a modo de castigo. Cuando Max se apartó, un brillo salvaje iluminaba sus ojos azules.

—Joder, eres preciosa. Deja que te mire.

Medio borracha por esa mirada ardiente, se quitó el tanga.

Max la miró un buen rato, tocando con dedos voraces cada parte de su cuerpo que quedaba desnuda ante sus ojos. Saber que él seguía vestido aumentaba su excitación y la mojaba cada vez más, al igual que la impresión de que la estaba dominando por completo. Con una sonrisa satisfecha, Max se llevó una mano al bolsillo y sacó un largo pañuelo de seda.

Carina abrió mucho los ojos al verlo.

—¿Vamos a recrear *Cincuenta sombras de Grey*? —susurró.

Max se echó a reír.

—*Dio*, te adoro. Podemos hablar del tema. Esta noche solo quiero taparte los ojos para una cata. ¿Confías en mí?

Titubeó antes de recordarse que solo se trataba de su cuerpo, que solo era sexo.

—Sí.

Sintió la frescura de la tela sobre los ojos mientras él la ataba sin apretar. La oscuridad la engulló. Tardó un momento en encontrar el equilibrio. Utilizó el olfato y el calor corporal de Max para localizarlo. Aguzó el oído cuando escuchó que se abría algo, seguido de un siseo y del frufrú de la ropa. Su voz ronca junto al oído.

—Relájate y disfruta. Dime qué hueles.

Inspiró hondo y el maravilloso olor le arrancó un gemido.

—Chocolate.

—Muy bien. Ahora pruébalo.

Le derramó una gotita en la lengua. El sabor, entre amargo y dulce, explotó en su boca y le provocó un subidón de azúcar.

—Mmm. —Sacó la lengua y se lamió el labio inferior—. Delicioso.

Max se quedó sin aliento.

—Me toca.

Carina abrió la boca, a la espera, pero no sucedió nada. En cambio, le sorprendió la suave caricia del pincel contra un pezón. Se sacudió, por la sorpresa, pero Max insistió con movimientos incitantes, hasta que le cubrió el pezón de chocolate. Carina jadeó mientras se tensaba por la expectación.

—Preciosa —murmuró él. Sintió su lengua caliente y húmeda mientras la lamía hasta que ella arqueó la espalda y se aferró a sus hombros a fin de no caerse. La excitación se había apoderado de su cuerpo hasta un punto doloroso y estaba empapada—. Tienes razón, nena. El chocolate está delicioso.

—Cabrón.

Su carcajada ronca le puso los nervios a flor de piel.

—Vas a pagar por eso.

Y lo hizo. Max le pintó el otro pezón y se lo chupó, acariciándoselo con la lengua hasta que le pidió clemencia. El pincel se convirtió en un instrumento de tortura y de placer. Max le pintó una línea entre los pechos y le hundió la punta del pincel en el ombligo. Lamió la línea. Le mordisqueó el abdomen y los muslos. Sintió su ardiente aliento entre las piernas, pero pasó de sus súplicas para investigar la sensible curva de su rodilla, de su pantorrilla e incluso del tobillo.

Carina se convirtió en un torbellino de sensaciones agónicas. La cabeza comenzó a darle vueltas, atrapada en la oscuridad y guiada a través de cada valle y de cada montaña por el sonido de la voz de Max o por las caricias de sus manos. Jadeó mientras se acercaba a un grandioso orgasmo, justo al borde del precipicio, a la espera de su siguiente orden.

—Por favor. Ya no aguanto más.

Max la silenció y le pintó los labios con el chocolate. Acto seguido la besó con ansia y ardor, compartiendo el amargo y a la vez dulce sabor. La frustración hizo que a Carina se le llenaran los ojos de lágrimas. De repente, Max la levantó en volandas. Escuchó cómo los pinceles caían al suelo y también que se volcaban algunos botes. La colocó sobre una superficie dura, que no tardó en comprender que se trataba de su mesa de dibujo.

—Casi hemos terminado. Pero todavía falta un lugar que no he saboreado.

—¡No!

—Oh, sí. —Le separó los muslos y le atormentó el clítoris con el pincel, con el que después la penetró.

Carina se clavó las uñas en las palmas de las manos mientras luchaba por mantener la cordura.

Lo siguiente que sintió fue su boca.

Gritó y se corrió como una loca mientras los espasmos sacudían su cuerpo. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando alcanzó el clímax y él la sujetó contra la mesa, obligándola a experimentar cada oleada de placer hasta que todo terminó. Carina escuchó que algo se rasgaba y después un taco. Y acto seguido, Max la penetró.

La suave penetración la devolvió a la cima, y en esa ocasión Max voló con ella cuando se corrió por segunda vez. El tiempo se detuvo. Pasaron horas, minutos, segundos… El pañuelo de seda se aflojó y ella parpadeó.

Su cara fue lo primero que vio. Cejas gruesas. Pómulos afilados. Un mentón duro como el granito, sensual, y unos labios voluptuosos que habrían hecho llorar a Miguel Ángel. Max sonrió.

—¿Te ha gustado el chocolate?

Consiguió soltar una carcajada.

—Qué cabrón eres, lo sabes, ¿no? Christian Grey a tu lado es un aficionado.

Max se echó a reír.

—Puede que nuestros apellidos se parezcan, pero yo nunca diría « Nos vemos luego, nena» .

Se quedó boquiabierta.

—¡Te lo has leído!

Max pareció ofenderse.

—Lo he leído en Twitter. Y no se te ocurra cabrearme o te torturaré con un bote de nata.

Carina se preguntó si estaba mal de la cabeza. Porque esa idea le resultaba muy emocionante.

Max la ayudó a bajar de la mesa y le apartó el pelo de la cara con gesto cariñoso. El apresurado acuerdo al que había accedido cristalizó de repente en la mente de Carina. Una vez libre de los deseos de su cuerpo, se preguntó si acababa de hacer un pacto con el diablo. Su desnudez aumentaba la sensación de vulnerabilidad. ¿De verdad creía posible separar el sexo de lo que sentía por ese hombre? El pánico le atenazó el estómago.

—Max…

—Esta noche no, nena. —Como si se diera cuenta de su dilema, la cogió en brazos—. Voy a llevarte a la cama. Te demostraré qué otras habilidades he aprendido leyendo novelas eróticas.

Carina se aferró a él y decidió no insistir en el tema.

—¿Carina y tú tenéis problemas?

Se habían reunido en el despacho. Los enormes ventanales estaban orientados hacia el jardín y a través de ellos escuchaban el zumbido de las abejas y el

borboteo del agua del arroyo. Michael le ofreció una copa de coñac y se sentaron en los sillones de cuero. La estancia inspiraba calma y serenidad, con esas estanterías que cubrían las paredes hasta el techo, las lámparas rojas de estilo art déco y el piano de media cola emplazado junto a la pared más alejada. El olor a cuero, a papel y a cera de naranja flotaba en el ambiente.

Después de que Carina le contara a su hermano que pensaba dejar la empresa, Michael le había dicho a Max que quería hablar con él a solas cuando salieran del trabajo. Max accedió, a sabiendas de que había llegado el momento de airear algunos asuntos. En el aire flotaban demasiadas mentiras y ya se estaba cansando.

—¿Por qué lo preguntas?

—Es la heredera del negocio familiar. No la he presionado hasta ahora porque suponía que necesitaba sacarse lo del arte del cuerpo. Ahora quiere trabajar con Alexa en la librería, y eso me preocupa. Pienso nombrarla mi segunda al mando en La Dolce Maggie. Es su legado.

Max sintió un nudo en la garganta al escucharlo. La sangre tiraba mucho y él no la tenía. Daba igual que se hubiera dejado la piel para que la empresa fuera un éxito. Aunque lo acogieran como si fuera de la familia, jamás lo considerarían como tal, aun habiéndose casado con Carina. Si Michael no quería que se hiciera con el timón, había llegado el momento de volar a otros pastos. Crear algo propio. Pero ni de coña iba a dejar que su amigo presionara a su mujer.

Su voz sonó tan gélida como una botella helada de Moretti.

—Olvídalo, Michael. No quiere trabajar en la empresa y no va a hacerlo.

Michael agitó una mano en el aire, acostumbrado como estaba a salirse con la suya.

—Puedes ayudarme a convencerla.

—No.

Michael lo miró sin dar crédito.

—¿Cómo?

Max se levantó del sillón y acortó la distancia que los separaba.

—He dicho que no. Es feliz pintando. Y para que lo sepas, es increíble. Carina tiene talento y pasión, y le hemos dicho demasiadas veces que solo es una afición. Ahora mismo está descubriendo quién es y me encanta verla. Y si no soy lo bastante bueno para ti porque no cuento con tu preciosa sangre en las venas, ha llegado el momento de que me vaya.

Michael se sacudió como si lo hubiera golpeado.

—*Scusa?* ¿De qué hablas?

—Dale tu preciosa empresa a Maggie o a tus hijos. Ya me he hartado de esperar a ser lo bastante bueno. —Se le escapó una carcajada seca—. Es curioso, pero por fin entiendo qué ha sentido Carina todos estos años. Ahora entiendo lo

que es intentar estar a la altura pero no conseguirlo nunca. Déjala tranquila. Deja que sea quien quiere ser, sin que le digamos lo que nosotros queremos que sea.

Michael soltó la copa en la mesita auxiliar y lo miró fijamente.

—No sabía que pensabas así. ¿Por qué no lo habías dicho antes?

—Quería hacerme valer sin tener que depender de nuestra amistad.

Michael soltó una retahíla de tacos muy imaginativos.

—Durante todo este tiempo he contado con tu presencia sin cuestionar tu posición. Porque eres de la familia, Maximus. Mi hermano, mi amigo, mi mano derecha. Tu puesto en la empresa nunca ha peligrado. Pero nunca se me ha ocurrido formalizarlo por escrito. *Mi dispiace*. Lo corregiré.

La sencillez de su aceptación lo dejó pasmado. Durante todo ese tiempo el problema no había sido que no mereciera lo que tenía. El problema había radicado en la costumbre masculina de perseguir un objetivo sin hablar abiertamente de sus sentimientos. Ante sus ojos apareció el sueño por el que tanto había trabajado. Solo tenía que extender la mano y hacerlo realidad.

Había llegado la hora de poner todas las cartas sobre la mesa.

—Me acosté con tu hermana en Las Vegas.

Las palabras resonaron como un cañonazo en mitad de una iglesia.

Michael ladeó la cabeza. El trino de un pájaro entró por la ventana abierta.

—¿A qué te refieres? Os casasteis en Las Vegas.

Max se metió las manos en los bolsillos y miró al hombre a quien quería como a un hermano.

—Antes de casarnos. Tuvimos una aventura de una noche.

Michael se levantó del sillón y atravesó la alfombra oriental color vino. Aunque mantuvo la expresión impertérrita, la rabia brillaba en sus ojos.

—¿Te acostaste con ella antes de casaros? ¿Durante un viaje de negocios al que os envié?

—Pues sí.

—Pero ¿la querías lo suficiente como para casarte con ella?

—No. Tu madre nos descubrió a la mañana siguiente y nos convenció de que nos casáramos.

Michael masculló:

—¿Ni siquiera quieres a mi hermana? ¿Yo confiaba en ti y tú la has tratado como a una de tus amantes baratas? —Bajó la voz y añadió con tono amenazante —: Quiero todos los detalles.

—No.

Michael dio un respingo.

—¿Qué acabas de decirme?

Max se mantuvo firme.

—Ya no es asunto tuyo. Lo que sucede entre Carina y yo en nuestro matrimonio es cosa nuestra. Consideraba que debía contarte la verdad, pero no

pienso ayudarte a convencer a mi esposa de que cambie de opinión acerca de la empresa. Necesita encontrar su propio camino, y yo la respaldo incondicionalmente.

La expresión que vio en los ojos de su amigo le dolió más que una cuchillada.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Confiaba en ti para que protegieras a mi hermana y la has utilizado. Te casaste con ella sin amor y te has burlado de nuestra amistad. —Le temblaba la mano cuando agitó un dedo en el aire—. Me has roto el corazón.

Max se acordó de la escena de *El padrino*, y de repente supo lo que debió de sentir Fredo. *Merda*, menudo follón. Miró a Michael a los ojos y asumió la culpa. No le quedaba alternativa. Sentía la imperiosa necesidad de proteger a Carina de cualquier mal, de defenderla por una vez.

—Lo siento, Michael. Nunca fue mi intención hacerte daño. Pero esto es algo entre Carina y yo, no tiene que ver contigo.

—¡Estaba dispuesto a darte un puesto permanente en la empresa! A hacerte socio. ¿Así es como le demuestras tu lealtad y tu respeto a mi familia?

Max reprimió la rabia e intentó mantener la calma.

—También es mi familia. Carina es mi esposa.

—No sé si podremos seguir trabajando juntos, Maximus. No así. Y no sin confianza.

El sueño de ser socio explotó como un castillo de fuegos artificiales, y los pedazos cayeron desperdigados a su alrededor. A lo mejor si explicaba mejor la situación, Michael podría entenderlo. Podrían discutir de opciones y…

No.

La noche anterior había estado entre esos sedosos muslos y había dormido abrazado a ella. Carina conseguía enfadarlo, volverlo loco de deseo y hacerlo reír, y lo consoló cuando le habló de su padre. Hacía que se sintiera vivo, completo. Adoraba sus largas cenas, las conversaciones sobre el trabajo y verla con su perro. No pensaba traicionar la frágil confianza existente entre ellos al venderla para conseguir un puesto en la empresa. Michael ya no tenía derecho sobre la vida de Carina.

Ni sobre la suya.

Max soltó una carcajada carente de humor. Darse cuenta de que le daba igual no ser socio lo alteró.

—Me da igual.

—*Scusa?*

—Si dices que ya no puedes seguir trabajando conmigo, lo entiendo. Carina me importa más.

Michael lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué estás diciendo?

—No me hagas socio. Despídeme. Me da igual. Pero no te entrometas en la

vida de Carina y déjala tomar sus propias decisiones, incluyendo lo que suceda en nuestro matrimonio.

Salió del despacho sin mirar atrás, dejando en el aire sus bruscas palabras. A la mierda con todo. Estaba harto de mentir y de disculparse por su mal comportamiento.

Ya había hecho ambas cosas de sobra para toda la vida.

13

Se había acostado con Max.

De nuevo.

Carina volvió a casa después de su turno en Locos por los Libros, y condujo golpeando el volante con los dedos mientras intentaba encontrarle sentido a la situación. Detestaba la falsa propuesta de matrimonio, forzada por su madre. Sin embargo, el deseo que veía en los ojos de Max le licuaba el cerebro hasta el punto de que solo quedaba la necesidad de rendirse. El cuerpo de Max nunca mentía. ¿Por qué no iba a disfrutar de ese aspecto de su relación? Estaban casados, por el amor de Dios.

Una vocecilla interior le gritó la verdad.

Porque seguía enamorada de él.

Siempre lo había estado. Siempre lo estaría. Como una cruz que llevara a la espalda, nunca había superado lo que sentía por Max. Añadir el sexo a la ecuación complicaba el asunto. No tendría la misma capacidad para mantener sus defensas y ser la mujer fuerte y controlada que necesitaba ser con desesperación.

Era curioso que en otros aspectos de su vida se sintiera… distinta. Más fuerte. Dejar La Dolce Maggie había sido difícil. Seguro que Michael seguía creyendo que podía convencerla para volver. Julietta la llamó enseguida para intentar que cambiase de opinión. Esas conversaciones la convencieron de que había tomado la decisión correcta. Su técnica mejoraba a marchas forzadas, y el taller de pintura por fin confirmó que debía atravesar sus barreras y pintar lo que le pedía el alma. Los cuadros eróticos que vio en el despacho de Sawyer la habían atraído, y las imágenes que brotaban de su pincel hacían que se encogiera de vergüenza, pero también hacían que se sintiera orgullosa. ¿Quién iba a decir que sería una mujer que ansiaba un amante dominante y una artista a quien le encantaba la erótica?

Incluso su trabajo en la librería calmaba algo en su interior. Al trabajar con libros por fin había encontrado la mezcla perfecta entre negocios y creatividad; además, disfrutaba de sus dotes contables al ayudar a Alexa.

Ojalá su matrimonio no hubiera empezado con falsos pretextos, porque en ese caso todo sería perfecto.

¿Estaba loca por continuar junto a Max? ¿Por qué no hacía las maletas y se largaba? La lenta tortura de estar con él y no conseguir lo que necesitaba era brutal. A la mierda con todo. Se marcharía. Seguiría con su vida. Escucharía un

montón de canciones de mujeres rabiosas, se liaría la manta a la cabeza y borraría su pasado con un enorme salto al vacío.

« Mentirosa.»

La vocecilla de su interior se echó a reír, encantada. Todavía no estaba preparada. Una llamita de esperanza la mantenía anclada en la casa, en la vida de Max. ¿No decían que eso era lo que mantenía con vida durante años a víctimas de tortura? La esperanza de escapar, de que los rescatasen. Sí, su destrozada alma no estaba lista para renunciar al sueño de tener al hombre a quien quería. La idea de no volver a ver su preciada cara lo convertía en un imposible.

Al menos de momento.

Suspiró al llegar a la casa. Aparcó en el camino de entrada circular y recorrió el sendero pavimentado. Los frondosos rosales y los altos pinos creaban un paisaje místico en torno a la mansión de Max. Una hilera de fuentes diminutas se extendía junto al camino que se adentraba en el jardín y el borboteo del agua la tranquilizó. Le encantaba sacar el caballete a la piscina y pintar. Repasó su agenda y calculó que podría dedicarse a dibujar bocetos durante una hora antes de tener que volver a la tienda para el siguiente turno.

Sacó las llaves del bolso.

La paloma cayó delante de ella.

Carina se apartó de un salto, horrorizada, al ver que la paloma blanca caía del cielo y se estrellaba contra el suelo. Movió una patita y levantó la cabeza antes de dejarla caer de nuevo y quedarse inmóvil.

—¡Dios mío!

Soltó las cosas y se arrodilló. Seguía respirando. Seguía viva. Iba anillada, y en la chapa tenía un número grabado. Con dedos temblorosos comenzó a examinarla, con cuidado para no hacerle daño. Tenía un ala torcida, rota. Las patitas parecían estar bien. No encontró restos de sangre en el suelo, pero no abría los ojos.

Cogió la paloma y la acunó entre sus brazos para meterla en la casa. Buscó una toalla vieja sin pérdida de tiempo y la colocó en el centro. Parpadeó para librarse de las lágrimas, llamó al veterinario e hizo una rápida búsqueda en internet para saber qué procedimiento seguir.

Después cogió el teléfono y marcó.

—Max, necesito que vengas a casa. Necesito ayuda.

—Voy para allá.

Cortó la comunicación y esperó a que Max llegase.

—¿Qué te parece?

Carina miraba la paloma, metida en una especie de pecera, con el ala

firmemente sujeta al cuerpo. Tenía los ojos abiertos, pero algo velados, como si aún no supiera qué había pasado. Max leyó el número de la anilla y lo anotó en un trozo de papel.

—Me parece que hemos hecho todo lo posible. El veterinario ha dicho que no tiene heridas internas, así que el ala debería curarse bien, tras lo cual podremos devolverla. Voy a buscar el número de la anilla a ver si podemos ponernos en contacto con el dueño.

Carina se frotó las manos mientras observaba respirar a la paloma. Max la abrazó y la invitó a pegarse a su pecho, donde pudo aspirar su familiar aroma.

—Se recuperará. No decimos que eres una encantadora de animales por nada. Si tiene una oportunidad de ponerse bien, es gracias a ti.

Sonrió al escuchar esas palabras, que reconocían su puesto como encantadora de animales dentro de la familia. Se relajó un momento contra su calor, envuelta en su abrazo protector.

—Siento haberte obligado a salir del trabajo.

Max la besó en la coronilla.

—Me alegro de que me llamaras —murmuró él.

El consuelo se tornó en pasión. Sentía su erección contra el muslo. Carina se tensó y el ambiente se cargó de tensión sexual. Dios, lo deseaba muchísimo. Quería arrancarle esa corbata roja tan sexy, ese traje de raya diplomática, subirse a su regazo y montarlo hasta olvidarlo todo. Quería olvidar que se había visto obligado a casarse con ella y que no la quería como ella ansiaba. Lo recordó lamiéndole el chocolate de los pezones y entre los muslos; abrazándola con ternura durante la noche, como si supiera que necesitaba algo más. Inspiró con sequedad y lo apartó.

—No.

Max apretó los puños y apartó la mirada. Se tensó por entero, pero Carina aguantó en silencio con paciencia.

—Lo siento. Puedo esperar hasta que estés lista. Es que… te echo de menos.

El corazón le dio un vuelco al escucharlo. Lo puso verde en silencio mientras temblaba de rabia.

—Y una mierda. Echas de menos llevar las riendas de esta relación. Echas de menos tenerme detrás de ti, jadeando como una perra en celo, mientras tomas todas las decisiones. No me vengas con tonterías y no finjas que había algo más.

Max frunció el ceño.

—No pienso tolerar que te rebajes de esa manera —replicó él con frialdad—. Tienes todo el derecho del mundo a estar cabreada, pero no nos rebajes a ambos. Las cosas han cambiado.

Carina meneó la cabeza, sin dar crédito.

—Nada ha cambiado. Lo único distinto entre nosotros es el sexo. Lo demás es una mentira como una catedral.

Max se tensó antes de que su expresión se ensombreciera.

—Ahora estamos casados. ¿No podemos avanzar? No somos unos desconocidos y tampoco puede decirse que no tenemos cosas en común.

El último vestigio de control se esfumó y Carina estalló.

—¿Dónde coño está mi final feliz de cuento de hadas, Max? Soñaba con una proposición de matrimonio de verdad, con un hombre arrodillado delante de mí declarando unos sentimientos reales. ¿Y qué fue lo que conseguí? Buenas intenciones, responsabilidad y unos cuantos orgasmos. —Las siguientes palabras salieron de su boca con brusquedad—. ¿Tanto deseas acostarte conmigo? ¿Con qué te está chantajeando mi madre ahora? ¿O es que quieres acostarte conmigo para dejarme embarazada y así tener un heredero?

Esos ojos azules la miraron furiosos y la despedazaron con una frialdad que la estremeció.

—Voy a perdonarte por ese comentario. Esta vez. También voy a dejarte tranquila, pero ten en cuenta una cosa: cuando considere que ya has tenido tiempo de sobra, vendré a por ti. —Esbozó una sonrisa cruel—. Y te prometo que me suplicarás más.

Max salió dando un portazo.

Era un capullo integral.

Max miró las escaleras y escuchó los acordes de Rihanna que vibraban en el aire. Habían pasado dos días desde la discusión. Carina mantenía las distancias y lo trataba con una educación gélida que lo volvía loco. También trabajaba turnos muy largos en Locos por los Libros, se encerraba en su estudio y evitaba la cena.

Una soledad de la que nunca había sido consciente impregnaba su casa. Aunque la energía de Carina se extendía por las habitaciones, ansiaba el contacto directo, una conversación de verdad. Echaba de menos su risa, su entusiasmo y su ingenio. Echaba de menos todo lo relacionado con ella. Rocky pasaba más tiempo con Carina que él.

No debería haberla presionado. Cuando se dejó a abrazar con tanta naturalidad, su aroma lo envolvió y se le subió a la cabeza. La suavidad de sus curvas contra su torso. La sedosa caricia de sus rizos. Se sintió abrumado por el impulso de arrastrarla al dormitorio y poseerla de nuevo. Algo que en ese instante se le antojaba el peor de los momentos.

Gimió. «Imbécil», se dijo. En vez de comportarse con cabeza y darle el tiempo que necesitaba, la había amenazado. Sí, desde luego que en aquel momento no estaba pensando con la cabeza de arriba, y no tenía excusa. Su sentida declaración acerca del «final feliz de cuento de hadas» se le había grabado a fuego en la cabeza y le había destrozado el corazón. ¿Eso le había hecho? ¿Le había robado todas las ilusiones y todos los sueños?

Siempre había temido que algún día acabaría rompiéndole el corazón. Cierto que se vio obligado a casarse con ella, pero ¿por qué no le parecía tan malo? ¿Por qué ansiaba volver a casa para verla aunque fuera un ratito? Carina se merecía muchísimo más. Sin embargo, tenía que conformarse con él.

La depresión se apoderó de él. A la mierda con todo. Prepararía la cena y la obligaría a mantener una conversación.

Se dirigió al dormitorio, se quitó el traje y se puso unos vaqueros y una camiseta negra. Sirvió dos copas de merlot y decidió preparar el pollo en salsa que tanto le gustaba a Carina. Los pasos de preparar la cena lo tranquilizaron. La cocina fue diseñada a medida, con encimeras de granito blanco, un frigorífico enorme, un horno de piedra para pizzas y una cocina de gas. En el centro de la estancia se emplazaba una isla con el fregadero, una zona de trabajo independiente y una barra para los desayunos, con taburetes de cuero acolchado. Cogió unas cuantas cacerolas de cobre, les echó aceite de oliva y comenzó a cortar los tomates y las cebollas. Diez minutos después ella bajó la escalera y se detuvo en la puerta de la cocina.

—Me voy. No me esperes levantado.

Soltó el cuchillo y apoyó la cadera en la encimera.

—Estoy preparando la cena. ¿Adónde vas?

—A la librería.

—Quédate un poco más. Tienes que comer antes de un turno largo.

Carina cambió el peso del cuerpo de un pie a otro, claramente tentada.

—No puedo. Comeré algo en la cafetería.

—Solo tienen aperitivos y tú necesitas proteínas. Por el amor de Dios, te prometo que no tendrás que pasar mucho tiempo en mi presencia. Siéntate.

—No…

—Que te sientes.

Carina sacó un taburete y se sentó. Su respuesta inmediata le recordó a su sumisión en el dormitorio y le provocó una erección instantánea. Pasó el pollo a un plato, lo cubrió con la salsa y lo dejó en la encimera con un tenedor. Carina atacó el plato con su habitual entusiasmo, emitiendo esos gemiditos de placer tan suyos. Cambió de postura al escucharla, para aliviar la incomodidad.

—¿Has averiguado algo de nuestra paloma?

—Sí —respondió ella—. El número de la anilla me ha llevado hasta un criador que está a unos ochenta kilómetros de aquí. Es una paloma mensajera, una paloma bravía. Se llama Gabby. No suele participar en las carreras de palomas mensajeras, pero la manda de vez en cuando con algún encargo para que no pierda facultades. Él y unos amigos forman parte de un club y supongo que todas las palomas regresaron menos Gabby. Estaba muy preocupado.

Max se llenó el plato y se sentó en el taburete enfrente de ella.

—No sabía que había carreras de palomas mensajeras —dijo—. ¿Va a venir

a recogerla?

Carina bebió un poco de vino antes de contestar:

—No, le he explicado lo que hemos hecho y lo dañada que tiene Gabby el ala, y ha accedido a dejar que la cuide hasta que se haya curado. Después puedo soltarla para vuelva a casa volando. Si hay problemas en su recuperación, vendrá a recogerla en coche, pero creo que ya está mucho mejor. Está despierta y parece darse cuenta de lo que pasa.

—¿Cuánto tiempo tiene que pasar hasta que la liberes?

—Entre dos y tres semanas, dependiendo de cómo evolucione. —Una sonrisa le iluminó la cara—. El dueño me ha dicho que solía llevar cartas entre parejas separadas. ¿A que es genial?

Le devolvió la sonrisa.

—Muchísimo. Pero ten cuidado, nena. Siempre te encariñas.

Carina frunció la nariz.

—Lo sé, pero como es un pájaro, supongo que no me pasará nada.

—Claro, claro. ¿Qué me dices de la ardilla?

A Carina se le escapó una carcajada.

—¡Se me había olvidado! Pero en aquel entonces era pequeña.

Resopló al escucharla y pinchó otro trozo de pollo con el tenedor.

—Le pusiste Chip por la serie de dibujos animados de Disney. Creo que fingió hacerse daño en una pata. La pusiste en el cobertizo con su propia guarida. Con razón esa rata no quería marcharse.

—No la llames rata. Era muy tierna. No se quedó mucho tiempo.

—Pues yo creo que era un mal bicho. Nos mordía a Michael y a mí cada vez que intentábamos jugar con ella. Después invitó a sus amigas ratas a una fiesta y nos daba miedo incluso entrar a coger las bicis.

Los ojos oscuros de Carina brillaban y su precioso rostro se relajó.

—Mi padre se enfadó muchísimo. Hicieron agujeros en las paredes y amontonaron montañas de nueces. Me obligó a deshacerme de Chip.

—Estuviste varios días llorando.

—Me cuesta dejar marchar a mis seres queridos.

La sorprendente confesión resonó en la cocina. Carina dio un respingo, ya que era evidente que lamentaba haber pronunciado esas palabras, y después clavó la vista en el plato. Max habló en voz baja.

—Lo sé. Pero siempre parecen volver a ti.

Carina se negó a levantar la cabeza. Max reprimió el impulso de acariciarle la mejilla y de borrar su tristeza con besos. En cambio, sirvió más vino y cambió de tema.

—¿Cómo va tu trabajo? ¿Sigues pintando retratos?

Carina puso una cara muy rara.

—Más o menos. Estoy probando con algo nuevo.

—Tengo un montón de contactos en el mundo del arte, Carina. Me encantaría concertarte una cita con un marchante. Si le gustas, tal vez se pueda organizar una exposición…

Carina negó con la cabeza entre bocado y bocado.

—No, gracias. Voy a hacerlo a mi manera.

Max se tragó la frustración y se recordó que necesitaba demostrar que tenía éxito por sí sola. Él ya creía en ella. Pero Carina necesitaba creer en sí misma.

—De acuerdo, respeto esa decisión. Pero sabes que no tienes que trabajar tantas horas en Locos por los Libros, ¿verdad? Alexa le ha dicho a Michael que eres increíble, pero haces dobles turnos cada dos por tres. Ya no te veo nunca.

—Necesito el dinero.

Ladeó la cabeza al escucharla.

—Procedes de una de las familias más ricas de Italia. Yo tampoco ando corto de dinero y eres mi mujer. ¿Para qué narices tienes que trabajar por dinero?

Carina alzó la barbilla con ese gesto testarudo que lo volvía loco.

—Michael es rico. Tú eres rico. Yo no. Puede que tenga un fondo fiduciario muy jugoso, pero voy a hacerlo sin ayuda, como todos los demás. Si para ello tengo que trabajar más turnos de la cuenta, no pienso quejarme.

Max se mordió la lengua para no soltar un taco.

—La familia se ocupa de los suyos. Lo que es suyo es tuyo. ¿Por qué no lo entiendes?

Carina resopló de forma muy poco femenina.

—Por el mismo motivo por el que tú no entiendes lo que se siente al fracasar en todo lo que has intentado.

Se quedó boquiabierto al escucharla.

—¿Fracasar? Has tenido éxito en todo lo que has tocado.

Carina replicó con voz gélida:

—No soy tonta, Max. Que sepas que no vas a conseguir llevarme a la cama mintiéndome. No conseguí ser una gran cocinera como mi madre. No se me dan bien los negocios como a Julietta y a Michael. Y doy pena en todo lo que tiene que ver con estilo personal, belleza o moda, al contrario que Venezia. No me insultes.

Se le partió el corazón al escucharla. Esa maravillosa mujer llena de vida creía que no valía nada. En su interior se libró una lucha entre el deseo de estrangularla y el deseo de besarla. Sin embargo, acabó tragando saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta y le dijo la verdad.

—Has tenido éxito en todo lo importante en esta vida, Carina. Con la gente. Con los animales. Con el amor. Todo lo demás es insignificante, que lo sepas. Pero no te das cuenta.

Ella se quedó paralizada. Sus apasionados ojos oscuros se abrieron como platos por la sorpresa. La conexión entre ellos cobró vida, ardiente y brillante, y

el ambiente se tensó por la emoción. Max soltó el tenedor y extendió los brazos hacia ella.

Carina se levantó de un salto y retrocedió varios pasos.

—Tengo que irme. Gracias por la cena.

Salió corriendo de la cocina y lo dejó solo y vacío.

Unos días más tarde Carina analizaba con ojo crítico los cuadros que tenía delante. El taller de pintura la había orientado con las formas y le había enseñado varias técnicas que la habían ayudado a alcanzar un nivel superior. Su profesor incluso le comentó que debería buscarse a un representante, sobre todo si completaba una serie de pinturas. Sintió un escalofrío en la espalda. Una exposición sería mucho más que salir del armario como aspirante a artista. Sería desnudarse y gritar «Miradme» en mitad de Times Square.

Por supuesto, el verdadero problema era su familia. Su comprensivo y bienintencionado grupo más cercano, que creía que tenía talento pero que pintaba por afición. Ni una sola vez había confesado que su alma le pedía a gritos una oportunidad para convertirse en artista profesional. El arte era algo muy respetado en Bérgamo, pero los negocios eran reverenciados, sobre todo en el caso de las pastelerías de La Dolce Famiglia que dirigía la familia Conte.

Carina se mordisqueó el labio inferior y firmó el cuadro en una esquina.

Su primer cuadro oficial terminado. Y si alguien lo veía, la tomarían por una guarra.

Los trazos resaltaban sobre un fondo gris oscuro que lanzaba sombras sobre la pareja. El endurecido pezón de la mujer revelaba su excitación, y su cara llamaba la atención del espectador con un éxtasis puro, como si estuviera conteniendo un orgasmo. El hombre estaba de espaldas y ocultaba el resto del cuerpo desnudo de la mujer. Tenía los músculos tensos y un tatuaje en la parte superior del hombro izquierdo, con forma de serpiente. La ventana situada en la parte derecha del cuadro insinuaba cierta tendencia al voyerismo al adentrarse en su mundo sensual, mientras que la brillante luz del sol y la cordura quedaban al otro lado del cristal.

Apretó los puños y después agitó los dedos poco a poco. El dolor que sentía en la muñeca le indicó que había estado pintando durante horas. Tenía los nervios a flor de piel por la emoción. Era bueno. Lo sentía en el estómago, sentía esa satisfacción que hacía mucho que no experimentaba. Desde que empezó en la universidad. Había estado luchando contra su instinto, de modo que solo pintaba retratos planos que la dejaban fría.

El atávico erotismo que veía en su cuadro la sorprendía. ¿Quién iba a decir que Max arrancaría las puertas de su alma y destrozaría los muros? Adiós a las creaciones pulcras y lógicas. En cuanto vio los cuadros del despacho de Sawyer,

supo que necesitaba investigar más y pintar desnudos. Daba igual lo que pasara con su trabajo, al menos sería honesta. Con su naturaleza. Con sus deseos. Con sus anhelos. Con sus fantasías.

Ya era hora.

Limpió los pinceles, guardó las pinturas acrílicas y se quitó el delantal. Había llegado el momento de darle un premio a Rocky y de ver cómo seguía Gabby. Había invitado a su familia a cenar, y esperaba poder echarse una siesta al sol antes de que llegaran.

Gabby la saludó con el habitual zureo, que adoraba. De hecho, temía el momento de verse obligada a liberarla. Los brillantes e inteligentes ojos de la paloma la llevaban a pensar en una complicada historia y un pasado exótico que a ella le encantaría conocer. A lo mejor podría hablar con su dueño antes de soltarla.

Comprobó que el vendaje siguiera en su sitio, le dio de comer y sacó la pecera reconvertida al patio trasero. La piscina olímpica estaba rodeada por una extensa vegetación, por palmeras importadas y por iris de intensos tonos rojos y morados, de modo que los nadadores parecían estar en un lago tropical. Rocky salió al patio sin mirar siquiera a Gabby y se tumbó junto a ella en una tumbona. Carina se sentó en la hamaca de madera, flanqueada por sus mascotas, con una copa de merlot en la mesa, mientras disfrutaba del borboteo del agua y del silbido del viento.

Una sensación de paz se apoderó de ella. Les dijo unas cuantas tonterías a Gabby y a Rocky, hasta que empezaron a cerrársele los ojos.

—¿Carina?

Su nombre brotó de esos labios como miel mezclada con caramelo, dulce, deliciosa y embriagadora. Sonrió y alzó la cara, demasiado relajada como para levantar los brazos. El delicioso olor a hombre, jabón y colonia almizcleña flotaba en la brisa.

—¿Mmm?

Unos dedos le acariciaron la mejilla con delicadeza. Pegó la cara a esa cálida mano y le besó la palma. Escuchó un murmullo.

—Cariño, se avecina una tormenta. Deberías entrar.

—Vale. —Se desperezó, anhelando que él la desnudara, le separase los muslos y entrara hasta el fondo. Se le tensaron los músculos por la emoción. Le mordisqueó la fuerte muñeca y suspiró—. Sabes bien. Hueles bien.

—*Dio*, me estás matando.

El sueño difuminó sus buenas intenciones y sus ideas. Parpadeó y levantó los brazos. Le apartó los mechones de la frente. Recorrió con los dedos la arrogante nariz, los suaves y voluptuosos labios.

—Eres guapísimo —musitó—. Demasiado para mí. ¿Verdad, Max?

—A la mierda. No soy un santo.

Los labios de Max se apoderaron de los suyos. Cálidos, habilidosos, bebieron de su boca como si estuviera saboreando un vino caro. Su sabor le explotó en la lengua y gimió, entregándose a él por completo. Max la besó largo y tendido, con caricias lentas e interminables, hasta que se derritió en la hamaca y sintió que el deseo la empapaba. Cuando por fin Max levantó la cabeza, ella supo que había ganado. Esperó a que la cogiera en brazos y la llevara al dormitorio. En ese momento ya le daba igual.

Alguien llamó al timbre.

El sonido hizo que Rocky se levantara de un salto y comenzara a ladrar. Carina regresó a la realidad de golpe, con dureza, y se incorporó. Max meneó la cabeza.

—Voy a matar a quien sea que haya venido —aseguró, y se marchó por la cristalera tras mirarla, frustrado.

Carina se levantó de la hamaca. Se preguntó si el destino había intercedido para salvarla. ¿Cuánto tiempo podría resistir hasta volver a su cama? La voz de su cuñada le llegó a través de la puerta, de modo que inspiró hondo para tranquilizarse. Estaba a salvo de la tentación de momento.

Durante un tiempo.

Maggie apareció con su enorme barriga y con aspecto de sentirse muy incómoda y cabreadísima. El vestido de punto negro le llegaba a las rodillas, y las chanclas adornadas con pedrería resonaban contra el suelo de mármol.

—Si no salen ya, Carina, te juro que me los saco. —Entró en el salón, se colocó junto al borde de un sillón y se dejó caer de espaldas.

Carina sospechaba que no volvería a levantarse a menos que echaran mano de una grúa.

Soltó una risilla y añadió una nota de humor.

—Seguramente sea la semana que viene, Maggie. Ya falta poco.

Maggie la fulminó con la mirada y aceptó el vaso de agua con gas y limón que le ofreció Max.

—No, de eso nada. Ayer mismo fui al médico y me dijo que no había ni una contracción a la vista. Nada. *Niente*. Están muy a gustito ahí dentro. Tienen comida, duermen bien y practican kárate cuando se aburren. ¿Por qué iban a salir? —Gimió—. No querría someterme a una cesárea a menos que fuera necesario, pero creo que será la única opción. Tienen que sentirse amenazados o no saldrán nunca.

Carina le dio unas palmaditas en la mano.

—Estoy segura que en menos de cinco días tendrás a dos bebés perfectos y sanísimos entre los brazos. Recuerda que a Alexa le pasó lo mismo. Se retrasó dos semanas con el primero.

—Sí, aquello fue la leche. Nick casi se fue al hospital sin ella.

Max le llevó una taza de té a mamá Conte y se sentaron junto al crepitante

fuego.

—Sí, algo he oído, es un clásico. ¿Cómo está Alexa? —preguntó él.

—Bien. Llevaron a Lily a Barrio Sésamo este fin de semana. Ya sabes lo obsesionada que está con Elmo. —Un relámpago atravesó el cielo, seguido de un trueno que sonó cercano y amenazador—. Creo que esta noche habrá una buena tormenta. Ojalá no le pille a Michael de camino. Va con retraso.

—Sí, iba a ir en coche a Manhattan para una reunión, pero se decantó por el tren. Hoy hay una protesta gorda en Wall Street y no quería pillar atascos. Debería estar bien.

Maggie se frotó la enorme barriga.

—No sé si podré cenar siquiera. He tenido molestias todo el día.

Los acordes de «Sexy Black» resonaron en la estancia y Maggie intentó coger su bolso.

—Es Michael. No alcanzo.

Carina sacó el móvil rosa fucsia y se lo dio. La conversación de Maggie incluyó muchos tacos y palabras de consuelo. Por fin colgó.

—No os lo vais a creer. Hay un apagón enorme en la ciudad y todos los trenes vienen con retraso. No podrá salir hasta dentro de unas horas.

Carina se mordisqueó el labio.

—¿Estará bien? ¿Hay policía? ¿Dónde está ahora mismo?

Maggie suspiró.

—Está comiendo en La Mia Casa. Es un pequeño restaurante italiano al que yo iba mucho y ahora lo he convertido en adicto. Conozco a Gavin, el dueño. Cuidará bien de Michael.

—Menos mal. En fin, podéis quedaros a dormir aquí si queréis. Os agasajaremos con un desayuno casero por la mañana.

Mamá Conte resopló.

—Yo prepararé el desayuno, Carina. Echo de menos no cocinar para la familia y creo que me estoy oxidando. Esta noche tendremos fiesta de pijamas.

—¿Podemos ver *Magic Mike*? —preguntó Maggie.

Max enarcó una ceja.

—Me parece que a mamá Conte no le gustará esa película.

—¿Por qué? —preguntó la aludida—. ¿De qué va?

—De estrípers masculinos —contestó Maggie—. Es buena.

Mamá Conte pareció meditarlo.

—Creo que probaré a verla.

Max gimió.

—Voy a matar a Michael.

Las horas pasaron volando entre buena conversación, risas y comida. Michael llamó de nuevo para ver cómo estaba Maggie y para confirmar que se encontraba bien, pero anunció que seguramente no podría salir de la ciudad hasta

primera hora del día siguiente. Maggie apoyó los pies sobre un cojín y se arrebujó con una colcha. Max por fin cedió y les permitió poner la película, pero se arrepintió enseguida cuando las tres mujeres comenzaron a babear con la primera escena. Lanzó palomitas de maíz a la pantalla para distraerlas.

Maggie soltó un suspiro satisfecho cuando acabaron los créditos.

—Me encanta esa peli —declaró—. Es muy profunda.

Max resopló.

—Es porno para chicas. Me siento sucio por haberla visto.

—Estás cabreado porque la prota no se ha quitado la ropa.

—Respeto más a las mujeres de lo que vosotras respetáis a los hombres.

—Sí, claro, lo que tú di… ¡Ay, Dios!

Carina miró a Maggie. El espanto más absoluto se reflejaba en su cara. Parecía alucinada mientras miraba hacia abajo.

—Creo que he roto aguas.

La mancha que se extendía por el sofá lo confirmó. Maggie se frotó la barriga.

—Creía que era indigestión, pero ahora creo que he estado de parto todo el día. —Miró a los presentes, aterrada.

Carina se quedó petrificada. Max contuvo el aliento. Mamá Conte se levantó del sofá con una sonrisa tranquila. Sus ojos oscuros relucían.

—Vas a tener a tus bebés, Margherita —dijo—. Y todo saldrá bien.

A Maggie se le llenaron los ojos de lágrimas y meneó la cabeza con fuerza.

—Michael no está —susurró—. Lo necesito.

Mamá Conte le cogió ambas manos y les dio un apretón.

—Lo sé. Puesto que son gemelos, estarás varias horas de parto. Llegará a tiempo. Conozco a mi hijo y sé que hará todo lo necesario para estar junto a ti cuando lleguen los bebés.

—Tengo miedo.

Mamá Conte se echó a reír.

—¡Pues claro que tienes miedo! Es una de las cosas más aterradoras que harás en toda la vida. Estamos aquí contigo, Margherita. Ahora tienes una familia y no vamos a dejarte sola.

Maggie inspiró hondo. Asintió con la cabeza. Y después cogió el móvil.

—Vale. Voy a llamar a Michael y luego al médico. Max, ¿puedes preparar el coche? Carina, ¿puedes buscar algunas cosas para llevarme al hospital? Un cepillo de dientes, una bata, camisetas, cosas así.

—Voy. —Carina se levantó del sofá y arrastró a Max con ella. Su marido tenía esa expresión tan graciosa que ponían los hombres cuando estaban aterrados, como si una sola palabra pudiera provocar que Maggie tuviera contracciones y se pusiera a gritar—. ¿Max?

—¿Eh?

—Intenta hacerlo mejor que Nick, ¿vale? Saca el coche y llama a Alex y a Nick. Diles lo que está pasando. ¿Podrás hacerlo?

—Claro.

—No te vayas sin nosotras. —Su expresión aterrada le provocó una punzada de ternura. Le cogió las manos y entrelazó sus dedos. Max parpadeó, sorprendido, y ella sonrió—. Hoy vamos a ver cómo nacen nuestros sobrinos. No nos perdamos un solo momento, ¿vale?

Max inclinó la cabeza y la besó. Fue una caricia muy leve, un suave roce contra sus labios, un recordatorio de que no estaba sola.

—Tienes razón. Gracias por recordármelo.

La soltó y desapareció por el pasillo.

14

—¡Quiero la epidural!

Maggie no gimoteó, ni chilló, ni lloriqueó. Se limitó a exigir la epidural con firmeza y malhumor hasta asustar a todas las enfermeras de la planta. Max sostenía el cubo de Rubik, el objeto que Maggie había elegido para concentrarse, y Carina le reconocía el mérito. Cada vez que aparecía una contracción en el monitor, Max la animaba a respirar y a que se concentrara en el cubo. Aceptó sus palabrotas y sus insultos sin pestañear y sin flaquear.

Cuando se levantó para ir en busca de un vaso de cubitos de hielo, Maggie cogió el cubo de Rubik que él había dejado junto a ella y lo arrojó al otro lado de la habitación.

La única persona a la que Maggie parecía escuchar era a mamá Conte. Su madre no la mimaba ni toleraba su mal comportamiento, pero no se movió en ningún momento de su lado y con un tono de voz sereno le habló sobre los nacimientos de sus cuatro hijos y sobre lo especial que había sido cada uno de ellos. Maggie la escuchaba entre contracción y contracción. Hasta que llegaba la siguiente.

Carina sacó a Max de la habitación un instante.

—¿Va a llegar Michael? —le preguntó—. Hace horas que lo avisamos y la última vez que comprobaron la dilatación, ya casi estaba lista para empujar.

Max se pasó los dedos por el pelo y cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Me ha enviado un mensaje diciéndome que espera llegar antes de una hora. Esto es una pesadilla. Michael y Alexa se van el mismo día. Carina, esto se me da fatal. Maggie tiene ganas de matarme.

—No, el problema es que los dolores son agónicos y su marido no está aquí. Pero a falta de Michael, tú eres la mejor opción, Max. Habéis sido amigos desde pequeños.

Max gimió.

—¿Por qué ya no se estila desterrar a los hombres en la sala de espera? Mierda, no tendré que mirar cuando empuje, ¿verdad?

—Oye, tú, que la que tiene que echar dos seres humanos por la vagina es Maggie. Échale un par porque te necesita.

Las palabras de Carina atravesaron poco a poco su cerebro. Se enderezó y asintió con la cabeza.

—Lo siento. Ya está.

Mientras las contracciones se sucedían cada vez con más frecuencia en el monitor, Maggie masculló:

—Pedí una puta epidural y la quiero ahora mismo.

—Esa lengua, Margherita —dijo mamá Conte—. Estás tan dilatada que no te pueden poner la epidural, lo que tienes que hacer es empujar.

—No sin Michael. —Apretó los dientes y jadeó—. No pienso empujar hasta que llegue Michael.

Su madre le limpió el sudor de la frente.

—Llegará dentro de poco.

—No pienso echar otro polvo en la vida. ¡Odio el sexo!

Carina se mordió el labio inferior y se dio media vuelta. Mamá Conte asintió con la cabeza.

—No te culpo.

La voz de Max restalló como un látigo en la habitación.

—Maggie, mírame. Concéntrate en mi cara cuando llegue la siguiente contracción. Voy a contarte una historia.

—Odio los cuentos de hadas.

—Esta es más bien una aventura de acción. Voy a contarte cómo nos hicimos amigos Michael y yo.

Maggie pareció un poco interesada. Max se sentó en la silla situada junto a la cama y se inclinó hacia delante. El monitor pitó y él empezó a hablar:

—Nuestras madres siempre fueron buenas amigas, así que prácticamente crecimos juntos. Un día nos llevaron al parque y descubrimos una especie de tobogán gigantesco. Creo que tendríamos unos seis años. El caso es que nos peleamos para ver quién llegaba antes arriba. Michael era un poco más bajo que yo, pero era más rápido, así que fue una competición igualada. Fuimos subiendo mientras tratábamos de entorpecernos mutuamente al más puro estilo de *El Señor de las Moscas*, y resultó que los dos llegamos arriba a la vez. —Max meneó la cabeza mientras lo rememoraba—. Recuerdo el momento en el que nos miramos. Como si acabáramos de comprender que éramos amigos de verdad y que lo hacíamos todo juntos. Y después nos empujamos para ver quién tiraba al otro.

Maggie se esforzó por respirar.

—¿Estás de coña? ¿Estabais locos o qué? ¿Qué pasó?

—Que los dos nos caímos y nos partimos un brazo. El mismo.

Mamá Conte resopló, disgustada.

—La madre de Max y yo llevábamos apenas un minuto hablando cuando escuchamos gritar a estos dos. Estaban en el suelo, y había sangre por todos lados. Creo que estuve a punto de desmayarme. Corrimos para ver qué les pasaba, y descubrimos que estaban llorando y riendo al mismo tiempo, como si hubieran ganado alguna competición importante.

Max sonrió.

—Nos pusieron escayolas idénticas y nos hacíamos llamar «hermanos de hueso».

Carina puso los ojos en blanco.

—Ah, ya. En vez de «hermanos de sangre», erais hermanos de hueso. La verdad, creo que erais un par de idiotas.

Maggie empezó a llorar. Carina sintió que se le partía el corazón al ver a su cuñada y deseó poder solucionarlo todo.

—No va a llegar a tiempo, ¿verdad? —preguntó Maggie.

Max se inclinó sobre la cama y la miró. Esos feroces ojos azules le ordenaron que fuera fuerte.

—Maggie, ahora mismo eso es lo de menos. Me tienes a mí. Apóyate en mí y piensa que Michael es mi hermano gemelo. Utilízame y ponte manos a la obra para que estos niños nazcan. No me apartaré de tu lado.

La matrona entró para examinarla.

—Vamos a ver, cariño, ¿estamos listos para empujar?

Maggie sollozó. Estiró un brazo y tomó la mano de Max.

—No me sueltes, ¿vale?

—Nunca.

—Sí, creo que estoy lista.

Carina y su madre se mantuvieron a un lado de la cama, el opuesto al que ocupaba Max. El paso del tiempo pareció detenerse mientras los segundos se convertían en minutos. Maggie empujó, gruñó y soltó pestes por la boca. Cada empujón movía un poco más a los gemelos, pero ella acabó apoyada en la almohada, exhausta. Jadeó en busca de aire con la cara roja y el sudor corriéndole por las sienes.

—No puedo. No puedo más.

—Sí, *amore mio*. Más.

Carina se llevó los dedos a los labios al ver que su hermano entraba en la habitación. Con porte confiado y decidido, ocupó el lugar de Max y le dio un apretón a su mujer en las manos. Tras besarla en las mejillas y en la frente, le dijo algo al oído y ella asintió con la cabeza. Al instante, se incorporó otra vez y empujó.

—Ya veo la cabeza. Viene el primero. Maggie, un empujón más, que sea bien grande. ¡Aprieta fuerte y empuja! —Se escuchó un quejido mientras Carina veía al arrugado recién nacido llegar al mundo. El bebé retorció su resbaladizo y enrojecido cuerpecito y soltó un alarido—. Es un niño. —La matrona dejó al bebé sobre la barriga de Maggie mientras todos hablaban a la vez. Maggie sollozó y tocó a su hijo.

—Es precioso. Dios mío.

—Cariño, todavía no hemos acabado —le recordó la matrona con voz alegre

—. Aquí viene el segundo. Un empujón más, Maggie.

Maggie soltó un rugido y apretó los dientes.

El segundo bebé llegó al mundo.

—¡Otro niño! Felicidades mamá y papá. Tenéis dos niños guapísimos.

Carina observó asombrada cómo su hermano tocaba a los niños maravillado, con los ojos húmedos por las lágrimas. Su madre reía encantada. La habitación se convirtió en un torbellino de actividad mientras pesaban a los bebés, los medían y los envolvían en mantas con gorritos a juego. Mientras limpiaban y atendían a Maggie, Michael cogió a sus hijos y les habló.

—Os presento a Ethan y Luke.

Su madre extendió los brazos para coger a Luke, al que empezó a mecer y a hablarle en italiano. Carina le dio un beso a su cuñada en la mejilla.

—Maggie, lo has hecho genial —susurró—. Siento mucho que Alexa no haya podido estar contigo. Sé que la has echado de menos.

Maggie le sonrió.

—No, Carina, me alegro de que hayas sido tú. El destino ha querido que fueras tú quien me acompañaras hoy. Te quiero desde que te conocí y te he visto florecer hasta convertirte en una mujer preciosa. Eres mi hermana de verdad y me gustaría que fueras la madrina de Luke.

La alegría la invadió hasta dejarla convertida en un manojo de emociones. Asintió con la cabeza, incapaz de hablar. Su madre se acercó y le puso a Luke, envuelto en la mantita, en los brazos que ella había extendido.

—Te presento a tu ahijado, Luke.

Carina contempló esa carita arrugada. El bebé estaba haciendo un puchero con esa boquita tan perfecta. Bajo el gorro rosa y azul asomaban unos mechones de pelo oscuro. Acarició su piel sedosa con dedos trémulos mientras le decía tonterías. Era un milagro que vivía y respiraba, el fruto del amor de dos personas.

Parpadeó para librarse de las lágrimas y levantó la cabeza.

Max la estaba mirando. Sus ojos azules se oscurecieron por un deseo visceral que atravesó la distancia y se le clavó en el corazón. Contuvo el aliento.

Y esperó.

Max estaba enamorado de su mujer.

La observó desde lejos. Carina estaba meciendo al bebé, moviendo el cuerpo hacia delante y hacia atrás, siguiendo ese ritmo tan ancestral que las mujeres parecían poseer. Una emoción desconocida le atenazó las entrañas y lo desgarró, dejando tras de sí una ensangrentada carnicería. Le palpitaba la cabeza y se le había secado la boca como si se hubiera pasado toda la noche bebiendo. La verdad se reveló ante él con la fuerza arrolladora de una epifanía del Apocalipsis.

La quería.

Siempre la había querido. Por eso ninguna otra mujer parecía encajar en su vida. Ah, sí, había sido muy fácil culpar a otros factores. A su carrera profesional. A su necesidad de libertad y de vivir aventuras. A su edad. Las excusas se amontonaron de la misma manera que lo hacía el número de mujeres con el que salía, todas iguales. Salvo Carina. Ella había sido su única constante. Su amiga. Su amante. Su alma gemela.

Presenciar el parto de Maggie había limado todas las aristas de su interior. Había puesto en tela de juicio sus gilipolleces y su falso sentido del honor, del orgullo y de la supuesta respetabilidad. De repente, las cosas no tenían nada que ver con parecerse a su padre. Tenían que ver con el hecho de poseer el valor suficiente para luchar por la mujer que amaba tal como ella era. Tenían que ver con entregarse por entero a ella para que eligiera.

Jamás le había dado una oportunidad a Carina. Durante todos esos años había establecido reglas que lo mantuvieron alejado y seguro. Hasta su matrimonio se basaba en una falsa proposición que ridiculizaba los verdaderos sentimientos que albergaba por la única mujer con la que encajaba.

Caminó despacio mientras todo daba vueltas a su alrededor y se detuvo junto a ella. Tras observar al bebé, le levantó la barbilla a Carina y la miró directamente a los ojos.

—Acompáñame a casa.

Ella parpadeó.

—¿Por qué?

—Te lo pido por favor. Ven conmigo.

Carina tomó una entrecortada bocanada de aire y asintió con la cabeza.

—Vale. —Dejó a Luke en los brazos de mamá Conte.

Michael se acercó a Max y le puso una mano en un hombro.

—Gracias, amigo mío. Tenías razón. No me inmiscuiré más entre vosotros. No solo eres mi socio, sino también mi hermano, y siempre has estado ahí cuando lo he necesitado. Perdóname.

Max lo abrazó y le dio unas palmadas en la espalda.

—Con la familia no hace falta pedir perdón. Felicidades, papá. Volveremos más tarde.

—Sí.

Max guio a Carina hasta que salieron del hospital y guardaron silencio durante el trayecto en coche a casa. Aunque la miró varias veces, ella mantuvo la vista clavada al frente, con expresión reflexiva.

Cuando la descubrió dormida esa tarde junto a la piscina, flanqueada por sus animales, estuvo a punto de postrarse de rodillas frente a ella. Su preciosa cara estaba relajada a la luz del sol, tenía los labios húmedos y separados, y su erótica belleza lo golpeó con la fuerza de un puñetazo. Respondió a su voz y a sus caricias de inmediato, demostrando que su subconsciente ya sabía que era suya. Si

Maggie no los hubiera interrumpido, en ese momento estaría enterrado en su húmedo y estrecho cuerpo, convenciéndola de que ese era su lugar. Con él. Siempre.

Necesitaba convencerla de la verdad de alguna manera. Necesitaba vincular de nuevo su cuerpo al suyo y después suplicarle que no se marchara. Suplicarle que lo perdonara.

Era la última oportunidad para que ese matrimonio se convirtiera en uno de verdad.

Carina necesitaba poner fin a su matrimonio.

En eso estaba pensando mientras miraba por la ventanilla del coche. Había alcanzado esa conclusión mientras Ethan y Luke llegaban al mundo. Estaba viviendo una mentira. Lo quería todo con Max… pero jamás lo tendría. Y la razón era muy sencilla. Max nunca podría quererla como ella necesitaba, así que había llegado la hora de dejarlo marchar.

Percibía que Max quería comunicarle la decisión que había tomado. A lo mejor por fin se ponían de acuerdo y se separaban como amigos, de modo que podrían lidiar con las consecuencias de la mejor forma posible.

Max aparcó el coche con mucha prisa al llegar a casa y la acompañó por el camino de entrada hasta la puerta. Una vez dentro, le ordenó a Rocky que dejara de ladrar y el perro lo obedeció al instante. Se sentó en el suelo y gimoteó, ofreciendo la imagen del cachorro triste que sabía que ella tenía un problema aunque no veía la forma de ayudarla.

Carina respiró hondo con el corazón acelerado.

—Max, creo que…

—Sube.

Sintió un nudo en la boca del estómago. Por Dios, qué sexy era. Tenía un aspecto casi primitivo, respirando por la nariz y con los ojos relucientes por la pasión. Se le endurecieron los pezones y sintió un deseo doloroso. Intentó hablar, pero tenía un nudo en la garganta, de modo que carraspeó antes de decir:

—No. Max, tenemos que hablar. No puedo seguir así contigo, no lo soporto. Esto no funciona.

—Lo sé. Estoy a punto de arreglarlo. Sube.

Sintió que el vello de los brazos se le ponía de punta. Max la aferró de un brazo y la guio hasta la escalera. Sus pies obedecieron hasta que acabaron en el dormitorio. La cama dominaba la estancia con un aura casi irritante. Carina hizo oídos sordos a su desbocado corazón y se volvió para mirarlo, con los brazos cruzados por delante del pecho.

—¿Ya estás contento? ¿Estás listo para decirme cuál es tu nuevo plan magistral? ¿Vas a decirme cómo vas a arreglar este fracasado matrimonio y

nuestra desastrosa relación en el dormitorio?
Max se desgarró la parte delantera de la camisa de un tirón. Carina tragó al ver esos músculos tan marcados. Uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis. Sí, tenía una tableta de chocolate completa. A su lado, Channing Tatum parecía gordo. ¿Qué estaba haciendo ella? ¿Qué estaba haciendo Max? No, no iba a echar otro polvo con ese hombre. Se le había ido la pinza por completo si la creía tan tonta.
—No voy a acostarme contigo, Max. Estás loco si crees que vamos a volver a la casilla de salida.
Él se quitó los zapatos usando los pies.
—Ah, sí que vamos a acostarnos. Ahora mismo. He sido un imbécil al esperar tanto tiempo y no demostrarte lo que sentía. Podríamos tener una conversación agradable y tranquila en la cocina, pero no creerías ni una sola palabra que saliera de mi boca. —Se desabrochó los pantalones, los dejó caer en torno a sus pies y los alejó de una patada. Su erección era evidente bajo los calzoncillos—. Así que lo haremos de un modo mejor. —Su mirada la tenía atrapada contra la pared—. Desnúdate.
Carina jadeó. Su cuerpo respondió al desafío, listo para jugar con esa perfección masculina en toda su gloria, pero se aferró a su parte racional. Lo observó con expresión clínica, aunque era evidente que se trataba de una pose.
—No, gracias. Cuando estés listo para hablar, avísame.
Max soltó una carcajada ronca y erótica.
—Mi dulce Carina. ¿Quién iba a pensar que te gustaba jugar duro? Pero te gusta. Otro motivo por el que eres perfecta para mí, mi alma gemela. Necesito una mujer que no se doblegue, una mujer que me desafíe en todos los aspectos, sobre todo en la cama. —La atrapó contra la pared y le mordisqueó el lóbulo de una oreja. Su cálido aliento la acarició—. Una mujer cuya alma sea pura y que sepa reírse. Una mujer que me conquiste. —Le colocó las manos en los costados y comenzó a juguetear con los tirantes de su camiseta. Un tironcito por allí, otro por allá.
Carina contuvo un gemido de deseo, decidida a mantenerse firme. Si ganaba ese asalto sin ceder, podría salir por la puerta con el orgullo intacto.
—Voy a demostrarte que eres la única mujer que quiero de la única manera que sé. Nena, has levantado demasiadas barreras. Es como sortear un campo de minas, y sé que todo es culpa mía. Pero tu cuerpo no puede mentirme. Y el mío tampoco miente.
Le dio un tirón a la camiseta, desgarrándosela por el centro.
Sus pechos quedaron libres, y él se los tomó con las manos y le acarició los enhiestos pezones mientras le daba un beso ávido en la boca. Un tirón y acabó sin pantalones cortos y sin bragas, lo que la dejó desnuda delante de él. La brusquedad de sus actos la excitó tanto que sintió que le caía un hilillo de flujo por el muslo. Sin embargo, se concentró y se mordió el labio.

Max se apartó. Sus ojos azules lucían un gris tormentoso mientras le pellizcaba los pezones con la fuerza suficiente como para que le doliera. Fue incapaz de contener el gemido que se escapó por sus labios.

—No vas a ponérmelo fácil, ¿verdad? —murmuró Max—. Me parece bien. Me gustan los retos.

La instó a volverse y la atrapó entre sus muslos. Con el torso pegado a su espalda, frotó la erección contra su sexo.

—Cabrón —dijo ella.

—Separa más las piernas, por favor.

—Que te den.

Él le separó las piernas usando un pie hasta que la tuvo abierta y vulnerable. Carina sintió que se ruborizaba al oler la evidencia de su deseo. Los dedos de Max se deslizaron por su trasero y le dieron un apretón. Ella trató de zafarse, pero lo escuchó reírse.

—¿Te pone cachonda?

—Joder, no.

—Mentirosa.

Los dedos de Max descendieron y ella arqueó la espalda. Apretó los puños y jadeó mientras intentaba recuperar el control. El hecho de tener una mejilla apoyada en la fría pared y la impotencia de la posición multiplicaron su deseo. Ese hombre reclamaba su corazón y su alma, pero ¿cómo era posible que conociera sus fantasías más secretas? La acarició y la torturó hasta convertirla en un ser salvaje, dispuesto a hacer cualquier cosa para llegar al orgasmo. Le besó la nuca, se la mordisqueó y la lamió, tras lo cual descendió por su espina dorsal mientras se frotaba contra ella con un ritmo que la estaba volviendo loca.

—Quiero… necesito…

—Lo sé, preciosa. Pero es la hora de la verdad. Dime que me perteneces. Que siempre me has pertenecido.

—No.

Cuando Max le frotó el clítoris, se le doblaron las rodillas. Aunque él la sostuvo con un brazo, siguió acariciándola sin piedad hasta llevarla al borde del abismo.

—Dímelo.

Sintió un sollozo atascado en la garganta. Estaba tan cerca… el orgasmo estaba justo a la vuelta de la esquina, el placer era tan intenso que se le licuó el cerebro. Presionó hacia atrás con las caderas.

—Te odio, Maximus Gray. Te odio.

Los labios de Max se deslizaron por su húmeda mejilla.

—Te quiero, Carina. ¿Me oyes? Te quiero. —Dejó de acariciarla y la instó a ponerse de puntillas—. Y ahora córrete para mí.

Le introdujo los dedos hasta el fondo y siguió acariciándola con frenesí.

Carina gritó mientras el placer la sacudía en oleadas y la hacía pedazos. Max la levantó en volandas, la dejó sobre la cama y se puso un condón. Después, se la metió.

« Mía.»

Carina le rodeó las caderas con las piernas, le clavó los talones en la espalda y se entregó por completo. Max la penetró hasta el fondo hasta que tuvo la impresión de que no había nada más que él. La llevó hasta el borde del abismo de nuevo y la lanzó al vacío.

Su calidez y su fuerza la rodeaban. Carina flotó y se percató de forma distraída del clímax de Max. La oscuridad la engulló sin que se apartara de él, y ya no tuvo que seguir pensando.

Max le apartó el pelo sudoroso de la cara y apoyó una mejilla en la suya. Tenía una mano en torno a un pecho y un muslo entre los de Carina. Su olor lo impregnaba por entero. Se preguntó por qué había tardado tanto en comprender que la quería. Por fin entendía por qué había evitado el amor en el pasado. Sí, le había asustado el compromiso por culpa de su padre, le asustaba la posibilidad de tener sus genes, le asustaba hacer sufrir a una mujer como había sufrido su madre durante todos esos años. Pero la razón fundamental era muy sencilla.

Miedo.

Su corazón ya no le pertenecía. ¿Así era como se había sentido Carina durante tantos años? ¿Había sentido la tortura, el temor y la alegría de querer estar en la presencia de otro? Aunque daría su vida por ella, la decisión no era solo suya. Carina estaba acostada a su lado, su cuerpo le pertenecía, pero su mente estaba a mucha, mucha distancia.

—¿En qué estás pensando? —susurró.

Carina le levantó una mano y le besó la palma.

—En lo importante que eres para mí. Siempre que te veía entrar con Michael por la puerta, me preguntaba cómo sería sentirse querida por ti. Hacer el amor contigo. Vi el desfile de mujeres con las que salías y rezaba para que llegara mi turno. Por fin me ha llegado, pero me da miedo aprovecharlo.

Max la instó a volverse para mirarla a la cara. Esos ojos de color chocolate rebosaban de tristeza y vulnerabilidad, hasta tal punto que le partió el corazón.

—Te quiero. Y no te lo digo por hacer lo correcto o porque no quiera convertirme en alguien como mi padre. Quiero una vida contigo, y no me conformaré con ninguna otra mujer.

Carina no se movió. No reaccionó a sus palabras. El pelo rizado y oscuro le caía por la cara, revelando su obstinada barbilla, sus generosos pómulos y su larga nariz. Era fuerte, guapa y perfecta. Lo asaltó el pánico, acelerándole el pulso, que le atronó los oídos.

—Carina, por favor, escúchame. Nunca pensé que fuera lo bastante bueno para ti. Ya fuera por mi edad, por nuestras familias y por todo lo que creía que era. Ahora veo que soy capaz de pasarme el resto de la vida haciéndote feliz por haberte casado conmigo. Demostrando que te merezco.

—Yo también lo quiero, Max, pero…

—¿Qué?

El silencio de Carina le crispó los nervios y deseó que todo acabara en un final feliz. ¿Qué más podía ofrecerle? ¿Qué más podía querer ella? Observó su cara y la miró a los ojos de forma penetrante.

Y entonces lo supo.

—No me crees.

Ella dio un respingo.

—Quiero creerte. Incluso creo que esta vez lo dices en serio. Pero jamás me libraré de la sensación de que algo va a pasar para estropearlo todo. Lo siento, pero no paro de preguntarme por qué me elegiste. Cuando te miro, me inunda la alegría y no sé qué hacer con todas las emociones que siento por ti. Me da la impresión de que sigo teniendo dieciséis años y que lo único que quiero es complacerte, o al menos arrancarte una sonrisa.

Max sintió que se le helaba la piel. En cierto modo, el problema no radicaba solo en él. Radicaba en los traumas emocionales de Carina y en su baja autoestima. ¿Podría vivir así, reconfortándola constantemente o preocupándose por la posibilidad de que desapareciera a causa de sus inseguridades? *Dio*, qué lío más grande. ¿Cómo era posible que no viera lo especial que era? ¿Cómo era posible que no comprendiera que él no la merecía?

—Carina, ya no somos niños. ¿No va siendo hora de que lo asimiles y de que te des cuenta de cómo te ven los demás? —La verdad lo golpeó de repente y se sentó—. Aunque tienes razón. Necesito que tú salgas a mi encuentro. Necesito una mujer que crea en mi amor por ella, que se mantenga firme a mi lado y que no tema la posibilidad de que algo me aleje. Necesito a una mujer fuerte y valiente. —Apretó los dientes y tomó una decisión—. Tú eres todo eso, amor mío. Y mucho más. Pero hasta que no te lo creas, no tendremos la menor oportunidad.

—Lo sé. —Se le quebró la voz. Con agilidad, Carina se levantó y se plantó desnuda frente a él. Lo miró con una expresión decidida en sus ojos, y también con cierta lástima, lo que le atravesó el corazón—. Por eso no puedo estar contigo ahora mismo. Necesito saber si soy autosuficiente antes de aceptar esta oportunidad. Lo siento mucho, Max, pero voy a dejarte.

Salió del dormitorio y Max se quedó solo mirando la puerta que ella había cerrado al salir, preguntándose si alguna vez se sentiría completo de nuevo, preguntándose qué sucedería a continuación.

15

Alexa acunaba al pequeño Ethan con un brazo mientras se sentaba en el futón amarillo limón. Su mirada recorrió el apartamento con expresión tierna.

—No puedo creer lo rápido que pasa el tiempo —dijo. Su abultadísimo vientre tensaba la camiseta premamá que declaraba que era una « Mamá de un bebé Loco por los Libros» —. No te imaginas la cantidad de vino que hemos bebido en este apartamento.

Maggie mecía a Luke mientras le daba el pecho y resopló al escucharla.

—Ni cuántas citas de Alexa acabaron en desastre. Te juro que el vino era necesario.

Alexa y Maggie se echaron a reír mientras Carina ajustaba el lienzo sobre el que trabajaba.

—En fin, yo ya he empezado bien. Mis viernes por la noche consisten en pelis románticas y una botella de vino tinto.

—No tienes por qué pasar de nuestras cenas de los viernes, Carina —dijo Alexa—. De todas maneras, Max casi nunca aparece. Desde que lo dejaste, Michael dice que se pasa el día dando vueltas por la oficina, arrasando con todo, y que se parece a la señorita Havisham en esa enorme mansión suya.

Carina meneó la cabeza.

—No, me viene bien. He avanzado mucho con mis cuadros. —Clavó la mirada en el que tenía delante, el último de la serie, y contuvo las lágrimas—. Pero lo echo de menos.

Maggie suspiró.

—Lo sé, cariño, pero creo que hiciste lo correcto. Llevas colgada de Max toda la vida y todo ha girado siempre en torno a lo que podías hacer por él. El matrimonio es algo mutuo. Tienes que ser fuerte tú sola antes de poder ser fuerte junto a otra persona.

Alexa miró a su amiga, alucinada.

—Joder, qué profundo.

Maggie sonrió.

—Gracias. He estado practicando la sensatez para cuando fuese madre.

—En fin, yo ya te dije que buscaba un socio igualitario para Locos por los Libros —dijo Alexa—. Tú serías perfecta, y así no tendría que preocuparme de que Maggie hiciera algún turno y me espantara a los clientes. Ya me he puesto en contacto con un abogado. Podemos tener el contrato listo en cuanto te decidas.

La emoción le provocó un nudo en el estómago. Por primera vez había

descubierto un talento que la hacía ganar dinero y que también la hacía feliz. En ese momento, con el cuadro final de la colección, estaba preparada para dar otro gran salto. Había llamado a Sawyer y un marchante iría a ver su trabajo. Estaba advertida de que el hombre era brutal y de que si no había posibilidad de venta, se lo diría sin tapujos. Ella estaba emocionadísima, quería sinceridad y sabía que si su trabajo no estaba a la altura, se esforzaría más para la siguiente oportunidad. Por fin su vida comenzaba a tomar forma, a encarrilarse.

La pena era que echaba de menos a su marido.

Sin él parecía faltarle algo de forma permanente. Desde que lo dejó, Max no se había puesto en contacto. Habían pasado diez días muy despacio, tanto que creyó volverse loca si no veía de nuevo su cara. Max atormentaba sus sueños por la noche, pero también la atormentaba de día. Consiguió volcar casi toda su rabia en su trabajo, con la esperanza de que la cruda pasión de sus retratos calara en los espectadores. Era curioso cómo un corazón destrozado despertaba la inspiración.

Carina regresó al presente.

—Me encantaría ser socia de Locos por los Libros —aseguró—. Gracias por confiar en mí, Alexa.

—¿Estás de guasa? Has trabajado como una mula y has demostrado tu valía. Yo no regalo nada.

Maggie asintió con la cabeza.

—Es un trozo de pan con los niños y con los perros, pero un tiburón en los negocios.

Carina se echó a reír.

—Me alegro de saberlo.

—Bueno, ¿cómo le va a Gabby? Parece curada por completo —comentó Maggie.

Carina miró la paloma, que zureaba en su jaula. A Gabby le gustaba escuchar el trino de los pájaros que había en los árboles del exterior y parecía contenta con quedarse a su lado. Sin embargo, Carina sabía que casi había llegado el momento de liberarla. El ala se le había curado por completo y su dueño quería recuperarla. Una punzada de incertidumbre se apoderó de ella. A lo mejor Gabby necesitaba más tiempo. A lo mejor todavía no estaba preparada.

—Pronto podrá volar.

Alexa suspiró.

—Me encantaría tener una paloma de mascota, pero seguramente los perros se pondrían celosos.

Maggie resopló.

—Sí, me imagino a mi hermano con un pájaro… Casi se cargó el pez. Sería un desastre absoluto.

Alexa le sacó la lengua.

—En fin, tenemos que irnos. Solo queríamos ver cómo estabas.

Carina se despidió de sus sobrinos con besos. Maggie le dio un apretón en la mano y le dijo:

—Recuerda que estamos ahí si nos necesitas. A cualquier hora.

—Gracias, chicas.

Carina las vio marcharse con tristeza. Después regresó al trabajo.

Carina cortó la llamada con dedos temblorosos.

Tenía una exposición.

Soltó un grito eufórico y comenzó a dar saltos, bailoteando y meneando el trasero como una loca. El marchante había destrozado su trabajo y había señalado cada aspecto que haría imposible una venta. Ella aceptó las críticas con la barbilla en alto, de buena gana. Le dijo que se esforzaría más la próxima vez.

El hombre asintió con la cabeza, le dejó su tarjeta y se fue.

Una semana más tarde Sawyer la llamó con la noticia de que su amigo era incapaz de sacarse su trabajo de la cabeza. Quería que probara algunas cosas, que creara otro cuadro original, y así le daría una oportunidad. Tuvo la sensación de que unas burbujas de gas se le subían a la cabeza, como si pudiera volar. Carina miró su BlackBerry y se detuvo en un número.

Quería llamar a Max.

No a su madre, ni a Michael ni a Maggie. Quería llamar a su marido, quien seguramente dejaría de serlo en breve. El mismo que le había dicho que pintara para ser feliz, el que le había dicho que ella era mucho más de lo que se creía.

Alguien llamó a la puerta.

Con el corazón a punto de salírsele del pecho, decidió que el destino le había enviado una respuesta. Si se trataba de Max, correría a sus brazos y le suplicaría perdón. Fue a la puerta y la abrió.

Su madre estaba al otro lado.

Bajó los hombros, pero consiguió esbozar una sonrisa alegre.

—Hola, mamá. Me alegro de que hayas venido. Tengo una noticia estupenda.

Su madre le dio un beso en la mejilla y entró. Su bastón resonaba en el rayado suelo de madera.

—Cuéntamela, pareces feliz.

Carina no se hizo de rogar. El orgullo que vio en la cara de su madre satisfizo algo en su interior.

—Sabía que triunfarías con tus cuadros. Has estado muy concentrada estas últimas semanas. ¿Puedo verlos?

El pánico le puso los nervios a flor de piel.

—Esto… te los enseñaré cuando haya terminado. Podrás verlos en la exposición.

Su madre meneó la cabeza.

—Lo siento, Carina, por eso he venido a verte. Es hora de volver a casa. Me iré a finales de semana.

—Oh. —La exclamación sonó triste incluso a sus oídos. Se había acostumbrado a tener a su madre cerca. Las cenas de los viernes eran eventos bulliciosos y, como si fueran una pareja divorciada, Max y ella alternaban los viernes para darse la oportunidad de estar con la familia. Con un suspiro, su madre apoyó el bastón en el sofá y se sentó—. ¿Te encuentras bien, mamá?

—Claro que sí. Solo estoy cansada y lista para volver a mi casa.

Carina sonrió y se sentó junto a su madre. Le cogió la mano arrugada y se la apretó con fuerza. Unas manos que horneaban, acunaban bebés y enjugaban lágrimas. Unas manos que habían erigido un imperio amasando pasta y haciendo malabarismos con una docena de pelotas a la vez.

—Lo entiendo. Te voy a echar muchísimo de menos.

—¿Tú estarás bien sin mí? ¿Quieres volver a casa?

Le besó la mano a su madre.

—No. Estoy creando mi hogar aquí, con mis reglas. Me siento más fuerte. Más como una mujer que sabe lo que quiere y menos como una niña.

Su madre suspiró.

—Porque te han partido el corazón. Así es como se madura. No es algo ni bueno ni malo. Es lo que es.

—Sí.

—Pero tengo que decirte algo de Maximus.

—Mamá.

—Calla y escucha. Cuando eras pequeña, mirabas a ese niño con el corazón en los ojos. Sabía que para ti era amor verdadero, no un enamoramiento. Pero eras demasiado joven y Maximus es un buen chico. Su trabajo consistía en protegerte hasta que fueras una mujer. Y lo hizo. —Sonrió por el recuerdo—. Siempre me fijé en cómo te miraba. Cuando creía que nadie se daba cuenta y estaba a salvo. Con una expresión añorante y cariñosa que me henchía el corazón. Sabía que era necesario que pasara el tiempo para que todo funcionara entre vosotros. Sé que hubo decepciones, pero eran necesarias para llegar hasta este punto. Cuando os encontré aquella mañana, mencioné el matrimonio por un motivo muy concreto: sabía que Max necesitaba un empujoncito. Le tenía demasiado miedo a Michael, a vuestra relación pasada. Hacía falta algo que rompiera esa barrera y pudierais tener una oportunidad. Puede que yo lo sugiriese, pero ese hombre hace lo que quiere, y por más sentido del honor que tenga, jamás te habría pedido matrimonio de no haberlo querido. Max te quiere. Pero ahora te toca a ti tomar una decisión. Tienes que ser lo bastante fuerte como para llegar a él y pedirle que te quiera. Vas a tener que arriesgarte. Todos creemos en ti. ¿No es hora de que creas en ti misma?

—No lo sé, mamá. De verdad que no lo sé.

Su madre soltó un hondo suspiro y miró por la ventana.

—Esperaba que las cosas sucedieran de otra forma, pero no había pensado que fueras tan testaruda. Tuve el mismo problema con Michael y con Maggie, aunque con ellos al final todo salió bien.

Carina ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Su madre se echó a reír.

—Ay, Dios, cuando se presentaron y me dijeron que estaban casados, supe que mentían. También supe que eran perfectos el uno para el otro, así que me encargué de que el sacerdote fuera a la casa.

Carina se quedó boquiabierta. Su madre había enfermado y había pedido que Maggie y Michael se casaran delante de ella. Increíble. Y todo el tiempo su madre había sabido la verdad y había planeado ganarles la partida.

—Eres despiadada. ¿Por qué no me habías contado nada de todo esto?

—Soy madre. Hacemos todo lo necesario por nuestros hijos cuando necesitan un empujoncito. Ahora solo me queda rezar para que Julietta mire a un hombre y no a una hoja de cálculo.

Carina se echó a reír al escucharla.

—Buena suerte —le dijo, abrazándola. La envolvió el familiar olor a pasteles, a polvo de talco y a consuelo, reconfortándole el alma—. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, mi preciosa niña.

Se quedaron abrazadas un rato, hasta que Carina se sintió lo bastante fuerte para dejarla marchar.

Había llegado el momento.

Carina estaba en el exterior con Gabby en el brazo.

El sol le calentaba la piel, haciendo brillar las plumas blancas de la paloma.

—Te quiero, bonita. —Le acarició el suave pecho.

La paloma ladeó la cabeza y zureó como si supiera que se estaba despidiendo. Carina titubeó. Sabía que jamás volvería a ver a Gabby, sabía que volaría hacia su hogar y que la dejaría atrás una vez curada.

Se le encendió la bombilla de repente y la luz estalló en su cerebro.

Max la quería.

¿No había dudado de sí misma durante demasiado tiempo? ¿Cuándo llegaría el momento de aferrar su felicidad con ambas manos, con la conciencia de que estaba a la altura de Maximus y de todo lo que él podía ofrecerle? Esas semanas sin él le habían demostrado que era capaz de estar sola. De perseguir sus sueños. De fracasar y no desmoronarse. De declarar lo que quería sin miedo.

Podía vivir sin él, pero no quería hacerlo.

Su marido la quería, pero necesitaba a una mujer que estuviera a su altura. Ella nunca había creído en sí misma lo suficiente para entregárselo todo, siempre había tenido miedo de que Max se diera cuenta de que no era lo bastante buena.

Las palabras de su madre resonaron en su cabeza hasta que empezó a darle vueltas.

« ¿No es hora de que creas en ti misma?»

Sí.

—Es hora de volar, Gabby.

Carina levantó el brazo. Las alas de la paloma se extendieron antes de que el animal echara a volar. Se elevó con elegancia por el cielo, con las alas blancas recortadas sobre la oscuridad de los árboles, y la observó hasta que se perdió de vista.

El nudo en su estómago se disolvió. Sintió que una nueva certeza crecía en su interior. Confiaba en su instinto y se había dado cuenta de que era hora de seguir adelante. Era hora de ser la mujer que siempre había estado destinada a ser.

Era hora de reclamar a su marido.

16

Max alzó la vista para leer el cartel situado sobre la entrada de la galería de arte emplazada en el SoHo.

El nombre de Carina estaba escrito con una letra muy artística, y las alegres tiras de luces blancas que adornaban el exterior llamaban la atención de los curiosos. Tomó una bocanada de aire y esperó poseer la fuerza suficiente para aguantar lo que le esperaba esa noche.

La invitación a su primera exposición fue una sorpresa y una ironía a la vez. El orgullo lo abrumó. Su talentosa y guapa esposa por fin sabía lo mucho que valía, pero él no estaba a su lado para celebrarlo. Sin embargo, no podía dejar pasar la oportunidad de verla una vez más en todo su esplendor. Necesitaba ver su trabajo mientras recordaba cómo le había hecho el amor en su estudio tras cubrirla de chocolate.

Los remordimientos le provocaron un nudo en las entrañas.

Abrió la puerta y entró.

El lugar era grande y amplio, con columnas blancas que separaban el espacio en zonas cuadradas. Se había dispuesto una barra y los camareros paseaban entre los asistentes ofreciendo champán, vino y una variedad de canapés. La gente se movía en grupos, charlando y riendo mientras avanzaban. Su mirada se dirigió de inmediato al rincón de la derecha, casi como si hubiera presentido que Carina estaba allí.

La vio echar la cabeza hacia atrás y reír por algo que le había dicho un hombre. Llevaba un vestido largo negro que relucía bajo la luz. Se había recogido el pelo en la coronilla, domando esos rizos oscuros, pero sabía muy bien que bastaría con quitarle una sola horquilla para que esa sedosa melena le cayera sobre los hombros con salvaje abandono. En sus ojos brillaba una alegría interior y una confianza que jamás había visto en ella.

Sí. Era feliz sin él.

Tragó saliva para librarse de las emociones y se dio media vuelta para ver la primera obra.

El asombro lo paralizó.

Esperaba encontrar retratos con alma y corazón, con esa calidez que Carina siempre lograba imprimirle a los trabajos que él había tenido la suerte de contemplar. Lo que tenía delante parecía obra de otro artista diferente.

Eran obras realizadas con trazos gruesos y toscos, en color negro, gris y alguna que otra pincelada de rojo. Parejas en distintas posiciones eróticas. Una

mujer con la espalda arqueada contra la pared mientras su amante le besaba los pechos. Los cuerpos exudaban una sensualidad descarnada sin resultar ordinarios, y la ventana que tenían a la derecha se asemejaba a un espejo entre la intimidad y el mundo exterior. El espectador contemplaba la escena como un voyeur que imaginara perfectamente lo que estaba sucediendo, pero que se veía obligado a no apartar la vista.

Según avanzaba, Max comprendió que la pareja de los cuadros mantenía una relación complicada. El rostro de la mujer reflejaba en un lienzo la vulnerabilidad y el deseo mientras miraba a su amante. El perfil del hombre solo demostraba una fuerte determinación y un carácter firme. En otro se los veía con las frentes juntas y los labios apenas separados, con los ojos entornados de forma que el espectador se veía obligado a imaginar lo que estaban pensando.

Max observó todos los cuadros con una avidez que rara vez sentía. El trabajo era extraordinario y comprendió que su mujer poseía un talento apasionado y profundo, capaz de revolucionar el mundo del arte. Lo que tenía delante era el comienzo de una larga y exitosa carrera. Con razón Sawyer parecía tan emocionado. Había descubierto a la próxima estrella.

La gente pasaba a su alrededor e intentó incluirlo en sus conversaciones. Los camareros se pararon varias veces para preguntarle si quería algo. Él no contestó. Se limitó a zambullirse en el trabajo de Carina y tuvo la impresión de haber descubierto esa última parte de su alma que ella mantenía oculta. En ese momento la tenía delante.

Dio, cómo la quería.

Había llegado temprano para no encontrarse con Alexa, Nick, Michael y Maggie. Su plan era ridículo y típicamente masculino: colarse, ver su trabajo, torturarse y escabullirse sin ser visto. Después de eso, tocaba volver a casa y emborracharse con su perro acostado a sus pies.

—¿Max?

Su voz fue música en sus oídos. Ronca como la de una Eva seductora. Dulce como la de un ángel. Apretó los dientes y se volvió.

Ella le sonrió con tanta calidez que creyó que iba a abrasarlo. Un deseo primitivo corrió por sus venas, pero luchó contra él y logró devolverle la sonrisa.

—Hola, Carina.

—Has venido.

Encogió un hombro.

—Tenía que verlo.

¿Por qué lo miraba con esa avidez? ¿Para torturarlo?

—Me alegro. ¿Qué opinas?

Cuando habló, lo hizo con voz desgarrada.

—Son… lo son todo.

Carina parpadeó para alejar las lágrimas y él sintió que le arrancaba otro

trozo de corazón. Cuando acabaran de hablar, no quedaría nada de él.

—No has visto el último. Está allí, expuesto en solitario.

—Carina, no puedo. Tengo que irme.

—¡No, Max, por favor! Necesito enseñártelo.

¿Eso era el amor? ¿Un dolor paralizante y arrollador que parecía dejarlo sin aire en los pulmones? Se mordió la lengua para no protestar por segunda vez y asintió con la cabeza.

—Vale.

La siguió hasta la parte posterior de la sala y después subió unos cuantos escalones. La galería se abría en ese punto, acogiendo una zona apartada donde exponer una obra especial. El cuadro colgaba del techo en todo su esplendor. Max dio un paso adelante y alzó la vista.

Era él.

El título lo decía bien claro en la parte superior: « Maximus» . Con el torso desnudo. Descalzo. Los vaqueros le caían por las caderas. Tenía la cara difuminada y oculta por las sombras, pero estaba de frente al espectador, sosteniendo su mirada. Su rostro mostraba un torbellino de emociones. En sus ojos relucía un poder demoledor. Verse así lo emocionó y le llegó al alma. Porque en esa mirada lo distinguió todo. Vulnerabilidad. Determinación. Un puntito de arrogancia. Deseo. Y la capacidad de amar.

Se volvió con el corazón en un puño.

Carina estaba frente a él. Esos ojos negros como el azabache lo miraban con adoración y con una fuerza que jamás había visto en ella.

—Max, te quiero. Siempre te he querido, pero necesitaba quererme a mí misma para poder ofrecerte lo que te mereces. No sé si es demasiado tarde, pero te prometo que si me das otra oportunidad, me quedaré a tu lado y seré la mujer que estabas buscando. Porque yo soy esa mujer. Tu alma gemela. La cuestión nunca ha sido si yo volvería a tu lado. La pregunta es: ¿volverás tú al mío?

En su interior estalló la alegría, que corrió por sus venas. Soltó una especie de carcajada mientras la estrechaba entre sus brazos.

—Nunca me he marchado, *cara*.

Reclamó sus labios y la besó con pasión y ternura, como si estuvieran sellando los votos que pronunciaron en Las Vegas meses antes.

De repente, se vio rodeado por toda la familia. Max se encontró en mitad del círculo mientras Michael y Nick le daban palmadas en la espalda y Alexa y Maggie se limpiaban las lágrimas.

Por fin estaba en casa. De verdad.

—Ya era hora de que volvierais a estar juntos. —Alexa sollozó—. Ya no podía soportar más tanto drama. Los viernes por la noche empezaban a ser un coñazo.

Max arrimó a Carina hacia él y rio.

—Lo solucionaremos esta semana. Fiesta en nuestra casa.

El marchante se acercó a la carrera y los interrumpió. Su rostro no demostraba su habitual seriedad.

—Esto… Carina, ¿puedo hablar contigo un segundito?

—Claro. —Besó a Max en los labios y se alejó. Tras una conversación en voz baja, regresó con una expresión asombrada—. He hecho una venta.

Max sonrió.

—No me sorprende. Tu trabajo me ha dejado alucinado. Pero será mejor que empecemos. Vas a pintar mucho más y necesito inspirarte.

Ella se echó a reír y le enterró los dedos en el pelo.

—Pues manos a la obra —susurró.

Max miró a la mujer que quería. A su esposa. A su alma gemela. A su eternidad.

—Vamos a casa.

Carina yacía entre las sábanas arrugadas, exhausta, saciada y más feliz que nunca.

—¿Te rindes ya?

Ella levantó la cabeza un centímetro y la dejó caer de nuevo.

—Jamás. Solo necesito un minuto.

Max rio entre dientes y se levantó de la cama. Lo escuchó caminar hasta el vestidor y regresar. Hasta su nariz llegó ese olor almizcleño tan suyo, y se excitó de nuevo. Su marido la había convertido en una ninfómana en toda regla, y no podía estar más contenta.

—Tengo un regalo para ti.

Eso hizo que se sentara. La parte más infantil de su persona se derritió ante la idea de que su marido le hiciera un regalo.

—¿Ah, sí?

—Ajá. Lo tenía guardado. Con la esperanza de que regresaras y poder dártelo.

Era una caja rectangular envuelta con un papel rojo intenso. Carina se mordió el labio inferior, encantada, y la miró.

—¿Qué es?

—Ábrela, nena.

Ella arrancó el papel como si fuera una niña el día de Navidad y levantó la tapa.

Contuvo el aliento.

En el papel de seda blanco descansaba un par de zapatos. Y no eran unos zapatos cualquiera. Eran unos zapatos de tacón de diez centímetros con diamantes. Hechos de cristal.

Levantó uno y contempló el brillo de las piedras preciosas. La puntera

descubierta les otorgaba un toque sexy y el delicado cristal era muy suave al tacto.

—Dios mío, Max, te has superado. Son preciosos.

—En una ocasión me dijiste que no habías conseguido el final feliz que deseabas. Se me ocurrió que podía compensarte regalándote un par de zapatos de Cenicienta.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se sorbió la nariz.

—Joder, Maximus Gray. ¿Quién iba a pensar que bajo ese caparazón existía un hombre tan romántico?

—Te quiero, Carina.

—Yo también te quiero.

Max unió la frente a la de Carina y se juró que nunca más permitiría que su mujer pusiera en duda lo que sentía por ella.

Epílogo

Maggie suspiró y echó un vistazo por el salón.

—¿Hay demasiados niños en esta habitación o solo me lo parece a mí?

Carina se echó a reír y le metió el chupete a María en la boca. Su llanto se cortó en seco mientras succionaba con ansia. Lily correteaba por el salón con su peluche de Dora la Exploradora mientras el pequeño Nick chillaba de fondo. Ethan y Luke estaban en las hamacas, recién comidos y con el pañal limpio.

—Espera a que Max y yo nos sumemos. Tendremos que hacer una cadena de niñeras para poder ver la luz del sol con nuestros maridos.

—¿Estás embarazada? —exclamó Alexa.

Tenía una taza de juguete en la mano y fingió beber té mientras Lily reía.

—No, todavía no estamos preparados. Estoy trabajando en otra exposición y Max tiene la inauguración de otra pastelería. Ahora mismo estamos disfrutando solos. De hecho, dentro de un mes iremos a Italia para pasar una temporada. Los dos echamos de menos a nuestras madres.

Maggie suspiró.

—Yo también echo de menos a mamá Conte. Pero los niños son demasiado pequeños para el viaje. ¿Cómo le va a Julietta? ¿Sigue sin salir con nadie?

—Mi hermana tiene muy mala opinión del sexo opuesto. Parece convencida de que un hombre le quitará el control de su vida e intentará que deje su profesión. Es terca.

Alexa se echó a reír.

—A lo mejor necesita un hechizo de amor. La Madre Tierra parece que fue bastante generosa con Maggie y conmigo.

Maggie le tiró un peluche, que le dio en la cabeza. Alexa le sacó la lengua.

« Hechizo de amor.»

Carina sintió que el destino le rozaba la espalda. Abrió los ojos como platos al recordar la noche en la que hizo la fogata y arrojó el papel a las llamas. Un papel que contenía un solo nombre: « Maximus Gray» .

Se le puso el vello de punta y abrazó con más fuerza a María en busca de calidez.

—Esto… ¿chicas? ¿De qué estáis hablando? Cuando Maggie me dio el libro de hechizos, me dijo que eran chorradas y que nadie lo usaba.

Alexa se desternilló de la risa.

—¡La leche! La señorita Maggie por fin admite la verdad y reconoce que hizo lo del hechizo antes de casarse con Michael. ¡Al final caen hasta las torres

más altas!

Maggie se encogió de hombros.

—¿Qué más da? Sí, es una coincidencia. Pero Carina se deshizo del libro de hechizos y ahora está felizmente casada con Max. Así que es una de esas coincidencias raras que nuestros maridos aparecieran después de que le pidiéramos ayuda a la Madre Tierra.

Carina tragó saliva.

—Te mentí, Maggie.

—¿Qué quieres decir?

—Que sí hice el hechizo. Varias noches después de que me dieras el libro, me escapé al bosque y completé el ciclo. Quemé mi papel en una fogata.

Se hizo el silencio. Incluso los niños parecieron darse cuenta de que se avecinaba algo gordo. Además, los dibujos animados de *Max y Ruby* incrementaron esa sensación.

—¿Hiciste una lista con todas las cualidades que querías en un marido? —susurró Alexa—. ¿Max encaja con la lista?

Carina las miró y tragó saliva.

—No escribí las cualidades. Solo escribí su nombre en el papel.

Maggie dio un respingo como si hubiera visto un fantasma. Alexa se recostó en el sofá azul y meneó la cabeza.

—La madre que… El hechizo funciona.

Maggie se echó a reír, pero tenía cierto deje incrédulo.

—Imposible. Menuda tontería estamos pensando. Me estáis asustando.

—¿Dónde está el libro, Carina? ¿Se lo has dado a alguien más?

—No, lo tengo en la estantería con un montón de cosas. No me he deshecho de él.

Alexa las miró con los ojos brillantes.

—Creo que deberíamos hacer que ese libro acabara en las manos de alguien. Y me refiero a tu hermana.

—¿Qué? Julietta nunca haría un hechizo de amor. Es la sensata de la familia. No funcionaría. —Hizo una pausa—. ¿O sí?

Maggie se dio unos golpecitos en el mentón.

—Interesante idea. Carina va a Italia dentro de un mes. A lo mejor puede asegurarse de que Julietta complete el hechizo. Así saldremos de dudas. Dos veces podría ser una coincidencia. Tres podría ser difícil, pero posible. Cuatro veces sería la confirmación definitiva.

Carina las miró. Tenían razón. Su hermana se merecía esa clase de felicidad, y si hacer un hechizo de amor conducía a Julietta en la dirección correcta, merecía la pena intentarlo.

—Lo haré.

Maggie cogió tres copas de vino, sirvió el oloroso chianti y las repartió.

Alzaron las copas y sonrieron.

—*Salute*.

Carina bebió.

Los niños jugaban y dormían. Las mujeres charlaban y reían. Los hombres se pasaban por el salón para algún que otro beso o comentario. Cuando Carina miró a su marido, este le sonrió con tal ternura y pasión que se sintió completa. El matrimonio por error había terminado dándole todo lo que había soñado.

Su final feliz.

Agradecimientos

Los escritores sabemos que no creamos un gran libro sin un gran equipo detrás. El equipo de Gallery ha sido increíble en todos los sentidos a fin de asegurarse de que este libro salía en el tiempo previsto sin sacrificar la calidad. Tengo que agradecer especialmente a mi editora, Lauren McKenna, que me presionó de formas que ni se me habían pasado por la cabeza, que me sostuvo la mano y que consiguió que este libro fuera lo mejor posible. Me enorgullece formar parte de tu equipo y estoy ansiosa por crear más libros maravillosos juntas. ¡Tú eres Mickey y yo soy Rocky!